

PATRICIA P. GUEROLA



**SASHA**  
LA ROSA  
NEGRA



# ÍNDICE

CAPÍTULO 1  
CAPÍTULO 2  
CAPÍTULO 3  
CAPÍTULO 4  
CAPÍTULO 5  
CAPÍTULO 6  
CAPÍTULO 7  
CAPÍTULO 8  
CAPÍTULO 9  
CAPÍTULO 10  
CAPÍTULO 11  
CAPÍTULO 12  
CAPÍTULO 13  
CAPÍTULO 14  
CAPÍTULO 15  
CAPÍTULO 16  
CAPÍTULO 17  
CAPÍTULO 18  
CAPÍTULO 19  
CAPÍTULO 20  
CAPÍTULO 21  
AGRADECIMIENTOS

**SASHA**  
**LA ROSA**  
**NEGRA**

**© Patricia P. Guerola**  
**SASHA - La Rosa Negra**

Corrección ortotipográfica: RM MADERA

Portada y Maquetación: ©Alicia Vivancos

[www.aliciavivancos.com](http://www.aliciavivancos.com)

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, químico, mecánico óptico, de grabación, en internet o de fotocopia.

*A todas las mujeres sin excepción de ninguna.*

# CAPÍTULO 1

**T**odavía se apreciaba el rastro de la oscura noche en el cielo cuando el sol apenas luchaba por asomar sus primeros rayos al alba. Pretendía colarse a hurtadillas entre los edificios de la ciudad de Detroit y retaba a la luna que huía temerosa por el lado contrario. Cuando me desperté sobresaltada por un enorme golpe en el piso superior, me incorporé sobre el roñoso colchón al tiempo que apoyaba las manos en él y mi respiración se aceleraba a un ritmo vertiginoso. Parpadeé varias veces al intentar adivinar en mi cabeza el motivo de aquel intenso ruido, pues no sabía de dónde procedía ni quién lo había ejecutado, pero eso era algo a lo que me tendría que acostumbrar los siguientes seis meses: a reconocer los sonidos y lamentaciones del viejo edificio donde hacía apenas unas semanas acababa de aterrizar. Ladeé el rostro y observé a través del frío vidrio cómo lo que parecía una ciudad fantasma comenzaba a despertarse; contemplé algunas de las ventanas de las fachadas cercanas y busqué de forma inconsciente a alguien que me estuviese vigilando, pero nada. Por suerte la mayoría estaban cerradas, vacías o, simplemente, habían desaparecido a causa de parte del derrumbamiento de la finca. Me pregunté cuánto tardaría en acostumbrarme a aquella situación, si es que eso era posible porque mucho lo dudaba. Encogí las piernas y abracé mis rodillas dándole calor a mi cuerpo; ese calor y ese contacto que tanto necesitaba desde hacía un año ya. Cuando todo comenzó y me tocó ser la oscura sombra de lo que un día fui. Un espectro que está de paso y que lo único que le quedaba era sobrevivir sin dejar rastro alguno.

Llevaba los auriculares puestos y vestía toda de negro con unas mallas y una sudadera con capucha de bolsillo frontal. La canción «Lose Yourself» del rapero Eminem ponía ritmo a mis zancadas y hacía honor a esas calles

mientras un ligero vaho se escapaba de entre los labios. A cada paso que daba podía sentir cómo mis mejillas y mi respingona nariz se enrojecían por el frío cortante, pero, sorprendentemente, eso era lo único que me hacía sentir viva por dentro. Antes de salir, busqué la hora y vi que marcaban las seis cuarenta y cinco en el reloj de la cutre mesilla de noche, al lado de la pequeña cama, en la desierta habitación. Sabía de sobra que era demasiado pronto como para perderme en la inmensidad de aquella ciudad, puesto que la poca gente que circulaba por sus aceras no era suficiente como para esconder mi presencia, pero, aun así, me arriesgué. Deseaba escapar de aquellas cuatro paredes sucias y mohosas que costaban más de lo que realmente valían como alquiler; necesitaba huir de mis demonios aunque tan solo fuese corriendo durante media hora seguida, esos demonios que a todos nos acompañan en el camino al que llamamos vida.

Sin querer, volví atrás en el tiempo y me detuve a pensar en lo feliz que un día fui. En esos años en que todo lo tuve: amistades, trabajo, coche, un precioso piso y, lo que era más importante, unos padres que me querían sobre todas las cosas, una familia. En resumen: una vida. Era consciente de que no me hacía ningún bien recordar aquellos tiempos de plenitud, pero era lo único que me quedaba y que daba impulso a mi corazón apagado y fatigado. Cada día soñaba despierta con que todo regresaría a la normalidad, que en algún momento todo esto terminaría y volvería a ser la misma Sasha Bowen que tenía una vida perfecta, rodeada de pequeños lujos, esa a la que alguien, a quien por suerte o por desgracia no conozco, se lo arrebató todo.

¡¡¡¡¡Píiiiiiiiiiiiiiiii!!!!

El estridente claxon de un coche me arrastró a la realidad de una sacudida. Detuve los pies a tiempo de que no me atropellaran y retrocedí hasta quedar apoyada de espaldas a un semáforo.

«¡Mierda!», maldije en silencio.

Con la respiración agitada, mi pecho se elevaba con fuerza debajo de la cálida sudadera negra. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia detrás dándome cuenta de lo cerca que había estado. El conductor aminoró el ritmo poniéndose a mi altura y, tras de bajar la ventanilla, gritó desde dentro:

—¿Es que quieres que te atropellen o qué?! —incurrió de mal humor para conseguir que mi atención volara a él—. ¡Jodida loca!

Aceleró de nuevo y la primera reacción que tuve fue sacarle el dedo corazón con ganas, bien alto y firme, al ignorar lo que podría suponerme aquel gesto en una ciudad como aquella; sabía que no tenía razón para saludar a aquel hombre de esa desagradable forma, pero aunque mi vida ya no fuese la misma, yo sí lo era, y mis arrebatos y carácter de chica dura tan solo se habían visto acentuados por la turbulenta situación.

—Capullo... —escupí como si me fuera a hacer sentir mejor, pero para nada fue así.

Descansé las manos en las rodillas, y con la cabeza agachada, conseguí con mucho esfuerzo que el pulso se regulase, justo cuando una mano se posó en mi hombro desde detrás, asustándome.

—¿Estás bien? —Un chico de piel oscura me miraba con el ceño fruncido.

Di un salto hacia un lado y subí los puños apretados, poniéndome en guardia.

—¡Eh, eh! ¡Perdona! No pretendía asustarte. —Alzó las manos y enseñó las palmas en son de paz al ver mi repentina e inesperada reacción—. Solo he visto que... Perdona si...

Lo observé durante un par de segundos demasiado largos y en cuanto comprobé que tan solo pretendía ayudar, bajé los brazos sin decir absolutamente nada. Di media vuelta para volver por donde había venido, dispuesta a esconderme de nuevo, decidida a desandar el camino y regresar al apartamento, si es que así se podía llamar. Cubrí, acto seguido, mi cabeza con la capucha y escondí parte del rostro. Ahora el ritmo de las zancadas era más rápido que el de minutos atrás; necesitaba llegar cuanto antes a aquel zulo en el que malvivía en alquiler desde hacía dos semanas para sentirme a salvo acompañada por unas repugnantes ratas y cucarachas con las que, en ocasiones, compartía techo y algo más: la incertidumbre que en mí se había perpetrado desde un tiempo a esa parte que se veía agravada por el desconocimiento de la nueva y peligrosa ciudad, en la cual, mi única misión era sobrevivir y pasar desapercibida el tiempo suficiente hasta poder emigrar a otro lugar.

«Tranquila, Sasha, respira», debía recordarme bastante a menudo para que el desasosiego no tomara posesión y ejerciera cierto dominio sobre mi persona.



Me colé en el bloque con la cabeza agachada y la vista clavada en el resquebrajado suelo. Mientras apagaba el viejo iPod guardado en el bolsillo frontal, pasé frente a la puerta de la señora Collins con intención de subir por las escaleras hasta el primer piso y fue entonces cuando el chirrido de unas bisagras desengrasadas hizo que me detuviese de súbito en el sitio.

—Óyeme, niña. —El timbre de voz de aquella anciana me recordaba a la malvada bruja de las películas de dibujos animados, lo juro. Algo que sumado a su desagradable verruga en lo alto de su nariz y su inquietante físico se acercaba bastante a la realidad—. Todavía no has pagado la factura de la luz y el gas...

—Buenos días, señora Collins. —Giré sobre los talones para encontrarme con ella de frente—. Ha madrugado mucho usted hoy...

Entornó los ojos y me ojeó recelosa, como si mi cortesía fuese una amenaza para ella.

—No estarás intentando engañar a una pobre anciana, ¿verdad, muchacha? —Acercó su rostro todavía más y con ello consiguió que me apartase ligeramente por el hedor a rancio que desprendía de todos y cada uno de sus poros.

—Jamás se me ocurriría hacer tal cosa... —Negué con la cabeza para reforzar así mis palabras y contuve la respiración—. Pero le recuerdo que tan solo llevo aquí dos semanas y que dijo...

—¡No hace falta que me recuerdes lo que te dije! —Clavó en el suelo su bastón de madera al pretender erguirse—. No soy estúpida, niña... Recuerda, a mí no puedes engañarme.

Fui a replicar o, más bien, a defenderme de sus descabelladas acusaciones cuando percibí que alguien descendía por las escaleras a mis espaldas. Me volteé para ponerle rostro a quien merodeara por detrás y me encontré con alguien todavía más desagradable que aquella anciana, y eso ya era difícil: un hombre grueso, con cabellos largos, grasos y grisáceos que le llegaban a la altura de los hombros, bajaba agarrado al pasamano con la vista clavada en mi cuerpo. Se podían apreciar diversas manchas oscuras en la camisa, en zonas de pecho y barriga, y la piel del rostro brillaba tensa y rojiza por culpa del sebo exudado. Eché un rápido vistazo a su atuendo y poco me hizo falta para saber qué tipo de hombre era aquel ruin personaje que ahora se detenía al lado

y enseñaba parte de su dentadura amarillenta en una insinuante sonrisa.

—Vaya, vaya, ¿pero qué tenemos aquí? —Diría que hasta olfateó desde la distancia mi cabello recogido en un moño mal hecho—. Carne fresca en el edificio... —Paseó sus ojos por mis piernas enfundadas en unas mallas que llegaban hasta el tobillo y se relamió de una forma demasiado obscena para mi gusto.

Me puse rígida en el instante en que su etílico aliento rozó mi piel, apreté los dientes al tiempo que cruzaba los brazos y lo desafiaba con una dura mirada.

—¿Está buscando algo? —pregunté al desconocido con voz seria y amenazante. Aunque debo reconocer que el simple hecho de tener que dirigirme a él ya provocaba náuseas en mi estómago vacío.

Fue a responder a la pregunta con brillo en los ojos, como si mi sola visión le produjese gran disfrute de antemano, pero la voz de la señora Collins lo impidió:

—Largo de aquí, Henry, no metas tus narices donde no te llaman —espetó la vieja con contundencia y con la clara intención de ejercer cierto poder sobre el asqueroso individuo.

Seguí con pose firme cuando, sin mediar palabra, giró sobre sus talones y cruzó la misma puerta que yo acababa de traspasar para perderse a tempranas horas por alguna de aquellas calles donde se escondían todo tipo de traficantes, camellos, yonquis o putas. Y es que el perfil que rápidamente se creó en mi cabeza del tal Henry era el siguiente: hombre soltero de unos cincuenta años que vive solo en el piso heredado de su difunta madre, que se alimenta a base de botes de alubias rancias y grasientas, gracias a una miserable pensión cedida por alguna extraña razón y que no hace otra cosa más en todo el día que beber y matarse a pajas viendo porno duro. Sí, creo que Henry era toda una perlita, la cual, si se extinguiese, tampoco le vendría mal a la humanidad. Y para nada me apetecía tener a ese tipo de gente como vecinos o pululando en torno a mí, pero no me quedaba otra que vagar por ciertos lugares oscuros llamados suburbios en los que a nadie se le ocurriría buscarme. Digamos que, a diferencia de todo ser que respiraba a mi alrededor, estos eran mis únicos y mayores cómplices.

—Como le iba a decir, señora Collins, yo...

—Tienes hasta el viernes para pagarme las facturas, niña... —me amenazó antes de dar un paso atrás con idea de meterse en su apartamento, del cual salía un intenso, alarmante y repulsivo olor a basura. Para nada me extrañaría que padeciese síndrome de Diógenes—. Puedes dejarlo en un sobre y pasarlo por debajo de la puerta.

—Bueno, yo... pensaba pagárselo en mano y que me diese algún tipo de recibo para... —Inocente de mí.

Cerró la puerta en mis narices. El gesto fue acompañado con el estridente quejido de las bisagras sin darme tiempo a añadir nada más a la conversación. Abrí los ojos por la sorpresa, llevé las manos a las caderas y ojeé las paredes con cara de verdadera idiota y cada vez que mi mirada se detenía en un rincón distinto de aquel lugar era mayor el asco que sentía por él.

«Joder, Sasha, ¿dónde coño te has metido esta vez?».

Cuando decidí venir hasta aquí sabía que el procedimiento sería el mismo que en las dos ocasiones anteriores: buscar un sitio o, mejor dicho, un agujero, donde poder malvivir los seis meses siguientes de mi vida, encontrar un trabajo donde ser un número más y que nadie reparase en mí y, lo más importante, que no fuese necesario disponer de grandes estudios para llevar a cabo sus funciones, sino todo lo contrario; siendo primordial el hecho de que en ese empleo se pudiese pagar bajo mano, o sea, en negro y sin necesidad de darme de alta en la seguridad social. Al igual que era consciente de que para nada podía tener algún tipo de altercado con la policía o acudir a un centro médico o a los servicios sociales, ya que mi nombre no podía aparecer en ninguna de esas listas de donde poder sacar cierta información o registrar la mínima pista de mi paradero para evitar que se me pudiese rastrear, así que, además, me creé una falsa identidad, un nuevo currículum, donde deseché la idea de poner que era cardióloga, obviando que tenía varias especialidades como cirujano cardiovascular, para añadir que era un hacha preparando hamburguesas con queso y pepinillos. ¡Vamos, toda una eminencia del Burger King! Y de esa forma, hace dos semanas, cogí mi mochila negra y una pequeña maleta de mano y me subí en el primer autobús que llegaba hasta aquí. Lo que desconocía era que mi mayor pesadilla terminaría encontrándome en el peor de los suburbios porque yo no escapaba del pasado ni de una mala racha en la

vida, no... no me escondía por un problema en el trabajo ni mucho menos de un ex o de un acosador... Por lo visto, yo huía de algo mucho, mucho peor. Algo de lo que nadie podía salvarme. Tan solo disponía de la escasa información que había encontrado escrita en una nota de puño y letra de mi padre donde había varias instrucciones descritas; una de ellas y la más importante, deshacerme de ese pequeño trozo de papel quemándolo con mis propias manos y después, huir lo más lejos posible.

«¡Huye, hija! ¡Lejos, muy lejos! ¡Sobrevive!  
Y recuerda: aunque ya no esté a tu lado,  
siempre te querré, mi pequeña».

Permanecía en el centro del salón con los brazos en jarras y con la vista clavada en una de las sucias paredes grises, sin saber por dónde empezar: era diminuto y tenía la luz justa para que no diese la sensación de ahogo, disponía tan solo de una pequeña ventana exterior por donde cada mañana el sol me saludaba de forma triste y funesta, por no decir también que carecía de elegancia alguna. El sitio era frío y húmedo, como una de esas escenas de alguna de las famosas películas de Bruce Willis donde aparece un asesino psicópata que se carga a todo lo que se menea sin tan siquiera preguntar o pestañear y, es más, cuanto más contemplaba la oscura mancha de la pared, más claro tenía que eso debía ser sangre de algún humano que había pasado por allí antes. Y ahora, aquí estaba yo, con el enorme dilema de coger la puñetera puerta y largarme, de colocarme unos guantes y frotar con el cepillo a ver si conseguía que el lugar fuese menos tétrico de lo que ya era o, incluso, de hacer de tripas corazón y actuar como si nada ante aquella enorme mácula que parecía parte de la decoración. Actuar como si no supiese que entre aquellas cuatro paredes se podría haber cometido algún descabellado crimen.

—Me cago en la puta, Sasha, ¿de verdad no había otro sitio donde esconder tu bonito culo? —murmuré con ironía. Volví a ojear a alrededor y resoplé, ya que mi vida cada vez iba a peor y en decadencia—. Pues no, se ve que no... —Dejé caer la cabeza hacia detrás, y sopesé todas las posibilidades.

Giré sobre los talones, cerré los ojos e inspiré con fuerza, llenándome los pulmones de un aire espeso y contaminado por la insalubridad del lugar.

De inmediato, deseché el recuerdo de mi precioso dúplex con suelos de mármol para que el malestar no fuera *in crescendo*, pues era espectacular, todo repleto de cristaleras que ofrecían vistas hacia el exterior y, además, cada vez que cruzabas el umbral, un agradable aroma a frutas del bosque te recibía. Sabía que dolería demasiado no volver a entrar en él. Hubo un día en el que cerré esa puerta a mis espaldas para no volver la vista atrás. No me podía permitir correr aquel riesgo de que alguien pudiese encontrarme, no podía ponérselo tan fácil.

—Está bien, pues si no hay más narices, manos a la obra...

Estaba claro que no me beneficiaba el hecho de pasar la mayor parte del tiempo sola y sin nadie con quien conversar; siempre había sido una persona extrovertida y llena de vida, que necesitaba relacionarse con la gente. Hasta en mis peores días lucía una bonita sonrisa en los labios con tal de que nadie se sintiera mal por ello, pero podía sentir cómo mi carisma se esfumaba para dejar hueco a una valentía que ni yo misma sabía que poseía. Aunque supongo que el instinto de supervivencia es así: saca lo más oscuro y perturbador de nosotros en el peor de los momentos y en las más retorcidas circunstancias. No tenemos conciencia de lo que somos capaces de hacer hasta que nos toca sobrevivir al dolor, al ataque de otro animal o a la misma muerte. En eso mismo me había transformado yo: había pasado de ser una chica con carácter a la que le gustaban las delicadezas a ser una fiera capaz de atacar al primer depredador que se cruzase en mi camino sin tan siquiera pestañear o titubear. Incluso recuerdo en una ocasión tener el estómago suficiente como para curarme yo misma una inquietante herida que me hice de forma torpe en una de las piernas al caer de una silla. Saqué agallas de donde fuera y, tras dar un largo trago al repugnante whisky barato que había robado de forma culpable en una gasolinera, introduje los dedos en ella para hurgar en busca de la enorme astilla de madera que casi llegó a traspasarme; desinfecté la zona entre gritos de dolor y con una camiseta para morder en la boca, cerré el corte con una jodida grapadora. ¡Y qué puto dolor! A punto estuve de perder el conocimiento. He hecho cosas de las que no me siento orgullosa, pero que, por el contrario, me ofrecían minutos de vida.

—Lo que daría ahora mismo por un puñetero bote de pintura. —Enfundé los dedos en unos guantes y me preparé para dejarme las uñas en aquella pared; esa manicura que siempre había lucido perfecta y colorida, y que ahora prescindía de tono alguno.

El teléfono de tarjeta, el mismo que había comprado en un puesto de segunda mano, comenzó a sonar de forma incansable sobre la destartada mesilla de noche.

Desvié la mirada en su dirección antes de acercarme poco a poco hasta él como si fuese un artefacto peligroso que pudiera explotar de un momento a otro. Descolgué en completo silencio, a la espera de alguna señal, que alguien respondiera al otro lado y acallara esa basta curiosidad.

—¿Señorita Emma? —reclamó una voz masculina a través del auricular.

A punto estuve de abrir la boca y decirle que no, que por alguna extraña casualidad se había equivocado. Eran tantas las veces que había cambiado ya de nombre por uno falso que ignoraba el que puse en el currículum en esa ocasión. Carraspeé y respondí a tiempo antes de que mi lengua decidiese actuar por cuenta propia, delatándome.

—Sí, eh, sí, sí, soy yo. —Hice una breve pausa por si el desconocido quería añadir algo de interés, pero no fue así—. ¿Quién llama? —Necesitaba saber.

—Soy el señor Forest, la llamo del Big Burger. Hemos recibido su solicitud de trabajo para el puesto como cocinera y nos gustaría hablar con usted aunque, en realidad, la vacante ha sido cubierta ya, pero si todavía está disponible, podemos ofrecerle una como cajera que acaba de quedar libre —soltó de carrerilla como si un aprendido discurso fuese—. El sueldo es algo menor, pero el horario le compensa. Sería de mañanas y tan solo tendría que doblar turno el viernes por la noche. ¿Qué le parece? ¿Le interesa, señorita....? —pude escuchar sonido de papeles, como si rebuscase entre ellos mi nombre completo—¿Turner?

«¿Turner? ¿De verdad he puesto ese apellido en mi currículum?».

¡Joder, lo había olvidado!

—Ah, sí, pues, eh... Me interesa. ¿Podríamos... podríamos hablar en persona? —pedí, mientras mordisqueaba el filo de la uña algo nerviosa, pues tener que tratar con personas desconocidas me alteraba y, es más, no jugaba a

mi favor.

—¡Claro, por supuesto! ¿Le va bien pasarse por aquí a eso de la una?

¡Por descontado que me iba bien! ¡No tenía otra cosa que hacer! Bueno, aparte de limpiar los restos biológicos de algún individuo con menos suerte que yo y que había pasado por el apartamento que entonces yo ocupaba.

—Allí estaré a la una en punto, señor Forest. Cuento con ello, gracias por llamar.

Colgué y sostuve el teléfono entre las manos durante varios segundos, sin darme cuenta de que mi vista se perdía en el exterior al analizar la situación. Algo que debía hacer a cada paso y con sumo cuidado. Pero después de todo, parecía que las cosas salían según lo previsto: tenía un lugar donde vivir, una falsa identidad y lo más necesario parecía que a punto estaba de llegar, un trabajo, que era muy distinto del que habitualmente solía ejercer hace un año en los quirófanos.

## CAPÍTULO 2

**L**legaba con diez minutos de antelación a la entrevista de trabajo. Al entrar por la puerta acristalada del Big Burger, el olor a carne, a patatas fritas y a aceite quemado me recibió de una forma demasiado desagradable. Aunque fuese una de mis comidas insalubres preferidas, en esa ocasión no despertaba hambre en mí, sino todo lo contrario, pero no me detuve a pensar en qué tipo de animal se cocinaba allí ni en las condiciones en que lo hacían porque tampoco tenía intención de probarlo ni mucho menos, no nos vamos a engañar. Hacía tiempo que no bebía ni comía nada que no hubiese manipulado yo misma: es lo que tiene no poder confiar en nadie de tu alrededor.

El restaurante era cutre a más no poder, y si tuviese que buscar algún sitio donde llenar el estómago, el último lugar donde acudiría sería a este. Eché un rápido vistazo y barrí la zona e instantes después me topé de frente con una joven que se encontraba clavada detrás de un mostrador y que, con total seguridad, todavía estaría cursando sus estudios universitarios. Era de cuerpo menudo y tenía unos enormes ojos verdes tan expresivos que, aunque no lo quisiera, hablaban por sí solos.

—¡Muy buenos días, bienvenida al Big Burger! El mejor lugar donde poder disfrutar de una deliciosa hamburguesa y del mejor servicio. ¿Qué desea?

«¡No me jodas!». ¡¿De verdad voy a tener que soltar toda esa verborrea cada vez que alguien cruce por la jodida puerta?!».

—Gracias... ah... —Afiné la vista para leer su nombre en la tarjeta identificativa que llevaba colgada a un lado del pecho— ...Marie. Pero yo venía a ver al señor Forest, tengo una entrevista con él. ¿Podrías indicarme dónde lo puedo encontrar?



—¡Oh, claro! —Abrió tanto los ojos por la sorpresa que pensé que uno de los dos le saltaría y empezaría a rodar como una canica sobre el mostrador—. ¡Ahora mismo aviso al señor Forest de que estás aquí! —Una gran sonrisa se dibujó en su rostro, como si la idea de que fuésemos compañeras le agradara de verdad.

—Gracias, eres muy amable —Hice el amago de sonreír con intención de corresponderle.

Dio media vuelta para perderse por algún lado que me fue imposible de ver, pero tuve tiempo suficiente como para darme cuenta del tipo de uniforme que llevaba puesto: típica camisa entallada de pésima calidad, bueno, más que entallada, apretada y que poca cosa dejaba a la imaginación, en un color celeste con una fina raya en el contorno en un azul más oscuro, a conjunto de una falda que no sé hasta qué punto su largura era decente para ir a trabajar. Podríamos decir que era el típico modelito pensado para atraer a más clientes masculinos que femeninos, algo que me irritaba de veras si me detenía a pensarlo. Me pregunté si los cocineros llevarían también un uniforme igual de insinuante que aquel.

«Vale, esto mejora por momentos», pensé al tiempo que me frotaba la frente con dos dedos mientras ojeaba las destartaladas máquinas de batido que quedaban enfrente, tras el mostrador.

No pude evitar recordar en ese instante lo cómodo que resultaba el uniforme sanitario de color verde y la bata blanca de médico. Rememoré, en cuestión de segundos, todos esos buenos momentos que había compartido con mis compañeros de quirófano e, incluso, con algunos de los pacientes que se hacían de querer, y ya nada de eso volvería. Mi estatus como doctora se había esfumado por el sumidero para dar paso a la viva imagen de una cajera de hamburguesería cachonda. ¡Dios, si mi madre levantase la cabeza y viera en lo que me he convertido!

—Señorita Turner... —La voz de un hombre sacudió mis pensamientos para arrastrarme de vuelta a la realidad, perdón, a la cruda y asquerosa realidad.

—Sí, la misma. —Cada vez se me daba mejor mentir y meterme en el papel de alguien que no era. Descubrí una faceta de actriz que desconocía poseer.

—Pase por aquí, por favor. —El que parecía ser el jefe del lugar alargó una mano e indicó el camino a seguir—. Acompáñeme al despacho.

—Por supuesto.

Bordeé el mostrador para encaminarme por donde señalaba el hombre de avanzada edad, bajito y, por supuesto, cómo no, rechoncho; se notaba que era el orgulloso dueño de una pequeña hamburguesería familiar y que disfrutaba comiendo, sobre todo, la comida basura que servían. Cruzamos por un estrecho pasillo repleto de cajas amontonadas a ambos lados para llegar poco después a un ridículo despacho que, no sé el por qué, pero, asombrosamente, olía a pescado. Y no me preguntéis el motivo porque desconozco la razón de que en un lugar donde se cocina carne huelga a todo lo contrario.

—Tome asiento, por favor —me invitó al tiempo que él se sentaba en frente de un pequeño escritorio descantillado repleto de papeles, facturas y cajas vacías de aros de cebolla manchadas de aceite.

—Gracias. —Dejé la mochila en el suelo y centré mi atención en lo que tuviese que decir.

—Como le dije por teléfono, la vacante para la que usted optó ya ha sido cubierta. —Se reclinó en la silla y depositó sus rollizos dedos entrecruzados sobre su abultada barriga—. Pero estamos buscando a alguien que cubra el puesto de cajera en el turno de las mañanas y que esté disponible los viernes por la noche.

Me contempló y esperó, supongo, una respuesta afirmativa por mi parte, pero decidí recibir algo más de información antes de asentir con la cabeza.

—El sueldo sería de unos ochocientos dólares más propinas. —Hizo un parón antes de nombrar las tareas que debía llevar a cabo sin demasiado entusiasmo y con ciertos aires de superioridad—. Deberá atender a los clientes con cara de felicidad, coger sus comandas y pasarlas a cocina y, cómo no, cobrar sin equivocarse. ¿Cree que será capaz de hacerlo, señorita Turner?

«¿De verdad me pregunta eso? ¡Ja, esto es el colmo!».

Dejé escapar el aire poco a poco mientras vaciaba los pulmones y me contenía de decirle un par de cosas respecto a mis capacidades laborales porque, por desgracia, necesitaba aquel maldito trabajo.

—Creo que seré capaz de hacerlo, señor Forest. —Dibujé una falsa sonrisa y entrelacé yo también los dedos para descansarlos sobre el escritorio,

antes de imitar su postura.

«Viejo cabrón», escupí para mis adentros al observar cómo su sonrisa de satisfacción se ensanchaba, como si estuviese seguro de que mi presencia ataviada con aquel peculiar uniforme le fuera a aportar unas ganancias extras: pude leerlo en su arrugado rostro.

—Pero hay algo que debo pedirle... —Eché el cuerpo hacia delante y acorté la distancia para exigir un sí como respuesta.

Frunció el ceño como si no esperase una petición por mi parte y solo deseara que actuase de forma sumisa ante su posición.

—Usted dirá... —Su gesto mutó al de verdadero interés.

—Todo se hará bajo mano, sueldo en un sobre y nada de altas en la seguridad social.

Por la risa torcida que me regaló instantes después, supe que mis palabras fueron música para sus oídos. Ahí me di cuenta del tipo de empresario que era aquella desagradable bola repleta de colesterol.

El cielo seguía cubierto de una espesa capa gris que ensombrecía cada rincón de aquella lúgubre ciudad. El mismo color del que parecía estar teñida la vida por aquellas calles medio desiertas. Con el río Detroit a las espaldas, me encaminaba hacia uno de sus distritos donde fachadas medio derrumbadas deslucían otras con enormes pintadas de colores y, aunque parezca mentira y difícil de creer, algunos árboles sin ningún tipo de follaje estaban vestidos con cintas, peluches e incluso algún carro de la compra que colgaba de sus desnudas ramas. La imagen no podía ser más impactante y siniestra. Y podía sentir cómo al cruzar por esa zona, todos y cada uno de mis pelos se ponían de punta al erizármeme la piel mientras el corazón empezaba a bombear con fuerza, y mis pulsaciones se aceleraban de forma cruel. El estómago se contraía encogiéndoseme y, desde hacía mucho tiempo, no sentía un temor tan grande como ese, y es que no olvidemos que yo no estaba acostumbrada a esos lugares ni a ese tipo de vida, sino a todo lo contrario: yo vivía en un impresionante dúplex en la preciosa ciudad de Seattle, en uno de sus mejores barrios. Disponía de un impresionante BMW Z4 y, cada viernes, después de hacer lo que más me apasionaba, salía a tomar una copa de vino por los mejores restaurantes de estilo francés engalanada con mis mejores tejanos de

Calvin Klein y mis delicadas blusas de Chanel. Me rodeaba de gente con estilo y *glamour*, de hombres con olorosas fragancias y carísimos trajes, con los que disfrutaba de noches enteras plagadas de un sexo de calidad media. Y lo mejor de todo es que siempre podía llamar a cualquier hora y en cualquier momento a mi madre para contarle mis locuras o problemas..., pero eso hace mucho tiempo que se terminó. Un violento cáncer nos la arrebató de la forma más triste y desgarradora; en cuatro meses nos quedamos huérfanos de amor y desamparados de la paz y la tranquilidad con la que ella sumía nuestro hogar. El peor de los efectos de su pérdida fue la depresión a la que fue arrastrado mi padre, llevándolo por un oscuro y espinoso camino sin salida. No fue consciente de dónde se estaba metiendo hasta que fue demasiado tarde, y ahora aquí estoy yo: delante de una enorme puerta roja con unas letras pintadas a mano en color negro, donde se puede leer: Snake. Club de Lucha, siendo mi desgracia el resultado de sus terribles decisiones.

«Dios, papá, ¿por qué lo tuviste que hacer?».

Era el primer día que acudía a aquel club bautizado con el nombre de un animal de sangre fría. Quedé en que asistiría tres veces por semana y el día sería de libre elección, pero por mi turno en el trabajo me tocaría acudir siempre en horario de tarde, además, al parecer había ciertas horas en las que según algunas personas teníamos prohibido la entrada, y podía imaginarme a qué se debía: peleas clandestinas o peleas acordadas, como queráis llamarlas. El local era enorme y los muros de bloque visto estaban pintados de color negro dando profundidad e intimidad al lugar, alumbrado tan solo por unos cuantos tubos fluorescentes y varias lámparas de aspecto industrial en color bronce. Los interiores lucían abiertos y sin ninguna pared de por medio dejando todas las zonas expuestas a la vista, a excepción de una destinada a algo en concreto, que se escondía detrás de una puerta de hierro que intentaba pasar desapercibida en un lateral, en el lado contrario donde se encontraban las duchas compartidas sin discriminación de sexos, porque si entrabas allí, ya sabías a lo que atenerte o, por lo menos, ese era el lema del lugar:

«Si entras aquí es para pelear sin importar cómo seas, tan solo lucha y sobrevive».

Y yo tenía muy claro qué quería hacer: aprender a luchar y, por descontado, sobrevivir, ya que lo de vivir era un sueño perdido. Me enfundé en unas mallas negras a conjunto con una camiseta de manga corta del mismo tono y con la melena rubia recogida en una cola de caballo. Me preparé como quien va a dar el mejor de los espectáculos. En cuanto solté la mochila en los vestidores me dispuse a salir, pero no sin antes contemplar cada rincón con detenimiento y sopesar por cuál decantarme primero. Había sacos de boxeo a la espera de ser golpeados al lado de pesas de musculación de varios kilos y medidas, cuerdas de saltar junto a pequeños *punching ball* de pared, neumáticos colocados en el suelo para botar sobre ellos, y así trabajar la congestión del tren inferior; pequeñas peras colgantes con las que trabajar el instinto pugilístico, maquinaria de musculatura, varios *uppercat* de pared, mancuernas de varios kilos, barras paralelas y demás artículos de preparación dispuestos a ser utilizados por los más fuertes y salvajes. Vamos, todo un mundo desconocido y que debía descubrir poco a poco.

—Vale, Sasha, que no te intimiden todos estos cuerpos sudorosos y llenos de músculos —animé a mi autoestima con la intención de que mi pobre ego no se viese afectado, ya que era inevitable sentirme pequeña e indefensa ante tantos dioses del boxeo. Sus cuerpos eran duros, firmes, torneados, y su musculatura se contraía cada vez que soltaban golpes al aire o impactaban contra algo duro—. ¡Joder! —solté sin que se me oyera en ningún sitio en cuanto vi cómo una chica golpeaba contra el escudo que sujetaba otro joven de cabeza rapada mientras intentaba mantenerse en el sitio—. No quisiera encontrarme con ella en unos grandes almacenes el día de las rebajas...

A mis oídos llegaban gritos, expresiones de dolor y alguna que otra lamentación desde los rincones de la sala, tantos que consiguieron que me preguntase si era allí dónde quería estar, pero la respuesta era un «sí» rotundo porque no quería, debía y tenía que prepararme por si el peor de los momentos llegaba y necesitaba poder defenderme de las personas más despiadadas que caminan sobre la faz de esta tierra.

—Si te lo piensas mucho, jamás te atreverás...

Una voz a mi lado me sobresaltó, pillándome por sorpresa. Estaba tan concentrada estudiando los movimientos perfectamente coordinados de todos y

cada uno de los asistentes que me rodeaban, que me quedé en Babia.

—No, yo, bueno, es que... —Alcé la mano y señalé a aquellos incansables luchadores delante de nosotros.

—Lo sé, son excelentes máquinas de matar, y por eso mismo no puedes quedarte aquí parada mirando.

—¿Por qué lo dices? —quise saber. La curiosidad en ocasiones tomaba las riendas cuando menos me lo esperaba.

Fue entonces cuando me detuve a observarlo: era un chico alto y grande, incluso demasiado para mi gusto, y que bien me sacaría una cabeza y media. Me fijé en que llevaba una cicatriz en el mentón y que, además, una de sus cejas lucía partida, ofreciéndole cierto aspecto inquietante. Su piel era de color caramelo decorada con restos de tinta y sus ojos eran de un intenso negro al igual que su cabello recogido en una pequeña cola en lo alto de la cabeza, haciendo honor a un antiguo Samurai aunque sus rasgos se asemejaban más al de un gran samoano. Tragué saliva y vi cómo mientras que hablaba conmigo se colocaba una venda roja alrededor de la muñeca, pasándola por la mano antes de rodear el pulgar.

—Digamos que hay algunos a los que no les gusta que los observen... — Echó un rápido vistazo por la sala para después volver a mí—. Además, no creo que te hayas apuntado para mirar. —Dejó ver el reflejo de la duda en su mirada—. Dime, ¿a qué has venido? ¿Qué o a quién buscas? —Su voz sonaba firme y dura, pero, asombrosamente, había algo en ella que transmitía calma. Algo que hacía mucho tiempo que no encontraba.

Parpadeé un par veces antes de responder. Me crucé de brazos y dejé caer el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo.

—¿A qué crees tú que he venido?

«¿Responder con una pregunta es una respuesta?».

Porque ¿qué se suponía que le debía decir? ¿Que estaba huyendo de algo o de alguien letal y que me escondía en uno de los suburbios más chungos de todo Detroit? ¿Que necesitaba prepararme para que no me mataran? ¿Que alguien que no conozco pedía mi cabeza por un motivo que no sé? Pues sí, supongo que algo así debería haber confesado, pero como lo de mentir se convirtió en un modo de vida, eso hice. No podía fiarme de nadie, aunque tan solo estuviese de paso.

—No lo sé, deslúmbreme... —inquirió, se llevó los puños vendados a la cintura y exigió una contestación—. Te aconsejo que pienses bien tu respuesta. Aquí hay gente que por mucho menos sería capaz de matar. Estas personas no están aquí por casualidad y no les gustan los intrusos. —Se ajustó la ancha goma del pantalón de boxeo y fingió ignorarme.

«Joder».

Ese comentario agitó mi estómago y consiguió que me diese un vuelco el corazón, pero era consciente de que debía mantener la calma para no levantar sospechas.

—Quería probar... —me aventuré a decir.

Detuvo lo que estaba haciendo y arqueó una ceja en silencio.

—Error.

Rápidamente supe que pocos intentos me quedaban, así que decidí atajar para que aquel pequeño interrogatorio improvisado terminase lo antes posible y de la mejor de las formas.

—Estoy aquí para prepararme.

—¿Para qué? —fue contundente en su pregunta.

Buscaba algo, quería una respuesta acertada con la que ganarme un puesto entre aquellas bestias. Respiré hondo y me mordí con fuerza el labio inferior antes de volver a tragar saliva delante de esos oscuros ojos que me escrutaban con detenimiento, porque me olía que no había sitio para margen de error: aquello no era el gimnasio del barrio donde ir a quemar unas cuantas calorías ni a lucir modelito, eso estaba claro.

—Para ser la mejor, para poder matar a todo desgraciado que se atreva a ponerme una mano encima.

¡Bingo! Parecía que acababa de dar de pleno en la diana con la respuesta. Una declaración que hasta yo me estremecí al escucharla. Se cruzó de brazos e irguió su imponente cuerpo tatuado para mirarme desde arriba justo cuando las comisuras de sus labios se torcían de forma discreta.

—Entonces, estás en el lugar adecuado. —Ensancho las aletas de la nariz antes de añadir algo a su afirmación—. Bienvenida a mi casa. Soy Jusper, pero todos me llaman Dangerouse.

¡Genial! Un tío de medidas dos por dos con un nombre intimidante. Justo lo que necesitaba cerca, más «peligro» todavía.

—Soy... Ssssa... —carraspeé a tiempo—... Emma. —Esto de esconderse detrás de nombres falsos acabaría pasándome factura, lo veía venir.

«¡Joder, Sasha, casi la cagas!».

Imité su postura.

—Encantado, Emma. —No hubo estrechamiento de manos ni cortesías por su parte—. Déjame que te regale un consejo: aquí los mentirosos no gustan, no suelen durar mucho.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos más, hasta que decidió darme la espalda para dirigirse al enorme cuadrilátero central donde alguien lo esperaba ansioso por entrenar: un cuadrilátero que intimidaba ya solo con ojearlo y pasar por el lado.

«Fantástico consejo», pensé al tiempo que observaba cómo se alejaba.

Hinché el pecho bajo la camiseta negra, cogí aire por la nariz y lo dejé escapar con lentitud por la boca mientras tanteaba por dónde comenzar, preguntándome cuánto duraría mi suerte en aquella inquietante jungla.



## CAPÍTULO 3

**D**e todos los lugares donde había estado hasta el momento, Detroit resultaba ser de lejos el más frío. Las temperaturas eran bajas y los días durante esas dos semanas lucían grises y lluviosos. Se podría decir que la humedad te calaba hasta los huesos, congelándote hasta el corazón. Sabía que la nieve no tardaría en hacer acto de presencia como era de esperar entre los meses de noviembre hasta abril. Y, para rematar, cada vez era más difícil calentarse en aquel ruin y asqueroso apartamento o, mejor dicho, roñoso cuchitril.

—¡Venga, no me jodas! ¡Otra vez no! —rogué al desconchado techo de la ducha—. ¡Gggrrrrrr!

El agua caliente al parecer escaseaba por allí y era todo un lujo disfrutar de ella más de ocho minutos seguidos. Terminé de aclararme el cabello como pude y justo cerré el grifo cuando el agua empezaba a salir insoportablemente helada. Sequé mi cuerpo con rapidez por miedo a morir de una hipotermia y enrollé la pequeña toalla en mi cabeza, después me vestí de forma atropellada para asistir al primer día de trabajo en el Big Burger. El sueño de cualquier ciudadano americano (léase con ironía, por favor).

Aquella mañana me permití el lujo de coger el autobús por temor a llegar tarde porque, aunque no fuese el mejor de los empleos, me habían dado una oportunidad y cumpliría con ella de forma satisfactoria, aunque tan solo fuera para seis meses. El bus se detenía a la hora exacta en la esquina contraria a mi nuevo empleo. Entré por la puerta decidida, cuando la enorme sonrisa postiza de Marie en un color fucsia intenso me recibió, aportando algo de color a mi vida y alterando la paleta de matices, ya que hacía muchísimo tiempo que el negro y el gris me acompañaban a todas partes.

—¡Hola, Emma! —Por lo visto la euforia era uno de sus puntos fuertes.

La saludé con menos entusiasmo, colocándome a su lado tras el mostrador.

—Hola, Marie, ¿qué tal todo?

—Pues muy bien, bueno, tan solo han venido tres personas, pero el señor Forest dice que no pasa nada, que no hay de qué preocuparse, que solo es una mala racha... —me informó como si fuese un dato importante a conocer.

La joven cubría el turno de noche y yo entraba a las siete de la mañana para reemplazarla, ya que la hamburguesería era veinticuatro horas y no cerraba sus puertas ningún día de la semana.

—¿Solo tres personas en toda la noche? —resoplé al pensar en que eso era lo peor que te podía ocurrir en uno de los empleos más aburridos y monótonos que existen.

Mérito tenía no dormirse a la espera de que algún buen samaritano cruzase la puerta en busca de una gigante y grasienta hamburguesa a las tantas de la madrugada. Ella asintió e hizo una mueca al tiempo que el señor Forest, acompañado por su prominente barriga que abría camino, asomaba la cabeza a nuestras espaldas como todo buen fisgón.

—Llega un cuarto de hora antes, señorita Turner. —Ojeó su reloj de pulsera y mostró un gesto de desaprobación.

—Sí, es una mala costumbre que tengo: llegar antes de tiempo a mi puesto de trabajo... —respondí con cierta ironía.

«Capullo».

—Pues no espere cobrarlo, aquí no hay horas extras que valgan —advirtió.

—Descuide, a partir de ahora llegaré más puntual...

¡Dios, resultaba tan estúpido y surrealista aquel comentario! ¡¿Qué tipo de jefe se queja porque su empleado llegue con tiempo para incorporarse a su puesto de trabajo?! Pues está claro: una rastrera rata grasienta de alcantarilla.

—Veo que el uniforme le sienta igual de bien que a la señorita Marie... —comentó al tiempo que repasaba mis curvas de arriba a abajo con la mirada y con demasiado detenimiento incluso. Esperé a que sus pupilas estuviesen a mi altura para responder con sequedad.

—Veo que de eso no se queja —lo acusé, cruzándome de brazos para cubrir con ellos todo lo posible mis pechos debajo de aquella fina camisa que poco dejaba a la imaginación.

—Oh, no, no, no... No vaya a pensar nada raro, señorita Turner, Dios me libre. —Negó con la cabeza y escondió a duras penas y con mucha dificultad una delatadora sonrisa en los labios—. Yo soy un hombre honrado y casado, no me malinterprete. Jamás intentaría algo con una empleada joven y guapa que trabaja para mí.

Mi propio silencio fue su sentencia. Ahí se dio cuenta de que yo no era una cría de diecinueve años a la que poder mangonear ni con la que poder propasarse. Carraspeó al tiempo que se recolocaba bien la corbata en tonos azules con gesto nervioso y, seguidamente, se giró para entrar en las cocinas al pretender huir de mi mirada acusatoria.

—Creo recordar que el día de la entrevista no le presenté a otro de sus compañeros, sígame —exigió con idea de dejar en el aire esa nube de incomodidad que él mismo había creado—. Le presento a Strogonov. Él es uno de los dos cocineros que tenemos aquí, pero no se moleste en intercambiar opiniones con él: no entiende el idioma.

Frente a los fogones se encontraba un enorme cuerpo vestido todo de blanco y de rasgos acentuados, manipulando algún tipo de alimento desconocido. Su rostro de duras facciones delataban a un hombre recio y que a primera vista imponía muchísimo respeto, incluso, diría que hasta cierto temor. Nos regaló una mirada recelosa y, sin ni siquiera abrir la boca, siguió a lo suyo como si aquel fuese su territorio y no tuviéramos derecho a estar allí dentro.

—Como puede ver es un hombre parco en palabras. —El señor Forest bromeó sin un ápice de gracia, riéndose tan solo él de su ocurrencia.

Busqué la hora en mi reloj de muñeca y vi que ya eran las siete en punto.

—Bueno, ahora sí, será mejor que me incorpore a mi puesto de trabajo, ya es la hora. No quisiera que Marie terminase tarde por mi culpa.

—Claro, por supuesto... —asintió satisfecho y complacido.

Y cinco minutos después ya cogía mi primer pedido: dos hamburguesas «Bull» acompañadas de patatas fritas con mantequilla de bacon y dos grasientos batidos de chocolate con nata.

¡Si es que hasta igual había nacido para aquello y yo lo ignoraba! El turno entero, por desgracia, fue más de lo mismo. Una vez más echaba de menos la tensión de los quirófanos y jugar con sus instrumentales. Recuerdos,

recuerdos, recuerdos... Algo que se esfumaba con demasiada rapidez y que dejaba un vacío en el pecho demasiado intenso y doloroso.

Después de superar el primer día de trabajo en un turno aburridísimo, casi a las cuatro de la tarde entraba en el temeroso edificio apuntalado que aspecto tenía de derrumbarse de un momento a otro, crucé frente a la puerta de la señora Collins y recordé que me dio de plazo hasta el viernes para hacer efectivo el pago de la luz y el gas, o sea, que eso significaba que mañana se cumplía la fecha marcada por la anciana y que no había margen de excusa. Subí por las escaleras hasta el primer piso y, justo al girar en el rellano, de repente, un cuerpo salido de la nada se interpuso en el camino cortándome el paso y con la clara intención de acorralarme contra la pared.

—Vaya, qué sorpresa tan agradable. —Henry me saludaba con una inquietante mirada de inocente depredador—. Mira qué solita vienes... —Fingió un ridículo puchero de enfermo desequilibrado.

«Joder».

Temí que de un momento a otro se fuese a abalanzar sobre mi yugular, ya que su gesto invitaba a pensar en ello.

—Disculpa... —Mis músculos se tensaron de inmediato con su inesperada presencia. Fui a esquivarlo por la derecha, pero se hizo a un lado impidiéndome cruzar.

—¿Adónde va una chica tan guapa como tú con tanta prisa? —Sus pupilas me ojearon de arriba a abajo con detenimiento, repasaron todo mi cuerpo por encima de la tela.

—¿Te importa dejarme pasar? —Cerré los ojos y respiré hondo antes de volver a mirarlo en modo de advertencia.

—Bonito uniforme... —Pude apreciar cómo se estiraba de la parte de la bragueta con una mano que guardaba en el mismo bolsillo del pantalón—. Te sienta muy bien. —Bajó el tono de voz e hizo el intento de acercar su rostro para olfatearme como un sucio perro, pero di un paso atrás y puse distancia—. Demasiado bien, me gustas mucho...

Fue cuando supe que tenía que actuar rápido si no quería que sus manos acabasen en cualquier parte de mi anatomía.

—Apártate ahora mismo de mi camino si no quieres que te reviente las

pelotas de un rodillazo, enfermo cabrón. —Tensé la mandíbula, mentalizándome para atacar. Si tenía que golpear a aquel seboso para que me dejase tranquila, no iba a dudar ni un segundo en hacerlo—. Juro que lo haré antes de que puedas darte cuenta —lo amenacé con un dedo para que viese que no bromeaba lo más mínimo.

—Vale, vale... —Se hizo a un lado para pegar la espalda contra la mugrienta pared—. Yo tan solo quería ser amable y ofrecerte compañía...

Pasé por delante sin apartar la vista de él y fulminándolo al mismo tiempo.

—Pues que sea la última vez que me ofreces tu compañía, es más, que sea la última vez que me diriges la palabra o que te atreves a mirarme si quieres seguir respirando ese aire putrefacto que respiras —le advertí con los dientes apretados, solo me faltó gruñirle.

El semblante le cambió tanto que pude leer sus ganas de abalanzarse al sentirse profundamente herido por mis palabras. En sus ojos brotaba rabia y rencor; tenía una mirada turbia que sobrecogía, había algo en ella que inquietaba de forma exagerada. Llegué hasta la puerta y, sin apartar las pupilas de él, entré en el apartamento dejándolo a solas en el rellano. Apoyé el cuerpo contra la madera y me abracé con intención de calmar mis nervios sin mucho éxito, pues ese desequilibrado había conseguido que mi pulso se acelerara y que el estómago se me revolviera al pensar en una de sus manos recorriéndome la piel. Estaba claro que acababa de ganarme a pulso otro enemigo más y este, por desgracia, sí que sabía dónde encontrarme.

El olor a tortitas caseras con sirope de arce siempre conseguía hacerme rugir las tripas de apetito, era una de sus mayores especialidades y, como bien sabía ella, era uno de mis platos preferidos. Disfrutaba yendo cada sábado a desayunar con mis padres y al entrar en la espaciosa cocina de muebles blancos y azulejos ocres, el aroma a café recién hecho me inundara las fosas nasales y que terminase de despertarme. Y es que esos momentos para mí no tenían precio, gozaba de ellos tanto como ellos de mí. Nos contábamos las últimas anécdotas, los últimos cotilleos del barrio, nos reíamos por cualquier tontería y nos regalábamos abrazos sin motivo o sin razón. Estábamos tan unidos que, hasta en ocasiones, no parecíamos padres e hija. Eran mis mejores amigos y mis mayores cómplices, pero ejercían de progenitores cuando la

ocasión lo requería. Y lo peor es que jamás, por muchos años que pasaran, me acostumbraría a no tenerlos ya en mi vida. Eso era algo a lo que todavía no había sido capaz de hacer frente y dudaba de que llegase el momento que lo pudiera aceptar.

—¿Vas a querer zumo, hija? —Mi querido padre agitaba la jarra de vidrio ante mis ojos—. Lo acabo de preparar... —Sabía de sobras que me encantaba el zumo de naranja recién exprimido.

—Mmmm... Sí, por favor —respondí justo antes de cubrirme los labios para no perder ningún trozo mientras hablaba con la boca llena.

Cogió el vaso largo que le tendí y, tras llenarlo hasta los topes, lo depositó sobre la mesa redonda antes de regalarme el beso en la frente, el más tierno que podáis imaginar mientras su mujer lo observaba y se aguantaba una sonrisa por aquel gesto tan típico.

—Gracias, papá. —Sonreí agradecida, más que por el zumo por ese detalle de amor paternal.

—Y dime, ¿qué tienes pensado hacer para tu cumpleaños, cielo? —quiso saber mi madre, sentándose al lado y cruzándose de piernas.

—Oh, pues, creo que nada en especial... —Pinché con el tenedor otro trozo de esponjosa tortita chorreante de sirope—. Supongo que cenar en el piso con unos amigos y después salir a tomar unas copas.

—Y... ¿también irá ese nuevo compañero tuyo? —se interesó de nuevo él, guiñándome un ojo al proveer mi reacción.

Lo contemplé y no pude hacer otra cosa más que aguantarme una sonrisa.

—Sé por dónde vas, papá y no, no es mi novio.

—Que conste que yo no he dicho nada de novios. —Alzó las manos como si así prometiera ser inocente, algo que nos hizo mucha gracia. Siempre recurría a esas artimañas de «yo no he sido», y yo ya las conocía demasiado bien.

—Ya, claro... —Torcí la sonrisa un poco más.

—Si es que tampoco te hace falta, Charles. —Ahora era mi madre la que se levantaba para acercarse a la encimera en busca del azúcar y le regalaba un beso cargado de verdadero cariño.

Y es que aquello sí que era amor puro con todas las letras. Siempre me

*pregunté si yo llegaría a encontrar a alguien con quien compartir la vida entera, alguien en quien confiar plenamente hasta el día de mi muerte. Conocer una pequeña parte de lo que reflejaban sus miradas cada vez que se observaban con gran devoción. Llevaban cuarenta años juntos, que se dice pronto, y jamás los había visto discutir, por lo menos no en mi presencia. Se conocieron siendo unos jóvenes veinteañeros, cuando él fue en busca de un trabajo mejor del que disponía en su pueblo y por amor, se conformó con el primer empleo de camarero que le ofrecieron, con tal de verla cada día desde detrás de la barra. Por más veces que mi madre me hubiese explicado ya su tierna historia, jamás me cansaba de escucharla.*

*—¿Es que un padre no puede interesarse por la vida amorosa de su pequeña?*

*El sol brillaba colándose por la ventana y calentándome el rostro como era normal los meses de verano en Seattle. En aquella casa se respiraba paz y amor cada vez que iba a visitarles, y eso era algo que conseguía hacerme feliz y afortunada. Gracias al oficio de mi padre como abogado y al de mi madre como profesora había podido sacarme el doctorado en una de las mejores universidades con matrícula de honor. Y debo confesar que a ellos les debía mucho, por no decir que todo.*

*—No, no puede... —bromeé, guiñándole ahora yo el ojo y dándole un sorbo al vaso de cristal.*

*—Déjalo, cariño, es joven... —Mi madre se sentaba de nuevo en su puesto y se servía un poco de café humeante en su sagrada taza azul de porcelana—. No insistas. Si no quiere decirnos el nombre de su novio, digo, de su nuevo compañero, pues nada. —Estaba claro que eran un equipo hasta en esos pequeños detalles. Nos ojeó de soslayo y ahora fue ella quien sonreía, declarándose cómplice de mi progenitor.*

*—¡Oh, por favor, sois la leche! —Levanté las manos sin poder evitar echarme a reír—. ¡Mike no es mi novio!*

*—¡Por fin! —Mi padre elevó las manos y aplaudió antes de chocar los cinco con su preciosa mujer de cabellos dorados, tan iguales a los míos.*

*Todo el mundo aseguraba que éramos una calcomanía. Nos parecíamos tanto que cuando veíamos fotos de su juventud costaba diferenciarla de mí. Sus ojos azules eran igual de vivos y expresivos, y su elegancia era tal que*

*el nombre de señora se le quedaba corto.*

*—¡Buen trabajo, Charles! —exclamó con una lustrosa sonrisa en los labios.*

*—Y, ¿cuándo vamos a...?*

*De un brinco salté de la silla como si esta me quemase el trasero y los señalé con un dedo.*

*—¡No, no, de eso nada! ¡Ya os podéis olvidar de que lo traiga a casa!*

*Fue entonces cuando los tres rompimos a reír de verdad, a carcajada limpia. La felicidad que sentía cuando estaba cerca de ellos no podía ser más plena, nuestra relación padres e hija era estrecha y estaba asentada sobre unos cimientos de confianza y sinceridad.*

Me di cuenta de que tan solo era otro de mis recurrentes y dolorosos sueños cuando me percaté de que varias lágrimas se escapaban de los párpados cerrados y resbalaban poco a poco por mis mejillas de forma traicionera. La imagen de nosotros tres mientras disfrutábamos de un feliz desayuno se alejaba y se evaporaba como el humo de un putrefacto cigarro y esa visión se oscurecía para dar paso a una tormentosa realidad.

Me removí sobre el incómodo colchón y me acurruqué debajo de la manta, cubriendo con ella mi cuerpo y dando rienda suelta a un llanto agonizante y desgarrador.

—Dios, os echo tanto de menos... —sollocé con la voz quebrada—. Os necesito tanto...

Apretaba con ganas los ojos con intención de volver a dormirme, y así poder despedirme de ellos aunque fuese a través de un miserable sueño, despedirme antes de que los dos desaparecieran de mi vida de una forma desagradable y violenta: mi madre a causa de un terrible cáncer y mi padre... cruelmente asesinado por un desalmado animal.

—¿Por qué?! —pedí una explicación al cielo tras soltar un fuerte golpe con rabia en el colchón—. ¿Por qué os tuvisteis que marchar tan pronto y de esa forma?

Me incorporé en la cama porque la opresión del pecho conseguía ahogarme; contemplé a la nada a través de la ventana con los ojos inundados en lágrimas y me abracé a mí misma con más fuerza y desesperación que nunca.



—Os quiero, nunca os olvidaré —declaré, quedándome sin voz.

Hacía tiempo que no sentía el calor del cuerpo de otra persona, que unos brazos no me arrullaban, que unas manos no me tocaban, que unos labios no me besaban y que un hombre no me poseía. Tan solo había temor, inseguridad e incertidumbre, persiguiéndome incansablemente. Y lo peor de todo es que era consciente de que no quedaba mucho más tiempo para que llegase la hora. Sabía que era una jodida cuenta atrás.

«Tic-tac, tic-tac».

Volvía a estar enfundada en unas mallas negras, pero esta vez no me llegaban hasta los tobillos; en la parte de arriba había decidido ponerme un sujetador deportivo negro que resaltaba el rubio de la melena recogida en un moño alto y, por qué no decirlo, sostenía mis pechos a la perfección, juntándolos con descaro. El día anterior había sudado demasiado durante el entrenamiento por lo que había decidido llevar menos ropa puesta encima para sentirme mejor y más ligera. Después de llegar de trabajar, de tener el pequeño percance con Henry, por llamarlo de algún modo y de caer en ese pequeño sueño al sentarme en la cama a descansar, decidí que era momento de pasar a la acción. Las puertas del Snake se abrían por segunda vez para mí y, en esta ocasión, entraba algo menos cohibida a los vestidores.

—Sí, sí, lo sé... pero, créeme, si vuelve a cruzarse en mi camino, se acordará de mi nombre. Le romperé todos los putos huesos de la cara con el jodido puño americano.

Un chico bajito pero recio salía acompañado por otro que lucía múltiples tatuajes y cicatrices por brazos y torso.

«Vaya, alguien va a tener problemas».

Ninguno reparó en mi presencia, pero sus palabras dichas con tanta contundencia llamaron mi atención de forma discreta, fui a lo mío e hice como si nada; solté la bolsa en uno de los bancos que había pegados a una larga pared negra y, justo cuando me disponía a salir, un hombre robusto y completamente desnudo se cruzó en mi camino, alegrándome la vista al abandonar una de las duchas individuales.

«¡Joder! ¡Mi madre!».

Mirara donde mirara había un músculo empapado y trabajado debajo de

aquella piel blanca recubierta de vello. No era muy alto, pero se podría decir que tampoco era algo que me importase para nada ya que después de un año de sequía sexual la estatura no me sería un inconveniente, os lo aseguro. Pasó por el lado y ni siquiera me dedicó un segundo, se dirigió a los bancos de madera y de una de las bolsas extrajo unos calzoncillos grises que, con total agilidad y rapidez, se colocó, y no lo sé porque lo estuviese observando sino porque el rabillo del ojo, cuando una quiere, da para mucho.

«¡Por favor, qué calor!».

En ese instante hasta me replanteé llevar mucha ropa puesta encima.

Decidí abandonar los vestidores antes de que mi instinto reaccionara de una forma indebida y que mis manos se abalanzaran a agarrar sus hombros para tomarse la libertad de recorrer todo su pectoral con los dedos.

«Vale, Sasha, deja de pensar en eso».

Llegué hasta donde estuve el día anterior, como si de algún modo ya hubiese marcado mi territorio y, antes de nada, comencé con los calentamientos. ¿Qué ironía, verdad? Después de ver a semejante ejemplar, mi cuerpo ya se sentía caliente aunque los músculos no estuvieran preparados para golpear. De repente, una voz a mis espaldas me reclamó sin yo esperarlo.

—Veo que has decidido volver...

El que recordaba a un guerrero samoano me daba la bienvenida de nuevo, lucía su exagerada musculatura debajo de una ajustada camiseta negra de tirantes y un típico pantalón de boxeo.

«Dangerouse».

—¿Por qué no iba a hacerlo? —arrugué el ceño.

—¿Quieres que te sea sincero? —Se cruzó de brazos.

—Vale, ahora no sé si quiero que lo seas... —Eché un vistazo a alrededor de nosotros antes de volver a él. Llevé las manos a mi cintura y esperé a escuchar lo que tuviese que decir.

—Mira a toda esta gente y dime en qué os parecéis.

—¡Oh, venga! ¡No me jodas! —Dejé escapar una risa nerviosa.

Pero sus labios seguían apretados en una línea recta.

«Joder».

—¿Por qué no lo sueltas y te dejas de juegos? —La frase sonó más acusatoria de lo que en realidad pretendía.

—Creo que no hace falta que te diga que no encajas aquí.

Sus palabras me sorprendieron, y no fue para bien.

—¿Me estás echando? —pregunté, cruzando los brazos y arrugando el entrecejo, temiéndome lo peor.

—Estoy resaltando lo evidente. Sabes tan bien como yo que destacas por encima de los demás y no en el buen sentido.

«Mierda. ¿Qué coño ha querido decir?».

Mi cuerpo se tensó de forma inconsciente y las manos me comenzaron a sudar. Tragué saliva y mis ojos volaron a todas partes sin reparar en nada porque no podía negar que tenía razón, que por mucho que lo intentase mi imagen no era la que pretendía. Sentí un miedo atroz de que alguien se hubiese fijado en mi presencia y eso me pusiera en el punto de mira de mi peor enemigo.

—Entonces creo que...

—Lo que yo creo es que tendrás que entrenar mucho más duro. Demuestra de lo que eres capaz, saca la bestia que llevas dentro. No creo que hayas llegado hasta aquí por equivocación.

## CAPÍTULO 4

—¡Vamos, baja el codo, baja el codo! ¡Tienes que bajar más el codo y subir el puño para ese gancho! —me gritaba Dangerous mientras sujetaba el saco de boxeo y evitaba el balanceo—. ¡Recuerda lo que te he explicado! ¡Recuerda lo que te he explicado!

Mis manos enfundadas en unos grandes guantes azules se clavaban con ímpetu una y otra vez en la piel que lo recubría.

—¡Eso es, así! ¡Dale! ¡Dale! —Escuchaba su voz de fondo amortiguada por el ruido de mi agitada respiración—. ¡Vamos, pierna, pierna, pierna!

Sabía perfectamente que mis pantorrillas se resentirían y que acabaría saliéndome algún que otro morado, pero la adrenalina que sentía desbocada y que corría por mis venas me empujaba a no parar.

—¡Escúchame, escúchame bien! —Frenó el saco y lo retuvo en su sitio para captar mi atención—. Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, derecha, pierna.

—Espera, vuelve a repetirlo —pedí, apoyé los puños en las caderas al tiempo que respiraba con gran intensidad y de forma entrecortada.

Ese hombre era un jodido kamikaze, pretendía enseñarme los mejores golpes en un tiempo récord y no sabía hasta qué punto podría seguir su ritmo.

—¡Céntrate, me oyes! —Daba la impresión de que me estuviese regañando, pero tan solo intentaba prepararme lo mejor lo posible. Apuntó a mis ojos con dos de sus dedos para señalar, acto seguido, los suyos, con idea de dibujar un camino imaginario—. Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, derecha, pierna.

—¡Vale, lo tengo! —Choqué los nudillos y no pude evitar dar un par de saltitos a lo Rocky Balboa. Debo reconocer que me sentía poderosa y que la descarga de adrenalina me estaba sentando genial.

—¡Bebe!

—¿Qué?! —pregunté sin entender.

—¡Que bebas! —Señaló con un dedo la pequeña botella de líquido azul que descansaba en el suelo al lado de la toalla.

—¡Pero no tengo sed! —Alcé los brazos y elevé los guantes por encima de la cabeza para reforzar la afirmación.

—¡SÍ que la tienes, pero no te das cuenta! ¡Necesitas rehidratarte constantemente! ¡Estás perdiendo mucho líquido, así que bebe! —Volvió a indicar la botella sin darme tregua.

Y por descontado que le hice caso sin rechistar, al fin y al cabo, el entrenador era él, el que se había ofrecido a darme una buena e intensa instrucción era él, la viva imagen de un exótico y temerario guerrero.

—¡Venga, vamos, arréale fuerte! —me animó a seguir.

Un golpe, dos golpes, tres golpes...

—¡Otra vez! ¡Dale a ese cabrón con todas tus fuerzas! ¡Machácalo!

Sentía el corazón bombear con fuerza en el pecho, notaba cómo las piernas y los pies se clavaban en el suelo manteniéndome firme, y mi mandíbula se tensaba al concentrarme en sacar toda la ira contenida mientras la larga cola rubia se agitaba en el aire en un rápido bamboleo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritaba desde detrás del saco con cara de auténtico y temible gladiador, al tiempo que yo me imaginaba dándole de hostias a la vida, golpeándola con furia por todo ese dolor con el que estaba castigándome. Hasta por un momento me sentí ganadora y olvidé todas las desgracias.

—¡Vamos, una última vez!

Y así fue, después de machacar con todas las ganas aquella piel curtida de color negro, por fin dio por finalizado el duro entrenamiento.

—¡Dios, creo que voy a morir! —Dejé caer el cuerpo al suelo y me senté como pude, necesitaba apoyar la espalda contra la pared.

—Respira, respira, eso es, así... —Se agachó delante, en cuclillas—. Dame tus puños, te ayudaré a sacarte eso.

Aflojó la cuerda que se ajustaba a mis muñecas y estiró de los guantes, ayudándome a deshacerme de ellos.

—¿Estás bien? —quiso saber antes de buscar mis ojos. Supongo que lo

dudaba—. ¿Eh?

—Sí, estoy bien, gracias.

No me di cuenta de que desvié la vista a una chica que batallaba a sus espaldas como una mítica amazona subida al cuadrilátero. Era tremendo verla golpear, además de que su físico era impresionante: era morena y su cuerpo lucía firme y torneado, exuberante de verdad. Con total seguridad todos irían como locos por acostarse con ella porque se podría decir que era la perfección personificada con aquellos escuetos trozos de tela que cubrían mínimamente su cuerpo.

«¡Guau!».

—Cassandra —giró la cabeza para descubrir qué era lo que yo contemplaba con tanto asombro y fijación—, es una auténtica guerrera —aseguró como si la conociese bien—. Cuando lleves un año entrenando quizá te parezcas a ella...

La voz de Dangerouse consiguió que regresara al sitio. Y no creáis que no me quedaron ganas de decirle que, quizá, yo no disponía de tanto tiempo.

—Es impresionante —reconocí al volver a contemplarla.

—Bueno, reconozco que a ti tampoco se te da mal, parece que hayas nacido para repartir hostias. —Fue la única broma que había hecho desde que nos conocimos el día anterior, y lo único que consiguió fue que en mis labios se dibujase una pequeña sonrisa.

—Gracias, supongo...

—Supones bien. No suelo regalar cumplidos a nadie, así que considérate afortunada. Saboréalo, porque no se volverá a repetir.

Se puso en pie, oteándome una última vez desde lo alto.

—¿Mañana más? —preguntó con voz grave. Su frente también lucía perlada por varias gotas de sudor gracias al mínimo esfuerzo y a la temperatura de allí dentro.

Apoyé la palma de la mano en el suelo, ayudándome con ella a levantarme para quedar casi a su altura, casi.

—Mañana mucho más...

Arqueó una ceja aparentemente satisfecho con mis palabras y, en silencio, desapareció de mi vista. Cuando me quedé a solas en el rincón, contemplé a mi alrededor y, con una extraña sensación en el cuerpo, inspiré poco a poco

por la nariz para expulsar ese aire por la boca en un intenso suspiro, y es que desde hacía mucho tiempo no me sentía tan bien conmigo misma. Di un largo trago al líquido azul del botellín antes de dirigirme a los vestidores quitándome la goma del cabello por el camino, conseguí que estos acariciaran parte de mi espalda y mis hombros al caer en cascada. Cogí la toalla limpia y con gel en mano me deshice entera del placer bajo el chorro de agua caliente de la ducha que recorría mi cuerpo y limpiaba mi piel. Disfrutaba de saber que en unos minutos no comenzaría a salir helada, cuando unas voces entraron amortiguadas por una leves risas, pude adivinar que se trataba de una pareja por el ruido de diversos besos.

«Genial, a la mierda mi momento de relax».

Cerré el grifo muy a mi pesar y, quedándome con ganas de más, enrollé el cuerpo en la escueta toalla antes de salir.

—Venga, ¿de verdad no quieres que te ayude a enjabonarte? —Una chica morena con el cabello recogido en una trenza refregaba su cuerpo de forma insinuante contra un hombre al que no pude ver la cara.

—Aquí no... Ya lo sabes... —advertía él en un bajo tono de voz.

Pasé en silencio y de forma discreta por el lado para dirigirme hasta la mochila donde guardaba la ropa, cuando, con tan mala suerte, el gel se escurrió de mis manos y golpeó contra el suelo, conseguí interrumpir sus ñoñerías con el inoportuno ruido seco.

«Mierda, Sasha».

Me agaché de forma rápida a recogerlo, sujeté mis pechos para evitar que estos quedaran expuestos sin querer y, en cuanto me erguí, descubrí que los dos me contemplaban. Su atención se centraba ahora en mí, logrando que me sintiese más que observada, algo que quería evitar a toda costa.

«Genial, lo has conseguido».

Ella me miraba con cara de rancia al haber interrumpido su jueguito caliente y él... él me ojeaba de un modo diferente, peculiar, con verdadera atención. Diría que hasta se aguantó una sonrisa en esos bonitos labios que resultaban *sexys* a rabiar. Me fijé en la expresión de sus ojos porque parecían no tener intención de despegarse de los míos y aquello produjo que mi entrepierna se agitase por su descaró, pues tenía una mirada intensa y su mandíbula se remarcaba cuadrada bajo una discreta perilla, ofreciéndole unos

rasgos masculinos de verdad.

«Vaya».

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —La morena se colocó de nuevo en su campo de visión y rompió nuestro contacto visual, y pensé que eso sería lo mejor para todos.

Giré sobre los talones justo cuando las manos de chica se posaron sobre la tela de la camiseta gris del atractivo hombre y él llevaba las suyas a las caderas de su acompañante en respuesta. Cogí la ropa para resguardarme después de sus miradas detrás de una taquilla que sobresalía. Me vestí lo más rápido posible y, en cuanto lo hice, con mochila en mano, salí escopeteada de allí. Pero para entonces la pareja ya no estaba, tan solo el sonido de un grifo abierto y de un excesivo manoseo se escuchaba en el interior.

Esa noche conseguí dormir algo más y mejor, cierto era que el duro entrenamiento al que Dangerouse me había sometido, sumado a la larga ducha caliente que había podido disfrutar en el Snake, me habían servido de placebo, al actuar como un potente y letal somnífero que a punto estuvo de dejarme en coma. Hacía tiempo que no conseguía dormir cinco horas seguidas y esa noche lo había logrado; fue desplomarme sobre el colchón y caer en un profundo sueño del que no recuerdo absolutamente nada y, varias horas después, justo a las seis de la mañana, el despertador sonaba e indicaba ser el segundo día de trabajo. Volví a disfrazarme de cajera cachonda con aquel uniforme de color azul y me escondí debajo de un abrigo negro para coger el autobús.

«Dios, ¡qué frío!».

Poca gente andaba a esas horas por las calles, pero el que lo hacía iba abrigado hasta las orejas y maldecía a los dioses por tan poca consideración. Durante el trayecto al Big Burger intentaba evadirme de mis desgracias, dejé la mente en blanco mientras ojeaba una de mis uñas cortadas sin rastro de esmalte alguno, tan diferentes a como solía llevarlas siempre, pero, sin querer, pensé en el tiempo que hacía que no acudía a una peluquería a recortar las puntas de mi larga melena o, simplemente, me premiaba con el placer de una mascarilla facial. En mi rostro ya no había rastro de maquillaje y mi piel lucía nivea y delicada. Mis ojos azules hacía tiempo que no se resaltaban con una buena máscara de pestañas ni mis labios saboreaban los restos de un carmín.



Y es que cuando lo pierdes todo y no tienes nada, aprendes a priorizar tus necesidades.

—¡Hola, Emma! ¡Qué guapa te veo hoy!

Marie saludaba con el principio de unas ojeras grisáceas.

—Gracias, Marie, será que esta noche he dormido mejor... —Mostré una débil sonrisa, colocándome a su lado—. ¿Qué tal el trabajo? —pregunté por cortesía, porque la verdad es que me importaba una verdadera mierda las ganancias de aquel negocio.

—Bueno, ha habido un poco más de movimiento, pero... tampoco gran cosa.

—Quizá esta noche se anime al ser viernes —comenté, apoyándome en el mostrador.

—Eso espero, que... ¡ah, por cierto, esta noche trabajamos juntas!

«¡Joder, es verdad, lo había olvidado por completo!».

Un detalle en el que no había reparado: aquella noche me tocaba trabajar. Algo que para nada me hacía gracia. No por el hecho en sí, sino porque llevaba un año entero evitando salir a la calle cuando oscurecía. Toda precaución era poca en mi situación. Pero era parte del contrato y había que cumplirlo. Tendría más cuidado del que ya tengo y agudizaría los sentidos, poniéndome en situación de alerta.

—Sí, es cierto —reconocí sin demasiado entusiasmo.

—¡Qué bien, me alegro de que coincidamos! —Se notaba que aquella joven vivía en un mundo de flores y colores en una ciudad opaca. Tenía una inocencia insultante ante las adversidades de esta vida.

Busqué la hora en mi reloj de pulsera y vi que eran las siete en punto.

—Es tu hora de terminar, Marie, yo me ocupo.

—¡Está bien! —asintió feliz y, con una majestuosa sonrisa en los labios, se dirigió en busca de su bolso—. ¡Ups, se me olvidaba! —Dio media vuelta y levantó un dedo—. El señor Forest no vendrá en todo el día, no sé qué ha dicho de su mujer... y de que estará ocupado. —Puso los ojos en blancos y, ahora sí, dándome la espalda, dio por finalizada la frase y su turno, sin aportar muchos más datos al respecto.

—De acuerdo, gracias por avisar —solté, por decir algo porque de poco había servido aquella escueta información.

La vi marcharse, y yo centré la atención en lo mío, pero los minutos y las horas pasaban y la jodida puerta del Big Burger no se abría ni para que corriese el aire. Hasta que a la una del mediodía, dos jóvenes con gorra de beisbol y atuendo informal entraron entre carcajadas.

—¡Joder, ya te digo! —El más alto le daba un codazo al otro antes de detenerse frente al mostrador.

—Buenas tardes, ¿qué desean? —Para nada estaba dispuesta a soltar todo ese rollo con el que Marie recibía a los clientes. Bastante tenía ya con llevar aquel insultante uniforme.

—Hola, pues... ah... —Los dos echaron la cabeza hacia detrás con intención de ojear los paneles luminosos que había en la parte superior, donde todos los tipos de hamburguesas se mostraban en fotografías. Unas fotos cutres, antiguas y descoloridas —que dificultad había para descubrir lo que se hallaba bajo la capa de grasa y polvo que las recubría a modo de azúcar glas, todo hay que decirlo—.

—Yo quiero la hamburguesa gigante con queso, lechuga y sin tomate, acompañada con patatas glaseadas con mantequilla de bacon —se adelantó a pedir el otro, llevándolo más que aprendido.

—¿Y para beber?

—Coca-Cola.

—Ajá... —Tecleé en el ordenador de la caja el pedido para que llegase directamente a cocina—. ¿Lo pongo todo en un mismo pedido o por separado?

—Junto —aseguró uno de ellos—. Y a mí ponme lo mismo, pero añade unos *nuggets* picantes.

—Está bien. —Grabé el segundo pedido—. ¿Para llevar o para comer aquí?

—Para comer aquí —respondió el mismo.

—De acuerdo. —Busqué el total en la pantalla—. Pues será todo ocho dólares con treinta, por favor.

Los dos al mismo tiempo extrajeron de sus bolsillos traseros la cartera e hicieron efectivo el pedido después de que les sirviera sus bebidas en un vaso desechable de cartón.

—En cuanto estén preparadas las comandas, les avisaremos mediante un número en color verde que aparecerá en la pantalla, gracias.

Se alejaron del mostrador para sentarse en una de las mesas cuadradas del fondo provistas con dos bancos de maderas en forma de «L». Guardé el *ticket* en la caja y esperé a que Strogonov pasase el pedido por la bandeja separadora de acero inoxidable, pero los minutos corrían y a aquel lado no llegaba absolutamente nada. Ojeé la pantalla por si me ofrecía cierta información de cómo se encontraban los encargos, aunque de poco sirvió: seguía igual que antes de que los jóvenes entrasen, hacía quince minutos ya. Y contando que tan solo tenía que montar las hamburguesas con los ingredientes que habían repartidos en las gavetas de plástico, mucho tardaba.

«¡¿Joder, pero qué coño pasa?!».

Revisé el ordenador donde se mostraba el menú que había grabado, y dudé de que lo hubiese cerrado de forma correcta.

«Pero si está bien».

Iba hablándome sola en la cabeza sin encontrar una explicación. Volví a buscar algún cambio de estado en donde los chicos ojeaban cada dos por tres mientras esperaban a ser avisados.

«Mierda, ¡pero qué cojones hace el puto cocinero!».

Comenzaba a ponerme nerviosa y veía cómo los clientes se movían inquietos a la vez que hambrientos. Así que antes de ganarme una queja en el segundo día de trabajo, decidí acercarme a la cocina para ver qué diantres ocurría.

—¿Hola? —Entré, pero no vi a nadie—. ¿Strogonov? —Anduve hasta la cámara refrigerante para comprobar que no estuviese dentro, pero tampoco había movimiento—. Joder... Tendré que hacerlo yo —resoplé.

Pero justo al girar para dirigirme al fregadero en busca de unos guantes, el descomunal cuerpo de mi compañero apareció detrás, pegado a mi espalda.

—¡Joder! —me llevé una mano al pecho por el sobresalto—. ¿Es que no sabes hablar? —lo acusé—. Aunque sea suelta un berrido que te oiga llegar...

Él estudiaba mi gesto en silencio y con fijación. Imagino que debió darse cuenta de que no estaba contenta precisamente porque mi cara, como aseguraba mi santa madre, era un puñetero espejo donde se podía adivinar mi estado de ánimo sin filtros. Y es que yo, por desgracia, no sabía fingir.

«Qué bien, a ver cómo me aclaro yo ahora con este si no habla el idioma».

—Veamos... Ah... ¿Dónde... dónde está el pedido? Te he hecho un

pedido, ¿lo has preparado? ¿Has preparado las hamburguesas, las patatas y los *nuggets*? —Llegué hasta la encimera, señalé las gavetas de plástico blanco donde se encontraban las hamburguesas hechas y almacenadas, a la espera de ser recalentadas. Parecía una jodida azafata de vuelo con tantos movimientos y aspavientos con las manos.

«Este no se entera», pensé por la forma en que me observaba, ya que no reaccionaba.

—¿Lo has preparado? —Lo volví a intentar una vez más antes de darme por vencida.

Pero nada, aquel grandullón no colaboraba ni respondía.

«Dios».

Resoplé con fuerza y puse los brazos en jarras, tanteé qué hacer porque el resultado estaba siendo el mismo que hablar con una jodida pared, cuando justo vislumbré al lado los dos condenados menús listos para salir.

«¡Venga ya! ¿En serio?».

Los miré con cara de incredulidad y, tras abrir la boca para volver a cerrarla, contemplé de nuevo los dos pedidos. Lo ojeé a él, que no apartaba sus ojos de mí y cogí las dichas hamburguesas más todo lo demás para sacarlo yo misma afuera.

—¡Esto es increíble! —me quejé en voz lo suficientemente alta para que lo oyese, negué con la cabeza y lo dejé allí dentro a solas.

Llegué hasta los chicos con paso ligero y les pedí disculpas por la tardanza, aunque yo no hubiese tenido nada que ver. Y gracias a Dios que lo comprendieron, porque solo faltaba que en mi segundo día me despidieran de un trabajo que necesitaba tanto como el aire que respiro.

Volví a echar de menos los quirófanos, los instrumentales quirúrgicos y las interminables suturas, aunque por desgracia corriese el riesgo de perder a algún paciente en la camilla en alguna que otra ocasión. Pues podríamos decir que ya me había encontrado varias veces con la muerte de frente.

Después de ocho insufribles horas, por fin había finalizado el turno. El tiempo había pasado lento mientras limpiaba, ordenaba y ponía a punto las máquinas de batidos que descansaban tras el mostrador o barría la sala donde el suelo lucía lleno de bolitas de papel y servilletas sucias arrugadas; y es que,

por lo visto, a Marie le encantaba hablar y sonreír, pero poco coger una escoba para barrer la zona o quitar el polvo. Ese segundo día había servido para darme cuenta de lo que me esperaba durante los seis siguientes meses, ya que en cada ciudad donde aterrizaba me encontraba con un oficio distinto que ejecutar, pero que muy diferente era del que yo solía ejercer en Seattle.

«Por favor, qué dolor de pies».

Eché un ojo a las deportivas desgastadas y pensé que en cuanto pudiese y me fuera posible hacer un gasto extra, tocaba reemplazarlas por otras de segunda mano, cómo no.

—Sí, lo sé, estáis destrozadas... —comenté con ellas, como si mantener una conversación con mis bambas fuese lo más interesante que me pudiese ocurrir y, lo más triste de todo, es que así era.

Caminé a paso ligero mientras el cielo se ennegrecía por momentos augurando que esa tarde habría tormenta. Las temperaturas bajaban a un ritmo vertiginoso y, por más que cerraba el cuello del abrigo, mi cuerpo no conseguía entrar en calor. Notaba cómo el frío se colaba por debajo de la falda mientras aceleraba las zancadas. Poca gente había por las calles y la mitad de locales estaban cerrados, no por el horario ni el día gris sino porque Detroit se sumía en una enorme quiebra económica que hacía que muchos empresarios tuviesen que abandonar sus negocios y mucha gente tuviera que emigrar a otras ciudades o a otros radios, lo que solo conseguía que, por desgracia, el vandalismo y los robos se acentuaran día tras día. Cruzaron tan solo dos coches por delante mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde para cambiar de acera; subí el cuello del abrigo un poco más y ajusté la cálida bufanda, cubriéndome con ella las orejas para esconder, seguidamente, las manos en los bolsillos y así evitar que los dedos se me congelaran... ¡Joder, ese helor era inhumano! De repente, alguien me asaltó por detrás de forma violenta: un brazo rodeó mi cuello y una mano me cubrió medio rostro sin consideración. Subí una de las mías hasta el brazo que me asfixiaba y con la otra intenté por todos los medios apartar el pañuelo blanco con el que el individuo cubría mi nariz. Pataleé e intenté gritar, pero mi voz no se escuchaba. Me agitaba con fuerza y desesperación, hasta que el captor, sin apenas esfuerzo, levantó mi cuerpo del suelo como si un peso pluma fuese. Pude sentir, segundo tras segundo, cómo el cloroformo adormecía mis

extremidades, paralizándome y noqueando mi mente, dejándola inactiva. Poco más podía hacer ya.

«Llegó la hora, Sasha, se acabó tu tiempo».

«*Game Over*».

## CAPÍTULO 5

**E**l dolor de huesos era intenso e inaguantable. La cabeza me daba vueltas y parecía que alguien se hubiese colado en mi interior y arreara con un mazo y con descabellada crueldad. Un frío húmedo me había calado hondo y tenía dificultad para abrir los ojos, pero en cuanto lo conseguí, supe que ya no había escapatoria.

—Oh, joder. —Llevé la mano a la frente al sentir una insoportable punzada en la sien, incorporándome poco a poco del sucio y duro suelo apoyé la espalda en la pared helada y rasposa, pinchándome con ella a través de la tela.

Estaba encerrada en una sala vacía donde tan solo colgaba del techo una triste bombilla que emanaba una débil luz. El uniforme lo llevaba manchado, el abrigo había desaparecido y las medias estaban rotas. Comencé a sentir una fuerte opresión en el pecho, pero luché por tranquilizarme, pues sentía que me ahogaba, pero tragué saliva e intenté deshacer el nudo de la garganta y así poder retener las lágrimas, porque sabía demasiado bien lo que significaba estar allí. ¿Cómo no hacerlo? No pude evitar pensar en mis padres, en los dos, pero, en especial, mi pensamiento se detuvo en él, en el culpable de todo. Y no sabría decir si era rabia, dolor o pena, pero era consciente de que mi inminente final iba a ser igual que el suyo.

—Perrrrra, ya ha desperrrtado. —Una voz dio el aviso.

La puerta se abrió para dejar entrar a un enorme gorila con acento ruso de aspecto inquietante. Me encogí un poco más contra el tabique que tenía detrás y fue entonces cuando comencé a temblar de forma inconsciente. Tuve que alzar la barbilla para llegar a ver sus ojos desde el suelo, ya que sus medidas estaban fuera de lo normal. Cerró la puerta tras de sí y, con una gélida mirada, caminó hasta detenerse a un paso para, acto seguido, cruzarse de brazos.

—¡Vamoss! ¡Leffanta! —Agarró mi brazo con una fuerza exagerada y, de

un tirón, me obligó a cumplir su orden.

—¡No, suéltame! ¡Déjame, no me toques! —Intenté zafarme de su agarre, pero fue imposible. Su mano abarcaba casi toda mi extremidad y apretaba con sus dedos alrededor de ella, provocándome verdadero dolor, pero, aun así, no se lo iba a poner fácil, lucharía hasta mi último aliento, eso era algo que tenía claro—. ¡Suéltame, cabrón, suéltame!

Pataleaba casi en el aire cuando con la mano que tenía libre le golpeé un par de veces, aunque de poco sirvió, la atrapó para sacudirme como a una triste muñeca de trapo.

—¡Dettttente o te matarrrrré yo mismo!

Sus ojos eran grises y sin vida, como si tan solo fuese una máquina de matar programada y sin sentimientos. El cabello era rubio y lucía en el rostro una característica cicatriz que nacía de la sien y dibujaba un ángulo cerrado que apuntaba a uno de sus ojos, dándole un aspecto cruel.

—¡He dicho que me sueltes! —grité cerca de su cara antes de escupir en ella.

—Putá —pronunció en voz baja, cerró los ojos, relamiéndose los restos de saliva—. *Desprrués* disffrrrutaré conntigo —Sonrió con infinita maldad.

Sujetó mis brazos y, colocándolos hacia detrás, juntó las muñecas en la espalda, retorciéndolas sin piedad.

—¡¡¡Ah, joder!!! —grité del dolor.

Salimos de la pequeña sala, arrastrándome en contra de mi voluntad, por un pasillo oscuro donde parte de las paredes estaban medio derruidas o agujereadas. Por más que intentaba examinar hacia todos los lados, sus fuertes empujones lo impedían, hasta que llegamos a un pequeño almacén de lo que parecía una vieja fábrica abandonada. Algunos de los grandes ventanales industriales estaban rotos y otros se encontraban cerrados con maderas para evitar que se colara la luz del exterior, pero incluso así pude ver que era de día, aunque no sabría decir cuál, ya que no era consciente de cuántas horas había estado dormida y encerrada en aquella habitación.

«Joder, ¿dónde coño estoy?».

Por el suelo reposaba gran cantidad de polvo y suciedad, y lo que parecían excrementos de animales. Unas cuerdas colgaban de varias vigas del techo y en un lateral descansaba una mesa y una silla como esperando a alguien, del



mismo modo que si fuese una guillotina donde vas a pronunciar tus últimas palabras antes de tu triste final: y ese alguien, por supuesto, era yo.

«Mierda». Tragué saliva.

Pero lo que más me impactó fue el encuentro cara a cara con una de las dos personas que esperaban mi llegada. El estómago me dio un vuelco y mi cabeza, por más que lo intentaba, no conseguía razonar. Parpadeé con intención de despertar de aquel mal sueño, pero... ya era demasiado tarde.

«¿Qué coño...?».

Un hombre con un cigarro entre los dedos disfrutaba con mi entrada al sombrío recinto. Tan solo faltaban personas aplaudiendo y vitoreando desde las gradas para que aquello se asemejara a un antiguo coliseo romano donde el espectáculo estaba servido, esperando el momento de tu caída en la arena. El individuo iba perfectamente vestido con un carísimo traje y con un abrigo impoluto que, por descontado, era de marca. Era castaño y llevaba el cabello peinado hacia atrás ofreciendo a su imagen un aire chulesco, que, más que eso, se podría decir que recordaba a un capo de la peor de las mafias, lo que vendría a ser una barata imitación de Vito Corleone en el famoso Padrino. Porque ese tipo olía a jefe de algo gordo, a peligro y a muerte. Y a su lado no había otro que... ¡Strogonov! El cocinero del Big Burger, mi compañero de trabajo. ¡¿Cómo era posible?! ¡¿Qué hacía él allí?!

—Bravo, bravo, bravo. —Se colocó el cigarro entre los labios para aplaudir en cuanto estuve frente a él. Su acento también parecía ruso, pero hablaba mi idioma a la perfección.

Tragué saliva una vez más y eché la cabeza hacia atrás como quien pretende huir de algo. El gorila que me había arrastrado hasta allí me obligó a que tomara asiento y fue entonces cuando Strogonov se acercó para atar mis manos en la parte baja de la espalda.

—¡Serás cabrón, hijo de puta! —le grité con todo el odio que pude.

Hice el intento de levantarme para golpearlo como fuese, pero el gorila me lo impidió de forma brusca. Strogonov se apartó en silencio sin mostrar sentimiento alguno y así dar paso al *Jefe*.

—Vaya, pensé que este momento nunca llegaría... —Alzó los brazos como si estuviera ante un verdadero milagro—. Vladimir ha hecho un buen trabajo deshaciéndose de la pobre cajera para que tú... —me señaló con un dedo

acusador— pudieras ocupar el puesto... —Lo ojeó después a él de soslayo, como si lo felicitase por el trabajo bien ejecutado—. En cuanto vio que entregabas esa solicitud se puso manos a la obra con el plan, ¿verdad, Vladimir? —Por lo visto mi compañero también utilizaba un falso nombre—. En fin... —Dejó escapar un intenso suspiro, se cruzó de brazos y acercó su rostro, consiguiendo que el olor a tabaco mezclado con su intenso perfume revolviere mi estómago—. Ya estás aquí, ya no puedes escapar.

—¿Quién coño eres? —pregunté con los dientes apretados—. ¿Y qué quieres de mí?

Se irguió más todavía y, con la palma de la mano derecha, peinó su resplandeciente cabello.

—Creo que eso ya lo sabes...

—Te equivocas, no sé quién eres ni lo que quieres. No soy la persona que buscas.

Una sonora carcajada retumbó en un eco a nuestro alrededor.

—Imposible equivocarme. —Su gesto cambió y su rostro mutó a la seriedad más absoluta—. Llevo un jodido año buscándote, créeme, me estás saliendo muy cara.

Tensé la mandíbula e intenté deshacerme de la cuerda que ataba mis muñecas, pero el gorila tiró de mi cabello, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

—¡Quiiiieta! —gritó en mi oído.

—¡¡¡Ah!!! —un quejido salió de mi garganta.

El *Jefe*, con un sutil gesto, le ordenó que parara. Mientras, Strogonov contemplaba la escena en silencio a un lado.

—Hay que reconocer que eres lista y que tienes agallas. —Dejó caer la colilla al suelo y la aplastó con su carísimo zapato de fabricación italiana—. Por lo menos, más que tu padre...

—¡No te atrevas a mencionarlo! —Me revolví en la silla como una perra rabiosa dispuesta a morder, aun sintiendo la pesada mano del gorila posada sobre el hombro.

—Sí, muchas más, no hay más que verte... Aunque sepas que son tus últimos minutos sigues peleando, algo digno de admirar.

—¡No sabes nada de mí!

Ignoró el comentario y caminó unos pasos alrededor.

—¿Sabes? Todavía recuerdo cómo lloraba. —Una malvada sonrisa se dibujó en su rostro, estaba claro que disfrutaba con la situación.

Esa información me llegó muy adentro, escarbó y creó un agujero de dolor y desesperación, pues la imagen de mi padre llorando en las manos de aquel mezquino animal hizo que quisiese romper en llanto, pero por descontento que no lo hice. Comencé a respirar con fuerza e intensidad, y clavé la mirada aún más en él, al luchar por controlar las emociones.

—Pronunciaba tu nombre... Te pedía perdón...

Ahora sí que varias lágrimas se desprendieron de mis ojos sin pedir permiso. Un dolor en el corazón recorrió mi interior, agitándome de arriba a abajo mientras apretaba los puños de ira, dañándome a mí misma con las uñas. No quería y no podía imaginar a mi padre llorando mientras pedía perdón por haberme arrastrado hasta el infierno más oscuro.

—No paraba de sollozar tu nombre mientras lo torturábamos. —Se agachó delante para encontrarse con mis pupilas—. Sasha, Sasha, Sasha —lloriqueó en tono lastimero y de burla, imitándolo minutos antes de su muerte.

—Juro por Dios que te mataré, te voy a vaciar las cuencas con mis propios dedos, ¡cerdo cabrón! —le escupí como minutos antes había hecho con el gorila que aguardaba detrás.

Pero, a diferencia de él, el *Jefe* no relamió la saliva, sino que sacó un immaculado pañuelo blanco de hilo del bolsillo del pantalón y se limpió la cara, para después arrearme un sonoro bofetón con el que consiguió tirarme de la silla.

—Veo que habrá que enseñarte modales.

—¡¡Ahhhh!! —Golpeé con la cabeza contra el suelo al caer.

—¡¡Vuelve a sentarla!! —vociferó a su súbdito, señalándolo con un dedo.

Este volvió a colocarme en el sitio con un rápido movimiento y, tras eso, pude notar cómo de mi nariz caían gotas de sangre y parte del uniforme se manchaba en la zona del pecho. Lo fulminé con los ojos entornados y apreté con fuerza la mandíbula, esa que ahora tan dolorida sentía.

—Está bien, como veo que contigo no va a ser fácil, será mejor que empecemos cuanto antes. Ya me has hecho perder demasiado tiempo y dinero. —Sacó una pitillera de oro del bolsillo interior de la americana del traje y se

llevó otro cigarrillo a los labios—. ¿Dónde está?

—No sé de qué me hablas —respondí al tragar saliva con sabor a hierro por la sangre.

—¿Dónde está, Sasha? —volvió a preguntar, antes de encenderse el cigarrillo con un impresionante Dupont, de oro también.

—Te vuelvo a repetir que no sé de qué me hablas, no sé a qué te refieres...

—Claro que lo sabes. Tu padre murió por ello y tú irás detrás, así que ¡canta! —Me señaló con la mano que sujetaba el cigarro. El humo se elevaba ante su odiosa mirada, haciéndolo temible del todo. Aquel hombre tenía poder y sería capaz de matar por lo que era suyo, lo dejó claro.

—He dicho que no lo sé. ¡Joder! Mi padre nunca comentó nada, solo hubo un día en que me advirtió que estaba en peligro y que debía huir. —Mi voz, aunque luché contra ello, se rompió.

El recuerdo de ese día regresó a mi mente tan claro como el agua, y dolía demasiado. Jamás entendí por qué lo tuvo que hacer; nunca comprendí cómo fue capaz, pues la muerte de mi madre no debió ser una excusa para que lo echara todo por la borda, arrastrándome a mí también, pero su pérdida supuso su muerte en vida, y supongo que ya nada le importaba más que beber, hasta que se dio cuenta de que estaba sentenciando a un final horrible a lo único que le quedaba: su hija. Pero, para entonces, ya no había vuelta atrás.

—¡Habla, puta! ¡¿Dónde está el jodido paquete?! —Levantó la mano con intención de abofetearme de nuevo, pero, encogiéndome, escondí el rostro y rompí a llorar. Por mucho que durante todo este tiempo me hubiese mentalizado para la ocasión, las circunstancias me superaban. Después de todo, no sabía si iba a poder soportarlo.

—No lo sé —respondí, di rienda suelta a varias lágrimas—. No lo sé, lo juro.

Sabía perfectamente que en cuanto le diese lo que pedía, mi cabeza dejaría de tener valor y el final sería el peor de todos.

—¡¡Arrrrggg!! —Estaba claro que el *Jefe* comenzaba a desesperarse y no sabía hasta qué punto eso era bueno o jugaba a mi favor—. ¡Tú! —Señaló al gorila que custodiaba mis espaldas—. Ve y dile que ya tenemos a la chica. Que en breve dispondrá de lo suyo.

«¡¿Cómo?!».

Eso me puso en alerta, pues por lo visto había alguien más poderoso que él al que había que temer y al que hacerle el trabajo sucio. Alguien demasiado importante como para no dar la cara. ¿Pero quién sería? ¿Quién podía haber detrás de semejante turbio negocio? Y lo que es peor: ¿de verdad existía ese maldito y condenado paquete? Protegía con mi vida algo que no había visto con mis propios ojos y que, al parecer, era demasiado valioso en el mercado negro. Tan solo unas coordenadas escritas en la nota de mi padre llevaban al paradero de ese supuesto tesoro de incalculable valor, pero yo jamás había tenido intención de buscarlo por miedo a lo que pudiese encontrar. O sea, que mi condena era la misma que mi salvación.

—Está bien, veamos... —Se frotó la cara con ambas manos para después contemplarme con detenimiento—. Vamos a intentarlo una vez más.

Tragué saliva, ojeé mi regazo y vi las gotas de sangre, las mismas que manchaban la tela del uniforme; parte de los mechones rubios que se habían soltado de la coleta escondían la mitad de mi rostro y las pestañas intentaban deshacerse de unas lágrimas que habían sido incapaces de retener.

—Tú tienes algo que me pertenece, algo que un día, en un estúpido arrebato, tu padre robó y por lo que un día murió cuando el filo de la navaja acarició su pescuezo.

Una arcada se despertó en mi estómago, pero la supe controlar a tiempo. Cerré los ojos y los apreté con fuerza al igual que los puños, que se retorcían, dañando la piel de mis muñecas con la áspera cuerda que las rodeaba. Y, aunque jamás, jamás de los jamases hubiese sido capaz de matar a ningún ser vivo, en aquel momento no me hubiera importado degollar a aquel miserable como él mismo había hecho con mi progenitor. Arrancarle la piel a tiras. Rajarlo de arriba a abajo para que sus vísceras abandonaran a aquel misógino animal, regalándole el final que se merecía: una muerte lenta y dolorosa.

—Así que dime dónde está.

Levanté la barbilla y apreté los dientes, desafiándolo sin mostrar temor alguno, dispuesta a cometer una estupidez.

—Nunca... te lo diré. —Era consciente de que estaba cavando mi propia tumba, pero también le hacía saber que tan solo podría llegar a su preciado paquete a través de mí. Solo esperaba que la jugada no saliese mal.

—¡Ja! —soltó una ruidosa carcajada al aire—. ¿Has oído, Vladimir? —Se

miraron—. Nunca me lo va a decir. —Se burló y abrió los brazos, riéndose.

El otro se contagió de su malévolos risa y comenzó a carcajearse de forma exagerada. Guardó las manos en los bolsillos de su cazadora oscura y me ojeó con tristeza, como si ya hubiese vivido aquella situación y pudiera adivinar mi oscuro futuro.

—¡Esta puta nunca me lo va a decir! —repitió mientras negaba con la cabeza acercándose unos pasos más—. Qué pena, entonces tendré que matarte. —Buscó en el interior de la americana e, instantes después, sacó una navaja decorada con un precioso mango en jade.

Mi cuerpo se tensó y mi respiración comenzó a acelerarse en cuanto las pupilas se clavaron en el reluciente filo, tras abrirla y señalarme con ella.

—Veo que mi pequeño juguete va a volver a probar la sangre de los Bowen. —Paseó la lengua por la hoja y desafió a su suerte—. Creo que tú y yo nos vamos a divertir mucho; no sabes lo cachondo que me estoy poniendo solo de imaginar la navaja en tu garganta.

Sabía que debía mantenerme entera y que romper a llorar, como los ojos tanto exigían, no me ayudaría en absoluto. Tan solo parecería más débil de lo que realmente soy. Y eso era algo que no podía permitirme.

—Tienes un cuello precioso —susurró, paseó el dedo índice por mi mandíbula y descendió con él hasta el escote, lo introdujo después por mis dos pechos apretados antes de hacer saltar por los aires varios botones, dejando expuesto parte del sujetador.

Sacudí el cuerpo con intención de apartarme de su contacto, pero agarró mi cabello con el puño cerrado y me obligó a que exhibiera la garganta.

—¡¡Ah, cabrón, suéltame!!

—Quieta —susurró aún más cerca del oído—. Demasiado tarde, ya no puedes huir de mí. Por fin te tengo... Eres toda mía. —Me soltó hastiado y anduvo hasta la mesa donde se encontraba nuestro compañero: el compañero de ambos—. Déjanos a solas, la señorita Sasha y yo vamos a mantener una interesante conversación. —Se deshizo del abrigo y de la americana, dejándolo todo sobre la superficie.

Strogonov, o sea, Vladimir, me regaló un último vistazo antes de salir por la puerta, cumplió con las estrictas órdenes de su retorcido jefe, y sin tan siquiera mover un puñetero dedo para evitar lo que vendría a continuación.

«Cálmate, Sasha, debes mantener la calma». Una voz hablaba en mi interior.

Sin querer, comencé a temblar al no prever su siguiente paso: no sabía qué era lo que pretendía hacer conmigo, hasta que de mis labios se escapase un último aliento e, irónicamente, eso me ponía todavía más nerviosa que pensar en el triste desenlace.

—Si me matas, nunca sabrás dónde está el paquete —se aventuró a comentar mi inepta lengua.

Vi cómo desabrochaba el botón del puño de la camisa y subía la manga, enrollándola a la altura del codo, repitió después el gesto con la otra mientras caminaba a paso lento para quedar conmigo cara a cara, en completo silencio.

—Jamás tendrás lo que quieres si terminas conmigo. —Estaba claro que una sensación de pánico comenzaba a apoderárseme contra mi voluntad.

—Créeme, lo tendré de una forma u otra. —Con una mano rodeó mi garganta, obligándome a ponerme en pie de forma violenta—. Ahora tan solo me voy a divertir como lo hice con tu padre.

Sus dedos me asfixiaban con fuerza, dejando varias marcas en la piel. Mis manos seguían atadas detrás y mi cuerpo se sacudía, buscando el aire que tanto le faltaba a los pulmones.

«No, no, no».

Solo podía pensar en eso: en no perder el conocimiento y así quedar a su merced.

«¡Aguanta!».

—Dime... —Repasó con calma todos los ángulos de mi rostro mientras yo me ahogaba de forma lenta—. Por última vez, Sasha... Y te recomiendo que colabores conmigo... ¿Dónde... está... el jodido... paquete?

Suavizó la opresión para que así entrase el aire necesario y pudiera responder a la pregunta. Tosí varias veces, cogí oxígeno en la medida de lo posible mientras la sombra de la muerte me contemplaba impasible a mi dolor.

—Está bien, está bien, te lo diré. —Cerré los ojos y calculé las posibilidades porque, al parecer, había algo en mi interior que me impedía ser sumisa contra todo pronóstico; llamadlo instinto de supervivencia o ser una completa imbécil, pero al final, no sé por qué, no pude ceder a su petición.

—Te escucho. —Alzó una ceja expectante por lo que tuviese que confesar,

esperaba el gran descubrimiento.

Lo observé, mostrándome impertérrita mientras sentía un gran escozor en la piel. Visualicé durante varios segundos aquellos dos ojos llenos de maldad y oscuridad antes de responder con lentitud y en voz baja, llena de odio:

—Que... te... jodan...

Y fue entonces cuando su mandíbula se tensó y sus dientes apretados quedaron a la vista antes de que me lanzase al suelo de un violento empujón, deslizándome unos metros de distancia. Golpeé con el hombro derecho y parte de la cara al no disponer de las manos para frenar la caída.

—¡Cabrón! —maldije con la voz resentida.

—¡Se acabaron tus oportunidades, puta! ¡Voy a terminar contigo! ¡Me oyes!  
—De dos zancadas llegó hasta a mí de nuevo.

—¡Mátame! —grité con la garganta dañada—. ¡Mátame y jamás lo encontrarás!

Me oteó desde lo alto antes de golpearme como a un maldito balón de fútbol. Las puntas de sus immaculados zapatos italianos se clavaron en mi estómago varias veces seguidas, y tuve que retorcerme del intenso dolor.

—¡Oh, jodeeeeeerrrr! —bramé.

—¡¿Crees que puedes jugar conmigo, eh?!

«¡Vamos, levántate, reacciona!».

—¡Te has equivocado de hombre, zorra! —Una patada más fuerte rebotó contra mi espalda.

—¡Y tú te has equivocado de mujer, hijo de puta! ¡No pienso rendirme! —escupí saliva, tirada en el suelo manchada de arriba abajo.

Podía saborear el hierro de la sangre en mi boca, justo cuando mis manos atadas detrás se toparon con algo con lo que no contaba, consiguiendo que mi cabeza reaccionara al objeto. Le di varias vueltas y tanteé qué podría ser y sí, era justo lo que me temí y tanto necesitaba. ¡No lo podía creer! Era un jodido trozo de vidrio de una de las ventanas que yacía en el suelo, que al parecer pasó desapercibido a sus ojos.

«¡Vamos, ahora, es tu oportunidad!».

Lloriqueé y atraje su atención para que así no se fijase en el extraño movimiento de mis dedos al cortar la cuerda que sujetaba las muñecas, pues debía ser rápida, ya que no disponía de mucho tiempo porque la bestia que



llevaba dentro aquel hombre vestido de etiqueta babeaba sedienta de sangre.

—¡Por supuesto que te mataré! —Otra patada en las costillas—. ¡Te aseguro que voy a disfrutar más que nunca! ¡Primero te voy a follar duro por el culo, zorra! ¡Gritarás y suplicarás, y después te cortaré el cuello mientras lloras!

Volví a retorcerme del dolor en el frío y sucio suelo mientras me dañaba al manipular con torpeza aquel trozo de cristal. Sentía el pómulo hinchado y la sangre reseca manchaba parte de mi golpeado rostro, hasta que decidió agacharse para, agarrándome con rabia por el cabello, obligar a que me pusiese en pie.

—¡¡¡Ahhhh!!! —El dolor entonces fue intenso y casi inaguantable. Mi cuerpo comenzaba a resentirse de la paliza, pero, al fin, por suerte... mis manos quedaron libres, dejaron caer el trozo de cuerda que las ataba y, con el mismo vidrio que había conseguido liberarme, lo ataqué, provocándole un buen corte en la mejilla izquierda—. ¡Toma, hijo de puta! ¡Aquí tienes lo tuyo! —grité como si fuese un grito de guerra.

—¡¡Serás ramera!! —soltó mi cabeza y se llevó una mano al rostro tras cambiar la expresión.

Cuando sus dedos se mancharon de su propia sangre sus ojos no creyeron lo que estaban viendo.

«¡Corre!», me advertí.

Sin tiempo que perder, eché a correr hacia la puerta con intención de huir.

—¡¡¿Adónde te crees que vas?!! ¡Hoy es tu día! ¡No te vas a escapar! —Alargó los brazos y sus dedos volvieron a alcanzarme, esta vez por la tela del uniforme—. ¡¡Zorra!! —repitió más enfurecido que nunca.

Me volteé, y volví a contraatacar, pero esquivó el ataque dando un salto hacia detrás.

—No si te mato yo primero —lo amenacé dispuesta a todo.

Mis manos también lucían llenas de sangre al apretar el vidrio entre ellas. El recuerdo de estar subida al *ring* y Dangerous esperando delante a ser embestido aterrizó en mi mente de súbito y en el mejor de los momentos. Sus palabras inundaron mi cabeza y visualicé el movimiento que debía hacer a continuación, pero en cuanto puse un pie al frente, abalanzándome para arremeter, fue más rápido que yo y, aunque se llevó otro corte, consiguió

alcanzar mi brazo.

—¡Ven aquí, puta estúpida!

Rodeó mi cintura y con la mano derecha intentaba arrebatarme el arma improvisada, el cristal se clavaba ahora en mi carne al apretar sus dedos alrededor de los míos, pero de un certero y rápido cabezazo hacia detrás alcancé su nariz.

«¡Eso es!».

Vislumbré la puerta a unos metros y aceleré un par de pasos hacia ella, pero en cuestión de segundos volvía a estar en el suelo: se había lanzado a por mis piernas para hacerme caer, consiguió que el cristal se escapase de entre mis manos. Forcejeábamos a muerte con brazos y piernas, uno encima del otro, rodamos juntos incluso, pero, por supuesto, su fuerza era mayor, privándome de cualquier ventaja. Golpeó una vez más mi cara, consiguiendo girármela y que, a consecuencia de ello, el suelo se manchase salpicado por varias gotas de un rojo intenso, pero con lo que no contó era que le fuera a regalar un fuerte rodillazo en la entrepierna.

—¡He dicho que no iba a rendirme! —Le recordé convencida de ello.

—¡¡¡Ahhhhhh!!! —Ahora era él quien gritaba y se retorció.

Fui a levantarme cuando de nuevo me retuvo por el tobillo mientras con la mano contraria se cubría las partes dañadas. Estaba claro que después de un año entero buscándome se resistía a dejarme marchar. De una sacudida, me deshice de él después de golpearle de nuevo en la nariz con la puntera de la deportiva para arrastrarme, acto seguido, hasta el cristal que había quedado apartado a un lado. Lo cogí decidida y, después de rodar media vuelta, se lo clavé ciega de ira en la pierna, haciéndolo gritar de verdad como un verdadero gorrino acuchillado.

—¡¡¡Te mataré, me las vas a pagar todas!!! —Se revolvía en el suelo como una auténtica sanguijuela. Su camisa también lucía manchada de sangre y polvo, y sus cabellos ya no estaban tan bien peinados además de tener medio rostro ensangrentado por culpa de su nariz rota, hinchada y deformada. Acabábamos de mantener una dura y encarnizada pelea digna de ser admirada por el peor de los públicos. Esos que, por desgracia, subvencionan las peleas ilegales y clandestinas.

Clavé los codos en el suelo y retrocedí todo lo deprisa que fui capaz para

asegurarme de que ya no me alcanzaba. Mi respiración era entrecortada y el pulso lo tenía acelerado mientras el corazón bombeaba a un ritmo desorbitado. Con mucha dificultad, conseguí ponerme en pie para dirigirme con urgencia hacia la puerta.

—¡Ven aquí, voy a matarte! —seguía gritando.

Ahora sí que nadie me inmovilizaba, debía escapar de allí como fuese y sin ser vista por el gorila o por mi compañero, o no volvería a tener otra oportunidad. Anduve como pude, crucé por habitaciones y pasillos oscuros, golpeándome contra las paredes al examinar hacia todas las estancias. No sabía dónde me encontraba y jamás había estado allí, pero intuía que la salida estaba cerca: una presión en el pecho me lo hacía saber. Los ojos no aguantaron más y rompieron a llorar desconsolados, dificultándome así la visión.

«¡Corre!» «¡Vamos, no te pares!».

Y fue entonces, al abrir un enorme y pesado portón en una entrada de carga y descarga, cuando la luz del sol me recibió, cegándome de pleno. ¡No me lo podía creer! Había conseguido escapar de las manos del asesino confeso de mi padre.

—Por fin... ¡Oh, Dios mío! por fin... —daba gracias por haber salido viva de allí.

Giré desorientada en un callejón, donde varios contenedores repletos de basura esperaban a ser recogidos y varias bolsas roídas descansaban tiradas por el suelo. Corrí de forma torpe de lado a lado y a todo lo que me daban las piernas, ojeando de vez en cuando hacia atrás, temerosa de que alguien me pudiese seguir, hasta que al cruzar una de las calles a las que desembocaba aquella parte trasera, mi cuerpo aterrizó sobre el capó de un coche que circulaba a poca velocidad. Levanté el rostro de la fría chapa y, con las manos apoyadas en la carrocería blanca, manchando de sangre parte de esta, miré temerosa hacia el interior del vehículo, antes de maldecir de nuevo a mi suerte.

«¡No, no puede ser!».

«¡Ellos no!».

«¡La policía no!».

«¡No puedo hablar con ellos!».

Dos agentes uniformados me contemplaban boquiabiertos desde dentro sin creer lo que estaban viendo sus ojos: una joven con la ropa sucia y medio rota, con el pelo alborotado y, lo que era peor, con la cara ensangrentada y llena de golpes.

## CAPÍTULO 6

### BYRON

**L**a observaba a través del vidrio de visión unilateral que daba a la cámara *Gesell* con las manos apoyadas en el respaldo de una silla de cuero. Hacía apenas veinte minutos que la habían traído del Detroit Receiving Hospital, y seis horas desde que la habían encontrado dos agentes de policía que patrullaban la zona. Aseguraban que parecía desorientada y alterada como si huyera de algo o de alguien, que su aspecto era alarmante y parte de su cara lucía manchada de sangre. Y fue en el preciso instante en que sus dedos apartaron a un lado un mechón de su cabello rubio cuando caí en la cuenta de dónde la había visto con anterioridad. Tenía buena memoria y pocos rostros me pasaban desapercibidos, pero el de ella rápidamente lo ubiqué.

—¿Todavía estás aquí? —La voz de Peter consiguió que reaccionase—. ¿No piensas entrar?

Me tomé la libertad de contemplarla durante varios segundos más en silencio antes de girarme hacia mi compañero, que esperaba una respuesta con la puerta medio abierta.

—Sí, ahora mismo iba a hacerlo. —Cogí la carpeta que descansaba sobre el escritorio y di un par de golpes sobre la superficie con la misma.

—¿Quieres que entre contigo? —se ofreció.

—No, tranquilo, tú mejor ocúpate del caso del robo y el de arma blanca. Dile a Ramirez que te ayude.

—Está bien, como quieras —respondió complacido.

Salió de la pequeña sala adyacente a la de interrogatorios, donde dos minutos después entraba yo para encontrarme con la joven que esperaba inquieta.

—Buenas noches, señorita... —abrí la carpeta y busqué su nombre en el informe para dirigirme a ella—... Turner.

En ningún momento me miró, solo conseguí que lo hiciese cuando solté la documentación sobre la mesa donde ella mantenía los codos clavados.

—¿Turner, verdad? —quise asegurarme.

La expresión de su rostro cambió por completo en cuanto sus pupilas dilatadas se encontraron con las mías. Al parecer, ella también supo dónde nos habíamos visto antes.

—¿Verdad? —insistí, exigí ahora su confirmación después de sentarme frente a ella, al otro extremo de la mesa rectangular.

—Sí —aseguró con un hilo de voz y mirándome a los ojos para después apartar la vista a un lado.

—Muy bien. —Eché el cuerpo hacia delante y busqué de nuevo su atención, pero no tuve suerte—. Soy el detective Moore. Dígame, ¿cómo se encuentra?

Repasé una vez más los golpes que desfavorecían su natural hermosura; su tez prometía ser blanca, pero ahora se veía amoratada en diversas zonas de la cara. Algo que revolvía mi estómago de rabia e impotencia porque ¿qué desgraciado puede llegar a ser tan hijo de puta como para ponerle la mano encima a una mujer? Su piel ya no estaba manchada de sangre, pero parte de lo que parecía su uniforme sí. Y tan solo de imaginarme la escena, de lo que podría haber ocurrido, me hervía la sangre de ira.

—Bueno, supongo que después de todo, bien... —Fue entonces cuando se atrevió a contemplarme de nuevo.

—¿A qué se refiere con «después de todo»?

Pude apreciar el modo en que tragaba saliva y se removía en la silla. Subí los brazos, clavé los codos también sobre la mesa e imité su gesto, demostrándole complicidad, con el fin de que se sintiese segura.

—Pues... —Parpadeó un par de veces sin visualizar nada antes de proseguir—. Me refiero a después de que alguien me retuviese en contra de mi voluntad. Está claro que se equivocó de persona y buscaba a alguien que no soy yo. Menos mal que conseguí escapar a tiempo... —Su voz sonaba débil, como si ni ella misma se creyese sus propias palabras.

—Créame, señorita Turner, las personas que actúan como lo han hecho con

usted no suelen equivocarse.

—¿Y cómo sabe usted la forma en que han actuado conmigo, detective?

Su espalda se irguió, intentaba demostrar firmeza.

—Llámelo intuición si quiere... Aunque, solo hace falta verla. —La señaló con un rápido movimiento de cabeza.

No cabía duda de que era una mujer fuerte. Su aspecto joven y sus rasgos aññados enmascaraban a toda una luchadora. En ocasiones, había tratado ya no con mujeres si no con hombres que por mucho menos rompían a llorar sin control. Y con mucho menos me refiero a no estar manchada de sangre de arriba a abajo, a tener el labio partido, el ojo morado, el pómulo inflamado y las manos medio vendadas además de múltiples contusiones por todo el cuerpo como aseguraba el informe médico y, por descontado, a estar sentada en una inquietante sala de interrogatorios donde te están grabando.

—Dígame entonces: ¿qué es lo que le ha ocurrido? ¿Cómo ha conseguido escapar? —insistí—. ¿Las heridas de las manos se las hizo usted al pretender huir?

Busqué sus ojos. Esos ojos azules que prometían tener vida, pero que en ese instante carecían de toda luz. Hasta diría que ella me observó con la misma intensidad antes de responder a la defensiva.

—¿De qué se me acusa, detective Moore? —Se cruzó de brazos con el semblante serio, descolocándome con la pregunta y llevándome por otro lado al que yo pretendía llegar.

—De nada, esto no es una acusación, señorita Turner, simplemente...

—¿Y por qué me han traído aquí? —fue seca al formular la frase.

Sabía que debía ir con pies de plomo, ya que no parecía que fuese a colaborar ni mucho menos a ponérmelo fácil, aunque a mí me encantan los retos.

—Bueno, tan solo creemos que, quizá, le interese poner una denuncia o explicarnos algo que...

—Pues creen mal.

Un doble pestañeo confirmó lo que me temía: aquella joven de cabellos rubios e inquietante aspecto angelical estaba mintiendo. Ahí confirmé que no iba a dar su brazo a torcer, pero ¿por qué? ¿Qué había sucedido? ¿Tanto miedo tenía como para encubrir a quien le hubiese hecho eso? ¿Qué o quién había

detrás?

—Parece que hay algo que no...

—Perdone que insista, pero ¿deduzco que me está interrogando, detective?

—Eché el cuerpo hacia delante un poco más y colocó un mechón de cabello detrás de su oreja con gesto nervioso. Pretendía fingir seguridad, pero su fisonomía gritaba y aseguraba todo lo contrario.

—Le vuelvo a decir que no, señorita Turner, créame. —Imité su gesto y quedé más cerca de ella—. No la acusamos de nada, esto no es un interrogatorio. Tan solo queremos ayudarla, su aspecto es inquietante y...

—Gracias, pero no necesito su ayuda. —Retiró la silla hacia atrás y consiguió que las patas chirriaran en el suelo antes de ponerse en pie—. ¿Puedo irme ya?

«¡Joder, ¿pero qué coño le pasa?!».

—¿Está segura de que no necesita nuestra ayuda? —Arrugué el ceño mientras nuestras miradas se sostenían.

—Estoy segura.

—Pues déjeme dudarle.

—¿Y por qué duda tanto?

«¿Es que ahora me está vacilando?».

—Será porque no es mi primer día en la jodida comisaría. Será porque no soy alguien que acababa de salir de la academia de policía... —Guardé las manos en los bolsillos del pantalón oscuro del traje al tiempo que apoyaba la espalda en el respaldo, permaneciendo todavía sentado—. Créame cuando le digo que sé de lo que hablo.

De verdad que mi mente no daba crédito a todo aquello. ¿Cómo podía ser posible que quisiera irse cuando este lugar era el más seguro para alguien a quien acababan de apalear?

—Por favor, no insista, no pierda su tiempo conmigo.

—¿De verdad quiere irse? —Me levanté y di varios pasos hasta quedar frente a ella. Era algo más baja que yo en estatura, pero su cuerpo prometía ser curvilíneo debajo de aquel ajustado uniforme azul—. ¿De verdad quiere volver a salir a la calle para que ese animal la encuentre?

Sus manos reaccionaron a mi comentario; un acto reflejo del miedo que debía estar sintiendo porque eso volviese a ocurrir, y que tan bien disimulaba.



Hizo que sus dedos se encogiesen antes de esconderlos al cruzarse de brazos.

—Adiós, detective, ha sido un placer. —Dejó más que claro que no iba a aceptar nuestra ayuda de ninguna de las formas, pero ¿por qué? ¿Qué ocultaba?

—Por lo menos, deje que la acompañe un agente a su casa. Es de noche, hace frío y estará dolorida.

—No se moleste.

Juro que ya no sabía qué más decirle.

—Espere... —Hinché el pecho en un intenso suspiro de incredulidad antes de sacar del bolsillo trasero del pantalón una pequeña tarjeta con mi nombre y mi teléfono como último intento—. Tenga, por si cambia de opinión o quisiera contarnos algo. —Ambos contemplamos la pequeña tarjeta de color blanco y, justo después de que sus ojos azules se clavasen en los míos, cogió lo que le tendía y lo rompió en cuatro partes.

«¡Pero...!».

Sin más dilación, me dio la espalda y, tras abrir la puerta de un rápido tirón, salió de la comisaría sin mirar atrás, para perderse por algún lado en aquella peligrosa ciudad.

—Peter, necesito que me hagas un favor. —Llegué hasta su mesa repleta de informes, carpetas y expedientes que formaban pequeñas columnas y apoyé las manos en el único hueco que quedaba libre.

—Tú dirás... —respondió, sin levantar la vista de lo que parecía revisar.

—Necesito que me avises si aparece Spencer por aquí, voy a salir...

—¿Ha ocurrido algo? —Ahora sus ojos marrones sí se elevaron—. Recuerda que le dijiste que estarías aquí. Tiene que dejarte el informe de balística que le pediste, sabes lo importante que es y que...

—Lo sé, lo sé, pero hay algo que debo hacer. —Le robé un chicle de menta del paquete que descansaba sobre la superficie y me lo llevé a la boca—. ¿Podrías encargarte tú?

—¿Tan importante es eso como para tener que largarte a las tres de la mañana con el frío que hace en las putas calles?

—Sabes que si no fuera así no lo haría.

Alzó las manos dejándose caer en el respaldo de la silla.

—Está bien, pero si necesitas ayuda, avísame, ¿de acuerdo?

—Por supuesto que lo haré, gracias. —Di media vuelta con intención de llegar hasta mi asiento en busca de la cazadora de cuero—. ¡Te debo un par de cervezas! —le grité desde el otro lado.

—¡De dos nada! ¡Sabes que son cuatro, capullo! —Enseñó cuatro dedos de la mano derecha.

Asentí, despidiéndome de él con una enorme sonrisa en los labios. Crucé la puerta de la comisaría, y el cortante e insoportable frío me sacudió con saña, me advirtió de lo que me esperaba si pisaba la acera.

—¡Joder, me cago en la puta! —Oteé el cielo que brillaba de un color negro intenso—. Pero ¿a qué temperatura estamos?

Alcé el cuello de la cazadora para cubrirme todo lo posible con ella y, tras dar unos cuantos pasos, busqué refugio en mi Ford Mustang Match 1 del año setenta y uno en color negro con *Ram Air* en color gris. Todo un capricho heredado de mi pobre y difunto padre.

—Se me van a congelar las pelotas... —pensé en voz alta.

Introduje la llave en el sitio y, en cuestión de segundos, mi pequeño juguete comenzó a rugir cabreado como es propio de un V8.

—Vamos, precioso, caliéntate rápido para papá. —Aceleré y visualicé el lugar adonde me dirigía, pues sabía que no debía quedarle mucho tiempo y que actuar rápido era primordial.

Aparqué justo delante de la gran puerta roja, siendo consciente de la hora que era y de que eso mismo podía suponerme un buen puñetazo por su parte, pero sabía que no había otro lugar donde encontrar información relacionada con ella, así que aporreé la madera un par de veces con el puño, y recé porque estuviese de buen humor.

—¡Dangerouse! —grité, consiguiendo que el nombre resonase en aquel callejón de mala muerte—. ¡Vamos, ábreme! —Volví a golpear—. ¡Dangerouse!

El maullido desgarrado de varios gatos se oyó en la lejanía de la oscura y fría noche de Detroit. Ojeé hacia arriba e inspeccioné el frontal del edificio por si alguna luz se encendía indicándome algo.

—¡Vamos, joder, abre! —Dos golpes más—. ¡Sé que estás dentro! ¡Dangerouse!

Llevé las manos a mi nuca y di media vuelta mientras resoplaba con fuerza, dejé caer la vista al suelo y calculé los minutos que estaba perdiendo en encontrarla.

«Mierda», maldije, cerré y apreté los ojos, recordé sin necesidad el intenso azul de los suyos. Cuando chuté una lata vacía que yacía en el suelo el ruido a hierro y a hombre cabreado informó de que la puerta se abría a mis espaldas.

—¡Qué coño haces aquí! —Por descontado que no era una pregunta—. ¡Sabes la puta hora que es!

Un Dangeroruse cabreado y en calzoncillos me acusaba con la puerta del Snake a medio abrir.

—Vaya, si llego a saber que me recibirías así hubiese venido antes —me atreví a bromear siendo consciente de que el grandullón con coleta podía arrancarme la cabeza en cuestión de segundos.

—¡Que te jodan, Byron! —gruñó, señalándome con un dedo.

—Está bien, lo siento, siento presentarme a estas horas y de esta forma en tu casa, pero necesito que me ayudes...

Inspeccionó mi cuerpo de arriba a abajo, supongo que buscó algún indicio de alguna herida; visualizó y barrió la calle de lado a lado en silencio durante varios largos segundos y, al final:

—¿A quién hay que matar? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Eh, eh, relaja los músculos, grandullón, no hay que matar a nadie... Por lo menos, no por ahora. —Creo que lo dije con los dientes apretados—. Y te recuerdo que soy policía. Ten cuidado con lo que dices en mi presencia estando de servicio.

—Entonces ¿qué necesitas de mí? —reformuló la pregunta—. Espero que valga la pena haber dejado a medias a la morena que tengo arriba. No eres mi tipo. —Me regaló una de sus peculiares bromas.

—Necesito revisar las fichas de tus chicos. —Por descontado que obvié el comentario de su ligue.

—¿Las fichas de los chicos? ¿Y eso por qué? —Arrugó el ceño—. Sabes que no puedes hacer eso sin una orden, es confidencial, además, son de fiar, tú lo sabes... ¡Los conoces a todos! ¡Joder, si hasta te estás tirando a...!

—¿Es necesario que saque la placa? —Aparté a un lado la cazadora y dejé

que la insignia de detective reluciese bajo la luz de una farola.

—¡Serás cabrón! —Negó con la cabeza para terminar cediendo y abrió la puerta de par en par, permitiéndome el acceso a su sagrado club de lucha.

—Tienes razón con lo que ya los conozco a todos... —Arqueé la ceja derecha—. Menos a una.

—¿Una? —El enorme cuerpo de Dangerouse en ropa interior me seguía detrás sin dar crédito y sin entender a qué me refería—. Tío, ¿no jodas que vienes a buscar el teléfono de alguna tía con la que acostarte? Porque si es eso, te juro que te corto las pelotas ahora mismo.

—Necesito que busques la ficha de la chica nueva —pedí, deshaciéndome de la cazadora antes de tomar asiento en su pequeño despacho donde guardaba toda la documentación.

—¿Qué chica nueva? —quiso saber extrañado.

—Haz memoria, ya sabes de quien te hablo, piensa un poco.

—¡Joder! Te recuerdo que son casi las cuatro de la jodida mañana, que has interrumpido uno de los mejores polvos que he echado hasta ahora y que... — Se quedó pensativo por un segundo—. ¡Espera! ¿Me estás hablando de la chica rubia, esa que está tan buena?

—¿Podrías buscarme la jodida ficha, por favor?! —exigí, comenzaba a exasperarme. Pero mis nervios terminaron de crisparse cuando hizo lo que le pedí y me tendió la pequeña ficha rectangular donde solía apuntar los datos de los socios y, donde solía haber una foto del individuo en cuestión—. ¡No tiene foto! —lo acusé con la mirada sin poder creérmelo—. ¡Ni número de teléfono! ¡Faltan la mitad de los datos! ¡¿Cómo cojones has rellenado la puta ficha?! ¡¿Con la polla?!

—Joder, tío, solo hace dos días que viene, aseguró que traería la foto y que me daría todos los datos que faltan...

—¿Emma? ¿Es ella? —quise confirmar, pues era de lo poco que había allí escrito.

—Sí, es ella —se llevó las manos a las caderas.

—Está bien, me la llevo. —Cogí de nuevo la chaqueta y con la ficha en la mano, me dispuse a salir.

—Pero ¿qué es lo que pasa con la chica? ¿Vas a detenerla? —preguntó mi fiel amigo, siguiéndome hasta la calle.

—No exactamente, tengo que encontrarla cuanto antes. Sé que está en peligro.

## CAPÍTULO 7

Cada vez que respiraba me atormentaba el reflejo de un leve dolor en las costillas seguido de un intenso pinchazo. La temperatura había descendido de forma brusca y lo único que cubría mi magullado cuerpo era una pequeña manta que me habían cedido en el hospital para poder tapar el uniforme manchado de sangre. Llegué hasta el barrio donde se encontraba mi edificio y no tuve más remedio que hacerlo a pie, pues a esas horas de la madrugada no había autobuses, así que por desgracia, tuve que recorrer un buen trozo desde la comisaría y arrastrándome como pude. Me sentía cansada y dolorida, por no decir que exhausta, pero no había tiempo para detenerse a lamerse las heridas. Desde la oscuridad, observé la zona con atención y lo mejor que pude, con la poca luz que ofrecía el resplandor de la luna y el de una farola medio caída. Mis manos temblaban y no sabía si se debía al frío que empezaba a paralizarme o al miedo que sentía por si el gorila, Vladimir, el «Jefe» o, incluso, alguien peor que ellos pudiese estar esperándome en el apartamento. Pero no tenía más remedio que arriesgarme y entrar para poder recoger las pocas pertenencias y el poco dinero del que disponía si quería huir lejos. Todavía no había pensado adónde marcharme, pero lo que tenía claro es que de esta noche no pasaba que emigrase a otra ciudad, a otro lugar donde volver a empezar, a esconderme bajo tierra en vida.

«Dios, Sasha, debes entrar», intentaba mentalizarme, obligaba a la sensación de pánico a retroceder.

Anduve pegada a la pared de ladrillo visto del edificio colindante, justo por donde no alumbraba el reflejo de la bombilla y debo reconocer que, en ese momento, parecía un puñetero ninja con uniforme de cajera cachonda apaleada.

«Esto es de película».

Escuché un ruido al final de la calle y contuve la respiración, quedándome petrificada en el sitio y, acto seguido, pude ver cómo alguien se montaba en un coche y encendía las luces dispuesto a arrancar el motor.

«¡Mierda!».

Corrí a esconderme detrás de un contenedor para que el reflejo de los faros no me delatase cuando el maullido de un gato a mis espaldas hizo que diese un brinco y que ahogara un grito en las manos.

«¡Joder!».

«¡Puto gato de los cojones!».

Volví a ojear hacia la acera y vi que por fin la calle parecía desierta. Afiné el oído asegurándome de ello, por si algún ruido indicase lo contrario, hasta que decidí acercarme a la puerta del edificio para entrar de forma sigilosa.

«Vale, ya estás dentro».

Respiraba de forma entrecortada y el pulso me latía desorbitado; subí las escaleras de puntillas y, sin encender la luz, estiré el cuello para estudiar el rellano del primer piso.

«Nadie, no hay nadie».

Pero en lo que yo no había caído es que mi bolso había desaparecido. No lo eché en falta en todo ese tiempo aunque parezca mentira y es que, a decir verdad, después de todo, ni tan siquiera reparé en él. Supongo que en el instante del rapto se debió caer o los mismos secuestradores se deshicieron de él con tal de no dejar pruebas, así que ahora no tenía modo de entrar en mi propio apartamento.

«¡Oh, joder, mierda!».

«¿Qué más puede pasar ya?».

A punto estuve de derrumbarme. Desplomé los hombros hacia abajo más que agotada con la situación y recé porque en ese instante no le diese a ningún vecino por salir de su casa, especialmente al pervertido y repugnante de Henry que, por descontado, lo último que haría sería ayudar. Pensé rápido en la forma de penetrar sin tener que tirar la puerta a abajo o tener que picar a la señora Collins para pedirle una segunda llave, si es que en el mejor de los casos la tuviese. Ojeé la zona mientras mi mente discurría y lo único que se me ocurrió fue salir por el acceso del final del pasillo que daba a las escaleras de incendios para poder llegar a la única ventana de la que disponía

el apartamento, la misma que me vi obligada a romper tras enrollar el puño en un extremo de la manta para hacer el menor ruido posible y así evitar dañarme todavía más. Pero el sonido de cristales rotos no pasó desapercibido, por lo menos, no para los tres gatos que había debajo, en el callejón trasero, que rebuscaban entre los restos de basura.

«Joder». «Ssshhhh», pedí a los condenados mininos mientras con un dedo cubría mis labios.

Introduje la mano con cuidado y levanté la hoja de guillotina para poder colarme en el interior, no sin antes contemplar con detenimiento la estancia por si algún intruso que hubiese forzado la cerradura, a diferencia de mí, hubiese conseguido entrar. Llegué hasta la cama y recogí el cargador del teléfono y las pocas pertenencias que reposaban esparcidas sobre ella; fui al baño en busca del cepillo de dientes y, antes de salir disparada, hincé las rodillas en el suelo, alargué la mano derecha y palpé el bajo del colchón hasta dar con lo que allí escondía: la documentación, el poco dinero que me quedaba disponible y, lo más importante, la única foto de mis padres que me dio tiempo a coger antes de huir de Seattle, hacía una año ya.

—Mamá, papá... —Tragué saliva—. Necesito que me deis fuerzas y me protegáis.

Me permití el lujo de repasarla durante varios segundos y hasta de acariciar por encima sus rostros, pues deseaba sentirlos cerca, como si ellos pudiesen transmitirme las fuerzas que necesitaba para seguir adelante, pero mis ojos se comenzaron a nublar por las lágrimas y supe que era el momento de ponerse en marcha si no quería desfallecer. No tenía tiempo de bajar la guardia ni de romperme en mil pedazos, ya los lloraría en otro instante, si es que no me encontraba antes con ellos en el otro lado.

La ropa ensangrentada ya no cubría mi magullado cuerpo; me había desecho del uniforme para ponerme en su lugar unos tejanos y una sudadera negra con capucha que camuflaba mi presencia, la cual acompañé con una cazadora de cuero y unas botas de estilo militar, negras también. Mi melena rubia se encontraba recogida en una trenza y remetida por debajo de la tela para que no se apreciara de qué color era el cabello. De los hombros colgaba una mochila, y encajada entre la piernas descansaba la pequeña maleta de



mano que era la que me había acompañado durante toda esta aventura, por no llamarla «desesperante huida».

Sentada en la estación de autobuses, esperaba a que llegase el primer autobús sin tan siquiera comprobar adónde se dirigía este, pues no importaba el destino, sino escapar de allí lo más lejos posible. La intención era cruzar la frontera hacia Canadá, pero no había tenido tiempo de planear el viaje, así que tocaba amoldarme a las circunstancias. Ojeé el reloj que colgaba en la pared y vi que marcaba las cinco y media de la madrugada. Una madrugada oscura, helada y... ¡Oh, fantástico!

«Ahora empieza a nevar».

—Genial, con suerte moriré congelada y no tendré que huir más... Por fin podré dormir tranquila —pensé en voz alta, aportando un ápice de sarcasmo a la situación.

Pasé los brazos por las asas de la mochila colocándomela delante, en el regazo, para que me protegiese del frío y, en la medida de lo posible, aportara algo de calor, cuando una inesperada voz se escuchó al lado.

—Creía que no huía de nadie...

De un violento salto dejé caer mis pertenencias y me puse en pie, alcé los puños en posición de defensa y dispuesta a pelear. Busqué la procedencia de esas palabras y me encontré con unos ojos que para nada esperaba descubrir.

—¡Venga ya! —resoplé con intensidad, como si no consiguiese creer todo lo que estaba viviendo.

—Debería haber alzado más el puño derecho. —Hizo una breve demostración imitando mi gesto, pasó por alto el escaso regocijo que me produjo su presencia.

El detective Moore había venido a buscarme porque era difícil que fuese una simple coincidencia, a no ser que él también huyese de la mafia rusa como yo.

—¿Qué está haciendo usted aquí, detective? —Fui a recoger la mochila del suelo, pero se adelantó y nuestras frente casi chocan en el camino. Nos contemplamos durante varios segundos, hasta que rompí el contacto visual para volver al asiento.

—¿Puedo? —Señaló el hueco que quedaba libre en el banco a mi izquierda.

—Es un lugar público y usted es del cuerpo de policía, ¿serviría de algo que le dijese que no?

Dejó escapar una pequeña carcajada sorprendido por la respuesta antes de llevarse las manos a los bolsillos. Una pequeña e insignificante carcajada que, de lo sutil que fue, me pareció hasta *sexy* por su aspereza, tan atrayente como la misma intensidad de su mirada. Sus ojos eran de un verde oscuro casi marrones, expresivos, y unas tupidas pestañas te atrapaban sin poder remediarlo como la peligrosa tela de una araña. Llevaba el pelo muy corto y era de un negro brillante, del mismo tono que la discreta perilla que acentuaba sus rasgos, los mismos que se asimilaban a los de un hombre de verdad. Me pregunté si él sería uno de ellos. Y por descontado que no conocía su edad, pero estaba claro que me sacaba algunos años, hasta cinco o seis diría. Tomó asiento al lado y, en un gesto arrebatador, se subió el cuello de la cazadora protegiéndose del insoportable frío.

—Dígame una cosa: ¿cómo me ha encontrado? —Volví de mi ensimismamiento antes de colocar de nuevo la mochila sobre mi regazo—. ¿Me ha puesto un chip rastreador o algo parecido? —Hice el esfuerzo de bromear para suavizar mi ataque. Sabía que con quien menos debía pagar mis desgracias era con él.

—Créame, ojalá se me hubiese ocurrido —siguió la broma—. Hubiese sido mucho más fácil encontrarla.

—Siento ser tan escurridiza. —Lo ojeé, y comprobé que su nariz comenzaba a enrojecerse. ¿La mía también luciría así de graciosa?

—No lo sienta, quizá eso sea lo único que le ayude a ganar un poco más de tiempo...

—Sigue sin responder. —Ignoré el comentario y me centré en lo que en realidad era de interés.

—Bueno, soy detective, digamos que ese es mi trabajo. —Buscó mis ojos y me sostuvo la mirada—. Además, me pregunté, ¿adónde iría una persona que pretende esconderse o quiere escapar?

Retiré la vista para clavarla al frente. Era más listo de lo que me gustaría que fuese, eso no lo puedo negar.

—Ya le dije hace un rato que pierde el tiempo conmigo. De verdad, no me dedique ese esfuerzo con el que podría salvar a otras personas —pedí con

total seriedad y convicción, dejando que una nube de vaho se elevara ante mi rostro.

—¿Y qué me dice de usted, señorita Turner? ¿Usted no necesita que la salven?

—Lo que no necesito es un caballero de brillante armadura que venga a mi rescate, así que si está aquí con esa intención, más le vale que se dé la vuelta y vuelva por donde ha venido, detective Moore. —Sentencié.

—Sé que no necesita un caballero para que la salve: eso me ha quedado claro. Es más, le aseguro que yo no soy ningún caballero ni mucho menos tengo una brillante armadura, pero no puedo evitar sentir la necesidad de ayudarla porque intuyo que está en peligro.

—Usted no sabe nada, y creo recordar que esta conversación ya la mantuvimos hace casi tres horas en la comisaría, creo innecesaria repetirla.

—¡Pues dígame qué es lo que no sé! —Se puso en pie en un arrebató y alzó las manos—. Es que cree que soy imbécil, ¿eh...? Se cree que no me doy cuenta de que está mintiendo... —Me contempló con fijación. La constancia de aquel hombre me sorprendía e inquietaba a partes iguales—. Sabe tan bien como yo que si he sido capaz de encontrarla, él o ellos también la encontrarán. Al parecer ya lo han hecho una vez, ¿qué le dice que no habrá una segunda?

El tiempo pareció congelarse. Nos aguantamos la mirada de nuevo hasta que la aparté no siendo capaz de soportar más aquella verdad arañándome por dentro. Sabía que no le faltaba razón, aunque no lo quisiera admitir y aunque no pudiese confesar lo ocurrido por miedo a que me encerrase entre rejas, ya que escondía un supuesto paquete de algún turbio negocio que mueve millones de dólares en el mercado negro. Por no decir que, seguramente, tiene un valor incalculable por el que muchos acababan muriendo. Así que ¿qué se supone que debería decirle? ¿Que yo no sé nada al respecto, pero que aún y así me quieren matar? ¡No me creería!

«Por favor, ¿cuándo terminará todo esto?».

Comencé a sentir los ojos vidriosos y cómo un nudo en la garganta me dificultaba tragar.

—No... no puedo contarle nada, lo siento...

Agarró la mochila por una de las asas y, arrebatándomela sin permiso, la dejó a un lado para ponerse de cuclillas frente a mí con idea de exigir

atención, algo que me descolocó de veras. Aquella mirada..., esos ojos verdes que repasaban con detenimiento todos los ángulos de mi cara golpeada... casi me hicieron flaquear.

—¿Tiene algún familiar o conocido con quien pueda quedarse?

—No, y he dicho que no pienso contarle nada.

Mi vida era tan triste y estaba tan vacía que no tenía a nadie a quien acudir. Todos a mi alrededor suponían una amenaza de una forma u otra. Hasta él mismo.

—Está bien, no me cuentes nada entonces. —De repente, había dejado de tratarme de usted. Agarró mis manos y aunque la primera reacción fue apartarme de su contacto, contra todo pronóstico se negó a soltarme.

—¿Ya ha pasado a tutearme, detective? —Observé descolocada nuestra unión—. ¿No cree que esta relación va un poco deprisa? —Quise bromear por lo surrealista que parecía todo.

Creo que se aguantó una tímida sonrisa porque no la mostró. En su rostro volvía a reinar la seriedad.

—No me cuentes nada, pero por favor, déjame ayudarte, aunque tan solo sea por esta noche.

—¿Cómo? —dudé muchísimo en preguntar.

—Estás rendida, magullada y necesitas descansar. —Señaló al cielo antes de proseguir—. Sin contar que empieza a nevar y que hace un frío de cojones...

Ese último comentario me hizo gracia y vi cómo sus ojos se abrían al ver mis labios curvarse hacia arriba. Y es que, después de todo, aquel condenado hombre no podía tener más razón: estaba cansada de huir, y mi cuerpo y mi cerebro necesitaban un descanso, una tregua, sino terminaría por volverme loca.

—Ven conmigo a casa —ofreció con cierto temor a la respuesta: lo pude leer en la expresión de su rostro—. Solo esta noche.

—No, ni hablar. —Negué con la cabeza, removiéndome en el asiento—. No voy a hacer tal cosa. No insista. Olvídese. Será mejor que se vaya. —Fingí ignorarlo.

—Solo esta noche... —repitió en un murmullo, quizá sabía que era el tiempo que necesitaba para recuperarme físicamente.

—No, he dicho que no.

—Vamos, sabes que lo necesitas...

Contemplé por encima de su cabeza cómo comenzaban a cuajar los copos que aterrizaban en el suelo y creaban una fina capa blanquecina. Mordí el interior de mi boca dudosa por lo que pudiese suceder si aceptaba su invitación porque no podía olvidar que era un detective de la policía: mi segundo enemigo en esos momentos.

—¿Y? —me animó, quería saber mi decisión.

Relamí mis labios heridos y resecos para terminar mordiéndome ahora estos en un gesto de completa inseguridad.

«Joder».

Su insistencia conseguía tambalearme.

—Yo... Creo que eso no sería...

—Solo... esta... noche... —repitió su ofrecimiento como si un mantra fuese.

Cerré los párpados y los apreté con fuerza, sopesé los pros y los contras, hasta que, al final, me sorprendí a mí misma al repetir yo también:

—Solo esta noche. —Y creo con total entereza que fue el cansancio quien se pronunció a través de mis labios.

Una leve e insignificante sonrisa cruzó por los suyos, ya que parecía complacido con la decisión, incluso, hasta creí ver que respiró algo aliviado.

—Pensé que nunca lo dirías —confesó, poniéndose en pie y tendiéndome una mano a modo de saludo para, acto seguido, ojear el reloj de pulsera en la muñeca contraria y añadir con complicidad—. Por cierto, soy Byron. Mi tiempo de servicio acaba de terminar.

La puerta de un discreto apartamento se abría para dejarnos entrar; primero era el detective Moore quien cruzaba el umbral para así poder encender las luces y yo, todavía perpleja, no podía creer que hubiese aceptado su descabellada invitación, porque era una puñetera locura. ¡Joder, estaba loca! ¡Jodidamente loca! Si huía podían encontrarme de nuevo los capos de la mafia y si me quedaba, el mismo que encendía a su paso todas las lámparas de la estancia podía meterme entre rejas durante el resto de mis días, aunque, bien pensado, casi que prefería estar viva y encerrada en la cárcel a muerta en

cualquier descampado, como le sucedió a mi pobre padre.

—Puedes soltar tus cosas por ahí. —Señaló una butaca que ocupaba un rincón del comedor al lado de una discreta librería.

Llegué hasta ella y deposité la mochila en el asiento, aparqué al lado la pequeña maleta antes de ojear por encima la sala. Reconozco que el sitio resultaba agradable y acogedor: un pequeño sofá de dos plazas con una mesilla a los pies, posada sobre una alfombra oscura, llenaban el salón, cerca de un mueble bajo para el televisor y al lado de una mesa de comedor. Todo eso envuelto por unas paredes en color gris piedra, unas cortinas blancas y un par de cuadros de pintura abstracta: un lugar tranquilo y sencillo donde descansar en una de las mejores zonas en el distrito financiero de Detroit. Nada parecido a por donde había estado moviéndome los últimos meses de mi triste vida. Por un segundo, casi tuve la extraña sensación de que nada de eso estuviese ocurriendo y nosotros tan solo fuésemos dos personas que se acaban de conocer para terminar pasando una noche repleta de lujuria. Una fantasía que se alejaba bastante de la realidad.

—¿Quieres algo de beber? ¿Algo para entrar en calor? —Pareció reparar en un detalle—. Por cierto, ¿has cenado?

Su pregunta me hizo pensar. Crucé los brazos, y negué con la cabeza.

—En realidad, no recuerdo cuándo ha sido la última vez que he comido algo. No sé cuánto tiempo estuve... —Frené la lengua de inmediato.

—¿Retenida? —añadió por cuenta propia.

Se deshizo de la cazadora sin apartar sus ojos de los míos.

—No, no he cenado. —Tragué saliva y respondí ciñéndome a la pregunta para evitar darle más información de la necesaria.

—Está bien, veamos entonces qué hay por la nevera para preparar algo de cenar. —Buscó la hora en su reloj—. Aunque ya sean las seis de la mañana...

Fue a girar sobre sus talones para encararse hacia el pasillo cuando un impulso me llevó a agarrarlo por el brazo, deteniéndolo en el acto.

—Gracias —escupí de forma inmediata.

Reparó en los dedos alrededor de su antebrazo por encima de la tela blanca de la camisa que acompañaba formalmente a su pantalón de traje oscuro y fue en ese preciso instante, cuando me percaté de la funda sobaquera que se ajustaba a su cuerpo y resaltaba sus hombros, ofreciéndole un cierto

aire intimidante, donde llevaba su arma enfundada. Un detalle que, de forma inconsciente, me puso a mil. ¡Joder, qué *sexy* estaba así! Aparté con rapidez aquel pensamiento a un lado y mi mano, que lucía con varios apósitos, la escondí, llevándola al bolsillo frontal con gesto nervioso.

—No tienes que dárme las. —Me contempló con fijación. Sus pupilas descendieron hasta mis labios y volvieron a subir hasta mis ojos en cuestión de segundos.

—Claro que sí. No me conoce de nada, ha ido a buscarme hasta la estación de autobuses y ahora me ofrece su hogar, creo que tengo mucho que agradecerle, detective —Dejé caer la vista al suelo y mordí mi labio al sentir algo de vergüenza. Jamás nadie se había preocupado tanto por mi bienestar aparte de mis padres—. No sé hasta qué punto esto es moralmente correcto —reconocí, dando total libertad a una risa nerviosa—. He estado en la sala de interrogatorios y ahora estoy aquí —indicé con una mano el salón— en su casa. ¿No cree que puedo suponerle un problema?

—Lo primero: ahora mismo soy Byron, deja de llamarme detective y respecto a lo otro... ¿Crees que después de haber ido a buscarte a la estación de autobuses me importa el problema que me puedas suponer? —Puso los brazos en jarras. Aquel hombre hablaba con una seguridad aplastante. Ese comentario removió algo en mi interior o, quizá, tan solo fueron mis bragas empapándose con el áspero tono de su voz.

—Bueno, yo... —No esperaba para nada aquella afirmación por su parte.

Alargó las manos y las colocó sobre mis hombros en un acercamiento que consiguió ponerme tensa al instante. Había olvidado del agradable contacto humano. El calor que se filtró a través de mi cazadora, que todavía llevaba puesta, alteró alguno de mis sentidos.

—Escúchame bien —exigió—. Olvídate de todo, descansa y mañana será otro día. Lo necesitas.

Nos sostuvimos la mirada hasta que mi brillante mente cayó en algo.

—Pero ¿qué dirá tu novia?

Arrugó el ceño, y guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Mi novia? ¿Qué novia?

—La morena con la que estabas el otro día en el club de lucha. Cuando salí de la ducha y se me cayó el gel al suelo... Ya sabes, esa que te acariciaba y

que... bueno, tú...

Una traviesa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sabía que recordarías dónde nos habíamos visto antes. —Pensé que era imposible no hacerlo. Su intensa mirada cargada de magnetismo era difícil de ignorar—. Y respecto a tu pregunta, no... no es mi novia.

—Oh, lo siento, yo creí que... No pretendía saber si... me refiero a que... —Qué estúpida me sentí.

—¿Quieres darte una ducha? —interrumpió mi verborrea, supongo que por lo alterada que comenzaba a ponerme yo sola, pero es que hacía tanto que no trataba con un hombre; perdón, con un atractivo hombre que, por un instante, hasta me sentí extraña—. Una ducha caliente te sentará bien.

—¿Cómo? —No esperaba aquel ofrecimiento.

—Digo que mientras yo preparo algo de cenar, tú puedes ducharte si quieres. Hay toallas limpias en el armario.

—No, no, no hace falta, yo... —Ambos ojeamos al mismo tiempo el cabello sucio de mi trenza despeluchada que caía por un lado de mi pecho. Estaba segura de que, por lo menos, hacía un par de días que no disfrutaba de una ducha después de haberme revolcado, además, por el suelo tras la pelea durante el cautiverio.

Y el recuerdo de ese instante aterrizó de repente en mi mente, erizándome la piel y encogiéndome el corazón, pues a punto había estado de morir en manos de un traficante que, a esas alturas, con total seguridad, habría vuelto a reactivar la búsqueda con muchas más ganas y mucho más iracundo. Estaba claro que si volvía a caer en sus redes, me despellejaría viva pero las palabras del detective no dejaron que siguiese pensando.

—¿Estás segura de que no necesitas una ducha? —Arqueó una ceja, poniéndolo en duda, y consideré que si iba a dormir en su apartamento, qué mínimo que hacerlo como las personas decentes.

—Está bien, no quiero ensuciarte nada —bromeé al torcer una sonrisa.

—Gracias. —Imitó mi gesto, y siguió la broma—. Ven, te enseñaré dónde está el baño.

Cruzamos un pasillo en el cual habían dos puertas blancas: una a la derecha y otra al fondo, y comprobé que el resto del apartamento era igual de cálido y acogedor.



—Esta primera es el baño. Como te he dicho, tienes toallas limpias y todo lo que necesites, bueno, no utilizo acondicionador del cabello, así que...

Me reí en silencio por su ocurrencia.

—No te preocupes, si supieses hasta ahora lo que he estado utilizando para...

Volví a callarme *ipso facto*: otra vez tenía que medir las palabras para no meter la pata delante del detective. Pero como el que está esperando el anzuelo, a la mínima este picaba con alguna pregunta o sugerencia al respecto.

—Cuéntamelo y lo sabré —me animó como si fuese una súplica—. Podré ayudarte...

—Olvidalo, perdona. —Desvié la mirada hacia otro lado.

Inspiró con fuerza, llenándose el pecho de aire debajo de la ajustada camisa para expulsarlo con lentitud, quizá, dándome por imposible.

—Y aquella puerta del fondo es mi habitación. Ahí será donde tú duermas esta noche —informó, dándose la vuelta acto seguido con idea de dejarme a solas y a mis anchas.

—¿Cómo? No, no, no ni hablar, no puedo permitir eso... —Imité su gesto con intención de debatir aquel tema, pero girándose de repente, consiguió que nuestros cuerpos impactasen y que mis manos aterrizaran sin pretenderlo sobre su torso.

—¿Es que en todo me vas a contradecir y todo lo vas a rebatir? ¡Oh, joder, perdona! —Inconscientemente, sus manos se posaron en mi cintura al intentar no chocar contra mi pecho—. No pretendía...

Ambos contemplamos nuestros dedos en contacto con el otro antes de que nuestras pupilas se buscasen una vez más.

—Lo sé, tranquilo... Yo también lo siento... No quería...

Quizá había llegado el momento de cerrar el pico y hacerle caso en algo. Llevaba un maldito año entero sin compartir techo con otra persona y la cosa se hacía difícil. Digamos que debía volver a socializarme con la gente «normal» y aceptar ciertas cosas, aunque me sintiese como una verdadera intrusa en aquel apartamento al que acababa de aterrizar.

—Será mejor que... —Señalé hacia el comedor e indiqué que necesitaba algunas de mis pertenencias para poder asearme.

El detective, por descontado, no añadió nada al respecto. Tragó saliva y

después de darme la espalda, por fin se perdió en la cocina, que es lo que pretendía hacer desde un principio.

## CAPÍTULO 8

Cerré el grifo del agua caliente antes de apoyar las manos en los baldosines blancos de la pared, sintiéndome limpia y, lo que es mejor y más importante, relajada. Había disfrutado de una larga ducha y mis extremidades parecían agradecidas por ello. Sabía que mientras estuviese allí, en aquel apartamento y con aquel atractivo hombre, nada podría sucederme o, por lo menos, eso pensaba yo. El peligro en las calles esperaba agazapado su turno y a que volviese a cruzar por la puerta, pero aunque el detective también suponía una amenaza, por lo menos, no moriría en sus manos. La cuestión era: ¿podía fiarme de él si tampoco lo conocía?

«Dios, Sasha, qué cerca has estado».

Enrollé el cuerpo en una gran toalla azul y su suavidad me estremeció sin previo aviso. Hacía tiempo que mi piel no era acariciada con algo tan suave y que oliese de forma tan atrayente, y eso alteró alguno de mis adormecidos sentidos, pues su aroma a detergente se entremezclaba con el olor a colonia masculina, ofreciéndole un resultado excitante de verdad.

«Oh, joder».

Algo en mi interior se despertó, obligándome a cerrar las piernas y a apretar los muslos con fuerza. Mi entrepierna hacía tanto tiempo que no recibía atención que comenzó a llorar de necesidad y alevosía, sentí que me traicionaba en el peor de los momentos.

«Por Dios».

Apoyé la mano a un lado del lavamanos, aferrándome a él, y cerré los ojos, imaginando de forma inconsciente una tórrida escena. Una sensación de ardor se concentró en el estómago, trajo consigo varios espasmos de placer, que se dispersaron hacia lo más húmedo de mi anatomía en cuestión de segundos. Relamí mis labios sensibles y resecos, y un suspiro salió disparado de la

garganta debido a una caricia que fue la culpable de que mi clítoris se hinchase. Dibujaba pequeños círculos sobre él con dos dedos y percibía cómo este reclamaba más y más al contacto. Separé las piernas para ofrecerle total libertad a mi mano, que se acoplaba por completo a mi sexo, frotando sobre él con necesidad, consiguiendo que mi respiración se acelerase.

—Oh, joder, sí. —Intenté retener ese jadeo involuntario, pero no lo conseguí.

Hasta que dos de mis dedos decidieron perderse en mi interior arrastrados por el terrible placer que comenzaba a poseerme mientras recreaba la excitante situación en la cabeza: yo salía cubierta por una discreta toalla y era alcanzada por el detective Moore a medio pasillo para robarme un beso, un beso largo y húmedo con el que me deleité al jugar con su lengua de forma deliciosa. Me elevaba en el aire obligándome a enrollar las piernas a su alrededor consiguiendo que la tela cayese al suelo y que mi cuerpo desnudo quedase expuesto ante él sin consideración alguna; devoró mis pechos con la mirada antes de ir en busca de uno de los pezones mientras mi espalda se apoyaba en la pared para poder soportar el glorioso aturdimiento y mientras con un brazo me sujetaba por la cintura, con la mano disponible se abría la bragueta del pantalón para dejar salir su bendita verga con intención de acercarla a mi hendidura. Su rostro se mostraba sonrojado por la perversión y, justo antes de penetrarme con ímpetu, tiraba de mi labio con los dientes y aseguraba estar hambriento. Introdujo su brillante y húmeda punta en...

—¿Va todo bien? —Unos nudillos golpearon la puerta, forzándome a regresar de la húmeda fantasía.

«¡Oh, mierda!». «Pero, pero ¿qué te pasa, Sasha?!». «¿Qué coño haces?».

—¡Sí, sí! ¡Todo bien! ¡Ya salgo! —Abrí los ojos de par en par, y maldije para mis adentros. Tragué saliva, esa con la que casi me atraganto, y solté un bufido—. Joder... Va todo genial... —respondí con ironía en un susurro que tan solo yo pude escuchar.

—Vale, sal cuando quieras, aquí tienes algo de comida esperándote —informó antes de alejarse.

Con la vista clavada en el pomo, me regañé en silencio por imaginar esa serie de cosas con quien no debía. Aquello no era buena idea para nada, es más, debía dejar de ser una simple idea. Esperé varios minutos a que mi

entrepierna se calmase y mi mente se enfriara para poder salir del baño con algo de dignidad en el cuerpo, tiempo que aproveché en repasar el rastro que habían dejado los golpes de aquel despiadado animal sobre mi piel y que lucían en un ligero color azulado. Mi labio se mostraba partido y parte del cuero cabelludo también lo sentía dolorido. Acaricié por encima parte del cuello, y recordé lo que pretendía hacer el peligroso capo de la mafia con su inquietante navaja, algo que consiguió que otro escalofrío me recorriese de arriba a abajo, helándome la sangre, pero en esa ocasión no vibraba por el placer de mis dedos, sino por el miedo que llegué a sentir..., hasta que al final, dispuesta y obligándome a apartar aquellos malditos pensamientos, sacudí la cabeza decidida a dar la cara.

«Vamos, es hora de salir».

Llevaba un pantalón de chándal grisáceo y una camiseta de tirantes blanca impuesta como pijama, ya que hacía mucho tiempo que no disponía de uno y eso era lo más cómodo que tenía para pasar la noche allí. ¿Y el motivo? Pues que siempre dormía vestida por si tuviese que salir disparada en mitad de la noche. Mi melena lucía suelta y mojada y llegaba justo por debajo del pecho, dejaba varias gotas de agua sobre la piel de la espalda al no disponer de un triste secador, aunque, en ese instante, a diferencia de cuando estaba en los anteriores apartamentos, por no llamarlos agujeros, la calefacción caldeaba el ambiente y la temperatura era más que agradable.

—Te he preparado unos huevos revueltos con *bacon* y unas tortitas — comentó en cuanto escuchó que entraba al comedor—. He pensado que ya que casi es la hora de desayunar quizá te apetecerían. ¿Te gustan?

Fue entonces cuando sus ojos me encontraron, se quedó callado y creo que, sin poder evitarlo, repasó mi cuerpo de arriba a abajo, deteniéndose en los pechos sin sujetador que se adivinaban de forma sutil debajo de la tela.

—Sí, me gustan, gracias. —Crucé los brazos en un gesto involuntario, y conseguí que con ello reaccionara.

—Me alegro, que aproveche. —De repente, pasó por el lado con semblante serio para perderse por el pasillo.

«¿A qué ha venido eso?».

¿Qué es lo que había pasado? ¿Qué había cruzado por su mente para tan

repentina reacción? No le di más vueltas y anduve hasta la mesa, donde un plato que olía de vicio esperaba a ser engullido.

«Dios, qué hambre».

Llevé con dos dedos un trozo de *bacon* crujiente a mi boca y lo saboreé con detenimiento; cogí el cuchillo y el tenedor, y después de contemplar con demasiada gula las tortitas, esas que tantísimo tiempo hacía que no degustaba, devoré una enorme porción, cerré los ojos y me perdí en su sabor.

—Oh, vaya... Están deliciosas —gemí, paladeándolas y recordando todas las veces que mi querida madre me las había preparado con todo su amor. A punto estuve de echarme a llorar, lo juro. Parece mentira que algo tan insignificante como eso pueda remover tantísimo dentro de una persona.

—Me alegro de que te gusten.

La voz del detective volvía a interrumpir uno de mis mejores y más placenteros momentos. Abrí los ojos de súbito y se podría decir que su visión terminó de alegrarme el desayuno: permanecía apoyado en el marco de la puerta, con un pie cruzado por delante del otro, vestía un fino pantalón de chándal de color negro a conjunto de una ajustada camiseta del mismo tono, y demostraba al mundo lo bien definido que estaba, mientras, en sus labios lucía una traviesa sonrisa envuelta por esa suave perilla.

«Guau».

Creo que él disfrutaba de verme degustar aquel manjar tanto como yo de verlo a él con ropa de estar por casa, porque si con traje y sobaquera de detective estaba *sexy*, así... estaba para derramarle sirope por encima y lamerlo entero. Parpadeé, obligándome a volver al plato con mucho dolor de corazón.

«¡Céntrate, Sasha, coño!».

—Bueno, pues ya que quieres saber algo sobre mí... te diré que las tortitas me vuelven loca y que es mi desayuno favorito. —Introduje otro trozo en mi boca.

Se acercó hasta donde yo estaba, con los pies descalzos.

—Vaya, un dato relevante y de gran importancia. —Guiñó el ojo.

—Por cierto, ¿tú no desayunas?

—Piqué algo mientras te lo preparaba. —Señaló el plato al tiempo que se sentaba en el extremo de la mesa justo a mi izquierda.

—Oh, vaya. —Tragué antes de añadir:— Gracias, está todo muy bueno. Cruzó los brazos y su respuesta fue una simple sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo van esas manos? ¿Te has mojado los apósitos al ducharte? — Hizo un movimiento de cabeza—. ¿Necesitas que te los cambie?

—Oh, no, no te preocupes, solo ha...

—Déjame ver. —Alcanzó la mano que descansaba más cerca de él—. Están empapados, deberías cambiarte esto —sugirió.

—Tranquilo, terminarán secándose... —resté importancia al asunto.

—Espera, te los cambiaré en un momento.

No dejó tiempo para que pudiese negarme, tan solo se levantó de la silla y anduvo decidido por el pasillo para salir del baño segundos después.

—De verdad, Byron, no hace falta que...

—¿Puedo? —pedía permiso al volver a sujetarla y mirándome a los ojos.

Bajé la vista hasta esta y pensé en qué le diría si preguntaba respecto a las heridas. Tragué saliva y, por desgracia, tardé demasiado en contestar. Cuando me quise dar cuenta ya había descubierto un apósito.

—Creo que no te he dado permiso... —le regañé sin fundamento.

—Lo siento, has tardado demasiado en responder... —Hizo un gesto de hombros—. Otra vez tendrás que ser más rápida.

Cogió varias gasas y las pasó con sumo cuidado y delicadeza sobre todos los cortes tras quitar los otros dos.

—No son muy profundos pero este —señaló el que quedaba en la palma de la mano, justo debajo del pulgar— está en muy mala zona, cada vez que cierras el puño debe de dolerte...

—El dolor es psicológico —aseguré mientras mis ojos curiosos se fijaban en su atractivo rostro distraído. No se percató de que lo observaba hasta segundos después cuando, al poner la nueva venda, presionó con suavidad sobre la herida.

—¿Te molesta? —Sus pupilas se encontraron entonces con las mías, enredándose en el camino. Ninguno de los dos comentó nada ni parecía tener intención de despegarse, hasta que algo en mi cabeza reaccionó como un reloj de alarma.

—No, gracias, está bien.

Retiré la mano y la posé sobre mi regazo.

—¿Puedo preguntar cómo te los hiciste? —Lo hizo con un cuidado exquisito, tanto que hasta me sentí culpable por no poder decírselo.

—Por favor, no lo hagas —pedí, bajé la vista a las rodillas.

—Está bien, no lo volveré a hacer. —Alzó mi barbilla con un dedo para que volviese a él—. Déjame la otra mano...

—La otra está bien; apenas tiene cortes, solo un par que son superficiales y que han recomendado que los deje al aire.

—De acuerdo.

Pude sentir cómo sus pupilas repasaban mi cara y estudiaban mis golpes y cómo se aguantaba las ganas por profundizar más en el caso, mientras que yo rezaba porque no lo hiciese. Cada vez que su voz sonaba a súplica me sentía peor conmigo misma, pero como agente de la policía, como detective y como persona que se preocupa por la seguridad de los demás, supongo que era normal que quisiese indagar en el tema de los hematomas.

—Deja que vea tu labio. —Sostuvo mi mentón y justo cuando fue a añadir algo al respecto, su teléfono comenzó a sonar, reclamándolo—. Perdona. —Ojeó en su dirección antes de ir decidido a por él—. Detective Moore. —Descolgó con voz firme ante mi atenta mirada—. No, no, tranquilo, estaba despierto. —Sus ojos se cruzaron con los míos—. Sí, lo sé, pero tuve que salir con premura: había algo que necesitaba de mi atención. Le dije a Peter que cogiese él el expediente, ¿se lo has dado? —Esperó respuesta—. Entendido, sí. He dicho que sí, te he oído, sé lo que te dije. —Suspiró—. Está bien, dentro de un rato iré para allá. Gracias por todo, Spencer.

Colgó y se frotó la cara con ambas manos, sujetó el teléfono con una de ellas.

—Dijiste que ya no estabas de servicio... —comenté.

Se volteó para ver bien mi cara, depositó el móvil sobre la mesa y apoyó las manos sobre la superficie.

—Un policía siempre está de servicio, aunque es cierto que ahora mismo esté en mi descanso.

—Y, ¿cómo sé cuándo trato con el detective Moore o con Byron? —Me recliné en la silla y esperé la respuesta. No sé por qué un fugaz pensamiento me puso tensa.

—Soy la misma persona, Emma. Soy la misma persona en la que puedes



confiar, tan solo cambia el hecho de que se dirijan a mí por el nombre o por el apellido. —Acercó su rostro un poco más al mío—. Porque... te llamas Emma, ¿verdad? —Arqueó una ceja, y puso en duda también mi palabra. Supuse que recordaba el falso nombre de cuando leyó el expediente en la sala de interrogatorios.

Su pregunta consiguió ponerme más rígida de lo que ya estaba en un principio y que mi estómago se encogiese. Retorcí las manos y las escondí debajo de las piernas, en el asiento, removiéndome en la silla más de lo que debiese.

—Claro que me llamo Emma, ¿a qué viene esa pregunta? —respondí a la defensiva.

—A que me gustaría saber tu verdadero nombre.

«Maldita sea».

—Tú lo acabas de decir —le hice ver.

—¿Tú crees que es ese?

Se hizo un largo silencio a nuestro alrededor hasta que decidí intervenir.

—Vaya, sí que es cierto que ahora hablo con el detective Moore, ¿ha sido esa llamada la que le ha hecho cambiar de personalidad, detective?

—Para nada, eso no es así, es solo que sé que mientes y creo que por lo menos podrías no engañarme con tu nombre. ¿Es tanto pedir un nombre?

—Pues lo siento, pero pide demasiado. —Retiré la silla hacia detrás, levantándome, y lo fulminé con una mirada acusatoria—. ¿Dónde ha quedado eso de «no hace falta que me expliques nada», eh? «Solo deja que te ayude esta noche sin más». —Puse los brazos en jarras, indignada.

—No te estoy pidiendo explicaciones, tan solo me gustaría...

—¡Por favor! Lleva toda la noche haciéndolo. Está claro que jamás debí aceptar su invitación, detective. Tan solo quería traerme a su terreno para que me sintiese vulnerable y que así declarase, ¿verdad? Que le contara todo lo que quiere saber... ¡Pues se equivoca! —alcé la voz.

Pasé por su lado llena de ira. ¡Aquel hombre me había engañado! ¡¿Cómo podía haber sido tan estúpida?! Me aproximé a la mochila con intención de recoger las cosas y largarme de allí, pero sus manos me agarraron por los brazos para retenerme y acercarme a él.

—Eso no es así, no es cierto —aseguró mientras su dulce aliento

acariciaba mi piel por la cercanía de nuestros rostros.

—Claro que lo es. —Mis pupilas descendieron hasta su perilla para repasar por encima sus labios sin tan siquiera pretenderlo—. Suéltame ahora mismo —exigí en voz baja.

No descartaba tener que soltar otro rodillazo para escapar de él también. Me importaba una mierda que fuese del cuerpo de policía. Ya tenía motivos suficientes como para ser arrestada, así que ¿qué importaba otro más?

—Por favor, escúchame, no tienes ni idea de lo que dices: jamás haría tal cosa.

—¡Oh, por favor, es tu trabajo! No me hagas creer que conmigo es distinto —Pegué mi cara todavía más a la de él—. ¡Lo que más me jode es no haberme dado cuenta antes!

De una sacudida me deshice de su amarre, cogí la maleta de un tirón, pero cuando alargué el brazo para alcanzar la mochila, una de sus manos atrajeron mi cuerpo al suyo para apretarme contra su torso con más fuerza, y asaltó mi boca sin pedir permiso y con decisión.

«¡¿Pero qué...?!».

Me sostenía por la nuca, reteniéndome donde él quería mientras su lengua se abría paso entre mis labios. Con mis dedos apoyados en sus duros pectorales intentaba huir de la excitación que había despertado con su húmedo y encarnizado beso robado. Nuestros dientes se rozaban y nuestras lenguas se enredaban mientras los dos luchábamos por separarnos y unirnos un poco más en aquel ardiente y peligroso baile. Después de varios segundos y como si alguien presionase un jodido interruptor, la pasión entre nosotros se detuvo y nos apartamos con la respiración entrecortada, mirándonos resentidos por algún tipo de dolor.

—Lo... Lo siento, no debería... No debería haber... —se excusaba como nunca antes había visto a un hombre hacerlo. Parecía que de verdad había arrepentimiento en sus ojos y en sus palabras.

Cubrí mis labios con el dorso de la mano, preguntándome qué diantres había sido aquello.

—¿Te he hecho daño en el labio? —Se preocupó.

—Creo... Creo que lo mejor será que me vaya... Nunca debí...

—No, por favor, espera...

Alargó una mano, pero en ningún momento me tocó, tan solo nuestras pupilas volaban de un lado a otro en busca de una respuesta a lo que acababa de suceder.

—Hagamos... Hagamos como si nada de esto hubiese sucedido —pidió al llevarse los dedos a la nuca—. Volvamos a empezar... —Propuso.

—No estoy segura de si eso...

—No te marches.

—Byron...

—Emma...

«Dios, lo que daría por poder decirle mi verdadero nombre. Lo que daría por no tener que esconderme delante de él».

—Por favor...

—Está bien, pero que esto no vuelva a suceder —exigí, tragando saliva; una dulce saliva que sabía a restos de detective y a sangre por el pequeño corte. Y es que ese breve pero intenso beso me había gustado demasiado, más de lo que quería reconocer.

Nos contemplamos con recelo en el medio del salón como dos extraños que pretenden evitar algo. Como lo que éramos.

—Por supuesto.

Pude apreciar cómo su respiración estaba acelerada, su pecho se elevaba sutilmente debajo de aquella tela negra que resaltaba muchos de sus trabajados músculos y su mandíbula se tensaba, asegurando estar cabreado consigo mismo.

—Si... si no te importa... me gustaría descansar. —Crucé los brazos y dejé caer la mirada al suelo.

—Claro, sí... —Señaló hacia donde yo estaba, dándome la razón—. Ven, te enseñaré donde están las mantas por si tuvieses frío en la cama.

—No, no pienso dormir en tu cama: aquí en el sofá estaré bien, gracias. —Tomé asiento en él.

—¡Joder! —Se frotó la cara con ambas manos y se plantó delante—. Eres insoportablemente cabezona, ¿sabes? —Me acusó con gesto de desaprobación.

—Lo sé, pero ¿sabes tú otra cosa? —Arqueó la ceja al no esperar una respuesta a su reproche—. Tú eres igual.

—¡Ja, esto es el colmo! —Alzó los brazos incrédulo, dándome la espalda

para mirar hacia otro lugar.

Me acurrugué en el sofá, apoyé la cabeza en uno de los grandes cojines y supe al instante que no necesitaba más. Después de todos los sitios mugrientos e incómodos donde había dormido durante este último año, en ese preciso instante tuve la sensación de estar en el limbo.

—No me puedo creer que...

Rápido, muy rápido, demasiado, comencé a sentir cómo los párpados pesaban más que nunca y que me era imposible seguir aquella conversación. Mis terminaciones nerviosas se desactivaron y me desplomé al caer en un profundo sueño, uno donde mis sábanas de satén me acurrucaban en mi propia cama y en mi impresionante dúplex de Seattle, donde nada en mi vida había cambiado.

# CAPÍTULO 9

## BYRON

¡N o me lo podía creer! ¡Se había quedado dormida mientras hablábamos! Aunque lo extraño era que no lo hubiese hecho antes. Su rostro delataba agotamiento y debía sentirse fatigada y dolorida porque si alguien había sido capaz de golpearla de esa forma en la cara ¿cómo lo habría hecho en el resto del cuerpo?

«¡Hijo de puta, cobarde!».

Tensé la mandíbula y apreté los puños en un acto reflejo por la rabia que en mí despertó aquel pensamiento. Cerré los ojos e intenté relajarme, porque sabía que no podía hacer nada. Me agaché delante de ella sin poder evitar contemplarla en silencio. Sus cejas eran finas y se mostraban perfectas sobre aquellos dos ojos azules que ahora se escondían bajo sus párpados y sus largas pestañas. Su pequeña nariz graciosamente respingona le daba un aire inocente y aniñado, pero, me había dejado claro que para nada era una mujer frágil, sino todo lo contrario. A cada segundo que pasaba era más consciente de que había que temerla de verdad: su genio, su carácter arrollador, su seguridad aplastante y, sobre todo, su inteligencia advertían de que era toda una mujer difícil de encontrar y al alcance de pocos.

—¿Quién eres? —susurré al apartar a un lado un mechón rubio que escondía parte de su turbador rostro.

Volví a hinchar el pecho de un aire espeso y lo dejé escapar con lentitud mientras me regodeaba en la forma de sus exuberantes labios, observé lo carnosos y apetecibles que eran, lo terriblemente *sexys* que resultaban con ese pequeño, casi inapreciable lunar que tenía sobre la comisura derecha y que tanto atraía mi atención... Pero, sobre todo, recordé lo bien que sabían.

«Joder, te has pasado, campeón», me reocriminé al recordar el instante en que le robé el puñetero beso. Reaccionó gustosa a mi intrusión, pero comprobé que con rapidez quiso poner tierra de por medio, siendo más lista que yo.

Maldije el hecho de que fuese tan hermosa. Nada de maquillajes, perfumes ni ropas caras: tan solo una personalidad natural y fuerte que prometía calar muy hondo.

—Me dejaste necesitado de tus besos y ahora los busco en otra mujer... — Desvié la vista hacia otro lado, recordándola, evocando su larga melena rizada enredada entre mis dedos, y tragué el nudo que se acababa de formar en mi garganta.

Sacudí los pensamientos y los dolorosos recuerdos poniéndome en pie y coloqué los brazos en jarras, tenía muy claro lo que iba a hacer con aquella inquietante invitada, pero temía despertarla y que me aporrease o algo por el estilo, o lo que es peor, que decidiese huir de aquí sin poderla retener.

«Está bien, habrá que hacerlo con cuidado».

Todo fuese que al despertar se sintiera traicionada.

Había mal dormido tres horas y el café extralargo al que mi compañero me había invitado no parecía ayudar demasiado. Peter hablaba y en ocasiones tenía la sensación de que su voz fuese un eco lejano.

—¿Me escuchas? —Lanzó su bola de beisbol de los Detroit Tigers, golpeándome con ella en la frente, haciéndome reaccionar.

—¡Eh, pero qué coño te pasa! —La cogí al rebotar sobre la mesa y se la devolví con saña a ver si le arreaba en las pelotas.

—¿Que si me estás escuchando?!

—¡Sí, sí, joder, te escucho! —Me puse en pie y metí los pulgares por la cinturilla del pantalón.

—Pues no lo parece... —Echó el cuerpo hacia delante y clavó los codos en sus rodillas—. ¿Qué te ocurre? ¿Es por lo que ayer saliste disparado? No me has contado nada...

Lo miré a los ojos y tardé demasiado tiempo en responder. Parpadeé un par de veces y, justo cuando fui a hacerlo, Peter se adelantó siendo avisado.

—¡Venga, no me jodas! —Alzó las manos al aire—. ¡Es por una tía! ¡¿Es

un chochito, es eso?!

—Cállate, si no quieres que te parta la boca. —Lo señalé autoritario con un dedo.

La relación que teníamos Peter y yo no era tan solo de compañeros de trabajo, nos conocíamos desde hacía muchísimo tiempo y, a parte de Dangerouse, fue el único que estuvo en los peores momentos, cuando todo sucedió. Digamos que teníamos una extraña relación de amor-odio que tan solo él y yo entendíamos.

—Y no, no es eso...

—Sabes que a mí no me puedes engañar, mamonazo, te conozco demasiado bien...

Justo cuando fui a contraatacar, la puerta de la sala de reuniones se abrió para dejar entrar al capitán seguido por Spencer.

—Está bien, nenazas, dejad ya de pelearos —nos advirtió antes de sentarse en la silla y sin tan siquiera mirarnos a la cara—. Se os oye desde afuera.

Aquel cabrón se hacía de querer, cierto es que era el capitán, pero se podría decir que en una comisaría pequeña como era la nuestra, casi que había ejercido de padre de alguno de nosotros en alguna que otra ocasión. Aunque jamás se nos ocurriría faltarle al respeto ni a ningún subordinado incumplir sus órdenes.

—¿Qué tenemos, Spencer? —preguntó el mandamás al especialista en balística forense.

—Bueno, en realidad poca cosa de ambos casos. Por un lado, respecto al cuerpo hallado en el interior del coche, los casquillos no pertenecen al arma de fuego encontrada en el lugar del crimen. —Soltó varias carpetas con el informe detallado, haciéndolos llegar hasta nosotros—. Es como si esa arma no tuviese que estar ahí o fuera para despistarnos... No cuadra... —Hizo una mueca—. Lo que significa que hay que seguir con la búsqueda, aunque, por el contrario, hemos encontrado una huella parcial, pero todavía no hay resultados y, además, se están contrastando los dibujos que dejaron los neumáticos en el suelo, pero tampoco tenemos nada sobre seguro.

—¿El arma encontrada tiene número de serie?

—Ni uno, no tiene número de identificación, están borrados.

—¿Se ha descartado el móvil del robo? ¿Llevaba dinero o documentación

encima?

—Sí, lo llevaba todo encima. Aparentemente, ese no ha sido el motivo, pero está por confirmar.

—Joder, entonces descartamos el aviso al NTC<sup>1</sup>. —Pensé en que aquello no podía ser obra de cualquier pandillero barato, ese tipo de gentuza no se tomaba tantas molestias—. Con lo fácil que sería dar caza a ese hijo de puta con el puto formulario 4473 —reconocí en voz alta—. Y sobre el caso de la chica, ¿cómo vamos con la recuperación de datos? —quise saber, cerré la carpeta después de ojear lo que había dentro descrito—. ¿Tenemos algún nombre o algún perfil? —pregunté en general.

—Sí, eso es lo que os iba a comentar. Tenemos a un hombre trabajando en ello y todavía no puedo decir mucho, pero ya os adelanto que las huellas no constan en nuestras bases de datos.

—¿Solo tenemos a un hombre trabajando en ello?

—Sí, capitán. García está de luna de miel.

—Oh, sí, lo olvidaba...

—¿Hablas de las huellas de la víctima? —quiso asegurarse mi compañero Peter.

—Sí.

—¿Han podido comparar los restos de sangre del cuchillo con el ADN de la chica? —sugerí en una pregunta.

—Al parecer tampoco ha habido suerte —adelantó el Capitán, frotándose la barba con nerviosismo—. El forense asegura que no es de ella. La herida demuestra que en efecto murió a causa de un traumatismo penetrante, para más exactitud, un objeto puntiagudo de seis centímetros de anchura, pero no es producida por el arma blanca que se halló cerca del lugar.

—¿Entonces no tenemos nada! —se quejó Peter al tiempo que soltaba a desgana la carpeta con toda la información.

—Me temo que no. Habrá que esperar a las cámaras de vigilancia, a ver si nos revelan algo.

—¡Joder, esto es increíble! —Me cubrí la cara con resignación y un incipiente cabreo—. Tenemos un cuerpo sin vida, un arma blanca con restos de sangre que no pertenecen a la víctima y, por otro lado, una pistola que no se sabe de dónde cojones ha salido y que no tiene sentido que esté ahí, además de



varios casquillos, pero... no tenemos nada más donde rascar... Ni nombres ni coincidencias dactilares, ¡nada...! —Alcé los brazos sin poder creérmelo—. ¡Genial! ¡Es un puto *puzzle* sin sentido!

—Bueno, chicos, no desfallezcáis, seguiremos buscando y daremos con esos cabrones. —El capitán se levantó de la silla y dio por finalizada la reunión—. Buen trabajo.

Una reunión que, por suerte, había durado menos de lo esperado, aunque debo confesar que me dejó un desagradable y amargo sabor de boca. Confiaba en que tendríamos suficientes pruebas como para salir a buscar a esos mierdas que habían dado muerte a un hombre de edad avanzada sin motivo aparente, y a una pobre chica que, seguramente, tampoco se lo merecía, pero al parecer, debíamos esperar un poco más.

—Buen trabajo, Spencer. —Le estreché la mano antes de que saliese por la puerta.

Después de despedirme de todos y con la barata excusa de que necesitaba dormir, salí escopeteado de allí sin ofrecer mucha más información a ninguno de mis compañeros, pues por alguna extraña razón necesitaba llegar al apartamento cuanto antes y comprobar que mi inquietante invitada no se hubiese marchado. ¿Lo habría hecho?

De camino a casa compré algo caliente para cenar que nos reconfortase el estómago, pensé en que el menú elegido podría ser de su agrado, ya que no conocía sus gustos gastronómicos y, por descontado, tampoco se lo pregunté. No olvidemos que era el mismo día en que fui a buscarla a la estación de autobuses solo que ya eran las siete de la tarde; era de noche, hacía un frío de condena y las calles de Detroit estaban teñidas de blanco gracias a la nevada que había empezado a apretar hacía apenas unas horas. Solté las llaves del coche en el recibidor y las bolsas en la cocina y, tras colgar la cazadora en el sitio, fui decidido hacia el baño.

«Joder, menudo día», pensé, deshaciéndome de la ropa por el pasillo.

Abrí el grifo con intención de meterme bajo el chorro del agua caliente y, en cuanto lo hice, apoyé las palmas de las manos en la pared para de que mi cabeza se empapase. Cerré los ojos e intenté por todos los medios apartar todo pensamiento sobre informes, armas blancas, crímenes y tiroteos. Cuerpos

sin vida y desmembrados, personas a las que se les había arrebatado todo sin necesidad de nada... y justo cuando mis músculos se empezaban a destensar y a relajar, cruzó por delante una descabellada idea que para nada me convenía: meterme bajo las sábanas y poseerla.

«¿Pero qué haces, qué coño te pasa?».

«¿A qué viene esto?».

Me pregunté qué ocurriría si me colase en la cama y asaltara su cuerpo a besos. Si introdujese la mano entre sus muslos para después abarcar toda su entrepierna con mi templada lengua. Qué ocurriría si la penetrara sin vacilar... ¿Se retorcería del placer o me abofetearía en la cara? No tenía ni idea, lo único que sabía era que a mi polla le encantaba el plan y que pedía a gritos una atención especial; ojeé entre mis antebrazos y la vi dura y firme preparada para pelear.

—Me vas a complicar la puta vida—le dije.

Estaba llena de sangre y dispuesta. Una sangre que urgía en mi cabeza para conseguir razonar porque aquel jodido pensamiento para nada era bueno. No sabía quién era, de dónde venía ni qué o quién la perseguía. No sabía qué peligro podría suponer darle cobijo en mi casa, pero no podía evitar sentir la enorme necesidad de protegerla. Y algo me hacía presenciar que sus partes más íntimas también palpitaban cada vez que nuestras miradas se batían en duelo.

«Joder, vamos, tío».

«Hazla callar de una vez».

Y pocos segundos tardé en tomar la decisión. Respiré con intensidad y, sin pensármelo, lleve la mano hasta mi sexo dispuesto a terminar con aquel terrible calentón. La agarré con firmeza y un escalofrío me recorrió entero, conseguí que mi miembro se acabase de endurecer entre los dedos. Comencé acariciándola con lentitud de arriba a abajo, cerré los ojos y apretándolos con fuerza por el inmenso placer que empezaba a hacer acto de presencia.

«Mmmmm... Sí».

No pude hacer otra cosa más que evocar sus labios alrededor de mi verga. Tan suaves y delicados, con ese pequeño lunar que tan loco me volvía. Su rebelde boca se abría para mí y, cogiéndola con ambas manos, se la introducía casi entera al tiempo que succionaba y me contemplaba, haciéndome

enloquecer.

«Oh, Dios».

La imaginaba en la ducha arrodillada mientras yo me apoyaba en la pared y el agua nos empapaba todavía más, porque era consciente de que ella chorreaba al igual que yo, que su sexo se contraía al engullir de forma insaciable mi entrepierna. Su lengua acariciaba desde el capullo hasta la base, dibujándola y saboreándola mientras a mí me asaltaban miles de espasmos. Sus manos acariciaban mis pelotas produciéndome cosquillas, las cuales intensificaban las sensaciones de sus largos e intensos lengüetazos. Succionaba la punta como quien pretende beber al sentirse sedienta de mi polla.

«Joder».

Le follaba la boca una y otra vez, una y otra vez, sin descanso. Comenzaba a estar al límite, imaginarla conmigo cuando no podía ser posible me resultaba todavía más excitante si cabía. Me moría por besarla, por lamerla, por penetrarla y que gritase mi nombre extasiada por las arremetidas. Veía su culo delante y mis pulsaciones de disparaban. Y es que me encantaría perderme dentro de él, descubrir todos sus agujeros mientras estos reclaman más y más, dilatándose ante mi intrusión. Perforarlos hasta que no pueda con su alma y se corra extasiada por mi culpa.

«Sí, sí».

Y fue justo cuando me pregunté cómo serían sus gemidos y apreté, acelerando el ritmo de las sacudidas, que llegué el arrollador orgasmo, obligándome a eyacular de repente en la pared.

«Oh, jodeeeeeerrr».

Apoyé la frente contra el brazo mientras me vaciaba entero y sin control. Me corrí en un tiempo récord y estaba claro que tan solo había una culpable de aquello: esa misteriosa mujer que dormía en mi cama me trastocaba de una forma que no comprendía. Porque desde que ocurrió todo, hace un par de años ya, había estado acostándome con varias mujeres, pero me daba que ninguna era como esa pequeña loba que se negaba a mi protección. Me enjaboné y terminé de ducharme con una sola idea en la cabeza para que se grabase a fuego de una forma u otra en mi subconsciente: aquello no podía suceder de ninguna de las formas.

«Olvídalo, Byron».

Puse los pies en el suelo, frente al espejo, y fue cuando me di cuenta del problema que tenía entonces: la ropa limpia estaba en el dormitorio.

—Genial —Dejé caer la cabeza hacia delante—. Joder, ¿qué coño hago yo ahora?

Tocaba salir fuese como fuese, ya que no tenía muchas más opciones, así que enrollé la toalla alrededor de mi cintura y, medio mojado, salí en busca de algo que ponerme. Dejé atrás la puerta del baño y justo cuando me disponía a entrar a la habitación alguien a punto estuvo de golpearme y reventarme la puñetera cabeza.

—¡Me cago en la puta! —Esquivé el bate de beisbol de milagro—. ¡¿Es que quieres matarme?!

—¡Oh, mierda, lo siento, lo siento! —Tiró el bate al suelo y se acercó a comprobar que no me hubiese dado—. ¿Te he hecho daño? —Se mordió el labio en un gesto de verdadero arrepentimiento, algo que a mi entrepierna pareció gustarle demasiado.

«Ni se te ocurra, no puedes hacerme esto», amenacé a mi polla en silencio para que no la saludase desde debajo de la toalla.

—¿Estás bien? —se mostraba arrepentida.

—Estoy bien, tranquila, pero podrías haberme matado. —Mis ojos volaron al arma en cuestión—. ¿Cómo lo has encontrado?

Hizo una mueca y lo ojeó al igual que yo.

—Ah, pues... es que... me desperté de repente, no sabía dónde estaba y escuché un ruido que no sabía de dónde provenía. Te llamé, pero al no contestar imaginé que alguien podría haber entrado y...

—Rebuscaste en la habitación. —Señalé los armarios y los cajones abiertos.

—Yo de verdad que lo siento, no quería...

Se disculpó una vez más, pero a mí, sorprendentemente, me invadió la risa.

—¿Sabes lo peligrosa que llegas a ser?

Dejó entrever una tímida sonrisa teñida de inocencia, se cruzó de brazos y preguntó:

—¿Eso es un cumplido, detective?

Se creó un silencio demasiado largo a nuestro alrededor, pues no pude

responder porque, en realidad, creo que sí lo era. Jamás había conocido a una mujer como ella. Sus ojos reaccionaron entonces, y es que, al parecer, todavía no se había percatado de que iba medio desnudo. Sus pupilas se pasearon más tiempo del estipulado sobre mis pectorales y pude apreciar cómo tragaba saliva con lentitud, como quien está a punto de degustar su postre favorito.

—Necesito ropa.

—¿Qué?

—Necesito vestirme.

—Oh, sí, perdón. —Pasó por el lado, dejándome a solas en el cuarto, pero a varios pasos debió caer en la cuenta y se detuvo a medio pasillo para ejecutar una pregunta—: ¿Cómo he llegado hasta tu cama?

Sentí la obligación de girarme para ver su expresión en cuanto escuchase la respuesta.

—Yo mismo te llevé.

—¿En brazos?

Reviví el momento en la cabeza: introducía las manos por debajo de su lánguido cuerpo desplomado en el sofá y a pulso la levantaba para acurrucarla contra mí, quedando sus labios a un escaso palmo de los míos.

—Sí.

—Y, ¿dónde has dormido tú?

—Tranquila, no hemos compartido cama si es eso lo que te preocupa. —Froté con una mano mi cabello mojado haciendo saltar varias gotas y pensé en lo poco que me hubiese importado hacerlo—. En el sofá.

No comentó ni añadió nada más al respecto. Giró sobre sus talones y me dio la espalda para dirigirse hacia el comedor en completo silencio. Algo que no sabía hasta qué punto temer. ¿Debería?

## CAPÍTULO 10

**E**ntré al salón en busca de mis cosas y anduve hasta ellas sin perderlas de vista, seguían en el mismo lugar donde las había dejado a mi llegada, así que cogí la pequeña maleta y me recliné en el baño con una intención. Me lavé la cara con agua fría, los dientes, robándole una pequeña porción de pasta a Byron y, reemplacé el improvisado pijama por unos tejanos, acompañándolos con un jersey de cuello alto en color negro, el cual definía perfectamente la forma del pecho al quedar demasiado ajustado. Enfundé los pies en las botas militares y recogí mi melena en un moño alto mal hecho e informal y, fue entonces, al mirarme en el espejo y ver que las ojeras habían desaparecido cuando me dio por buscar la hora en el reloj.

«Joder, pero ¿cuántas horas he dormido?».

Parecía imposible haber dormido doce horas seguidas y, además, haber descansado la mente al no haber soñado absolutamente en nada. Todo un logro y un milagro estando en la situación que me encontraba. Lo último que recordaba era caer casi en coma en cuanto mi cuerpo tuvo contacto con el mullido sofá y haber despertado por un ruido ignoto en una cama desconocida, arropada entre unas sábanas que olían demasiado bien a colonia y a restos de hombre. Pero lo mejor es que a pesar de las marcas tenía buena cara. Me sorprendió lo bien y enérgica que me sentí, algo que indicaba que estaba preparada para partir. Había llegado el momento de volver a cruzar por esa puerta y seguir con la aventura donde la había dejado. De camino a la estación de autobuses pensaría en el próximo destino, pero estaba claro que iba a ser algún lugar lejos de allí, lejos de esas calles sembradas de peligro, lejos de ese edificio donde me topé con un asqueroso y enfermo pervertido, lejos de ese trabajo al que acudí tan solo dos miserables días y en el mismo que se estarían preguntando por mi existencia. Ese en el que Strogonov o Vladimir,

como queráis llamar a ese gran hijo de puta, supongo que habría vuelto a ocupar su puesto como cocinero... Y lejos del hombre al que casi mato con un puñetero bate de béisbol. El mismo que despertaba en mí un extraño sentimiento de perversión difícil de controlar. Su cuerpo semidesnudo y con esa pequeña toalla enrollada alrededor de su cintura había recreado demasiadas fantasías en mi subconsciente. Ninguna de ellas apta para menores de dieciocho años, porque su penetrante mirada y su *sexy* perilla de detective alteraban mi lado más salvaje, ese que desconocía y que resultaba difícil de ignorar, cosa que no podía permitirme, así que, consciente de ello, supe que debía alejarme lo máximo posible y cuanto antes de él, antes de que me lo volviese a retener con su dulce palabrería y sus ruegos.

«Está bien, vamos allá, Sasha. Toca volver a esos oscuros agujeros».

Salí del baño decidida y comprobé que la puerta del dormitorio seguía cerrada. Colgué de un asa la mochila a mi hombro y me dirigí, sintiéndome preparada hacia la puerta, pero... en ese instante, en ese mismo momento, algo obligó a mis pies a detenerse en seco como si alguien hubiese ejecutado una orden. Por muy mentalizada que estuviera a salir a la calle y a volver a pelear, no podía marcharme así, no de aquel modo: el hombre que en doce horas todo me lo había dado por lo menos se merecía un «gracias» o un «adiós», aunque, algo que tenía claro es que no quería volver a enfrentarme a sus súplicas porque no sabía seguro cuál sería mi reacción. Busqué rápidamente con la mirada un trozo de papel donde escribir unas palabras antes de que saliese del cuarto, donde es posible que estuviera recogiendo todo lo que yo había removido.

Sé que no es así como debería despedirme de usted, detective, pero me temo que si pidiera que me quedase, quizá, cedería y eso es algo que a ninguno de los dos nos conviene. No quiero traerle problemas y, por desgracia, usted supone uno para mí. Tan solo déjeme

darle las gracias, aunque tan solo sea mediante este pequeño trozo de papel. Le deseo todo lo mejor.

Hasta nunca.  
Se despide con cariño...

Fui a firmar la nota y empecé, de forma inconsciente, con la letra «S», haciendo referencia a mi verdadero nombre, pero, por suerte, caí en la cuenta a tiempo y la taché para escribir al lado del borrón el nombre de Emma. Repasé las palabras una última vez antes de dar media vuelta para dirigirme muy segura hacia la salida; suspiré con intensidad y agarré el pomo para abandonar el apartamento con decisión, cuando, justo al abrir de un rápido tirón, me topé de frente con un enorme cuerpo que consiguió sobresaltarme, pero que por el contrario me resultó familiar.

«Pero, ¿qué hace este aquí?».

Después de eso, ya me lo esperaba todo.

—¿Tú? —unos profundos ojos negros se sorprendieron.

En ese preciso instante, la puerta del dormitorio se abrió y las pupilas de Byron me encontraron a lo lejos. Su expresión se transformó en cuanto dedujo que me marchaba sin tan siquiera despedirme.

«¡Mierda!».

—¿Qué cojones haces tú aquí?

La grave voz de Dangerouse hizo que regresase a él. Tragué saliva y de verdad os juro que no supe qué decir.

Pero alguien se unió a la conversación, si es que aquello llegaba a ser una.

—¿Es que te marchabas? ¿Pensabas irte sin decir nada? —Ahora era Byron quien exigía una respuesta detrás. En dos zancadas se había plantado a mi lado en cuestión de segundos. Algo que hasta a mí me sorprendió.

«¡Joder!».

Cerré los ojos y maldije mi suerte, al jodido samoano y hasta al cosmos si me apuras.



—Bueno, no, es que yo... —Las palabras parecían quedarse atascadas en la garganta.

Los ojos de Byron me acusaban y su ceño arrugado aseguraba que estaba molesto conmigo. Supongo que con razón.

—A ver, a ver, a ver... ¿Alguien puede explicarme qué coño me he perdido? —Dangerouse pedía una explicación.

El detective levantó un dedo, pidiéndole silencio, y el otro se cruzó de brazos tras soltar un bufido.

—¡Ja!

—Byron, escúchame, por favor, sé que no son las formas... —Alargué la mano, esa que esta mañana él mismo había curado con cierta ternura y lo señalé—. Sé que no debería irme así, pero...

—Pero te importa una mierda que me haya jugado el culo por ti y te haya dado protección esta noche, ¿verdad? —Abrió los brazos de par en par para volver a cruzarlos—. Confiésalo...

—¡No! ¡Joder, no! —Ahora era yo quien abría los míos de desesperación porque ¿cómo podía ser que la vida se me complicase de aquella forma y por momentos?—. No es eso, de verdad, te lo juro. Yo tan solo creí que si te decía que me marchaba intentarías impedirlo y quería evitar que... ¡Oh, joder! ¿Por qué coño se tiene que complicar tanto? —elevé la voz.

—Tranquila, si en realidad no me debes nada —aseguró en un murmullo.

—Por favor, Byron, no me lo pongas más difícil —pedí, tragué el nudo que se había formado en mi garganta—. Debo seguir mi camino. No puedo quedarme aquí, no debo... Si lo hago, nos estaría poniendo en peligro a los dos. —Con mucho atrevimiento posé los dedos sobre su mejilla. Su mandíbula se tensó debajo de ellos y sus ojos pedían, asombrosamente, una vez más, que por favor no me fuese—. Y eso es algo que no me perdonaría jamás.

Hice un esfuerzo aterrador y con la vista borrosa, crucé la puerta, pasé por el lado del exótico guerrero que nos contemplaba en silencio y sin dar crédito a la escena que se recreaba. Fue mientras bajaba por las escaleras cuando me permití llorar de verdad, porque eso no entraba en mis planes: no contaba con toparme con un hombre dispuesto a cualquier cosa por mí cuando ni tan siquiera nos conocíamos; no contaba con que su presencia me alterase como hacía tiempo que no ocurría, no contaba con tener que despedirme de alguien

que me ofrecía todo cuando no tenía a nadie que me diera nada. No contaba con que Byron se cruzara en mi camino.

Salí del edificio y un terrible frío me abofeteó en la cara. Era de noche y las aceras estaban cubiertas de una espesa capa blanca; la nieve había cuajado desde que yo había llegado al apartamento y ahora se hacía difícil caminar cargada. Enfilé el paso y comencé a andar sin rumbo, ya que no sabía hacia donde se encontraba la estación de autobuses ni cómo se llegaba desde el distrito financiero.

—¡Por favor, qué frío! —Los dientes me castañeteaban en un gesto involuntario; sentía cómo mi nariz empezaba a moquear y cómo mis orejas se congelaban, y que hasta los tímpanos se resintieran del intenso helor. Pero lo peor de todo era que sabía que no duraría mucho tiempo sin encontrarme con un fatal final: o me topaba de frente con alguno de los matones del capo de la mafia o moría a causa de la nevada y las bajas temperaturas, al caminar hacia ningún lado.

—Dios, no sé si lo podré soportar... —Detuve el paso un segundo para rebuscar el gorro de lana en la maleta. Abrí la cremallera y, tras sacarlo, me lo coloqué con cierta dificultad por el temblor de los dedos.

Cuando una débil voz se escuchó a mis espaldas:

—Emma...

Cerré los ojos y los apreté con fuerza.

«No, por favor, no».

Me giré poco a poco, recé porque fuesen imaginaciones mías y la locura ya alcanzara niveles elevados, escuchando voces en mi cabeza porque sabía lo que aquello podía significar.

—Lo siento. Pégame, abofetéame, dame si quieres con el puto bate de beisbol, pero... no puedo dejarte marchar.

En cuanto lo vi en la acera plantado se me cayó el alma a los pies, sentí un profundo dolor en el pecho.

—¡Byron, por el amor de Dios, vas en manga corta! —lo acusé, ojeándolo de arriba abajo sin poder creérmelo—. ¡¿Es que quieres morir congelado?! —Alcé las manos al cielo—. ¡¿Es que estás loco?!

—No, no lo sé, bueno, quizá sí, pero...

Sus labios cogieron una tonalidad púrpura y su piel se tornaba roja por

culpa del mismo frío que debería estar abrasándole los pulmones. Sus dientes también comenzaban a castañetear tanto o más que los míos y por un instante temí que le pudiese dar una parada cardiorrespiratoria.

—¡Byron, por favor, vuelve a casa! ¡Vas a morir congelado!

—Solo si tú vuelves conmigo. —Se abrazó a sí mismo y se frotó con energía los brazos arriba y abajo, al pretender entrar en calor.

—¡Dios! ¡¿Es que no lo entiendes?! ¡No puedo! ¡No puedo volver contigo! ¡No debo!

—No importa que pongas mi vida en peligro: soy policía, sé defenderme... Estaré preparado...

—¡No! ¡¿Es que no lo ves?! —En mis ojos comenzaron a agolparse diversas lágrimas que me dificultaban la visión—. ¡Tú también supones una amenaza para mí! ¡No puedo estar cerca de ti! —reconocí con dolor en el pecho.

El frío cada vez era mayor y más insoportable: se nos hacía difícil pensar y seguir con aquella conversación. Su respiración era acelerada y su cuerpo comenzaba a tener espasmos involuntarios.

—Adiós. Vuelve al apartamento o acabarás congelado. Por favor, hazlo por mí.

Le di la espalda y, tras dejar escapar un enorme vaho de entre los labios e intentando no derrumbarme en la mismísima acera, volví a emprender el paso con decisión. Sabía que si no me alejaba de su lado, él no lo haría del mío o por lo menos eso pretendía dejar claro. Las lágrimas caían de mis ojos, pero en cuanto rozaban mi piel se cristalizaban en mis mejillas. Mi maltrecho corazón reclamaba a gritos un hogar donde echar raíces, pero estaba claro que eso, en algún momento de mi vida, se me prohibió, obligándome a vagar de forma solitaria por este mundo. Por lo visto no tenía derecho a amar ni a ser amada.

—¡¿Es que no te das cuenta de que por más que lo intento no puedo?! —gritó desde detrás, consiguiendo que mi corazón padeciese de forma intensa. Aquellas palabras dolían y mucho al no poder ser correspondidas.

No quise escucharlo, no detuve los pasos en ningún momento y seguí al frente, ignorándolo sin éxito, pero unas manos lo hicieron por mí: me elevaron en el aire y, cuando quise darme cuenta, ya me tenía cargada al hombro.

—¡Byron, bájame, por Dios! ¡Bájame ahora mismo! —Pataleaba e intentaba deshacerme de su fuerte brazo que rodeaba mi cintura.

—¡Escúchame bien, Emma! ¡Siento muchísimo suponer una amenaza para ti, pero prefiero eso a que mueras congelada en cualquiera de estas calles!, ¿entiendes? —Me regaló un inesperado azote en el culo—. Y te agradecería que dejases de patalear, me vas a reventar la puta mandíbula como me des con una jodida bota.

—¡Pues bájame!

—No pienso hacerlo, si lo hago sé que huirás.

Volvimos a cruzar el portal del edificio y a subir por las escaleras hasta su apartamento. Sorprendentemente, la puerta permanecía abierta de par en par y Dangerous ya no estaba allí, con lo que tan solo pude deducir que poco tardó Byron en salir corriendo detrás de mí.

—Ahora, sí: ya puedes poner los pies en el suelo. —Me soltó después de que cerrase la puerta y echara la llave en la cerradura.

—¿Sabes que no puedes hacer esto, verdad? ¡No puedes arrastrarme hasta aquí en contra de mi voluntad! —Tiré las cosas al suelo y aunque sabía que lo hacía con toda su buena intención, algo en el interior me impedía no enfardarme con él.

—¡Sí, lo sé, Emma, lo sé! ¡Soy policía, sé lo que puedo hacer y lo que no!

—¡Pues no lo parece! —le planté cara, estiré el cuello delante de sus narices—. ¡Agggrrrrr! —Solté una patada a la mochila por la rabia que sentí y por no girarle a él su bonito rostro—. ¡Aunque tú creas que sí, no me estás ayudando, Byron! —Le di la espalda y caminé sin rumbo por el salón.

—¡Pues cuéntame de una jodida vez cómo puedo hacerlo, Emma! ¡Dímelo, por el amor de Dios! —rugió a mis espaldas—. ¡¿Por qué supongo una puta amenaza para ti?!

—¡¿Es que no me escuchas?! ¡No puedo decírtelo! —Llegué hasta él y lo agarré de la camiseta con los puños cerrados. Nos miramos con fuego y con las respiraciones agitadas —. ¡Joder, esto es una mierda!

Lo solté con resignación y me llevé las manos a la cabeza. Me acerqué a la mesa del comedor y las apoyé, dejé caer la vista sobre la superficie y conseguí que unas lágrimas de dolor y rabia manchasen la nota de despedida que yo misma había escrito minutos antes.

—¿Por qué dices en la nota que si te pido que te quedes, cederías a mi petición, eh? —Se acercó por detrás, pero en ningún momento entramos en contacto—. ¿Por qué no te podías despedir de mí en persona? —Fue entonces cuando, agarrándome por el codo, me obligó a volver a él—. ¿Por qué hay una «S» tachada al lado de tu nombre?

Tragué saliva y cerré los ojos, porque no era capaz de responder a su mirada: preguntaba demasiadas cosas y cada una de ellas era más dolorosa que la anterior. Y es que yo contaba con estar muy lejos cuando se hiciese todas esas preguntas.

—Lo siento, no...

—Ni se te ocurra decir que no puedes contármelo —advirtió, levantando un dedo—. Creo que eso no tiene nada que ver con lo que te haya sucedido y creo que me lo debes...

Las lágrimas mojaban mis mejillas y se perdían en mis labios, hacían el mismo recorrido que sus ojos que exigían un veredicto.

—Yo... —fui a responder, pero la voz me falló.

—Por favor, no me hagas suplicártelo más... —Subió un puño y lo apretó, demostrando que no le quedaban muchas más fuerzas para aguantar mis mentiras y las evasivas.

—Yo... —lo intenté una segunda vez, pero la garganta volvió a jugarme una mala pasada, hasta que, al fin, preguntándome si hacía bien o no, le di lo que en realidad se merecía—. Mi nombre... Mi nombre es... Sasha... —Mordí mi labio con fuerza y decidida a proseguir con la explicación—. Sasha Bowen, soy de...

—¡Basta! —Apoyó la frente contra la mía al tiempo que alzaba la mano y la posaba en mi mejilla transmitiéndome calor—. No necesito saber más. —Ambos cerramos los ojos y nuestras respiraciones se aceleraban segundo tras segundo por nuestra cercanía y por lo que su pulgar, acariciándome con lentitud, despertaba en lo más hondo de mí.

«Dios, ¿cómo he llegado hasta aquí?».

«¿Cómo ha podido suceder?».

«Esto no puede terminar bien».

—Byron... —pronuncié su nombre en un doloroso susurro. Estábamos a un paso de complicarnos la vida sin necesidad.

—Sasha... —Subió la otra mano y sostuvo mi rostro con ambas, y lo contempló con detenimiento y fijación—. Creo que en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron en las duchas del club desee que fueras el mayor de mis problemas.

# CAPÍTULO 11

## BYRON

**N**o sabía decir con certeza qué es lo que sus ojos despertaban en mí, pero era mirarme y anularme como persona, como hombre, como detective y como no sé cuántas cosas más. Disponía de un poder sobre mi voluntad que nadie desde hacía muchísimo tiempo había vuelto a tener y eso era algo que me acojonaba de veras, pero que me atraía de una forma irremediable, intensa y dolorosa. No sabía si era el azul de sus ojos o el jodido aleteo de sus pestañas, no sabía si era su pequeña y graciosa nariz o aquellos jugosos labios que prometían subirme al cielo en cuanto me imaginaba entrando de ella con cualquier parte de mi cuerpo, no sabía si era su forma de aguantarse una sonrisa, de retarme sabiendo que no tenía razón o su forma de acabar con mi paciencia lo que me empujaba a sus brazos...

«Aunque ahora que mis ojos se detienen en su boca creo que el culpable de todo es ese pequeño e insignificante lunar sobre esos labios que respiran entreabiertos y que parecen reclamarme a gritos».

Mis manos se encontraban a lado y lado de su cara y nuestros cuerpos se mantenían más pegados que nunca. En el ambiente se podía palpar la tensión sexual que chisporroteaba cabreada entre nosotros aunque, después de todo, volvía a preguntarme si aquello era buena idea. Ella me lo advertía, mi cabeza me lo avisaba... pero mi polla parecía estar disconforme con la decisión de retroceder y no abalanzarme sobre sus curvas. Mi instinto de detective intentaba hablarme, pero me negaba a escucharlo. Se cabreaba conmigo por taparle la boca sin razón, por ignorarlo.

«Joder, Byron, decídete de una puta vez».

«Pero que sepas que si sigues, puedes cagarla».

Limpié con los pulgares los restos de lágrimas que se acumulaban bajo sus ojos mientras estos me estudiaban a la espera del siguiente paso, preguntándose si asaltaría su boca como ya había hecho con anterioridad o huiría de ella dándole la espalda de nuevo a la atracción, pero en cuanto esta se abrió para formular una pregunta, supe que aquella mujer iba a ser mi jodida perdición: resultaría un salto al vacío.

—¿Piensas besarme después de todo lo que has liado o te vas a quedar quieto mirándome?

Negué con la cabeza, analicé sus palabras y pensé si en realidad había escuchado bien. Y sí, había oído perfectamente.

—Joder, no tienes ni idea de lo que acabas de hacer... —le avisé en un bajo tono de voz.

Acaricié por encima de su labio inferior, obligándola a abrir la boca un poco más al tiempo que con un brazo la montaba sobre la mesa.

—Pues creo que ya ha llegado la hora de que haga lo que promete, detective...

Volvía a retarme. Aquella mujer no era consciente de lo que sus palabras teñidas de chulería despertaban en mí. La estudié con detenimiento para después bajar con mis pupilas hasta la punta de su lengua que se asomaba detrás de mi dedo para lamerlo antes de succionarlo.

—¿Qué coño tienes para tenerme todo el puto día pensando en tu jodida boca? —Me acerqué, engañándola como si por fin fuese a besarla y tanteé lo peligrosa que podía llegar a ser—. ¿Cómo consigues que sin conocerte de nada pretenda dártelo todo? —La volví a engañar.

Ahora era ella la que pegaba su rostro y comenzaba a ponerse nerviosa.

—No te sabría decir... —Posó las manos en mi pecho y las subió con lentitud hasta llegar a la clavícula—. En realidad, no soy nadie.

—Eso no es cierto. —Hundí los dedos entre sus cabellos rubios y la obligué a alzar la barbilla—. Eres la mujer más desquiciante, cabezona y... fascinante que he conocido jamás.

—¿Se supone que tengo que darle las gracias, detective? —Ahora sus manos me agarraban con posesión por la nuca para conseguir que nuestros labios tan solo se rozasen. Ese simple roce que precede a una gran explosión.

—No, no te regalo los oídos para que te abras de piernas para mí porque



¿sabes qué? —Tiré de su labio con los dientes y con toda la delicadeza que fui capaz—. Te voy a follar igualmente y de todas las formas posibles.

Mis últimas palabras fueron como el pistoletazo de salida. Ambos reaccionamos al instante y de la misma manera: deseosos y necesitados de nuestras lenguas. Ella pidió entrar y yo le abrí las puertas de par en par. Nuestros labios se sellaban y se separaban dando pie a un tentador juego. Y una cosa estaba clara: era demasiado tarde para frenar aquella terrible y peligrosa pasión.

—Dios, Byron, dime que eso no es tu teléfono móvil, por favor —pidió en cuanto sus piernas se abrieron para acogerme entre ellas, permaneciendo sentada en la mesa del comedor.

—No, Sasha, te aseguro que eso no es mi móvil.

Los dos sonreímos contra nuestras bocas y fue entonces cuando me atreví a deshacerme de su jersey para descubrirla en sujetador, intuía que era una fiera con la que había que andarse con cuidado.

«¡Joder!».

La contemplé en silencio mientras ella, asombrosamente, se sonrojaba al acaparar toda la atención, algo que consiguió volverme más loco todavía, y es que debajo de aquella guerrera se escondía una delicada mujer a la espera de ser amada. Sus pechos eran firmes y estaban sustentos por un elegante sujetador negro de encaje, un detalle que consiguió sorprenderme, ya que por fuera era otro tipo de vestimenta y estilo el que mostraba. Su cintura invitaba a ser agarrada y su fina clavícula a ser acariciada, aunque debo confesar que ver las marcas de varios golpes sobre su piel me pusieron enfermo de ira. Apreté los dientes sin darme cuenta, y fue su gesto el que me lo hizo saber.

—Puedes tocar, prometo no morder. —Sus palabras fueron las únicas que consiguieron sacarme de mi ensimismamiento y juro que nunca había visto una mujer de aquella hermosura tan natural.

—Y yo prometo no quejarme si lo haces. —La agarré con ansia y la acerqué más a mí—. Es más, tienes mi permiso para hacerlo.

Se abalanzó sobre mi boca con violencia, dejando claro que empezaba a necesitar acción. Subí sus largas piernas para que quedase completamente estirada y, me coloqué sobre ella, no sin antes deshacerme de la camiseta para quedar en igualdad de condiciones.

—Pensé que jamás lo haría, detective. —Repasó por encima mis pectorales desnudos.

—¡Joder! ¿Sabes cómo me pongo cada vez que tus labios me llaman así?

Me rodeó e hizo todo lo posible porque me encajase en su hueco. Nuestros labios volvían a sellarse hasta que decidí bajar por su garganta consiguiendo que un jadeo se escapase prisionero de esta. Debo confesar que hacía muchísimo tiempo que ese sonido no me resultaba tan hermoso y enloquecedor.

—Vuelve hacerlo.

—¿Qué?

—Vuelve a jadear así, por favor —pedí.

—Ahhhh... —Ese segundo jadeo fue el resultado de un mordisco en un lado y de que apretara las caderas, clavándome en su centro con más ganas, froté mi abultada bragueta contra la suya.

Subió los dedos y los enterró entre mi cabello.

—No me puedo creer que esté haciendo esto... —reconoció al echar la cabeza hacia detrás, regalándome acceso a su garganta.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco... —Recorría su piel, la cual mordía y lamía realmente hambriento.

Se movía debajo como una peligrosa serpiente que pretende acabar conmigo. Nuestras caderas se pegaban y se separaban en un magnífico baile en el cual nuestras partes se frotaban con la ropa puesta y sin cesar.

—No eres bueno para mí, Byron, esto no está bien. —Abrió los ojos y me traspasó con ellos. Su azul era hipnotizador y hasta diría que disponía la íntegra capacidad de hechizar a cualquier persona, de dejarle la mente en blanco.

—Lo sé, sé que no está bien, pero ¿a quién le importa eso ahora mismo?

Asalté su boca para que dejase de hablar, pues sabía que si seguía sería capaz de detenerme si quisiera y eso era algo que no podría soportar, por lo menos no en ese momento. Necesitaba su boca, sus manos, sus piernas, su cabello, su respiración... todo su cuerpo entero para calmar aquella sed que sentía por Sasha.

—¡Ah! —se quejó por otro pequeño mordisco.

—Perdona, no quería hacerte daño. —Acaricié con el pulgar por encima

del corte que lucía en el labio.

Contempló mi rostro en silencio y con atención, demasiada diría, y temí que esa necesidad se hubiese esfumado de repente. Pero mi idea estaba muy lejos de lo que en realidad pretendía.

—Levántate —pidió en un susurro.

—¿Cómo? —Su petición me pilló de imprevisto.

—Déjame bajar...

Me levanté de *ipso facto* y de un salto para que no pensase que intentaba retenerla debajo.

—¿Ha ocurrido algo? ¿He dicho algo que...?

—Ssshhhh... —En cuanto apoyó los pies en el suelo posó un dedo sobre mis labios, obligándome a callar.

Arañó con ambas manos mi pecho, antes de descender con ellas, para dejarlas descansar en la cinturilla del pantalón. Mi polla se encontraba despierta y creaba una curva debajo de la tela imposible de pasar desapercibida a sus ojos.

—¿Guarda la pistola ahí abajo, detective? —Sonrió, ojeándome de forma ardiente. Se relamió insinuante, algo que consiguió encenderme como nunca.

—Eso no es la pistola, Sasha... Pero... ten cuidado, es un arma que también puede matar... —Llevé las manos hasta su nuca y enterré una vez más los dedos en el nacimiento de su cabello recogido en un moño alto: acababa de descubrir que me encantaba hacer eso con ella.

—Supongo que de placer... —Agarró toda mi polla con la mano derecha sin previo aviso.

«¡Oh, joder!».

Tragué saliva.

—Supones bien —aseguré a media voz.

Quise besarla, pero me privó de ese deseo. Aquella mujer llevaba las riendas y conseguía volverme completamente loco. Con todas las que había estado hasta el momento, exceptuando una, tan solo se dejaban hacer y poco más, pero ella... ella iba a terminar conmigo, lo veía venir.

—Me lo temía —susurró.

Flexionó las piernas para quedar agachada, de cuclillas, llevándose para abajo los pantalones negros, dejando mis muslos expuestos y en calzoncillos.

—Veamos qué tenemos por aquí. —Clavó la vista en mi entrepierna, escondida debajo de un *boxer* de color oscuro.

«Joder, como siga así me va a explotar la polla».

—¿Qué calibre es, detective? —Tenía las manos a lado y lado de la prenda interior, como quien amenaza con bajarla.

Dejé caer la cabeza hacia atrás por lo gracioso que me pareció su comentario, y consiguió que de mi garganta se escapase una pequeña y ronca carcajada.

—No estaría bien que yo mismo te lo dijese, Sasha. No quisiera asustarte o, lo que es peor, sonar engreído —bromeé, logré que sus preciosos labios se curvasen de forma sutil hacia arriba.

Sin más dilación y en silencio, acercó su cara hasta la tela y después de sacar la lengua por completo, lamió por encima del apretado calzoncillo, desde la base hasta la punta de mi miembro endurecido, antes de ponerse en pie retándome como solo ella sabía hacer.

—Su turno. —colocó los brazos en jarras.

«Me cago en la puta».

No me lo podía creer, me tenía tan caliente que con un simple aleteo de sus pestañas sería capaz de correrme como un quinceañero. Apreté la mandíbula, empezaba a estar más que hambriento de aquella reina de la seducción.

—Me temo que voy a tomarme mi tiempo contigo. —Rodeé su cintura con un brazo y acerqué su cuerpo—. Pero no será aquí en el comedor.

La levanté para que enrollara sus piernas a mi cintura, cosa que no tardó en hacer. Ella quedaba algo más elevada al llevarla cogida por el culo y me oteaba desde arriba, hasta que decidió que mis labios eran suyos. Caminé hacia la habitación por intuición, hasta que paré a los pies de la cama y, sin pensar, en un segundo que nuestras bocas se separaron, formulé una pregunta temiendo su respuesta:

—¿Estás segura? —Busqué alguna duda en sus ojos—. ¿Quieres seguir?

Tardó varios segundos en responder, pero en cuanto lo hizo, fui consciente de que aquel polvo marcaría un antes y un después en mi triste vida.

—Sí. —Ahora era ella quien paseaba el pulgar sobre mis labios y acariciaba a su paso varios pelos de la perilla—. Quiero hacerlo, Byron... Tengamos sexo, tan solo sexo. Crudo y salvaje.

No hicieron falta más palabras. Nos dejamos caer poco a poco hacia atrás, clavando yo la rodilla en el colchón, hasta que su espalda tuvo contacto con mis sábanas, esas que tantas noches de soledad y lágrimas habían padecido por culpa del dolor de mi pecho.

—Joder, te deseo tanto y tantas veces —reconocí sorprendido antes de besarla.

Mordí con cuidado su labio antes de separarme de ella para bajar por su mandíbula hasta su garganta. Besé en varios puntos de su clavícula mientras mis manos la dibujaban a la perfección, sin dejarse ningún rincón a su paso, se amoldaban a la forma de sus pechos debajo de aquella tela negra de encaje para descender por su estómago hasta aterrizar en sus torneadas caderas y, por fin, mis dedos desabotonaban sus tejanos para descubrir una diminuta braguita en color negro también.

—Dios, eres preciosa —Creo que mis cuerdas vocales se adelantaron a mis pensamientos y lo dije en voz alta. La contemplé en silencio durante varios segundos mientras sus mejillas se ruborizaban por mi perversión al devorarla con los ojos.

Terminé de sacarle los pantalones y los dejé caer al suelo. Volví a tocarla, acaricié sus muslos desnudos; al parecer acababa de descubrir que si no tenía contacto con ella, se me hacía difícil respirar, algo que me provocó un terrible y acojonante miedo.

«Joder, Byron, ella no es como las demás», me avisé a mí mismo.

—¿Ocurre algo?

Su pregunta consiguió hacerme reaccionar, pues no era consciente de que me había quedado paralizado ante su cuerpo, porque desde que la vi en la sala de interrogatorios, perdón, mentira, desde que nos cruzamos en los vestidores del club de lucha envuelta en aquella pequeña toalla, en el jodido instante en que el gel se le escurrió de las manos... deseé con todas mis fuerzas tenerla desnuda frente a mí, poder saborearla y recrearme dentro de ella.

—Nada, no es nada. —Me abalancé encima suyo y nuestras lenguas se volvieron a encontrar. Nos lamíamos poco a poco y de forma intensa, enredándonos el uno en el otro y como si fuese la única forma de calmar nuestro silencioso dolor, intentábamos desprendernos de él a lengüetazos.

Pero cansado de dar tanto rodeo, decidí bajar en busca de sus otros labios,

dejé a mi paso un reguero de besos sobre su piel caliente, en busca de esos gemidos que tan cachondo me pusieron en la ducha mientras me la casqué pensando en ella, cuando... ¿cuál fue mi sorpresa? En cuanto sus piernas se abrieron algo captó mi atención en la parte interna del muslo, en la zona de la ingle.

«¿Qué cojones?».

Acerqué un poco más el rostro a su entrepierna al tiempo que acariciaba por encima del dibujo con gran asombro.

—Es... Es una rosa... Una rosa negra...

En su rostro se dibujó una inocente sonrisa que terminó de trastocarme del todo. Aquella mujer era una jodida caja de sorpresas.

—Llevas un tatuaje de una rosa negra en la parte interna del muslo.

Asintió con la cabeza y en silencio, mordiéndose una uña.

—Es que ¿no te gusta? —preguntó como si cupiera la posibilidad.

—¿Estás loca? —Volví a repasar el pequeño tatuaje sobre su suave piel—. ¡Joder! ¡¿Tienes idea de cómo me acabas de poner, Sasha Bowen?! —La obligué a doblar las rodillas y a alzarlas—. No, creo que no eres consciente de que acabas de despertar a la bestia que llevo dentro. —La reté al tiempo que retiraba a un lado parte de su braguita para destapar el hermoso regalo que aguardaba bajo la tela.

Pude ver cómo sus puños se cerraban agarrándose a las sábanas al prever mis intenciones.

—No sabe cómo me alegro de eso, detective —aseguró en un murmullo antes de dejar caer la cabeza, derrotada por mi insaciable lengua.

Separé sus pliegues y barrí su sabrosa flor con lentitud, saboreándola y degustando con devoción sus jugos. Veía cómo sus manos se aferraban a la tela y a mis oídos llegaban sus placenteras lamentaciones, mientras yo solo podía pensar en una sola cosa: subirla al cielo y conseguir que estallara una y mil veces de placer. Mi polla seguía apretada y más hinchada que nunca dentro de los calzoncillos mientras pedía clemencia, exigía atención, pero tenía claro que todavía no había llegado su turno. No, ahora era hora de que aquella pequeña loba aullase solo para mí. Succioné su clítoris y pude ver cómo su estómago se contraía por los espasmos, asegurándome de que iba por buen camino. Coloqué sus piernas sobre mis hombros y la obligué a bajar el culo

para que se abriese por completo, pues estaba dispuesto a comérmela entera durante el tiempo que fuera necesario para dejar constancia de que no me podía gustar más.

—Oh, por Dios... —Movía la cabeza de lado a lado sobre la almohada, elevaba el pecho de un modo terriblemente *sexy*. Aquellos dos montículos a los que no tardaría en ir a buscar parecían llamarme a gritos bajo el sujetador que los apretaba.

—¿Te gusta? —Parecía que mi lengua obraba magia entre sus piernas y tuve la sensación de que por un momento tenía domada a la bestia—. Dime... ¿Te gusta esto?

—¡Sí, por favor, sí! —Me buscó con la mirada. Su precioso rostro sonrojado por la excitación se grabó a fuego en mi memoria. Era hermosa, naturalmente hermosa y delicada. Por mucho que pretendiese parecer la mujer más despiadada, todas sus elegantes facciones delataban ser todo lo contrario.

Acerqué dos dedos y acompañé el recorrido a compás de las presiones: lado, lado, abajo, arriba, lado, lado, abajo, arriba... hasta que en una de esas, sin poder soportar más las ganas, introduje tres de ellos para hacerla enloquecer con fuertes sacudidas: afuera y adentro, afuera y adentro, dejando, además, pequeños bocados por la zona.

—¡Joder, no pares! —Su respiración ya era entrecortada y me avisaba de que no le quedaba mucho para llegar al final. Con una mano se aferró a mi cabeza exigiendo algo.

—Lo sé, sé que te vas a correr... Y quiero que lo hagas en mi boca, vamos... —Introduje un cuarto dedo y dilatándola bien mientras me empapaba con su resbaladizo flujo, la sacudí de tal forma que acto seguido se deshizo entera en mi cara. La lamí satisfecho, recogí todas sus gotas, dispuesto a no olvidarme ninguna—. Eso es, ¡joder! Eres deliciosa. —Bebí de su elixir, quedando yo también al límite. Mi polla me lo recordaba con intensas y dolorosas palpitaciones, así que sin poder soportarlo más, en cuanto se recuperó al cabo de pocos segundos, me sostuve en el aire con los puños clavados en el colchón a lado y lado, antes de confesar—: Necesito follarte ahora mismo, Sasha. Creo que si no lo hago, moriré por un jodido derrame cerebral. —La tela del calzoncillo mostraba una pequeña mancha en la zona de la punta de lo mucho que mi gran amiga lloraba al verla gozar.

En sus labios se dibujó la sonrisa más bonita que había visto nunca, antes de que sus manos tomará posesión de mi cuerpo.

—No se hable más. Ninguno de los dos queremos eso, ¿verdad, detective? «Maldita mujer». Sabía jugar conmigo como nadie.

De un rápido y certero movimiento, se colocó encima, quedando a horcajadas, pero aunque de esa forma pudiese verla bien, necesitaba contemplarla a la perfección y con cercanía, así que me incorporé en la cama, sentándome contra el cabezal y rodeé su cintura con un brazo para arrastrarla conmigo.

—Mucho mejor —susurró cerca, complacida con la decisión.

Posó las manos a ambos lados de mi rostro y lamió con lentitud mis labios poniéndome a prueba, llevando mi ya desorbitado marcador a mil. Subí los dedos hasta su nuca y, enterrándolos en el nacimiento de su pelo, la mantuve en el sitio para poder besarla, pero la muy maldita me lo prohibió, echó la cabeza ligeramente hacia atrás, negándose aquella necesidad.

—Vamos, no seas mala conmigo. —Sentía una enorme excitación recorriéndome las venas, calentándome la sangre y consiguiendo que no fuese capaz de abrir los ojos del todo para poder verla a escasos centímetros—. Regálame un beso.

—¿Quieres un beso? —Se volvió a acercar para darme un rápido lengüetazo en los labios entreabiertos.

—No, quiero más, lo quiero todo —aseguré en un susurro, con un ronco tono de voz.

—Está bien, te lo daré todo, pero... —con una mano se desabrochó de forma ágil el sujetador, hipnotizándose con sus hermosos pechos llenos y pesados, de rosados pezones y con los que me deleité instantes después—yo decidiré cuándo, detective. Quizá hasta lo espose, incluso, si no accede a mis peticiones... ¿Eso le gustaría?

Bajó una mano, acarició por encima del calzoncillo sin piedad y, sin darme tiempo a pensar en su siguiente paso, sacó mi dura polla y la engulló, se la clavó entera de una certera estocada.

—¡Oh, joder! —Apoyé la cabeza en el cabezal al tiempo que cerraba los ojos derrotado por completo—. Estás caliente... Maravillosamente caliente y... apretada.



Elevó las caderas y se dejó caer para que me hundiese más en ella, sujetándose en mis hombros.

—Me supones una tortura, Sasha, una puta y... —no pude retener un jadeo —... deliciosa tortura. —Estaba entrando en una vorágine de placer.

—Vaya, detective... —Se meneaba en círculos y con precisión, buscaba su propio deleite, algo que me volvía más loco todavía. Cogía lo que quería y lo tomaba sin permiso. Sentí que me utilizaba para su beneficio sexual, pero para nada me importaba, es más, me sentía un jodido afortunado mientras era consciente de cómo me follaba tan gloriosamente. En la forma en que mi dura verga era estrujada entre sus ardientes y resbaladizas paredes—. Eres grande, muy grande. —De sus labios entreabiertos se escapaban pequeños resoplidos, los cuales sonaban a música, como si un perfecto canto celestial fuesen—. Y me llenas por completo. Has cumplido con mis expectativas. —Dejó entrever el reflejo de una traviesa sonrisa ladeada.

—No sabe lo que me alegra escuchar esa noticia, señorita Bowen. Ahora tome de mí lo que desee: no opondré resistencia alguna. —Alcé una mano con intención de deshacer su recogido, para que su melena rubia cayese alborotada sobre sus hombros enmarcando su precioso rostro. Una imagen que, contra mi voluntad, me cautivó. ¡Joder, a punto estuve de venerarla, incluso!

—¿Le importará más tarde follarme por detrás? —sugirió antes de clavar sus pupilas dilatadas en las mías, dejó la pregunta en el aire con tanta naturalidad que creí perder el sentido.

—¡Joder, eres un puto sueño!

Y fue en el preciso instante en que nuestros labios se volvieron a encontrar que supimos que nos esperaba una larga noche teñida de delirio.

## CAPÍTULO 12

**E**l intenso aroma a café me despertó, inundó mis fosas nasales. Entreabrí los ojos para comprobar dónde me encontraba y la brillante luz que se colaba por la ventana cegó mi visión, dificultándome la tarea. La cama, vestida en un color azul noche, donde todavía permanecía estirada, aunque agradable me resultó desconocida. Las paredes eran de color blanco y los pocos muebles que llenaban la estancia eran de línea sencilla y de un tono oscuro, lo que ayudó a que recordase a quién pertenecía aquella sobria habitación: no era otra que la del detective Moore. Apoyé la cabeza de nuevo sobre la almohada, esa tan mullida y cómoda, y resoplé al ser consciente del enorme error que había cometido.

«¡Mierda, Sasha!».

Al parecer, la noche anterior debía estar borracha de deseo porque eso jamás debería haber ocurrido. Llevé las manos hasta mi cara y me cubrí los ojos, pensé en qué diablos le diría a Byron cuando me topase con él dentro de escasos minutos, porque ya iba siendo hora de salir y de dejar de dormir en aquella agradable estancia de una jodida vez.

«¿Es que no tenías suficientes problemas ya?», recriminé a mi subconsciente, miré al techo y crucé las piernas, consiguiendo que el reflejo de lo vivido la noche anterior me atizara, provocándome un enorme e intenso placer.

—Oh, por Dios... —susurré más alto de lo que debiese, mordiéndome los labios, tras arrugar las suaves sábanas entre los dedos.

El recuerdo del imponente cuerpo de Byron encajado entre mis muslos, penetrándome con decisión y sin piedad, consiguió acelerarme el pulso. Aquel hombre había demostrado ser un jodido maestro de las artes sexuales: sabía lamer como nunca nadie me había lamido y sabía follar como un jodido

depredador sexual. Y todo eso, sumado al hecho de que tenía un impresionante cuerpo trabajado y una tremenda herramienta de dilatar agujeros entre las piernas, no ayudaba a sacármelo de la cabeza. La noche anterior habíamos disfrutado de un sexo fabuloso como el que jamás había tenido: él parecía conocer mi cuerpo a la perfección y lo que necesitaba en cada momento. Era hábil con los dedos, tenía destreza con la lengua y unas potentes caderas que eran capaces de subirme al cielo en cuestión de segundos. Sabía encontrar el equilibrio perfecto entre dureza y ternura, entre dolor y placer. Lo habíamos hecho sentados, por detrás, de lado, de frente, yo arriba y luego abajo, y os puedo asegurar que en ningún momento faltaron besos o caricias.

«Byron». Su nombre resonó en mi mente con demasiado peso.

Destapé mi cuerpo y reparé en que estaba desnuda, incluso me costó recordar dónde podría haber perdido la ropa, hasta que hice un pequeño sobreesfuerzo y visualicé lo ocurrido en el comedor. Ojeé de nuevo a alrededor y busqué ansiosa por el suelo algo con lo que cubrirme. Veía prendas de ropa desparramadas, pero no atinaba a descubrir qué era cada cosa, así que no me quedó otra que levantarme en pelota picada y arriesgarme a que el detective entrase y me pillara de imprevisto.

—Un calzoncillo, un sujetador, un tejano... ¡Oh, unas bragas! —Con rapidez me las enfundé, sin tan siquiera pensar en si podrían estar sucias. En cuanto pudiese entrar al baño con mis cosas ya me cambiaría de ropa interior, después de lavarme, por supuesto.

Ahora solo faltaba algo con lo que ocultar mi parte de arriba, ya que el sujetador no es que lo hiciese demasiado y temía que al salir vestida con encajes fuese a despertar de nuevo a la bestia que el detective aguardaba en su interior, que ¡oh, bendita bestia!

—Vale, quizá esto sirva. —Alcancé una camiseta de manga corta que encontré sobre una silla en un rincón. La aspiré para asegurarme de que no olía a tocino rancio y, por suerte, el aroma a colonia de Byron hizo su efecto, nublándome la razón—. ¡Joder, qué bien huele!

La coloqué sobre mi cuerpo sin pensármelo dos veces y salí sin tan siquiera peinarme o mirarme en el espejo. Recorrí dudosa el pasillo, crucé por delante de la puerta del baño y llegué hasta la cocina, desde donde se escuchaban diversos ruidos de cacharros como tazas y cucharillas. Tras

alargar el cuello con intención de asomarme al interior, vislumbré el cuerpo de Byron de espaldas, vestido con camisa y pantalón de traje gris, tan impoluto como solía ir. Se movía con elegancia y soltura de un lado a otro sin reparar en mi presencia; sus hombros quedaban definidos debajo de la tela blanca que se ajustaba a su cuerpo casi como un guante. Y, así, de aquella forma, distraído y vestido de peligroso detective, estaba tan *sexy* que hasta dudé entre abrir la boca y saludar o seguir regodeándome en mis fantasías. Lástima que se girase de repente con un par de tazas en la mano y me pillara de pleno contemplando ese pequeño y prieto culo que Dios le había regalado.

—¡Vaya, estás despierta! —Torció una arrebatadora sonrisa en cuanto descifró lo que mis ojos observaban con tanto interés. ¡Canalla!

—Eh, sí, ah... Acabo de despertarme. —Puse un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja, y fingí como si nada—. El olor a café llegó hasta la cama y... —Mordí una uña sin saber qué más decir. Pude darme cuenta de cómo sus ojos reaccionaron, bajando hasta mis labios de inmediato.

—¿Has... has dormido bien? —inquirió tras volver a mis pupilas y tendiéndome una taza de color verde con un humeante y oloroso café en su interior. Se llevó la suya a los labios y fue entonces cuando repasó mis curvas de arriba abajo, dándose cuenta de que le había robado algo—. Espera, ¿llevas una de mis camisetas? —preguntó sin poder aguantarse una sonrisa.

—Sí, bueno, es que en realidad no encontraba mi ropa y... —Ahora era yo la que ojeaba las pocas prendas que llevaba puestas: una simples braguitas, cubiertas mínimamente por el bajo de una de sus camisetas blancas, adornaban mis pies descalzos y mi larga melena rubia alborotada.

—¿Sabes lo bien que te sienta? —Su voz sonó a una perversa sugerencia. O quizá fue mi imaginación que la tiñó así.

Reaccioné a su comentario mirándolo con detenimiento, antes de que se hiciese un largo silencio, en el que solo nuestras miradas se pronunciaron.

—No me has respondido. —Dio otro sorbo de su taza, buscándome por encima del borde—. ¿Has dormido bien?

—Mucho —reconocí con una leve sonrisa—. En realidad, hace muchísimo tiempo que no dormía así... —Agarré la taza con ambas manos y dejé caer la vista al suelo, recordé el hecho de que habíamos compartido cama y el tiempo que hacía que eso no ocurría con ningún otro.

—¿Quieres leche?

—Oh, no, no te preocupes, así está bien.

Giró sobre sus talones, dándome la espalda: una espalda ancha de omóplatos definidos. Se acercó hasta la encimera, de donde alcanzó una caja repleta de donuts de todos los colores.

—Lo siento, hoy no hay tortitas. He salido y he comprado rosquillas.

Ojeé fascinada lo que había en el interior, tanteando por cuál decantarme.

—¿Has salido? —Me la ofreció para que tomase posesión de una—. No me he enterado de nada.

—Eso es que estabas profundamente dormida, algo que, al parecer, te hacía falta...

«Ya lo puedes decir».

—¡Oh, joder, está riquísimo! —Elegí uno repleto de virutas de chocolate de colores.

Byron me estudiaba y sonreía.

—Siéntate a desayunar tranquila, si quieres —sugirió, tras señalar la pequeña barra de desayuno, con taburetes de cuero negro que había en un lateral de la cocina en tonos blancos y grises, pero no lo hice, permanecí de pie apoyada en el quicio de la puerta.

—¿Intuyo que vas a trabajar? —Di un pequeño sorbo al café.

—Sí, tengo que ir a la comisaría —informó, llevándose una mano al bolsillo del pantalón.

Y reconozco que por un instante escuchar aquel dato me puso tensa aunque no lo quisiera, porque no podía olvidar, no debía olvidar, que por muy bien que me tratase y por muy bien que follara, pertenecía al cuerpo de policía. Si descubría mi secreto, podría encerrarme, privándome de ver la luz del sol durante mucho tiempo.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Su pregunta dejada en el aire como si nada me pilló por sorpresa. Soltó la taza sobre la barra de desayuno y dio un paso al frente hasta quedar a un escaso palmo de mí.

—Byron, yo...

—¿Te encontraré aquí o tendré que volver a salir a buscarte como un maldito caballero andante de brillante armadura? —bromeó, justo antes de

apartar un mechón de cabello con intención de descubrirme la cara.

—Sabes que yo no puedo...

No me permitió que terminara la frase. Sostuvo mi cara entre sus manos y, antes de que pudiese darme cuenta, su lengua ya había invadido mi boca, arrasando con todo de forma posesiva. Reaccioné tarde pero reaccioné. Llevé una de las mías hasta su nuca, aferrándome a él como si la vida me fuese en ello mientras soltaba la taza en un lado con torpeza. Agarró mis nalgas por encima de las bragas para levantarme en un rápido movimiento con el que me posicionó sobre la encimera, obligándome, acto seguido, a rodear su cintura, aprovechando que nuestros labios se sellaban con desesperación.

—Byron, por favor... —susurré al tiempo que colaba sus dedos por debajo de la camiseta para acariciar mi piel desnuda—. No deberíamos...

—De verdad que lo intento, Sasha... Pero eres superior a mis fuerzas. —Sostenía mi cabeza con una mano y sus labios se paseaban por la garganta con deliberación.

—Ahhhh... —No pude contener un intenso gemido que resonó con fuerza dentro de aquella cocina, cuando con la mano contraria acarició en círculos y sin previo aviso sobre mi clítoris, por encima de la tela—. Por Dios, ¿por qué me lo pones tan difícil? —protesté, sin poder retener un jadeo teñido de resignación.

—Joder, si vuelves a hacerlo no respondo —aseguró con voz áspera.

—Pues para... Para, por el amor de Dios. —Sus dedos cada vez frotaban más rápido y con más destreza sobre mi sexo hinchado y sensible, algo que resultaba ser una deliciosa tortura—. Aaaahhhh... —aullé como una jodida loba herida.

Agarró mi melena y me obligó a mirarlo a los ojos, en ellos tan solo vi delirio.

—Pídemelo, sé que lo deseas tanto como yo, aunque pretendas hacer como si nada...

Posé la mano sobre la suya mientras seguía dibujando círculos con dos de sus dedos y mis piernas se abrían un poco más, respondiendo inconscientemente a su reclamo.

—Joder, como sigas así me correré en tu cocina, detective —aseguré, perdiéndome en el intenso verde de sus ojos. Y sin darme cuenta, formulé las

palabras mágicas.

—Te avisé de lo que provocaba en mí esa palabra saliendo de tus labios. —soltó mi cabello, pero en ningún momento dejó de masturbarme. Con la mano libre se abrió con asombrosa destreza el pantalón, y lo dejó caer al suelo; me obligó con un brazo alrededor de la cintura a que echase el culo hacia adelante y, sin vacilar, apartó mi braga a un lado para tomarme de un duro empujón.

—¡Oh, joder! —Apretó los dientes en cuanto estuvo dentro de mí.

—¡Dios, Byron! —Rodeé su cuello y me aferré a él mientras nuestras miradas se aguantaban—. ¡Estás loco, eres un animal!

—No, tú eres la que me trastoca.

El sonido de gemidos, jadeos y cuerpos chocar habían ganado terreno a los que se escuchaban minutos antes; ahora no eran las tazas o las cucharillas las que resonaban, sino nuestras pieles y nuestras lenguas al dejarse llevar por la perversión y a la pasión.

—Si sigues tocándome, me correré —le avisé a punto de perder el sentido.

—Esa es la intención, Sasha. —Volvió a asaltar mi boca con necesidad. Su hábil lengua barría la mía entre succión y succión.

Sus caderas se empotraban al tiempo que sus penetraciones eran cada vez más rudas. Podía sentir cómo su miembro duro y lleno me abría cada vez más de una forma deliciosa, haciéndose sitio con brusquedad. Mis uñas se clavaban en su espalda por encima de la tela mientras de su garganta se escapaban roncós y varoniles sonidos de placer. Creo que los dos éramos conscientes de que aquello era nuestro polvo de despedida.

—Necesitaba sentirte una última vez —susurró en mi oído como si fuese un secreto que ninguno quisiera escuchar.

Sus arremetidas, para mi sorpresa, bajaron de repente y poco a poco de ritmo. Dejamos de besarnos y como si algo nos obligase a hacerlo, nos contemplamos con intensidad mientras me penetraba con lentitud y de forma gloriosa.

—Byron... —No quería por nada del mundo que aquel momento terminase. No quería volver a escuchar las palabras que a punto estaba de pronunciar.

—Sssshhhh —Hizo que callara con una fuerte sacudida de caderas a modo de castigo, para después volver a un ritmo pausado.

—Ooohhhh, joder. —Cerré los ojos, sin darme cuenta de que lo hacía, por el intenso gusto que me produjo aquel movimiento.

—Mírame. —Sostuvo mi rostro entre sus manos—. No dejes de hacerlo, me oyes.

—Está bien —aseguré al aguantar un jadeo.

Lento, muy lento. Iba follándome mientras me perdía en su mirada, en sus rasgos, en aquella perilla que tantas caricias me había regalado en diversas partes del cuerpo al ser besado, mordido o lamido. Introdujo el pulgar en mi boca, obligándome a chuparlo mientras él contemplaba la escena poseído por el delirio. Tiré con fuerza de su camisa advirtiéndole que no me quedaba mucho aguante y entrelacé los pies a su espalda con intención de encajarnos todavía más si podíamos.

—Lo sé, sé que estás a punto: yo estoy igual —Reconoció, apoyó su frente contra la mía mientras sus movimientos no cesaban. Sentía cómo entraba y salía, invadiéndome por completo mientras nuestros jugos empapaban parte de mis muslos, de su vello púbico y de la encimera—. Como también sé que en cuanto me vaya, tú harás lo mismo. Sé que cruzarás por esa puerta y que no nos volveremos a ver jamás —sentenció, liberando de nuevo mi boca.

—Cállate, cállate, por favor. —Un nudo en la garganta a punto estuvo de hacerme llorar al escuchar aquella verdad, pero me contuve.

Busqué su pelo para tirar con fuerza y encontré su boca, que se abrió encantada de recibirme.

—Dijimos que solo sexo —nos recordé a ambos entre beso y beso.

—Solo sexo —repitió en un susurro—. Solo sexo y nada más. —Sus últimas palabras sonaron a advertencia.

Fue cuando nos volvimos a mirar que un intenso orgasmo nos destruyó en silencio, rompiéndonos por dentro en mil pedazos. Aguantamos los gemidos y los jadeos en nuestras gargantas mientras nuestros dientes se apretaban y nuestros cuerpos se contraían por placenteros espasmos. Tan solo una respiración agitada, resoplando en la cara del otro, se atrevió a gritar una verdad. Sellamos los labios en un último beso en el que no hubo lenguas. Nos estudiamos por última vez tragando saliva.

—Por favor, cuídate mucho, Sasha. —Acarició mi mejilla con el dorso de su mano—. Ten cuidado, Rosa Negra.



Cerré los ojos y los apreté, dejé que ahora varias lágrimas sí mojaran mi piel. Pude leer en su rostro lo mucho que le dolió contenerse por no abrazarme y consolarme, quizá pensando en que lo pudiese apartar de mi lado al hacerlo porque, precisamente, eso hubiera hecho. No podía aferrarme a él; no podía desearlo más de lo que ya lo hacía, porque caer en eso sería algo tremendamente peligroso. Ya no para mí, ya no porque aquel hombre pudiese meterme entre rejas, no, después de lo de la noche anterior eso ya carecía de importancia, había pasado a un segundo plano. Si me apartaba de su lado tan solo era por miedo a que pudiese ocurrirle algo por mi culpa. Eso jamás me lo perdonaría. No podría soportar ver morir a otra persona que me importa en esta miserable vida. Él no, Byron no. Tenía que alejarme y ponerlo a salvo. Había pasado de huir de su lado por miedo... a huir por protegerlo.

# CAPÍTULO 13

## BYRON

Crucé la puerta de comisaría con tal nudo en el estómago que casi no conseguía ni pensar. El camino hasta aquí había sido silencioso dentro del coche, tan solo el ronco sonido del motor ponía ritmo a mis pensamientos, convirtiéndolos poco a poco en unos más oscuros. La imaginaba saliendo del apartamento, cargada con su maleta y andando por las peligrosas y heladas calles de Detroit, sin poder hacer nada para evitarlo, y una extraña sensación se apoderaba de mi persona. Por alguna razón, necesitaba protegerla y, por desgracia, yo sabía cuál era. No pude salvaguardar a mi esposa de su terrible muerte y pretendía acallar ese remordimiento intentándolo con Sasha. Esa pequeña loba, que no temía enseñar sus zarpas para defenderse de quien hiciese falta, había puesto mi mundo un poco más patas arriba de lo que ya lo estaba, porque no había noche ni día en que la fecha de mi desgracia no cruzara por mi mente, aunque siguiese vagando por esta vida y fingiera como si no ocurriera nada. Por muchas mujeres que pasaran por mi cama e intentase llenar su vacío, jamás la podría olvidar.

«Cynthia, mi amor. Te apartaron de mi lado sin darme tiempo a despedirme».

Su recuerdo dolía demasiado después de dos años, pero había aprendido a vivir con ello. Me había hecho compañero de esa tortura e, incluso, me acompañaba al lado en el camino como un fiel amigo que se niega a abandonarme. Después de tirarme de cabeza a las calles en busca de aquel hijo de puta, tan solo pude dormir tranquilo en el momento en que mi Magnum del 45 apuntó a su cabeza y el delicioso sonido de la bala saliendo de la recámara llegó a mis oídos. Fue una *vendetta* que me costó una mancha en el

expediente y la retirada de la placa durante varios meses, pero juro que lo volvería hacer de nuevo sin pensarlo ni un segundo. Acabé con el desgraciado que una fatídica tarde atracó una gasolinera en un acto de desesperación por robar unos cuantos pavos y después «pillar» unos gramos de caballo. Lo único que agradezco es que el muy cabrón no muriese por una jodida sobredosis, sino que lo hiciera mirándome a los ojos y suplicando por su vida arrodillado en el suelo. Sí, esa imagen nunca desaparecerá de mi mente y seguramente pensaréis que un agente de policía nunca debería actuar de ese modo o por venganza, pero os aseguro que si pudierais, todos haríais lo mismo si te arrebataran a lo único y más valioso que tenéis. Había visto a personas morir en un fuego cruzado, morir durante una puta pelea callejera entre bandas, morir en un triste accidente de coche o, incluso, a mujeres que les habían dado un tirón del bolso y por negarse a soltarlo, pagaron un precio demasiado elevado por él, así que os aseguro que sacar de las calles a aquel trozo de mierda que le pegó un tiro a mi mujer para que no lo identificase llegado el caso fue el favor más grande que le pude hacer a este mundo. He visto cuerpos sin vida tirados en descampados, en una esquina detrás de un contenedor o en la camilla del forense mientras le practicaban la autopsia, pero ninguno de ellos dolía tanto como el de mi difunta mujer o, en ese instante, en ese jodido momento, el recuerdo de Sasha, la Rosa Negra.

«Putá vida».

—¿Dónde coño estabas? —increpó Peter, llegó con unos folios en la mano y abrió los brazos en busca de una respuesta—. He estado llamándote, ¡joder!

—He estado ocupado, Peter, y te adelanto que hoy no es un buen día —advertí, deshaciéndome de la cazadora de cuero y colgándola en el respaldo de la silla.

—Pues me importa una mierda si hoy te has levantado de color de rosa y preguntándote a qué huelen las nubes. —Reconozco que el muy cabrón conseguía hacerme reír aunque las ganas fueran escasas.

—De verdad, algún día te partiré esa boca que tienes —lo señalé con un dedo e intenté no sonreír, pero fracasé.

—Tenemos algo —adelantó con cierto entusiasmo en la voz.

Tomé asiento al tiempo que mi compañero dejaba caer sobre la mesa el informe. Repasé con ansia lo que el forense había escrito y pregunté

queriéndome asegurar:

—¿Se han encontrado restos de piel bajo sus uñas?

—Ajá. —Peter se sentaba de medio lado sobre la superficie.

—¿Y sabemos de quién son?

—Todavía no, las están analizando, pero... Han terminado con las grabaciones de las cámaras de seguridad y adivina: han conseguido algo.

—Te escucho —aseguré, levantándome para ir en busca de la máquina del café de donde saqué dos: uno para Peter y otro doble para mí. Estaba claro que ese día lo iba a necesitar.

—En una de ellas aparece la víctima y alguien con una gorra agarrándola por detrás, arrastrando de su cuerpo hacia el interior de una furgoneta.

—¿Y tenemos a ese alguien? ¿La matrícula del vehículo?

—Iba sin matrícula... Pero sí, aunque ha llevado su tiempo sacar algo en claro al llevar medio rostro escondido, tenemos a un grandullón que responde al nombre de Vladimir Kozlov.

—¿Sabemos algo más de él?

—No mucho más... —Dió un sorbo al café—. Creemos que alguien se ha tomado su tiempo en limpiar la imagen del tal Vladimir porque está claro que para nada tiene aspecto de ser una jodida hermanita de la caridad, tan solo aparecen un par de denuncias por violencia doméstica y un par de peleas en un bar, pero no me creo nada de eso. Si ves la foto te cagas con el muy cabrón...

—Quiero verla, enséñamela —pedí, justo cuando me terminé la bebida caliente de un trago y lancé el vaso a la papelera.

—Sígueme. —Peter abrió paso delante hasta su mesa—. Al parecer, llegó desde San Petersburgo hace unos meses con un permiso de trabajo, pero allí se le relacionó con la mafia rusa en alguna que otra ocasión y es que... —Tendió una enorme foto con el rostro de un tipo de aspecto peculiar—. Júzgalo tú mismo.

El presunto homicida llevaba la cabeza rapada. Sus rasgos eran marcados, rozando lo inquietante, y dejaban entrever que podía resultar un tipo peligroso. Por el cuello de la camiseta asomaban restos de tinta de varios tatuajes que llegaban hasta la clavícula en forma de tribal. Vamos, el típico vecino que ninguno querríamos tener.

—¿Qué me dices de los tatuajes? ¿Tienen relación con algún clan o

pertenecen a alguna banda?

—Nada, son simples tatuajes que no nos aportan información, los chicos ya se han asegurado.

—¿El capitán sabe algo de esto? —pregunté al sacudir la foto de aquel desgraciado.

—Sí, está al tanto de todo.

—Está bien. Empezaremos por descubrir si en realidad este cabrón vino a buscar trabajo o si se trajo el trabajo con él...

—Perfecto, yo me pongo con ello —aseguró Peter, para acto seguido sentarse en su mesa.

—Genial, en cuanto tengas algo, avísame. —Di media vuelta y fui en busca del teléfono. Busqué en la lista de últimas llamadas y le di a marcar —. Vamos, Spencer, contesta. —Dejé caer el peso en la silla, reclinando esta hacia atrás, y me froté la cara con una mano.

El tono de llamada sonaba al otro lado del auricular, pero nadie respondía. Clavé la vista en la pared de enfrente, donde rostros de personas desaparecidas colgaban de un enorme tablero, devolviéndome la mirada. Sin darme cuenta, me evadí: unos labios que bajaban por mi torso en dirección a mi polla captaron mi atención. El recuerdo de la noche anterior, en mi cama, regresaba para nublar me la mente. Rememoré la forma en que me contemplaba desde abajo cuando mi verga resplandeciente de saliva y restos de corrida se perdía en el interior de su boca y ¡joder! No había visto nunca una imagen tan caliente como aquella.

—¡Byron! ¡¿Estás ahí?! —La voz de Spencer me devolvió a la comisaría —. ¡Byron!

—Ah, sí, sí, Spencer, estoy aquí... —Sacudí la cabeza y apreté el tabique de mi nariz con dos dedos—. Perdona, ah... justo alguien estaba hablándome.

«¡Joder, ya puedo ir olvidándome de ella, porque está claro que no me hace ningún bien!».

—¡Joder, tío! ¿De verdad que no me oías? —preguntó, soltó una risa al otro lado.

—Claro que te había escuchado, capullo, me hacía de rogar —bromeé, para que no se diese cuenta de lo imbécil que llegaba a ser al pensar en una tía a la que jamás volvería a ver. Mi propio pensamiento dolió más de lo que

debiera.

—¿Dime, qué necesitas?

—Necesito que compares de nuevo los casquillos encontrados en el lugar del crimen, que busques en la base de datos todos los modelos que se hayan encontrado hasta la fecha, pertenecientes a las Bandas rusas, y cruces los resultados por si hubiese alguna coincidencia. ¿Podrás hacerlo?

—¿Bandas rusas? ¿Crees que el hombre asesinado puede tener relación con...?

—No lo sé, Spencer. Tan solo quiero descartar hipótesis... La chica y el hombre aparecieron muertos el mismo día y ha habido incongruencias en ambos casos, además de que hemos encontrado la imagen de un sospechoso al que se le ha relacionado con la mafia rusa.

—Está bien, por supuesto, cuenta con ello. ¿Para cuándo los necesitas?

—Para ayer.

—Vale. —Se echó a reír—. Ya sé lo que significa tu «para ayer», así que ahora mismo me pongo al lío.

—Gracias tío, te debo una.

—¿Te refieres a una cerveza al salir? —propuso, tomándome la palabra.

—No, hoy no. —Tragué saliva y me erguí en la silla, clavé los codos sobre la mesa—. Hoy no puedo.

—Está bien, para otro día. En cuanto tenga lo tuyo, te lo haré saber.

—Gracias. —Colgué y resguardé el móvil con ambas manos, repasé la conversación en la cabeza, cuando justo este volvió a sonar, cogiéndome por sorpresa.

«¡Me cago en la puta!».

Busqué el nombre en la pantalla para ver quién llamaba. Dudé muchísimo en contestar, pero estaba claro que no se merecía aquel feo por mi parte.

—Dime, Dangerouse —Descolgué, soltando un intenso suspiro y me imaginé cuál sería el tema de conversación.

—¿Es que desde que tienes a la rubia en tu casa ya no quieres saber nada de mí? —Se suponía que ese comentario era una broma, pero su tono de voz grave lo enmascaraba sonando a ruin comentario.

—No tengo tiempo de que me toques las pelotas ahora, de verdad, estoy ocupado...

—Y yo también lo estoy. No te pienses que tú eres el único que trabaja y tiene una vida de mierda... —me recordó, pues a él era al único a quien le permitía hacerlo—. Pero creo que después de que me echaras de tu casa para salir disparado detrás de la rubia me debes una explicación, cabronazo.

Dejé caer de nuevo el cuerpo en el respaldo de la silla porque me olía que hoy mi amigo tenía ganas de cháchara.

—Está bien, lo siento, tienes razón.

—Graciaaaaaasssss —fingió de forma payasa, arrancándome una sonrisa. Algo que para nada le pegaba, pero que solía hacer cuando estaba seguro de que tenía las de ganar como, por ejemplo, ahora.

—Debería haberte llamado, pero no lo hice. Lo siento de veras —repetí con intención de complacerlo.

—Disculpas aceptadas, y ahora dime: ¿qué cojones hacía la rubia del club en tu apartamento?

—Oye, ahora mismo estoy muy liado con...

—¿Te gusta?

No dejó que terminara la frase. Di rienda suelta a una risa nerviosa.

—Vamos, ¿se puede saber a qué coño viene este...?

—Byron, no me toques los huevos —amenazó como solía hacer siempre que su paciencia bajaba de nivel a «batería baja»—. Sabes que...

—No, Dangerous, no me los toques tú a mí. —Ahora fui yo quien se puso serio. Era consciente de que tenía que comenzar a olvidar esas pocas horas compartidas con la Rosa Negra si no quería que mi corazón roto volviese a sangrar e iba a empezar por dejar de hablar de ella—. No tengo tiempo para esto ahora mismo, pero si te vas a quedar más tranquilo: no, no me gusta, ¿vale? Tan solo la ayudaba porque sé que está en peligro, nada más. —Hice un breve parón e intenté digerir mis propias palabras, que parecía que empezaban a quedarse atravesadas en la garganta y me dificultaban tragar o, quizá, era el enorme nudo que se formaba cada vez que su recuerdo llegaba a mi cabeza tan claro como el agua—. Ya se ha marchado del apartamento y no tengo ni puta idea de adónde ha ido, así que «la rubia del club», como tú la llamas, desapareció. ¿Contento?

Hubo un largo e incómodo silencio al otro lado, pero en cuanto Dangerous volvió a abrir la boca, deseé como nunca que no lo hubiese hecho.

—Joder, tío, te ha calado muy hondo. Y no me extraña, está...

Resoplé con fuerza, levantándome del asiento de un violento salto, consiguiendo que parte de mis compañeros se quedasen quietos en sus puestos, mirándome sorprendidos por la reacción, incluido Peter.

—Vete a la mierda, Dangerouse —susurré al teléfono—. Y, por favor, si volvemos a hablar, te agradecería que no la mencionaras.

—Perdona, tío, yo no quería...

Colgué sin darle tiempo a finalizar la disculpa. Dejé caer la vista sobre los informes que descansaban encima de la mesa y en cuanto volví a alzarla fui consciente de que todos me contemplaban perplejos. Peter preguntó qué ocurría en un gesto de hombros, pero, por descontado, no fui capaz de responder. Obvié todas aquellas miradas curiosas y me largué hacia los aseos para resguardarme allí, no sin antes clavar el puño en la madera de la puerta por la rabia que sentí al no comprender qué me ocurría. Esconderme de esa gran duda que, desde esta mañana, parecía coger más y más peso a cada segundo.



## CAPÍTULO 14

**E**n cuanto Byron salió del apartamento, dejándome sentada en la cocina después de darnos un último beso, me sentí más sola y desamparada que nunca. Incluso más que cuando no tenía a nadie y recorría los bajos barrios de las ciudades escondiéndome como una rata asustada, más que cuando acurrucaba el cuerpo bajo una manta en una cama roída y mugrienta en la oscuridad de la noche y cuando todo a mi alrededor era silencio y temor, y es que, por un instante desde que nos encontramos en aquella sala de interrogatorios, lo había sentido mío. Había percibido que de nuevo algo en mi interior revivía, que un cálido sentimiento afloraba e, incluso, que volvía a tener una vida, el calor de un hogar, el de una cama, pero nada de aquello era cierto: tan solo había sido un espejismo de lo que tantísimo añoraba. Estaba claro que había visto donde no lo había. El sexo entre nosotros fue fabuloso, pero como yo bien dije intentando engañar a mi subconsciente, tan solo fue eso: sexo sin más. Crudo y real. Dolorosa y placenteramente real, ironías de la vida. Tras escuchar cómo se cerraba la puerta me abracé a mí misma para consolarme, dejé que mi cuerpo expulsase todo ese dolor a través de unas amargas y saladas lágrimas, unas lágrimas que con mucho pesar Byron se contuvo de limpiar. Tan solo se subió los pantalones, me contempló durante un par de segundos con la mandíbula prieta y, tras coger su teléfono móvil y su cazadora, desapareció en silencio como si su trabajo hubiese finalizado, quedándome sentada sobre la encimera donde segundos antes nos deshacíamos juntos de placer, donde segundos antes sus ojos intentaban esconder lo que su pecho comenzaba a presentir.

«Dios, ¿por qué? ¿Por qué me castigas de este modo?».

De verdad que no lo entendía, por más vueltas que le diese no llegaba a comprender por qué me tocaba pasar por ese suplicio: ¿qué había hecho yo en

otra vida para merecer eso? ¿En qué momento el débil aleteo de una mariposa decidió cambiar mi destino convirtiendo este en un desenlace fatídico?

Una mujer al otro lado de la ventanilla me informó que el próximo autobús salía hacia Atlanta. Creí haber escuchado mal y volví a preguntar lo que necesitaba confirmar para asegurarme de no cometer ningún error que pudiera salirme caro.

—Disculpe, ¿hacia dónde dice que se dirige? —Acerqué la oreja al grueso cristal que nos separaba.

—Le he dicho que a Atlanta, At-lan-ta —deletreó como si yo fuese imbecil.

«Mierda».

—Y ¿no hay ninguno que se dirija hacia Canadá? ¿Uno que cruce la frontera? —pregunté, mientras rezaba en silencio para que su respuesta fuese afirmativa.

—No, señorita, ya le he respondido que no. El siguiente es el que le he dicho: At-lan-ta —repitió, algo que hizo que mis nervios se crispasen un poco más—. Si quiere cruzar la frontera, tendrá que esperar hasta mañana. El que sale esta tarde ya va completo.

Maldije mi suerte.

—Y... y... ¿no hay ningún otro que salga ahora con diferente destino? ¿Un lugar quizá un poco más asequible? —sugerí y puse los ojos en blanco, estaba dispuesta a agotar todos mis cartuchos.

Resopló mientras torcía la cabeza y mirándome disconforme, como si ya le estuviese dando demasiado trabajo, robando excesivo tiempo y mis intenciones le importaran lo mismo que un enorme y gran pepino verde.

—Veamos, lo podría mirar... —Tecléo con exagerada lentitud y a desgana, letra por letra lo que fuera que estuviese escribiendo y sin apartar la vista del teclado, como si al hacerlo corriera el riesgo de comerse las mitad de las palabras.

«Juro que la voy a matar».

La parsimonia de aquella condenada mujer conseguía reconcomerme por dentro.

—Tiene un asiento disponible en el mejor de los autobuses que se dirige

hacia Las Vegas por... —contempló con atención la pantalla antes de clavar sus grandes ojos negros en mí— ciento noventa y nueve dólares.

—¿Qué?! —Apoyé las manos en el mostrador—. ¿Pero es que no ha escuchado lo que le he dicho?! —Varias personas que se encontraban cerca ojeaban de reojo por el sulfuro que en mí se percibía—. ¿Pero si es un autobús! Le he dicho algo más económico y usted me dice que... Mire, está bien, déjelo, usted gana: cojo el que tiene destino a At-lan-ta —la imité, antes de cerrar los ojos y tragar saliva, intenté tranquilizarme por todos los medios, pues no me convenía ser el centro de atención y menos en un lugar público como aquel.

—Puedo mirar si...

—¿No! —Levanté la mano para evitarle el estúpido esfuerzo—. No se moleste, deme el billete que le he pedido, por favor. —Saqué el monedero e hice efectivo el pago—. Gracias.

Lo pasó por la pequeña ranura de la ventanilla con una enorme satisfacción en el cuerpo, como si hoy ya hubiese cumplido con su cometido en esta vida. La observé antes de agacharme a recoger la maleta, que se encontraba resguardada entre mis pies, y le regalé una sonrisa forzada, la cual, por descontado, no fue devuelta.

«Joder, esto es el colmo».

Tomé asiento en uno de los bancos que quedaban cerca de la puerta de cristal del 1001 Howard St, y contemplé las blancas aceras. Los copos caían sin consideración mientras el cielo de aquella ciudad seguía gris al igual que mi irritado estado de ánimo. Volví a encajar el escaso equipaje entre las piernas y deposité la mochila sobre mi regazo. En esta ocasión, el frío no congelaba mi nariz al quedarme resguardada en el interior de la estación mientras esperaba a que llegase el autobús hacia el próximo destino, el que se iba a convertir en el tercero ya desde que todo comenzó. Primero había huido de Seattle a Denver, Colorado; de este a Detroit y, en ese momento, al parecer, mi culo iba a aterrizar en la preciosa ciudad de Atlanta. Un lugar que no entraba en mis planes, aunque, pensándolo bien, tampoco los tenía. Tan solo me dirigía allí donde los barrios fuesen lo más económicos posibles, resultando ser también los más pobres y peligrosos. Donde poder sobrevivir al disponer tan solo del escaso dinero que me dio tiempo a recaudar antes de

huir de Seattle. Unos pocos ahorros de mi anterior y acomodada vida. Y un problema que se veía agravado por el hecho de haber trabajado en esta ocasión tan solo dos miserables días en aquella asquerosa hamburguesería y no haber ganado ni un solo centavo.

—Perdona, ¿tienes fuego?

Una voz me sobresaltó, encogiéndome el estómago. Y no fue porque me recordara a cuando el detective Moore vino en mi búsqueda en la anterior ocasión y ahora deseara que lo hiciese de nuevo. No, sino porque, otra vez, se había vuelto a activar en mi cerebro el instinto de supervivencia, como si en algún momento hubiese dejado de estarlo. Volteé de inmediato el rostro, agarrando con fuerza mis pertenencias por si me encontraba con el rostro de Strogonov, el gorila o el «Jefe» de la mafia, y tuviese que salir escopeteada sin previo aviso.

—No, lo siento. No fumo. —Fui tajante en la respuesta para no dar pie a ninguna conversación, puesto que el chico que vestía con tejanos y una ancha sudadera esperaba de pie con esa intención.

—¿No fumas? —Se llevó las manos a los bolsillos—. ¡Vaya, qué lástima!

Ignoré el comentario y a él mismo, y fingí contemplar hacia afuera, pero en ningún momento dejé de vigilarlo por el rabillo del ojo.

—Entonces, ¿supongo que no puedo invitarte a un cigarro, no? —Hizo el intento de sentarse justo al lado en uno de los asientos de acero inoxidable que permanecían vacíos, pero decidí atajar el tema sin andarme por las ramas.

—No, no puedes invitarme y lo siento, pero tampoco puedes sentarte aquí. —Coloqué la mochila para descansar el brazo sobre ella—. Y no, yo de ti no lo haría, descartaría la idea de ligar conmigo porque vas a perder tu tiempo, y menos con una mierda de excusa como la del cigarrillo, así que, por favor, agradecería que te largaras y me dejases tranquila. Gracias.

El tipo me miró con cara de circunstancia durante varios segundos, hasta que su lento cerebro, hecho papilla a consecuencia de las drogas, reaccionó al comentario.

—Joder, tía, cualquiera te echa un polvo a ti —soltó de mala gana, dándose la vuelta con el ego malherido.

—Tú seguro que no lo harás —respondí ya a sus espaldas con cierta intención de golpearlo un poco más en las pelotas, todo hay que decirlo.

Lo vi alejarse y perderse por algún lado, seguro que en busca de cualquier otra víctima joven e inocente, cuando para mi sorpresa el autobús se detuvo delante y abrió sus puertas de par en par, indicó a los pasajeros que ya podíamos subir y ocupar nuestro puesto. Algo que no tardamos en hacer.

«Vale, Sasha, que continúe el *show*».

En mis oídos resonaba la potente voz de Eminem mientras la canción «Space Bound» sonaba en el viejo iPod, a punto de quedarse sin batería. Algo en mi interior preguntaba si, quizá, era lo que su letra declaraba, lo que Byron sentía cuando estaba conmigo o, por el contrario, era yo la idiota que lo deseaba cuando estaba junto a él.

«Joder, Sasha, olvídate de ese hombre», me advertí una vez más por mi propio bien, pero parecía que mi condenado subconsciente se negaba a echarme una mano.

Apoyé una de las piernas medio flexionadas sobre la maleta, que se encontraba conmigo entre asiento y asiento, y dejé que la cabeza tuviese contacto con el frío vidrio de la ventanilla mientras me perdía en el exterior, en la parte trasera del autobús, pues el paisaje pasaba frente a mis ojos a una rápida velocidad, igual que lo estaba haciendo mi insulsa vida. Podía aceptar no tener bienes materiales o pequeños lujos como podía suponer comprarse una preciosa barra de labios o un perfume nuevo; podía aceptar no tener a mis padres porque el fatídico destino lo quiso así; podía aceptar no disfrutar de una preciosa boda en el día más especial de mi vida, como la mayoría podríamos haber deseado; podría llegar a aceptar no tener hijos, incluso que mi instinto maternal se fuese marchitando poco a poco como una margarita, pero lo que no tenía claro era poder soportar el hecho de pasar el resto de los pocos días que me quedasen sin nadie al lado que me diera calor y cariño. Pues nadie en esta vida se merece terminar sus últimos minutos solo y abandonada, nadie. Eso es lo que temí que fuera a ocurrirme a mí. Pero obligué a esos turbios pensamientos a apartarse a un lado y me centré en la música que sonaba en los auriculares mientras los párpados cada vez se cerraban más y más con el dulce traqueteo del vehículo, llevándome al mejor de los sueños donde el detective Moore y yo disfrutábamos de un agradable paseo por la playa bajo la luz de luna, a la que hacíamos cómplice de nuestra

pasión en cuanto mi cuerpo era tomado por sus interminables besos.

## CAPÍTULO 15

### BYRON

**U**nos nudillos golpearon la puerta del baño y enseguida supe quién podría ser. Humedecí mi cara con agua bien fría para despejarme y, después de arrancar un trozo de papel del rollo dispensador, me sequé las gotas, esas en las que tanta confianza había depositado para que me ayudasen a reaccionar o, mejor dicho, que me obligaran a regresar a la realidad y volver a ser yo: el cabrón sin escrúpulos del detective Moore al que todo el mundo le importa una mierda.

—¿Tío, estás ahí? —Peter volvió a picar justo antes de que abriera la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Has encontrado algo? —Interpreté mi mejor papel y fingí que no ocurría nada.

Escudriñó mi gesto con el ceño fruncido, y puso los brazos en jarras.

—¿Todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, todo genial. —Alcé las manos como si lo que preguntara fuese una locura—. Dime, ¿has dado con el sospechoso?

Pasé por su lado, dejándolo atrás. Creo que era el único en aquella comisaría que sabía que lo mío no era mentir y que si no pretendía hablar por cuenta propia, poco había que hacer al respecto. Por eso mismo creo que de entrada me dio por imposible.

—No, todavía no, pero tranquilo, no se nos escapará —aseguró más que convencido.

—Lo sé. —Detuve los pies a mitad de pasillo y posé la mano sobre su hombro, depositando en él toda la confianza—. Yo, mientras espero a que Spencer envíe lo que le he pedido, voy a acercarme al lugar del crimen por si

hubiese algo que se nos haya podido pasar por alto, ¿de acuerdo? —Reanudé el paso hacia el escritorio de madera abarrotado de papeles.

—¿Ahora? —inquirió extrañado.

—Sí, ¿por qué? —Crucé los brazos al llegar a la mesa—. ¿No puedo? —Necesitaba salir de allí como fuera y que el aire hiciese el resto. Era consciente de que por mucho que lo intentara no sería capaz de concentrarme en esos momentos. Siempre que mi mente se sentía saturada por algún recuerdo o remordimiento, sabía que lo mejor era salir a la calle y dar un rodeo.

—Oye, te conozco, vale... Y sé que...

—Peter, por favor, tú no. No empieces tú también, joder... —Le demostré la irritación que poseía mi ser y cogí la cazadora de un tirón y el teléfono de donde lo había soltado con rabia minutos antes.

Pero no quedándose satisfecho con mis actos, impidió que huyera agarrándome por el brazo cuando fui a pasar por su lado, evitando que ignorase aquella innecesaria conversación.

—Escúchame un jodido segundo, Byron. No pretendo sermonearte como si fuese tu padre, pero —clavó los ojos en los míos— estás muy raro y sé que te ocurre algo, así que, no me lo digas si no quieres, pero por una vez en tu vida —hincó el dedo en mi pecho—... por una jodida vez en tu puñetera vida, hazme caso y vete para casa, me oyes. Cógete uno de esos días que nunca utilizamos y unas cuantas birras y emborráchate para olvidar, pero luego te metes en la puta cama a descansar. Sabes que lo necesitas, no puedes vivir aquí dentro. No puedes utilizar tu trabajo para huir de la realidad o para desahogarte con la vida a golpes. No puedes, no debes, no te lo permito.

Sacudí la cabeza, negué con ella porque sabía que no le faltaba razón en nada, pero, gilipollas de mí, me tocaba las pelotas escuchar la verdad. Cogí aire por la nariz y ensanché las aletas para dejarlo escapar mientras retenía varios pensamientos.

—Yo te aviso si hay novedades —se adelantó a lo que fui a pedir.

Un largo silencio se aposentó entre nosotros. Cerré el pico, levanté los brazos como si hubiese perdido la batalla antes de empezarla y, sin decir absolutamente nada, di media vuelta para salir por la puerta, confiando en que aquello era lo mejor para todos.



Aparqué el Challenger delante de casa y apagué el motor, pero en ningún momento me bajé de él. Con ambas manos aferradas al volante descansé la cabeza en el asiento, cerré los ojos e intenté organizar esos pensamientos que se agolpaban como un mar revuelto, ahogándome. Era consciente de que mi vida llevaba dos años resquebrajada y que la única razón por la que me levantaba cada mañana era darle caza a algún hijo de puta que se merecía una paliza o, mejor aún, una puta bala en la cabeza. Pero estaba claro que aquello tenía que terminar: no podía seguir con aquel ritmo de vida, no podía seguir pasando dieciocho horas de las veinticuatro que tiene el día encerrado en la comisaría, alimentándome a base de sándwiches precalentados y de odio hacia traficantes, mercenarios o asesinos pandilleros. Era consciente de que no debía tomarme la justicia por mi mano: no quería convertirme en una falsa imitación de Harry. La pregunta era si ya llegaba demasiado tarde.

«Frena, Byron, frena un poco o terminarás estrellándote».

Respiré hondo antes de abrir la puerta para salir dando un doloroso portazo a mi pequeño tesoro de 440 CV. Subí hasta el apartamento y entré con la tonta esperanza de que, por alguna extraña razón, Sasha no se hubiese marchado y siguiera bajo la protección de mi techo, pero no, no fue así. Su presencia ya no estaba entre aquellas paredes, su voz vacilona no respondía por ninguno de los lados al salir de entre sus tormentosos labios. Y, lo peor de todo, es que lo intuía, pero había algo que arañaba por dentro creándome algún tipo de ilusión. Solté la chaqueta en su sitio antes de asomarme a todas las estancias sin motivo o sin razón y descubrirlas igual que estaban antes de cruzar la puerta esta misma mañana, sintiéndome como un verdadero gilipollas desgraciado. Llevé las manos hasta la nuca y me quedé postrado en medio del salón mientras miraba a todas partes y a ninguna, cuando el timbre de la puerta sonó, consiguiendo que el estómago se me contrajera en un pequeño sobresalto.

«Sasha».

En dos pasos llegué hasta ella y abrí sin tiempo que perder para terminar encontrándome con una impresionante mujer que esperaba con un brazo apoyado en el marco de la puerta, pretendiendo parecer insinuante.

—Hola, detective...

Fue en ese mismo instante cuando tuve consciencia de lo mucho que me había calado la Rosa Negra. Pues ahora no eran sus labios los que pronunciaban esa palabra ni conseguían despertar nada en mí.

—Hola, Meg, ¿qué haces aquí? —La dejé pasar al interior del piso.

—Bueno, pasaba por delante, he visto tu coche y he querido subir a saludar... —Se acercó y depositó un beso en mi mejilla con lentitud, regodeándose en el acto.

Me pregunté qué diría si se hubiese encontrado con la chica que interrumpió inocentemente uno de sus jueguitos en la ducha del club cuando el gel se le escurrió de las manos.

—¿Cómo estás? —se interesó, ascendió con los dedos por mi pecho y arrugó parte de la camisa por el camino.

—Bien, gracias. —Con disimulo, me aparté de su contacto para entrar en la cocina—. ¿Quieres algo de beber? —Abrí la nevera y saqué un par de cervezas.

—No, precisamente de beber no... —Meg era directa. Siempre era un polvo seguro y de los que realmente valían la pena. Era una impresionante morena de ojos negros que se cuidaba como ninguna y que disponía de un buen fondo con la que poder pasar toda la noche copulando, si es que las circunstancias lo requerían. Coincidíamos en el club y, precisamente allí, es donde nos conocimos hacía ya unos meses cuando, en un intento por llamar la atención, pidió de forma insinuante que por favor la ayudase con las vendas y los guantes de boxeo.

—Espera, espera. —Solté las cervezas sobre el mármol y volví a capturar sus manos que ahora se posaban desde detrás en la bragueta del pantalón—. ¿No te apetece nada de beber? ¿De verdad?

—Ya te he dicho que no, ahora solo tengo hambre. —Vi de reojo cómo se relamía el labio en un gesto que siempre había conseguido encenderme, pero, para mi sorpresa, en ese momento no surtió ningún efecto en mí—. Dime, detective, ¿es que hoy no te apetece que te la coma?

—Meg, oye, escucha... —Había acercado sus labios escarlata y los paseaba con deliberación por mi cuello para terminar mordiendo el lóbulo de mi oreja, algo que al parecer a mi polla empezó a gustarle demasiado. Cerré los ojos y, por un instante, sus besos empezaron a encenderme. La cogí por los

brazos con intención de que frenase un poco, pero cuando me di cuenta ya había bajado la cremallera e introducía una mano en el interior.

«Oh, joder».

Tensé la mandíbula por el incipiente placer que comenzaba a percibir.

—Vamos, no me digas que hoy no te apetece follarme a cuatro patas en tu sofá como la última vez.

—Meg... —Su nombre salió de entre mis dientes apretados. Sus dedos obraban magia en mis calzoncillos y comenzaban a nublar-me la razón—. Joder...

—No me has respondido, Byron, ¿te apetece o no? —Fue en busca de mi boca y comenzamos a besarnos con cierta ansia, manchaba parte de mi piel con el carmín—. Dime, ¿quieres follarme fuerte?

—Sí, claro que sí. —Me empujó hacia atrás hasta quedar contra la barra del desayuno—. Claro que me apetece follarte a cuatro patas —murmuré.

Nuestras lenguas permanecieron enredadas durante varios segundos, pero algo ocurrió en ese instante que me llevó a abrir los ojos y a clavar la mirada donde justo esta mañana tomaba el cuerpo de Sasha con devoción. Mis retinas se detuvieron a contemplar la encimera donde me había despedido de la Rosa Negra con uno de los polvos más intensos que había disfrutado jamás.

—Espera, espera, para un segundo. —Apartándome de ella, la hice a un lado con toda delicadeza—. No puedo, hoy no, lo siento. No he tenido un buen día y... —Me froté la cara, preguntándome qué me había hecho aquella pequeña loba para trastocarme de aquella forma.

—Vamos, ¿lo dices en serio? —Alargó una mano, incrédula, y la llevó hasta mi nuca para volver a la carga, sin intención de rendirse. Había venido en busca de un polvo y estaba convencida de que no se iba a marchar sin él—. ¿De verdad me vas a decir que no? ¿Qué te pasa? —Acercó de nuevo su cuerpo al mío, regalándome otro beso en la comisura de los labios y obligándome a caer en la tentación cual diablo—. Tú no eres el Byron que conozco, ¿dónde está ese hombre que folla de vicio y que tanto me gusta? Ese tío que me azota mientras me corro gritando su nombre...

—Nada, no me pasa nada... —Intenté ser sutil en la negación, deshaciéndome una vez más de su amarre, antes de acercarme hasta donde había soltado las cervezas—. Solo es que hoy no es un buen día, solo es eso...

Llevó los dedos a sus impresionantes caderas enfundadas bajo aquella indiscreta minifalda y me contempló como si no lo pudiese creer.

—Entonces hablas en serio...

Apoyé las mías sobre la fría superficie de la cocina y dejé caer la cabeza con gesto de derrota, porque así me sentía: derrotado y hundido. La persona que esperaba indignada detrás no parecía dar crédito a lo que estaba sucediendo: yo, Byron Moore, negándome a una exuberante mujer. Pero si ella no comprendía mis negaciones, yo menos todavía.

«¿Qué cojones me pasa?».

Estaba claro que algún extraño fenómeno me había abducido por completo o, lo que es peor, me había achicharrado el cerebro con su arrolladora personalidad. Una sensación de inseguridad me obligaba a apartarme de Meg, como si al estar con ella le fuese a fallar a otra persona y la idea que cruzó por mi cabeza me irritó como hacía tiempo que no me ocurría.

—Lo siento, Megan, debes marcharte —sentencié, justo antes de coger con furia una de las cervezas por el cuello. Con un rápido y preciso golpe en el canto de la encimera abrí el botellín y conseguí que la chapa saltase por los aires.

—¿Perdona? —Se acercó, plantó la cara delante para que así fuese consciente de su indignación—. ¿En serio me estás echando?

—No, joder, no te estoy echando. —Di un trago a la bebida, buscaba en ella las fuerzas necesarias para enfrentar una realidad que me negaba a aceptar—. Solo es que...

—¡Esto es el colmo! —gritó frente a mis narices, quizá aquel monumento de mujer no estaba acostumbrada a que los hombres la rechazasen.

Giró sobre sus altos tacones, dándome la espalda y, tras coger con exagerada irritación su bolso, salió dando un fuerte portazo, dejándome en el sitio. Oteé en su dirección y lo único que se le ocurrió a mi desquiciado instinto fue lanzar con rabia desmedida el botellín de vidrio contra la pared de enfrente, haciéndolo añicos y dejando una enorme mancha de espuma blanca como parte de la decoración.

—¡¡Jodeeeeeer!! —Cubrí mi cara con ambas manos y las llevé hasta la nuca, dejándolas descansar allí mientras giraba en el mismo punto una y otra vez y contemplaba el techo—. Eres un imbécil, Byron, un solitario y completo

imbécil. Un cabrón desgraciado que no tiene a nadie, un pobre diablo —me recordé, como si en algún momento lo hubiese olvidado.

Pensé en coger la bolsa de deporte y largarme al club a soltar unos cuantos golpes, para ver si así, desfogándome un poco, esta opresión que sentía en el pecho desaparecía dejándome respirar, pero la agitada conversación que había mantenido con Dangerouse hacía un rato aterrizó en mi cabeza, y consiguió que me sintiese peor de lo que ya me sentía conmigo mismo. Llegué hasta la habitación y me asomé al interior para contemplar una vez más la cama desde la puerta, pues las sábanas seguían revueltas siendo el resultado de una intensa y maravillosa noche. Hasta que por suerte el sonido del teléfono retumbó en el bolsillo, liberándome de unos retorcidos pensamientos.

—Detective Moore.

—Oye, lo tenemos. —La voz de Peter sonaba cargada de emoción.

—¿Lo tenemos? ¿Dónde?

—Tengo una dirección. Te la paso por mensaje y nos vemos allí en diez minutos.

—Está bien, perfecto. Tío, buen trabajo. —Anduve decidido hasta la puerta para ponerme en marcha. Cogí la cazadora y las llaves del coche, y salí disparado hacia la calle.

Parecía que ya teníamos al cabrón que iba a pagar por mis desgracias y, sobre todo, por el mal día. Pobre infeliz.

Era un sitio bastante cutre y cochambroso que olía a rancio de forma intensa y desagradable. El aroma a comida basura y a patatas fritas con aceite quemado te recibía en cuanto cruzabas por la puerta, pero algo que era normal si entrabas en una hamburguesería y encima esta era de poca monta. Peter abrió camino delante hasta que se detuvo frente a un mostrador donde una joven con labios en color fucsia nos saludó con una enorme sonrisa postiza y una verborrea del carajo.

—No, gracias, no venimos a buscar ninguna hamburguesa —se adelantó en informarla mi compañero en cuanto esta terminó el discurso de bienvenida.

Me posicioné a un lado y ojeé a nuestro alrededor en silencio. Sobre nuestras cabezas se mostraban imágenes de toda la comida que se servía en el lugar y detrás de la chica descansaban dos grandes máquinas de batidos.

—¿Podríamos hablar con el jefe, por favor? —pidió Peter, enseñó la placa colgada en la cinturilla del pantalón.

El rostro de la joven se transformó en cuestión de segundos en una peculiar estampa, pues al parecer lo último que imaginaba era que fuésemos dos agentes de policía vestidos de paisano.

—¿Marie, verdad? —Los ojos de Peter leyeron al tiempo que los míos la placa identificativa que llevaba colgada la chica en un lateral del pecho.

—¿Mi... mi jefe? ¿Ha... ha ocurrido algo? —titubeó.

—¿Está por aquí? —Peter no perdía el tiempo, iba directo al grano como solía ir yo, solo que en el fondo éramos muy diferentes. Yo no tenía escrúpulos a la hora de tratar con según qué personas y esa parte era donde yo entraba en acción, justo cuando se terminaban las palabras. Se podría decir que de los dos yo era quien hacía el trabajo sucio, algo que para nada me importaba.

—Sí, ahhhhh... —Alargó el cuello para ojear hacia adentro—. Ahora mismo lo aviso.

Presionó un botón resguardado bajo el mostrador y, en cuestión de segundos, un hombre de cierta edad y barriga redonda apareció con cara de cabreo.

—¿Qué ocurre ahora, Marie? —Se dirigió a ella antes de reparar en nuestra presencia—. Te he dicho que no me molestase nadie —comentó de manera tosca.

—Somos nosotros los que hemos venido a molestarle, ¿señor...? —Peter justificó a la joven.

—¿Ustedes? —Nos miró con cara de insensatez—. ¿Y se puede saber quiénes son? ¿No serán de sanidad, verdad? Ya les dije que la plaga de cucarachas se había erradicado y que solo quedaban unas cuantas que pronto...

—No, no —Mi compañero abrió un lado del abrigo y dejó que la placa reluciese ante sus ojos—. No somos de sanidad, caballero, pero dígame, no ha respondido: ¿cuál es su nombre?

La cara del individuo mutó a la seriedad más absoluta en cuestión de segundos, poniéndose rígido a más no poder.

—Oh... Pues, ah... Forest, soy el señor Forest... ¿Qué ocurre? ¿Qué quieren de mí? ¿No será por...?

Decidí entrar al trapo y ahorrarnos a todos unos cuantos minutos, pues aquella conversación se me estaba haciendo demasiado larga y tan solo acabábamos de llegar.

—Creo que lo mejor será que nos deje hablar y que se calle un minuto, señor Forest. Me parece que saldrá ganando, ya que tengo la impresión de que no tiene las cosas en regla respecto a su negocio.

El hombre cerró el pico en el acto y ni tan siquiera pestañeó en cuanto erguí mi cuerpo delante de él.

—Mucho mejor, ya podemos hablar de lo que nos interesa. —Dejé que prosiguiera de nuevo Peter, dándole paso con la mano mientras yo decidía dar varios pasos sin rumbo por el local, observaba cada rincón y estudiaba cada detalle.

—Venimos buscando a uno de sus trabajadores y nos gustaría que nos dijese si está aquí en estos momentos o cuándo lo podemos encontrar...

—¿Uno de mis trabajadores? Pero si son todos legales y yo los tengo a tod...

—Sssshhhh. —Puse un dedo sobre mis labios y le indiqué que se callase de nuevo: aquel hombre y sus interrupciones comenzaban a hincharme las pelotas y no era el mejor de los días para acariciármelas.

Volvió a callarse en cuanto lo fulminé con una mirada de advertencia antes de acercarme a un lateral de la sala, desde donde se podía ver parte de las cocinas al quedar la entrada de frente.

—Buscamos a este individuo. —Peter sacó de la carpeta la foto del sospechoso que las cámaras habían captado en el momento del secuestro a la joven víctima, la misma que apareció muerta y sin ropa dentro de un contenedor en un callejón—. Vladimir Kozlov.

El señor Forest abrió los ojos de par en par en cuanto sus dedos sostuvieron la fotografía. La joven trabajadora que se encontraba a su lado se llevó las manos a la boca, cubriéndosela, y dejó escapar una leve exclamación. Peter y yo nos miramos y nos pusimos en guardia, al parecer estábamos cerca de algo.

—Un momento, este hombre no se llama así. —La ojeó por última vez antes de añadir—: Este hombre se llama Strogonov, es el cocinero.

—¿Strogonov? —pregunté yo—. ¿Está seguro?

—Sí, sí, hace unos días vino a pedir trabajo y... —Su mente pareció colapsarse, quedándose pensativo—. Pero díganme, ¿por qué lo buscan? ¿Qué ha hecho?

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo? —exigió Peter, antes de sacar del bolsillo interior del abrigo su *Moleskine* con cubierta de cuero marrón y su bolígrafo negro de punta fina—. ¿Sabe su dirección?

Mis ojos se fijaron en cómo la joven cajera se abrazaba y comenzaba a tener leves temblores por los nervios. Di dos pasos, posicionándome frente de ella, pero no abrí la boca para nada. Sus pupilas estaban clavadas en mi compañero, y escuchaba la conversación con atención que esos dos mantenían y en ningún momento me vieron llegar, pero la repasé de arriba abajo, estudiando concienzudamente su comportamiento y sus gestos, cuando caí en la cuenta de algo.

«¡Joder!».

Un nudo en la garganta me paralizó en cuanto mi mirada se centró en el atuendo que esta vestía.

«Sasha».

Un flash atravesó mis recuerdos, reviví el momento de la sala de interrogatorios cuando la Rosa Negra lucía la ropa manchada de sangre, después de venir del reconocimiento en el hospital y, casualmente, ese uniforme era idéntico al que llevaba la joven.

—Disculpe, ¿cuánta gente trabaja para usted? ¿Hay alguna cajera más?

Interrumpí la conversación poniéndome delante del señor Forest, exigiendo así toda su atención.

—Pues, ah... —Parecía pensar en algo—. Ahora mismo cuatro, ¿por qué?

—¿Cuatro? ¿Quiénes son los otros dos trabajadores?

—Chin, que es el otro cocinero, quien cubre el turno contrario a Strogonov y... una chica más.

El corazón saltó dentro de mi pecho en un jodido vuelco, martilleándome con fuerza.

—¿Qué chica? ¿Cómo se llama? —Necesitaba escuchar su nombre.

Peter me ojeó de reojo, supongo que preguntándose de dónde salían todas aquellas preguntas improvisadas que sonaban con tanto trasfondo y qué es lo que me había llevado a meterme en la conversación y a exigir una respuesta



cuando no solía ser mi forma de actuar. Una respuesta que comenzaba a alterarme el pulso cada vez más.

—Es la chica que viene de tardes, Johana, se llama Johana.

Arrugué el ceño, pues aquel nombre no era el que esperaba oír.

—¿Johana? ¿Está seguro? —quise asegurarme porque me parecía algo imposible.

—Sí, claro, hace tiempo que trabaja aquí...

Negué con la cabeza. Una idea acababa de coger peso y no me gustó un pelo.

—¿Podría describirla?

—Bueno... Es alta, con el pelo rizado y...

—¿Y?! —exigí, elevando ligeramente la voz.

Peter volvía a observarme, ahora sin entender qué cojones ocurría. Se guardó el *Moleskine*, y me contempló en silencio mientras intentaba sacar una conclusión a todo aquello, pero no se pronunció.

—Y es morena. Una chica alta, con el pelo rizado y morena... No sé qué más quiere que le diga...

Dejé escapar un intenso suspiro de desesperación, torcí la cabeza al tiempo que la dejaba caer, antes de que mi compañero decidiese intervenir de nuevo.

—Está bien, señor Forest, le dejaré nuestros teléfonos y necesito que nos llame en cuanto Vladimir aparezca por aquí, ¿de acuerdo?

—¿Se refiere a Strogonov? —quiso saber el otro, que cogió lo que mi compañero le tendía.

—Sí, bueno, Strogonov o Vladimir, como usted lo llame... Ya sabe a quién me refiero.

De repente, la tímida voz de Marie se pronunció, reclamando atención.

—Emma... —susurró, evadida, como en otro lugar.

—¿Perdón? —preguntó Peter.

—¿Qué has dicho? —Fue cuando me posicioné más cerca al mostrador—. ¿Podrías repetir?

—Pues que, ah... bueno, también trabaja aquí una chica que se llama Emma... —aseguró, dirigiéndose a mí con la mano—. Es rubia y tienes los ojos...

—Azules... —terminé la frase de forma inconsciente.

Su imagen regreso a mi memoria y se clavó en mis retinas del mismo modo que si en ese instante la estuviese viendo.

—Sí, eso es, azules... —confirmó la joven a media voz.

Peter me agarró entonces por el brazo para apartarme a un lado.

—¿Se puede saber qué cojones pasa? ¿Qué me he perdido? ¿Quién es esa Emma?

Tensé la mandíbula y puse los brazos en jarras antes de sentenciar:

—Esa Emma es la chica que trajeron del hospital después de que los chicos la encontraran llena de sangre sobre el capó del coche.

—¿Esa? —Frunció el ceño—. ¿Esa con la que hablaste en la sala de interrogatorios y que lucía golpes en la cara?

—La misma: es ella —Sentía la mandíbula dolorida de lo tensa que la llegaba a tener.

—Joder, me parece que hay algo que no me has contado... —adivinó—. ¿Verdad?

Quizá la mirada encendida y mis puños apretados le confesaban a Peter que había tenido algo más que un simple interrogatorio con aquella chica.

—Ahora no, Peter... —advertí de que no era momento para ese tipo de explicaciones—. Tengo el presentimiento de que está a punto de ocurrirle algo grave, si es que no le ha ocurrido ya...

La mirada de mi compañero también habló al tiempo que imitaba mi postura y negaba temiéndose lo peor:

«Mierda».

—Oigan, oigan. —El señor Forest nos reclamaba—. Pero hace unos días que no viene. Tan solo trabajó dos y la muy zorr... —se calló en el instante en que mis ojos amenazaron con estrangularlo si terminaba aquel comentario—. Quiero decir que —carraspeó— nos dejó tirados al segundo día: estaba claro que pocas ganas tenía de trabajar —resolvió por cuenta propia.

—¿Así, de repente dejó de venir? —quiso saber Peter.

—Sí, así, de repente.

—Y Ashley también —añadió Marie, con cierto temor, abrazándose un poco más fuerte así misma.

Peter y yo fruncimos el ceño sin comprender de dónde salía ahora aquel

otro nombre.

—¿Ashley? ¿Quién es Ashley? ¿Es otra trabajadora? —lo increpé—. ¡¿Por qué no nos ha hablado de ellas cuando le he preguntado?! —Apoyé con rabia las manos sobre la superficie para encarar al condenado dueño del local. Estaba a una mentira más de saltar por encima del mostrador y rodear su cuello con mis dedos. No sería un problema.

—Bueno, yo... —El viejo comenzó a ponerse realmente nervioso—. No lo sé, no he caído en ellas, pero es cierto que Ashley también dejó de venir de un día para otro sin previo aviso, aunque deduje que se habría marchado con su novio; él al parecer tenía un grupo de música y...

—Veo que lleva un buen control de su negocio y del personal que trabaja para usted, señor Forest —comentó Peter irónicamente—. Quizá le pida a unos amigos que le hagan una visita para comprobar que esté todo en regla... —aquel tipo o era muy gilipollas y se le olvidaban la mitad de las cosas o, quizá, escondía algo.

Mi cabeza comenzó a trabajar a toda máquina por atar cabos, pero había algo que se me escapaba y no llegaba a comprender. Y, es que, ¿por qué habían dejado de asistir al trabajo Sasha y esa tal Ashley de repente y sin avisar? ¿Qué relación había entre ellas dos? Y lo peor de todo, ¿qué pintaba Vladimir en todo eso?

—Nos largamos —sentencié de súbito, pues tenía la sensación de que aquella bola de sebo poca ayuda nos iba a ofrecer y algo me decía que perdíamos el tiempo con él. La única que había aportado información había sido la joven cajera que parecía atemorizada por alguna razón, igual, porque ahora, después de todo, había demasiadas y turbias coincidencias alrededor de aquel sitio.

—Está bien. —Peter se volvió hacia el hombre conforme con la decisión—. Pues como le he dicho: tenga la tarjeta a mano y llámenos en caso de que...

—¡Mierda, es él! —exclamé al ver que nuestro sospechoso se disponía a abrir la puerta.

Peter se giró de repente, y consiguió que su placa reluciese bajo el abrigo al abrirse un lateral de este, informando a aquel desgraciado de quiénes éramos y lo que buscábamos. En cuanto sus ojos descubrieron el dorado y mis

intenciones de molerlo a palos escritas en el rostro, Vladimir echó a correr hacia la calle antes de poner un pie dentro.

—¡Oh, joder! Sabía que me iba a tocar correr —maldije antes de salir disparado tras él—. ¡Ven aquí, hijo de puta! ¡Tú y yo tenemos que hablar!

# CAPÍTULO 16

## BYRON

**H**acía escasos veinte minutos que Peter y yo acabábamos de llegar a comisaría. Como ya predije, había tenido que pegar una buena carrera para coger a aquel cabrón que se resistía a venir con nosotros, pero tenía muy claro que ese tío no se me iba a escapar, ya que había mucho que preguntarle. Tuve que acelerar detrás suyo para terminar ejecutando un severo placaje ya que mis órdenes de detenerse no acababan de surtir efecto en él. Salté muros, esquivé papeleras y señales de tráfico e, incluso, alguna que otra persona que caminaba despistada por la acera interponiéndose entre nosotros hasta que, cansado de perseguirlo, decidí lanzarme sobre sus espaldas para caer los dos al suelo de forma brusca. Y en ese momento, después de toda aquella acción, que reconozco no me vino nada mal para descargar algo de adrenalina sobrante, nos encontrábamos en la misma sala de interrogatorios donde hablé por primera vez con Sasha, la Rosa Negra. Solo que en esa ocasión era Peter quien formulaba las preguntas y, una vez más, yo escuchaba atento al lado, mientras esperaba el instante de saltar a matar.

—Vladimir Kozlov... —Peter abrió la carpeta donde guardaba su foto y toda la documentación, antes de entrelazar los dedos frente a él—. ¿Es así como te llamas, verdad?

El sospechoso mantenía la boca cerrada y aparentaba tranquilidad, descansaba la espalda en el asiento quedando medio reclinado en una postura demasiado chulesca para mi gusto.

Yo lo observaba de pie apoyado en la pared, con un pie cruzado por delante del otro, mientras mis manos permanecían en los bolsillos y el ruso iba regalándome vistazos de vez en cuando, quizá, desconfiaba de mi reacción.

Supongo que nuestra relación no había empezado con buen pie y nuestro pequeño forcejeo en la acera no había sido de su agrado ni había terminado como él esperaba.

—¿No piensas responder? —insistió mi compañero—. Vamos, es muy fácil: si pones de tu parte, antes de que te des cuenta, estarás calentito en una celda solo para ti, a pensión completa.

El sospechoso giró la cara y clavó la mirada en la pared contraria, esa era su forma de asegurar que poco iba a colaborar. Rasqué mi barbilla por encima de la perilla alterando el orden de los pelos y negué con la cabeza cruzándome de brazos, hastiado ya con aquel personaje. Sabía cómo iba a terminar aquello y no era con una taza ni unas pastas de té delante.

—¿Sabes de qué se te acusa? —Peter descansó los antebrazos sobre la fría mesa de acero inoxidable que los separaba—. Dime, ¿dónde estuviste el sábado pasado entre las seis de la mañana y las seis de la tarde? —Un silencio se había asentado allí dentro por su parte y parecía no tener intención de abrir la boca—. ¿Nada?

Un peligroso instinto comenzaba a despertarse en mi interior, pero lo mantuve a raya. Adquirí firmeza, luché por sosegarme y decidí dar varias vueltas a su alrededor, del mismo modo que si fuese un tiburón blanco que juega con su presa antes de lanzarse sobre ella. Sus ojos azules y carentes de bondad me contemplaban e intentaban deducir mis intenciones; yo miraba al suelo y mostraba tranquilidad e ignoraba en cierto modo su presencia, algo que pareció no gustarle demasiado, ya que, por un instante, su cuerpo aseguró que comenzaba a inquietarse y a ponerse nervioso.

—¿Conoces a esta joven? —Peter sacó otra fotografía de la carpeta donde el cuerpo desnudo de una mujer sin vida aparecía en el interior de un contenedor de basura con heridas de arma blanca y manchas de sangre a su alrededor—. ¿Sabes quién es?

Depositó la imagen frente a él para que pudiese contemplarla, pero en ningún momento sus ojos la buscaron. Mis puños se apretaron de forma exagerada, resaltando unos blancos nudillos ante tanta falta de compasión hacia la pobre chica. No mostró ni un ápice de remordimiento en su gélida mirada. La ignoró como si no mereciese ni tan siquiera su miserable atención.

—¿No? Pues yo te lo diré. —Mi compañero puso una mano sobre el papel

dando un golpe seco en la mesa, comenzaba a estar igual de cansado que yo ante su comportamiento—. A esta pobre chica la asaltaron en mitad de la calle a mediodía para meterla contra su voluntad en una furgoneta azul, pero lo que es peor... es que la desnudaron, la humillaron, la golpearon y hartos de jugar con ella... alguien... —Lo señaló con el dedo, lleno de rabia—... la mató con un cuchillo, propinándole varios cortes tan profundos que la llevaron a la muerte, desangrándose en el interior de un sucio contenedor de basura, hasta que la encontramos ya tarde, varios días después. Y yo me pregunto —el odio que sentía mi amigo relucía en sus ojos mientras apretaba los dientes—: ¿qué ruin animal es capaz de dejar moribunda a una pobre persona para que agonice sus últimos minutos? ¡Le tapaste la boca para que no pudiese gritar, joder! —Volvía a señalarlo de forma acusatoria—. ¡Como si pudiera hacerlo después de que le rompieras la puta mandíbula! —Clavó el dedo sobre la fotografía en esta ocasión para liberar a través de él un intenso dolor—. ¡Confíesalo! ¡Tenemos la imagen en la que apareces asaltándola por detrás! ¡Debajo de sus uñas había restos de piel de su asesino! Dime, Vladimir, ¿tienes algún arañazo que nos quieras enseñar? ¿Tienes idea de lo que te va a caer por esto? —Echó el cuerpo hacia adelante, encarándolo—. ¡Yo me encargaré de que no vuelvas a ver la puta luz del día, desgraciado!

El acusado parecía impasible; no mostraba signos de arrepentimiento cuando sus ojos se detenían en mi compañero, que lo contemplaba odioso: eso era algo que conseguía que mi lado más oscuro quisiera salir a relucir. Llevaba rato acallándolo, pero cada vez me era más difícil controlarlo ante tal desalmado. Demasiada suerte tuvo que, justo cuando iba a entrar en acción, unos nudillos picaron a la puerta, reclamándome, pues el capitán esperaba fuera inquieto:

—¿Qué tal va? —preguntó.

—Nada. No colabora y creo que no piensa ceder... —le avisé, al tiempo que resoplaba con intensidad.

Nos miramos unos segundos antes de que me ofreciese lo que traía entre las manos.

—Tenemos el nombre de la víctima —sentenció.

Toda la información que necesitábamos al fin aparecía escrita en aquella carpeta.

—Ashley Donaghan. Edad: veinticinco años. Natural de Michigan. Estudiante, soltera y sin antecedentes penales... —Leí con detenimiento el informe—. ¿Ni tan siquiera una miserable multa de tráfico? —pregunté incrédulo.

—Por eso nos ha llevado algo más de tiempo dar con ella. Esa pobre muchacha era una buena persona que ha pagado por algo que no debía y que, por desgracia, todavía no sabemos el porqué... —aseguró el capitán.

—No sabemos por ahora, capitán, pero le aseguro que... —Fue entonces cuando algo se iluminó en mi cabeza—. Un momento. —Volví a abrir el informe y busqué los lugares en los que había estado contratada—. Ashley... Ashley... —El dedo se movía ansioso sobre el papel en busca de la respuesta a lo que mi instinto sugirió, hasta que di con ello. Por desgracia, se confirmaron mis peores sospechas. Tensé la mandíbula con rabia contenida—. Big Burger —murmuré, cerré la carpeta. En ese mismo momento, como si un lobo asesino fuese, sentí como mis colmillos se afilaban deseando atacar a matar.

—¿Big Burger? ¿Qué nos dice eso? —Mi superior arrugaba el ceño sin entender por dónde iba.

—Es ella. Es esa Ashley. El sospechoso y ella eran compañeros en esa puta asquerosa hamburguesería. Es la joven que el señor Forest aseguró que había dejado de ir a trabajar de repente y... —Algo me paralizó. Como si alguien cubriese mis ojos con una venda empecé a verlo todo oscuro.

—¿Y...? ¿Qué ocurre? ¿Moore?

Sasha volvía a estar en mis pensamientos. La Rosa Negra volvía a aterrizar en forma de recuerdo para confirmar lo que más me temía.

—Él la golpeó... —Miraba pero no veía. Mi vista cayó en picado al suelo y tuve que parpadear varias veces para volver en mí—. Fue él quien la tuvo retenida y quien le hizo eso. —Sin darme cuenta, mis puños se apretaron todavía más, consiguiendo que la carpeta se arrugase y se resintiera entre los dedos—. Trabajaban en el mismo lugar y pretendía matarla igual que había hecho con esta pobre chica... Pero ¿por qué? Debe de estar enfermo. No puede ser por simple placer, debe haber algo más... Eso sería descabellado y sanguinario... —Intentaba encontrar una razón a todo aquello, pero no veía la luz.



—Detective Moore, tendrá que explicarse mejor porque no comprendo... ¿A quién se refiere ahora? ¿Quién es ella?

Un nudo en la garganta me impidió hablar. En la cabeza tomó forma la idea de que aquel animal que había terminado con la vida de aquella joven cruelmente le hubiese puesto una mano encima a Sasha. Tuve que controlarme como hacía tiempo que no lo hacía por no entrar y apuntarle a la puta cabeza con mi Magnum del 45.

—¿Moore?, ¿piensa decirme qué ocurre? —La voz firme de mi superior fue lo único que apartó el recuerdo de su precioso cuerpo apaleado.

—La joven que el otro día trajeron los chicos cuando patrullaban las calles, la que tuvieron que llevar al hospital por el inquietante aspecto con la que se la encontraron, parecía huir de alguien y...

—¿Y...?

—Era de él. —Señalé con inquina hacia la sala de interrogatorios—. Estoy seguro...

—¿Y cómo está tan seguro de eso? ¿Qué pinta esa chica en medio de todo esto? —Parecía sorprendido con la acusación—. Por cierto, ¿cómo dice que se llama?

—Sasha, digo... Emma. Bueno, en realidad...

El capitán, agudizó la mirada, y me estudió inquietado por la reacción.

—¿En qué quedamos, Byron? —Casi nunca solía llamarme por el nombre de pila, tan solo lo hacía cuando presentía que las circunstancias me superaban, como, por ejemplo, cuando ocurrió todo lo de mi esposa o..., en ese preciso instante.

Nos aguantamos la vista más tiempo del estipulado. Pocas palabras hicieron falta para entendernos: solo unas cuantas frases claras y directas le dieron la información que buscaba.

—Tú y esa chica... ¿os habéis visto fuera de aquí?

Tensé la mandíbula y dejé caer la mirada al suelo de nuevo, pues no sabía hasta qué punto eso me iba a acarrear un problema frente a mi superior, ya que mi expediente no era el mejor de todos y sabía que me jugaba una patada en el culo.

—Respóndeme: ¿sí o no?

Lo volví a contemplar y, tras cerrar los ojos y apretarlos con fuerza, asentí

con la cabeza, dándole una respuesta.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Se marchó esta misma mañana de mi apartamento, pero no sé adónde ha ido...

—¿Crees que él le hizo eso? —Se cruzó de brazos—. ¿Que huía de él?

—Sí. Estoy convencido de que tuvo algo que ver, pero creo que hay algo más que se nos escapa de las manos —aseguré—. Podría haber puesto una denuncia en contra de su compañero o haber declarado en su contra y, sin embargo, no lo quiso hacer. Se negaba en rotundo y lo único que quería era huir contra todo pronóstico. Además, tampoco pronunció en ningún momento el nombre de su compañera desaparecida... Me pregunto si sabría de su triste final. Al parecer, ella también hacía pocos días que había entrado a trabajar en esa asquerosa hamburguesería...

—Quizá fuese porque tenía miedo o...

—Créame: esa mujer no se deja apabullar por el miedo. Es la mujer más valiente, dura y... —recordé su rostro entre mis manos, sus labios susurrando cerca de los míos—... asombrosa que he conocido jamás.

La mirada con la que el capitán me observaba en ese preciso instante la desconocía. No estaba seguro de lo que su rostro reflejaba, pero parecía que había algo de asombro en su interior.

—Dígame una cosa, detective Moore —puso una mano sobre mi hombro para atraer la atención—: ¿qué significa para usted?

No pude responder. Fui tan imbécil que aunque sabía la respuesta, sorprendentemente, me faltaban cojones para decirla en voz alta.

—Volveré a formular la pregunta —advirtió, quería que confesara—: Byron, ¿esa chica te importa de verdad?

Tragué saliva, poniéndome firme antes de asegurar:

—Sí, capitán. Me importa. Me importa como hacía tiempo que nadie me importaba —reconocí, poniéndole nombre al dolor que sentía en el pecho.

Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y, después de pensar en algo, clavó la vista en otro lugar y en una pregunta volvió a mí:

—¿Qué piensas hacer?

—Creo que ya sabe la respuesta... —No dudé ni un segundo en soltar mi sentencia.

Seguramente, no era lo correcto. Quizá, no era lo que nos tocaba hacer; estaba claro que no era lo que la gente esperaba de nosotros. No era esa la imagen que deberíamos de dar; tampoco eran las formas ni los modos, pero allí dentro el único que era capaz de sonsacar información a los más duros y crueles era yo y el capitán lo sabía. Era su última baza, pero siempre obtenía resultados cuando recurría a mí y, esta vez, no iba a ser menos. En esta ocasión iba a poner toda la carne en el asador porque ese desgraciado cantase hasta la talla del sujetador de su santa madre. Lo iba a hacer confesar quisiera o no. Tendió la mano y, en un silencio sepulcral, reclamó mi arma y mi placa. Nos miramos a los ojos; nos aguantamos esa mirada que tanto decía y escondía y, después de despojarme de lo que allí dentro me ofrecía un cargo, entré en la sala de interrogatorios en cuanto el capitán me dio pista libre con un gesto de cabeza.

—Tienes quince minutos, Byron. Ni uno más ni uno menos. —Se dio la vuelta, llevándose consigo mis más valiosas pertenencias—. Tus cosas te estarán esperando en el despacho y, por cierto...: lo quiero vivo.

En cuanto Peter alzó la vista y me vio aparecer sin el arma y sin la placa, cerró automáticamente la carpeta, arrastró la silla hacia atrás y, dirigiéndole una última mirada de compasión al sospechoso, se despidió de él dejando una frase en el aire, para dar paso al espectáculo.

—Te deseo suerte, Vladimir. La vas a necesitar. —Pasó por el lado y, depositando su mano sobre mi hombro izquierdo, añadió—: Que comience el baile.

No podía dejar de ojear el reloj de la pared ni de calcular mentalmente los pocos minutos que quedaban para hacer cantar al gorrión que permanecía sentado en el banco de hormigón, dentro de la pequeña jaula, en el sótano de la comisaría. Era un sitio pensado como almacén y, además, cumplía la función de celda auxiliar donde algún que otro sospechoso había esperado a que llegase su hora del traslado o su turno de ir a declarar. Poca gente bajaba allí y los que lo hacían era para dejar o recoger algún paquete como podía ser algún traficante de poca monta, pero, en ese instante, era yo quien obraba magia para que el supuesto asesino de Ashley Donaghan confesara el crimen y, lo más importante, dijese dónde podía encontrar a Sasha, antes de que fuera

demasiado tarde.

—¿Sabes qué diferencia hay entre tú y yo en estos momentos, Vladimir? — Pasé la palma de la mano izquierda por los nudillos derechos ensangrentados mientras su cara golpeada parecía esperar más—. ¿Eh, lo sabes? —Sacudí el puño al notarlo resentido—. Que yo disfruto con esto y tú no... Y ¿sabes otra cosa? —pregunté como si aquello fuese un jodido juego.

Me buscaba con los ojos y dificultad tenía para mantenerse sentado en el frío banco, pero su mirada seguía tan gélida como el hielo. Aquel personaje tenía menos escrúpulos que yo todavía.

—No voy a parar hasta que me digas por qué Sasha huía de ti —lo agarré por el pecho para incorporarlo, volviéndolo a amenazar—. ¡¿Por qué la apaleaste?! ¡Eh! ¡¿Por qué te desahogaste con ella a golpes?!

Una ira comenzó a cegarme al imaginar su hermoso rostro en las manos de aquel cruel animal. Al imaginar que de su garganta pudiese haber salido alguna queja o lamentación en vez de un precioso gemido como los que me regaló cuando estuvimos juntos. Era algo que conseguía que la sangre me hirviera de cólera y que, a cada vistazo hacia las agujas del reloj, mi pulso se acelerase al sentir que me alejaba un poco más de ella.

—¡Contéstame, hijo de puta, o juro que te romperé todos los huesos del cuerpo uno por uno con un puto martillo! —grité para que supiera que poco me importaba que todo el mundo se enterase de lo que estaba ocurriendo aquí abajo.

—Jamás... lo sabrrrrrás... —Fue la primera vez que escuché su inquietante acento ruso.

Pude sentir cómo mis pupilas se dilataban por culpa de toda la adrenalina que corría por mis venas, mientras esta tomaba posesión de mis malas decisiones.

—¿Ah, no? —Pegué el rostro al suyo, y resoplé con fuerza, pues mi respiración también se veía agravada a razón de la intensa paliza que le estaba proporcionando—. ¿Y cómo estás tan seguro de eso? —lo reté, dejé tiempo a una respuesta acertada antes de desviar la vista a un lado—. ¿Ves aquella pata de cabra, eh? ¿La ves? —señalé en su dirección. Allí seguía tras dos días, después de que el chico de mantenimiento la utilizara para forzar un armario de chapa que se había quedado atascado—. Sí, la ves, la estás viendo, ¿eh?,

cabron... Y ¿sabes qué? —Le dejé ver la peor de mis sonrisas donde todo mi odio salía a relucir entre los dientes apretados—. Voy a empezar dedo por dedo hasta ir subiendo por tus rodillas para terminar metiéndotela por el culo, si no dices ahora mismo qué ocurrió con ella. —Me pareció ver que su mirada reaccionaba a la amenaza, pero en ningún momento abrió la boca. Mientras, los minutos pasaban más rápido de lo que debían pasar—. Está bien, Vladimir, tú lo has querido... —Lo solté como a un sucio perro antes de ir decidido a por la barra de hierro como había prometido. La agarré con decisión y volví sobre mis pisadas para quedar de nuevo frente a él—. Va a ser rápido, cabron, disfruta del viaje, los gastos están pagados, pero tengo que advertirte que solo es de ida. —Hice crujir mis cervicales en un movimiento de cabeza antes de alzar la barra como si apunto estuviese de batear una insignificante bola de béisbol—. Nos vemos en el otro lado, miserable.

—¡No! ¡Esperrrrra, esperrrrra! —Levantó como pudo una mano, cubriéndose la cara con ella—. ¡Está bíííennn, te lo dirrrré! ¡Lo haaaarrrré!

A dos escasos minutos de que mi tiempo finalizara, vi la luz al final del túnel.

—¡Habla! —exigí, lo volví a amenazar y elevé de nuevo la pesada arma improvisada sin darle tregua—. ¡Habla de una jodida vez! ¿Qué ocurrió con Sasha? ¿Por qué la golpeaste, por qué huía de ti?

—¡Yo nnnooo la gollpeé, lo jurrrrooo! —De su boca colgaba un hilillo de sangre y babas que era el resultado de una nariz rota, un diente saltado y un labio reventado.

—¡¡No me mientas!! —Llegados a ese extremo no le iba a permitir que jugase conmigo—. ¡¡Casi le destrozas la cara!! ¡¡Casi la matas como lo hiciste con tu compañera, Ashley!!

—¡No, jurrrrrro que yo no lo *hissssee*! ¡Yo nnnno la toqué!

Mis oídos se pusieron en alerta por lo que pudiesen escuchar: tenía el mal presentimiento de que algo terrible estaba a punto de descubrir.

—Yo solllooo la secuestrrrrré, perro nada másssss —aseguró, descolocándose y manchando parte del suelo con gotas de un color rojizo.

Hice un breve parón e intenté descifrar aquella poca información, pero rápidamente volví a la carga, ya que no tenía mucho tiempo que perder.

—¡Sigue, no te calles o te cortaré la lengua para que nunca más vuelvas a

hablar! ¡¿Quién fue entonces y por qué?!

Volvía a estar resguardado tras un silencio. Se pensó el hecho de proseguir al ser reacio a colaborar, pero en cuanto la barra volvía a estar en alto frente a su cabeza, apuntándola, y mi brazo se puso en movimiento, pareció recapacitar, frenándolo a escasos dos centímetros de su pómulo. Estaba decidido a partirle el cráneo si hiciese falta, pues en realidad me importaba una mierda si aquello me costaba el puesto como detective después de todo.

—No puedo *dessssiiiiirrrrrr* nombrrrrrre, no sabemossss perrrrroo —Hizo una breve pausa—. Él la busca *dessssde* hace año ya y porrrr fin la encontrrrró aquí, en Detrrrroit. Y no parrrrrá hasta encontrrrrrarla otrrrrra *veessss*. —Tragó saliva antes de añadir algo, algo que era consciente de que me iba a doler demasiado escuchar—. Y si la encuentrrrrrraaa..., la matarrrrrrá.

El reflejo de una arcada ascendió por mi garganta, pero la obligué a retroceder tras tragar el nudo que la asfixiaba. Acababa de escuchar lo que todos estos días me había estado temiendo.

«No, no, ella no».

Busqué el reloj por última vez y vi que el tiempo había terminado, pero me iba tomar unos segundos a cargo de la empresa.

—¿Quién es él? —pregunté en un bajo tono de voz—. Dime, vamos, ¿quién...es...él?

Cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos al tener los párpados hinchados y sus respectivas cejas partidas, pues mis puños habían impactado repetidas veces en su cara y esta comenzaba a mostrarse deformada.

—Esss un *sarrrvaje* que viste caro y... que trrrrabaja parrrra un monstrrrruoooo —aseguró, helándome la sangre con su declaración teñida de maldad. Comenzó a reír y mostró parte de su dentadura ensangrentada a razón de mis muchos golpes.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese monstruo? ¡Quiero su nombre! —exigí dispuesto a todo, deseaba encontrarme con él cara a cara.

—Heee dicchhhoooo que yo no ssssséééé, no *conosssssccccc*o.

Parecía que no mentía y si así era, por muchos golpes que le propinase, no iba a conseguir ningún nombre si este lo desconocía, por lo que me centré en otro tema de gran importancia.

—Muy bien... Y ahora confiesa: ¿fuiste tú quien mató a Ashley Donaghan?  
—En sus labios todavía permanecía grabada aquella asquerosa sonrisa teñida de rojo—. ¿Eh, fuiste tú? ¡Eh! ¡Responde, cabrón! —Hasta el aire que respiraba aquel cruel desgraciado me resultaba molesto—. ¿No? ¿No me lo vas a decir? ¿Otra vez quieres jugar? —La barra volvía a estar en alto—. Está bien, pues juguemos entonces. —De un rápido movimiento, le golpeé en la rodilla con todas mis fuerzas dejando el sonido de un crujido resonar en el aire—. Si nos preguntan diremos que te has caído por las escaleras, ¿te parece bien, Vladimir? Sí, creo que sí porque sigues sin responder... Dime, ¿mataste tú a Ashley Donaghan? —Le di tiempo para que lo hiciese, pero tan solo unos gritos de dolor llegaban a mis oídos—. Última oportunidad, hijo de puta, yo de ti me lo pensaría. —Posicioné los pies como si en un campo de beisbol estuviera y el pichichi a punto estuviese de lanzar la bola para batear—. Uno, dos... ¡tres! —El brazo volvía a estar en movimiento y justo cuando impactó contra su otra rodilla, doblegándolo del todo, confesó entre desgarrados gritos de dolor y desesperación—. ¡¡Ssssíííí, ssssíííí, ssssíííí!! ¡¡Yyyiiiiooo la maaaaaté!! ¡¡Yyyiiiioo matéeee a essa puta!! —Se cayó al suelo por no poder apoyar en ningún sitio las manos esposadas—. *Yyyiiiiooo lo hissssee* —Lloraba, retorciéndose como una asquerosa sanguijuela y yo solo podía pensar en volverlo a golpear y rematarlo. Tenía delante al asesino confeso de la pobre joven que habíamos encontrado desnuda, maniatada y torturada en el interior de un contenedor. Ese miserable no se merecía menos por mi parte, aunque mi raciocinio me advirtiese que era momento de parar si no quería ser yo el detenido.

—¿Ves como no era tan difícil...? —Abrí los brazos en cuanto sus ojos, con mucha dificultad, subieron hasta a mí.

Nos aguantamos la mirada durante unos segundos y, tras soltar la barra de hierro en el suelo, consiguiendo que un enorme ruido retumbara a nuestros alrededor, cerré la puerta de la celda, dejándolo inservible, antes de salir de allí con una única misión en la cabeza y una frase a mis espaldas.

—No creas que he terminado contigo, Vladimir Kozlov, juro que volveré a buscarte.

# CAPÍTULO 17

## BYRON

**S**i pudiese retroceder en el tiempo lo haría sin dudar ni un segundo, es más, sé de sobras dónde aterrizaría. Ese lugar sería aquella gasolinera donde la mitad de mi vida se esfumó entre mis dedos, sin ofrecerme la oportunidad de nada. Me interpondría a la bala para que fuese a mí a quien atravesara y no a mi pobre y dulce mujer. Cuando nos avisaron de un tiroteo, tres patrullas salimos disparadas hacia el lugar, pero lo último que esperaba era encontrar el cuerpo de Cinthya agonizando tirada en el suelo, con una enorme mancha de sangre en el pecho, a punto de morir entre mis brazos. Ese día lucía su vestido favorito de flores azules y llevaba los pendientes que yo mismo le regalé por nuestro primer aniversario de boda, esos que tanto le gustaban. Estaba preciosa, era preciosa... O, quizá, es que en el momento en que nos conocimos se metió tan dentro de mí que mirase donde mirase tan solo la veía a ella. Su iris gris combinaba a la perfección con su melena cobrizarizada, esa que elevaba su delicada hermosura, aquella que tanto me relajaba acariciar cada vez que nos tumbábamos juntos en el sofá de nuestra nueva casa familiar. Y es que hasta mis dedos se sentían huérfanos al no volver a disfrutar de su contacto, al no volver a arrullarla cada vez que la necesitaban, y eso era algo que dolía demasiado y muy adentro. Era un calvario intenso e insoportable que cada noche me doblegaba en el suelo, partiéndome en dos. Las noches eran más oscuras sin ella y los días más grises. Mis ojos jamás habían derramado más lágrimas que cuando acaricié nuestras sábanas y fui consciente de que nunca la volvería a tener. Y en ese momento, en ese instante fue cuando mi corazón se terminó de romper, porque me di cuenta de que ya nada sería igual. Juré que mi única misión en esta vida sería la de limpiar las



calles de toda la mierda posible como asesinos o traficantes, pero, sobre todo, le prometí que nunca volvería a enamorarme, ni volvería a sentir algo por otra mujer: no me lo permitiría. Todo el amor que un día pude albergar dentro se lo llevo con ella en forma de cenizas, dejándome carente de sensibilidad alguna.

Hasta que llega un día en el que «algo» que llevaba mucho tiempo adormecido se despierta y siente la enorme necesidad de volver a respirar, de revivir, asegurándote de que debes cuidarlo y protegerlo con tu vida porque no volvería a soportar otra pérdida más. Así era como yo me sentía: acorralado. Percibía una mezcla de miedo e ira que sabía que no podía ignorar, que no auguraba nada bueno. Después de lavar mis ensangrentados nudillos bajo el chorro de agua fría, pasé por el despacho del capitán a recoger la placa y el arma antes de salir disparado de la comisaría. Tan solo crucé dos palabras con Peter en el pasillo para informarle de que el sospechoso había confesado y que me largaba de allí, que se quedaba él al cargo de la investigación: yo debía centrarme en otra cosa si no queríamos que las víctimas fuesen dos en vez de una. Por desgracia, ya no podíamos hacer nada por Ashley Donaghan, pero Sasha necesitaba ayuda, y no iba a parar hasta encontrarla. Mi compañero asintió, pero antes de verme cruzar por la puerta, delatando cierto temor en la voz, me avisó de algo:

—Ten cuidado, Byron, tengo un mal presentimiento.

—Descuida. —Intenté curvar la comisura de los labios hacia arriba, pero no lo conseguí. Quizá el saber que a la Rosa Negra le quedaba poco tiempo me volvía más oscuro de lo que ya lo era, privándome de sonreír—. No te creas que te vas a deshacer de mí tan fácilmente, mamonazo.

Su gesto de inquietud parecía el reflejo del mío. Porque estaba claro que lo peor estaba por llegar.

La puerta del apartamento se abría para no cerrarse a mis espaldas, ya que tenía intención de largarme en escasos minutos, exactamente en cuanto llenase la mochila de deporte con varios juguetes, como podían ser dos armas de fuego, a parte de mi preciada Magnum, y varios cuchillos Aitor, regalo de mi difunto padre. Cambié mi atuendo por uno más cómodo, o sea, un tejano oscuro y una sudadera de cremallera en tonos azules. Tras meter además otra muda de repuesto por si acaso, pues no sabía hasta dónde tendría que llegar

para encontrarla, entré en la habitación, donde la brillante luz de la luna se colaba para alumbrar la estancia, con una única intención. Tomé asiento en la cama con un nudo en la garganta, abrí el cajón de la mesita de noche antes de levantar las camisetas de pijama y parte de la ropa interior y después de respirar hondo, muy hondo, busqué las fuerzas necesarias para enfrentarme a mi perdición, porque era consciente de cuánto dolería. Hacía meses que no era capaz de descubrir lo que allí escondía, atormentado por ello.

«Cinthy».

Una fuerte presión en el pecho me azotó en cuanto sostuve su retrato entre las manos. La que había sido mi mujer durante cinco años salía en un primer plano con una gran sonrisa en los labios por culpa de alguna payasada que yo mismo le hubiese dicho con intención de robarle una e inmortalizarla en un papel, y allí la tenía. Tan cerca y tan lejos a la misma vez. La contemplaba con devoción y de la misma forma que si me estuviese despidiendo de ella o, por el contrario, jurándole que dentro de poco nos veríamos. Quizá ese mal presentimiento que nacía en mi interior me hacía creer que poco faltaba para que nos volviésemos a encontrar. Igual... de poco me equivocaba.

—Nunca te olvidaré —le aseguré antes acariciar su rostro con los dedos y de darle un rápido y húmedo beso en los labios, pues varias lágrimas traicioneras se habían desprendidos de mis ojos sin ser consciente de ello.

La devolví a su sitio y, con un profundo pesar en el pecho, cerré el cajón. Me coloqué la cazadora y decidido a cualquier cosa, cogí las llaves del Challenger para bajar precipitado por las escaleras, pero lo que no esperaba era encontrarme con alguien que, interponiéndose en el camino, me cortó el paso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —la pregunta realmente sonó a acusación.

Ojeó la mochila con el ceño fruncido.

—¿Te largas? —inquirió con semblante serio.

—Sí, tengo algo que hacer...

Hice el intento de pasar por su lado, pero impidió mi huida, reteniéndome por el hombro.

—¿Podemos hablar?

—No, ahora no es un buen momento. —Metí la llave del coche en el bolsillo del tejano—. Tengo prisa, así que te agradecería que te apartaras. —

Volví a hacer el intento de salir de allí.

—¡Joder! ¿De verdad te vas a largar y me vas a dejar así? —Se cruzó de brazos, y volvió a cortar el paso por el otro lado—. ¿Después de que he venido?

—Yo no te he pedido que lo hicieras y, por favor, te lo estoy pidiendo por las buenas. —Cerré los ojos y los apreté: mi paciencia hoy no estaba al completo—. Déjame, Dangerous.

—Solo si me dices qué te ha pasado. ¿Qué ocurre? Llevas unos días raros y no parece que...

—¡Me cago en la puta, Dangerous! —Abrí los brazos de par en par—. ¡¿Te parece que estoy de humor como para sentarme a hablar contigo?! ¡Te lo estoy avisando: sal del medio de una jodida vez!

Subió un escalón, y consiguió que su cabeza quedase por encima de la mía. Tuve que alzar la barbilla para verle la cara al grandullón.

—¡Óyeme bien, capullo, siento lo que te he dicho por teléfono y haberte mencionado a la rubia, pero no tienes por qué hablarme así! ¡¿Me oyes?! —

La tensión se podía palpar y, aunque era consciente de que contra él, seguramente, tenía las de perder, también sabía que si quería podía dejarlo noqueado y dormido durante un buen rato, aunque deseché esa idea de inmediato, al fin y al cabo, éramos amigos, casi hermanos, y no tenía sentido acabar así, aunque cierta ansiedad me volviese todavía más irascible.

—¡Pues si lo sientes deja de hacerlo, deja de nombrarla! —Acerqué el cuerpo al suyo sin amilanarme—. Y, por última vez, déjame pasar, tengo prisa y algo importante que hacer.

—¿Tiene que ver con ella?

—¡Sí, sí, tiene que ver con ella! —Ahora sí lo aparté a un lado, hice demostración de una parte de mi fuerza y de lo cansado que comenzaba a estar de aquella estúpida conversación que no llevaba a ningún sitio—. ¡Está en peligro, joder, y tú estás aquí robando parte de mi tiempo en encontrarla!

Agarrándome por el brazo, me retuvo a media escalera de forma brusca. Miré sus dedos alrededor del bíceps e, inconscientemente, apreté los dientes y conté en mi cabeza hasta tres.

—Dangerous, no quiero partirte la boca, así que suéltame o...

—Voy contigo —añadió antes de que le saltase al cuello, como intuía que

iba a hacer.

—¿Qué?! ¡No, ni hablar!

De una sacudida, me deshice de su amarre. Lo empujé con el hombro derecho a un lado, comencé a bajar los peldaños de dos en dos en enorme zancadas y abrí la puerta para salir del edificio con el grandullón pegado al culo.

—¡Claro que sí! ¡Te acompaño! —aseguró, siguiéndome hasta el coche.

—¡Ni lo sueñes! —Negué con la cabeza antes de abrir la puerta del Dodge—. Ya tengo bastante con proteger a una cabezona como para tener que preocuparme también de ti. ¡Olvídalo y gracias!

Lancé la mochila al interior del coche y después de soltar la cazadora en los asientos traseros, me senté frente al volante, pero lo que no esperaba es que para entonces ya estuviera sentado en el asiento del copiloto.

—¿Qué coño crees que haces?! —le increpé—. Sal ahora mismo, por favor, y deja de una puta vez de hacerme perder el tiempo.

—¡No, escúchame tú, pedazo de imbécil! —Me apuntó con el dedo—. Voy a ir contigo a buscar a esa chica porque no pienso dejarte solo, ¿me oyes? —Su gesto era exageradamente serio—. Si es tan importante para ti como para poner tu culo en peligro también lo es para mí, además, todavía debe la cuota del mes en el club. —Fingió ignorarme y ojeó al frente, como si aquello no fuese conmigo.

Lo contemplé incrédulo durante varios segundos y tuve que aguantarme las ganas para no cogerlo del cuello y estrangularlo, pero también por no dejar escapar una puñetera carcajada de incredulidad.

—Serás cabrón... —le recordé lo que él ya sabía.

—Lo sé, eso no es nada nuevo. Y ahora, arranca. Hay alguien a quien debemos proteger. —Se puso el cinturón y bajó la ventanilla de su lado en un rápido movimiento—. Por cierto, ¿tienes idea de por dónde comenzar a buscar?

Aquello no me lo podía creer, al parecer el viaje se ponía interesante por momentos.

—Sube ahora mismo la jodida ventanilla, Dangerouse, no quiero que se me congelen las pelotas. —Arranqué el coche y metí primera—. Y no, no tengo ni idea de por dónde empezar, aunque supongo que lo primero será preguntar en

las estaciones de tren, de autobuses y aeropuertos, allí es donde la encontré la primera vez cuando pretendía huir.

—¿Huir? —preguntó extrañado, como si le estuviese explicando una película—. ¿De quién? ¿Quién la persigue?

—Ojalá lo supiera.

Nos miramos en silencio antes de apretar el acelerador.

La búsqueda se complicaba al no disponer de una fotografía de Sasha ni de un nombre completo, aunque sabía que aquello tampoco ayudaría demasiado si el pago del billete que había comprado lo había hecho en efectivo en vez de con tarjeta, ya que no habría ningún rastro que seguir a parte de ir estación por estación pidiendo las imágenes de las cámaras de seguridad para escrutarlas con tiempo y detenimiento; un tiempo que, por descontado, no teníamos. Solo habíamos dos personas que la pudiésemos identificar y aunque tardamos lo nuestro, por suerte, o llamémoslo «jodido milagro», al fin dimos con ella. En el instante en que la vi aparecer en la pequeña pantalla donde mis ojos inspeccionaban con desesperación en una de las salas de seguridad de la estación de autobuses, el estómago me dio un puto vuelco. Tras tres largas horas de rastreo por fin la tenía delante. Observé angustiado cómo se acercaba a una ventanilla a comprar un billete, cargada con su pequeña maleta de mano y su preciada mochila.

«Te encontré, Rosa Negra».

Dimos con la cajera que la había atendido varias horas antes y con una mezcla de emoción y nerviosísimo asentados en el estómago, supe hacia dónde había huido. Al parecer, no mentía cuando aseguraba que debía desaparecer de allí, de aquella ciudad, apartarse de mi lado, pero ¿por qué? ¿Qué ocurría para que mi persona supusiera una amenaza para ella? ¿Era por el simple hecho de ser un hombre? ¿Era por ser un agente de la policía? Por más vueltas que le daba no encontraba una razón, a no ser que fuese alguien que tuviera problemas con la ley. Ahí sí que no podría ayudarla. Si en realidad había cometido algún crimen por el que debiese pagar, tan solo me quedaría resignarme y, con todo el dolor del mundo, encerrarla entre rejas. Tan solo rezaba para que aquello no fuera así y que mis pensamientos fuesen equívocos, aunque yo no fuera mucho mejor ni respetuoso con la ley. Pero el hecho de

disponer de una jodida placa nos daba una credibilidad que un simple civil no tiene, por suerte o por desgracia.

—¿Quieres cambiar? —Dangerouse ojeaba por la ventanilla cómo el paisaje corría mientras mi pie se pegaba al acelerador—. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, gracias, estoy bien. —Busqué el exterior a través del vidrio antes de volver a clavar la vista al frente.

—¿Sabes las horas que llevas conduciendo? —recordó—. Déjame a mí, no puedes seguir así. Estás agotado, Byron. Necesitas dormir un poco, vamos, entra en la siguiente área de descanso y cambiemos.

Resoplé por no querer escuchar la verdad, pero en el fondo sabía que no le faltaba razón, todavía quedaba carretera por delante. Era de noche y mis ojos necesitaban un puñetero descanso, bueno, en realidad, mi cuerpo entero lo exigía. Llevaba casi veinticuatro horas despierto y la fatiga empezaba a hacer mella en mis reflejos. Habían sido unos días raros e intensos en los que descansar se había convertido en un verdadero lujo. Me dije que si conseguía encontrarla y salvarla de lo que fuese que la acechaba, si la apartaba de las garras de ese animal que Vladimir aseguró la quería matar, le propondría un viaje juntos: ella, yo, y esa preciosa rosa que se escondía entre sus piernas a la espera de ser besada.

«Voy a por ti, Sasha, aguanta un poco más, Rosa Negra».

Pero ¿la encontraría a tiempo? ¿O mi mayor temor la habría encontrado antes que yo?

—Hemos llegado.

Una lejana voz anunciaba lo que llevaba rato queriendo escuchar, pero, al parecer, mi cerebro se había desconectado por unas horas.

—Byron, despierta, hemos llegado a Atlanta, tío. —Alguien me zarandó por el hombro.

Abrí los ojos y lo primero que vi fueron unas luces de neón que parpadeaban en color rojo, donde se podía leer: «Sweet Pussy».

—Pero, ¿dónde cojones estamos? —Erguí el cuerpo en el asiento y mis cervicales se resintieron al cambio de postura—. Oh, joder, el cuello. —Llevé la mano hasta él antes de volver a ojear hacia afuera—. ¿En un puticlub? —

Giré la cabeza hacia Dangerous con cara de asombro—. ¿De verdad no había otro lugar donde parar, colega? ¡Joder, eres la hostia! —Abrí la puerta y bajé del coche hecho un cuatro, necesitaba estirar las piernas.

—¡Joder, es el primer sitio que he encontrado para parar! —Eché el freno de mano y se bajó también, con las manos alzadas.

—Ya, claro —Lo miré receloso—. Me parece increíble, de verdad. Estás todo el día pensando con la polla. Descansa un poco, anda, a ver si te va a dar una paja mental, capullo. —Le propiné una colleja cuando pasó por el lado con intención de intercambiarnos los puestos. Sonrió, contagiándome a mí también.

—¿No quieres entrar a comprar tabaco? —bromeó desde el asiento del copiloto, una vez se hubo sentado.

Nos miramos varios segundos muertos y, sin añadir nada más, negué con la cabeza y todavía con la sonrisa dibujada en el rostro, aceleré a fondo, levantando una enorme nube de polvo en el descampado para perdernos por aquella preciosa y luminosa ciudad denominada Atlanta. Tocaba pasearse por moteles y cafeterías para ver si la suerte seguía de nuestro lado y dábamos con la Rosa Negra antes que lo hiciesen sus captores. Algo que, con solo pensar, conseguía agitarme el pulso.

—Esto va a ser complicado de cojones... —comentaba mi amigo frotándose los ojos. Quizá también se sentía cansado por haber fijado la vista tantas horas en la carretera de noche. Aunque hubiésemos parado unas cuantas veces a repostar, a orinar, a comer algo y a meternos una buena dosis de café en vena, el cansancio comenzaba a hacer acto de presencia en nosotros.

—Lo sé —reconocí, ladeé el cuello hacia un lado y hacia otro, y obligué a mis cervicales a que crujiesen con más intensidad—. Joder, necesito una puta cama...

—Pues yo no pienso compartirla contigo. —Torció una sonrisa, ojeándome de soslayo.

—No te equivoques, soy yo quien no piensa compartirla contigo. —Le di un puñetazo en el hombro—. Sé que es algo que deseas desde hace tiempo y eso no sucederá, pequeña mariposa. —De su garganta se escapó una gran carcajada, arrancándome otra a mí—. Por cierto, ¿quieres parar a comer algo? —Vislumbré la hora en el reloj—. Son las cinco de la madrugada.

—No, sigamos con la búsqueda un poco más, si la «rubia» está en peligro, habrá que encontrarla lo antes posible.

Lo contemplé de frente sintiéndome realmente agradecido por el interés y por la preocupación, pero no comenté nada al respecto hasta más tarde. Subí un poco más el volumen para escuchar la mítica canción de los Rolling Stones, «Paint It Black» mientras callejeábamos y la banda sonora nos acompañaba. Observábamos atentamente por todos los rincones, además de por el interior de las pocas cafeterías que podían quedar abiertas a esas altas horas de la noche, para después centrarnos en los moteles y alrededores porque deduje o tuve el presentimiento, de que si había llegado hacía poco y no tenía donde dormir, quizá se resguardaría en uno de esos sitios hasta que tuviese adónde ir.

—Gracias —murmuré con sinceridad—. No sé si te lo he dicho, pero gracias por acompañarme cuando no debes, Dangerouse. No sé lo que nos podemos encontrar aquí ni lo que puede ocurrir y...

—Eh, no tienes que dárme las, ¿me oyes? —Se giró en su asiento—. Creo que somos amigos, por no decir que hermanos y que hay cosas que se dan por sentado... Y esta es una de esas. Si necesitas ayuda, ahí estoy, siempre lo he estado. Dispuesto a patearle el culo a quien haga falta por ti.

—Lo sé, sé que siempre has estado. Créeme que lo sé. —Asentí con la cabeza porque así había sido. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y, aunque fuese un tipo duro con un jodido club donde se iba a zurrar, donde se apostaba en peleas clandestinas, él siempre había estado a mi lado, ofreciéndome su hombro tantas veces como lo había necesitado. El mero hecho de que yo fuese un agente de la ley y lo pudiera empapelar por diferentes cuestiones no era un impedimento para que fuéramos amigos. Tan solo no se hablaba del tema y yo no asistía a ninguno de esos espectáculos. Así que, ojos que no ven...

—¡Espera, espera! ¡Retrocede! —Dangerouse pegó el rostro al cristal, agarrándome con fuerza por el brazo.

—¿Qué, qué ocurre?! —pregunté, clavé los frenos en el medio de la calle desierta, plagada de luminosos semáforos—. ¿La has visto? —Algo en mi interior se agitó.

—No lo sé, no estoy seguro. Echa para atrás, ¡rápido! —exigía con ansia en la voz.



—¡Voy, voy, joder! —Metí marcha atrás y aceleré hasta quedar a la altura de una cafetería que disponía de grandes ventanales por donde parte del interior se podía adivinar—. ¿Dónde? —Contemplaba hacia adentro, pero mis ojos no la encontraban. Buscaba una melena rubia y unos ojos azules, pero no daba con ella, hasta que Dangerouse, tras bajar la ventanilla del copiloto y sacar el brazo, señaló a un lado de la sala, indicó el camino que mis pupilas debían seguir.

—Allí...

La brisa de la noche me abofeteó de pleno en la cara y en cuanto mi mirada siguió la dirección de su dedo, mis ojos se rindieron a su hermoso rostro.

—Joder... —Tuve que tragar saliva—. Es ella —susurré—. Joder, es ella, ¡la hemos encontrado! —Una enorme sonrisa se dibujó en mis labios.

—Sí, es ella, tío. —Me regaló una palmada en el hombro para que reaccionase.

—Y está viva, la hemos encontrado y está bien, joder, no me lo puedo creer. —Una emoción empezaba a aposentarse en el estómago, conseguía que mis manos empezasen a sudar alrededor de la curtida piel del volante.

—¡Vamos! —El grandullón escrutaba mi reacción con rostro de alegría—. ¡Ve a por ella! ¿A qué coño esperas?

Nos observamos con fijación y como si agallas me faltasen para hacerlo, por un instante, temí entrar en aquella cutre cafetería donde la Rosa Negra se escondía bajo una capucha, apartada a un lado.

—¡Venga, joder! —exigía que saliese. Estiró el brazo y desde su sitio abrió la puerta, obligándome a bajar—. ¿Has venido desde Detroit para mirarla a través de un puñetero cristal?

No respondí, pues la respuesta estaba bien clara. Con las pupilas clavadas en ella y sin perderla de vista por si en una de esas se pudiese volver a esfumar de entre mis dedos como un efímero sueño, bajé del coche, llegué hasta la acera, alargué la mano y, pude sentir en el pecho el corazón desbocado como un mismísimo Mustang, abrí la puerta, conseguí que su mirada se alzase de la mesa y volara hasta a mí en un nanosegundo, siendo el resultado de una gran desconfianza. Ella huía de un monstruo del que yo pretendía salvarla, pero ¿lo conseguiría? Era demasiado pronto para saberlo.

Aunque, quizá, en realidad, era ella la que me estaba salvando a mí.

# CAPÍTULO 18

## BYRON

**E**n sus labios pude leer mi nombre. Sus ojos se abrieron de par en par como si quisieran asegurarse de que no era un sueño y que me veían de verdad. Con una mano se deshizo de la capucha que cubría su melena y dejó esta al descubierto, como si por algún extraño motivo se desnudase ante mí. Y debo reconocer que ese acto me estremeció, creo que me hacía saber que dejaba de esconderse frente a mis ojos y es que, quizá, estaba cansada de huir y había decidido que el momento de abrirse a una verdad había llegado, queriendo compartirla conmigo o quizás eso era lo que en mi interior deseaba: saber de sus miedos para poder protegerla y ayudarla de una vez por todas. Se levantó del asiento y olvidándose por un segundo de todas sus pertenencias se acercó decidida, para, sin previo aviso, lanzarse a mi cuello. Lo rodeó como si un salvavidas fuese, como si nos conociéramos de toda una vida e hiciese años que no nos viéramos, algo que distaba mucho de la realidad. La abracé con todas las fuerzas y la estreché como llevaba horas deseando hacer. Aspiré su olor, embriagándome de su aroma, y recordé lo dulces que eran sus besos. No hubo palabras a nuestro alrededor, pero podíamos oírnos. Sabía que ella no dejaba de repetir mi nombre como yo hacía con el suyo, convirtiéndolo en nuestro pequeño mantra. De camino me preguntaba qué diantres le diría cuando la tuviese frente a mí, si es que eso llegaba a suceder, ya que era consciente de que no era tarea fácil la de encontrarla, pero en ningún momento perdí la esperanza. Intuía que nuestros caminos se habían cruzado por alguna razón y estaba dispuesto a que el final fuese el mejor de todos. Solo faltaba comprobar si eso en realidad sería así.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, antes de aguantar una preciosa sonrisa en

sus labios, esos que con ansia busqué para recordar sus formas y saludar a ese inapreciable lunar que tanto me cautivaba.

—Bueno, salí a comprar el pan, me apetecía dar un rodeo y... —intenté bromear para que los nervios se disiparan. Tenía cojones que me sintiese como un jodido adolescente de quince años delante de aquella arrolladora mujer.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber, volviendo a su sitio e invitándome a ir con ella.

—¿Te olvidas de lo que soy? —Tomé asiento, pero en ningún momento nos tocamos por encima de la mesa, no hubo besos ni roces a parte de ese cálido y especial abrazo de recibimiento.

Sonrió, dejó caer la vista sobre el periódico que descansaba encima de la superficie de madera, en el cual varios garabatos rodeaban diversas ofertas de habitación en alquiler y rápidamente supe cuáles eran sus intenciones. Supongo que un piso aquí no costaba lo mismo que en Detroit y no podría costárselo.

—No, nunca se me olvidaría tal cosa..., detective... —En su tono de voz pude apreciar un ápice de sensualidad.

¡Cling!

Y como si un jodido mando a distancia con conexión a mi polla tuviese guardado en el bolsillo, esta se endureció en cuanto sus labios pronunciaron aquella palabra.

«Joder».

¿Cómo era posible haber olvidado ese efecto con lo muchísimo que me llegaba a gustar?

—Echaba de menos que me llamaras de esa forma, Rosa Negra. —Removiéndome en el asiento y, con un esfuerzo aterrador, intenté que la entrepierna no creciera demasiado al recordarla abierta, empapada, dispuesta frente a mí y gimiendo de verdadero placer.

—Me alegro, pero no has respondido. —Ahora el azul de sus ojos exigía una respuesta. Esa peligrosa loba que se escondía en su interior no dormía jamás—. ¿Por qué estás aquí? Y, por cierto, ¿qué le ha ocurrido a tus nudillos? —Se irguió en el asiento y frunció el ceño—. Y no me digas que has venido con tu precioso corcel blanco a rendirte a mis pies porque no me lo creo, así

que confiesa.

—Está bien, te lo diré —aseguré, levantándome de la silla—. Pero antes tengo que advertirte que no he venido solo. —Pude apreciar cómo se puso en guardia de inmediato, mientras, de forma discreta, con una mano agarraba el asa de la mochila y con la otra acercaba su maleta—. ¡Espera, joder, dame tiempo! —pedí con intención de frenarla, pues no me extrañaría nada que en cualquier momento saltase de mesa en mesa con tal de escapar de allí para huir de mi lado de nuevo—. Sé que estás asustada y...

—No me jodas, Byron. ¿Quién coño ha venido contigo y por qué? —Sus dientes se apretaron al formular aquella pregunta. Pude leer desconfianza en su rostro. Algo que no me gustó ver, por nada del mundo quería que sintiese que la había traicionado.

—Es...

Y en el mismo instante en que fui a pronunciar su nombre, Dangerouse abrió la puerta con total naturalidad, para colarse en la cafetería con decoración de los sesenta. El chico que había tras la barra, evadido en sus cosas, ni levantó la vista del teléfono móvil e ignoró la presencia de los tres.

—¿Dangerouse? —preguntó, con expresión de auténtica sorpresa—. ¿Pero se puede saber qué hacéis los dos aquí?

—¿Me vas a dar tiempo de que te lo explique?

—Hola, rubia. —El otro llegaba hasta nosotros y se colocaba a un lado con gesto tranquilo. Negué con la cabeza en cuanto escuché su comentario y de verdad os digo que ganas no me faltaron de arrearle un buen puñetazo.

—¿Es a mí? —Sasha se señaló con un dedo—. Porque creo recordar que te di un nombre cuando nos conocimos. —Sabía que llamarla de ese modo no iba a ser bien procesado por la mantis religiosa que tan cachondo me ponía. ¡Pequeña loba!

—Ah, sí, espera. —Mi compañero de viaje y penurias tomó asiento, simulando ponerse a pensar—. Emma... ¿verdad? —Clavó los codos sobre la mesa—. Aunque creo que te han bautizado hace poco con otro nombre... ¿Sasha, puede ser? —De camino a Atlanta le desvelé que el nombre que había anotado en la ficha del club no era el correcto y que en realidad no era el que ella le facilitó en su día cuando se apuntó a las clases.

«Joder, vaya tres nos habíamos juntado, a cuál más toca pelotas».

—Correcto. —Fingió una falsa sonrisa ante el grandullón—. Veo que te han informado bien. —No supe con certeza si aquello fue una acusación hacia mi persona, pero tampoco lo pregunté por si acaso.

—¿No podías esperarte fuera a que se lo dijese? —sugerí a mi amigo en una pregunta, sentándome de nuevo en mi puesto.

—Ah, ¿es que no debía entrar? —preguntó sorprendido—. Vaya, lo siento. He ido a aparcar el coche mientras vosotros dos os saludabais y os metíais mano y, la verdad, no me apetecía esperar en la puta acera como si fuese tu puñetero chihuahua.

Ese comentario relajó un poco el ambiente y nos hizo reír a los tres de forma discreta. Pude percibir cómo Sasha relajaba los hombros y descansaba los antebrazos sobre la mesa en un gesto de confianza.

—¿Ya os habéis comido la boca y esas cosas? —Nos señaló con el dedo.

—¡Te puedes callar de una jodida vez! —le exigí al tiempo que alzaba las manos. Parecía increíble que hubiese accedido a traerlo conmigo, aunque reconozco que sin su ayuda el trabajo habría sido el doble y no sé si yo la hubiese vislumbrado al pasar.

—Vale, está bien, creo que iré a mear: he pillado la indirecta —Se levantó y se perdió en busca de los aseos. Algo que agradecí.

Sasha y yo nos miramos y fuimos conscientes de lo surrealista que parecía todo.

—¿Y? —Se cruzó de brazos.

Respiré hondo y eché el cuerpo hacia delante, quedé un poco más cerca de ella. Algo que estaba deseaba hacer aunque no lo quisiese reconocer.

—Estás en peligro, Sasha —empecé por decir.

Su cuerpo se tensó de nuevo y parpadeó un par de veces en un gesto nervioso.

—¿Crees que no lo sé? —Río irónicamente—. Me parece que eso mismo fue lo que yo te dije en cuanto me dejaste entrar en tu apartamento.

—Lo recuerdo, sé a qué te refieres, pero... no era consciente de a qué te enfrentabas hasta que...

En ese instante un camarero de aspecto flacucho y con la cara salpicada de acné se acercó para preguntar a desgana qué queríamos tomar.

—Bueno, ah... Yo, en principio nada, no sé si tú quieres algo más o... —

Eché un vistazo a su taza de café vacía, que descansaba apartada a un lado.

—No, no, eh, yo por ahora tampoco, gracias...

—Pues lo siento, pero entonces deberán abandonar el local —aseguró.

—¿Perdón? —pregunté, y arqueé una ceja.

—Que si no hay consumición no pueden quedarse: son normas de la casa —Indicó un cartel que había colgado en la puerta—. A partir de las seis de la mañana hay consumición obligatoria, sino no pueden permanecer aquí.

«Joder».

—Genial... —comentó Sasha como si esos no fuesen sus planes.

—Ah, bueno, pues, está bien, igualmente nos marchábamos —comenté.

—¿Nos marchamos? ¿Quiénes? ¿Adónde?

—Por ahora a la calle, ya lo has oído: no podemos quedarnos aquí y, además, estoy hecho polvo. Necesito dormir y, creo que por tus ojeras diría que tú también lo necesitas. ¿Dónde pensabas hacerlo?

—Todavía no lo tenía claro —confesó, mordiéndose el labio.

—¿Todavía? —busqué la hora en el reloj—. Creo que viendo la hora que es ya deberías saberlo...

—Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos? Yo necesito una jodida cama.

Dangerouse había terminado de hacer sus necesidades y volvía a estar a nuestra vera. Lo ojeamos de soslayo antes de que nuestras miradas se encontraran otra vez.

—Sí, deberíamos buscar algún sitio donde poder descansar y dormir unas cuantas horas —propuse.

Intuí que Sasha pretendía volver a replicar sobre nuestras intenciones, pero creo que en cuanto se levantó del asiento fue consciente de que necesitaba descansar tanto como nosotros dos. Cerró la boca y salimos de allí los tres en silencio y sin nada que objetar.

—Todavía no me habéis dicho exactamente qué hacéis aquí —exigió saber Sasha, sentada en el lado del copiloto.

Dangerouse tomó asiento detrás con tal de que la «rubia del club», como él seguía llamándola, lo hiciese delante, aunque más bien tenía que ir recostado de medio lado al no caber en las discretas plazas traseras del Dodge.

—¿Podemos encontrar algún sitio y entonces hablamos tranquilamente, por

favor...? —sugerí, antes de dar un pequeño rodeo por las hermosas y cuidadas calles de Atlanta. Su clima era más cálido que el de la ciudad de donde procedíamos y la vida que se respiraba por allí, aunque fuesen altas horas de la noche, no tenía nada que ver con las turbias calles de Detroit. La Rosa Negra dejó escapar un intenso suspiro como si no lo tuviera del todo claro, pero en cuanto nuestras pupilas se encontraron, asintió antes de ojear el exterior por la ventanilla.

—Está bien.

Pusimos en el buscador del móvil la palabra «hotel» con intención de acortar el tiempo de búsqueda, pero aunque hubo muchos resultados, no en todos los lugares que aparecían tenían habitaciones disponibles.

—Sí, sí, por supuesto, es entendible —asentía mi amigo desde detrás—. No, eso sería perfecto, ¡gracias! —Esperó respuesta al otro lado del teléfono y, por fin, confirmó complacido—: Pues en diez minutos estamos ahí sin falta, muy amable.

Lo busqué por el retrovisor interior y vi que después de varios intentos fallidos en su cara se dibujaba una amplia sonrisa.

—¿Y? —Quisimos saber desde delante Sasha y yo.

—Tenemos dos habitaciones de matrimonio reservadas, así que dale caña porque me muero por una puta ducha y una cama —aseveró, y dejó caer la cabeza hacia detrás, gesto que aseguraba que estaba rendido. Hasta su coleta casi deshecha parecía no aguantarse en el sitio.

—¡Genial! —aceleré sin esperar muchas más explicaciones y en busca de ese lugar donde descansar, cuando una voz llamó nuestra atención.

—Ah, chicos, yo... —Parecía apurada por lo que tuviese que decir—. Bueno, yo es que no tengo mucho dinero y depende de lo que...

Alargué la mano y cogí con delicadeza su mentón, la obligué a alzar la vista de su regazo.

—Ni se te ocurra terminar la frase. —Sus labios quedaban tan cerca de los míos que mucho tuve que ignorar las ganas por no abalanzarme sobre ellos.

Supo por dónde iba y con una sutil sonrisa en agradecimiento pronunció un «gracias» silencioso.

En poco más de diez minutos por fin parábamos frente a un discreto motel que se encontraba en las afueras de la ciudad, donde pocas habitaciones lo

caracterizaban. Era el típico hotel de carretera que carecía de toda elegancia y comodidad posibles, pero sería suficiente como para terminar de mal pasar las pocas horas que quedaban hasta que el sol hiciese acto de presencia. Se mostraba pintado en un intenso y llamativo color de rosa con puertas en contraste en tono azul, las mismas que quedaban vistas, y resguardadas en un estrecho pasillo tan solo techado, asomándote por una larga baranda al *parking* improvisado donde los coches esperaban debajo en un gran descampado de arena.

—¡Pues ya hemos llegado! —anuncié al estacionar a un lado, entre varios coches más.

El sitio estaba en silencio y diversas luces, muy débiles alumbraban la zona donde se encontraba la recepción al final del edificio, el mismo de dos plantas. Entramos para que nos diesen las llaves de las habitaciones correspondientes, tras rellenar la solicitud con todos nuestros datos y, por supuesto, hacer efectivo el pago íntegro de un día entero por obligación. Una habitación fue a nombre de Juser y la otra al mío, ya que el nombre de Sasha no debía aparecer bajo ningún concepto por ninguno de los lados.

—Genial y muchísimas gracias por atendernos a estas horas, caballero. Buenas noches. —Nos despedimos del hombre de cierta edad que luchaba contra el sueño tras el mostrador, antes de encaminarnos por las escaleras hasta el segundo piso.

—Bueno, pues... —Dangerouse dio una palmada al frente y torció una sonrisa, una que yo ya conocía, nos hizo saber que se largaba a su guarida, esa que se había reservado con intención de que durmiésemos los dos, puesto que no había ido hasta allí con idea de pasar la noche con Sasha. Eso era algo que quería que quedase constancia—. Me voy a mi sitio. Hasta mañana, rubia. —Se giró y, una vez nos dio la espalda, se volvió para soltar la coletilla—. No hagáis mucho ruido...

—¡Cierra esa boca! —lo señalé con un dedo o, mejor dicho, lo amenacé con él, conseguí que hasta Sasha reprimiese una discreta sonrisa—. Ahora voy para allá, no te creas que toda la cama va a ser para ti, capullo —lo avisé.

Llegó a la habitación, que se encontraba cinco puertas más apartada, y enseñó el dedo corazón antes de entrar en ella para dejarnos a solas en el pasillo.



«Cabrito».

Y ahora, sí, había llegado el momento de aclarar las cosas y tocar ciertos temas.

—Ah... pues... —titubeando y sin saber exactamente qué decir, giré los pies para encontrarme con la Rosa Negra, que esperaba apoyada en el quicio de la puerta, con esta a medio abrir—. Bueno... esto...

¡No sabía por dónde empezar! Era increíble lo que aquella pequeña loba hacía conmigo. Me nublaba la mente y hasta dificultad tenía para razonar con ella delante. Tragué saliva y ojeé un segundo el *parking* por encima de la baranda, para al final conseguir centrarme.

—Yo he venido porque... —empezaba a pronunciar cuando su voz me interrumpió con una tentadora proposición.

—¿Quieres entrar? —Había encendido la luz de la estancia donde una discreta cama de matrimonio reinaba en el centro, al lado de un pequeño sofá, frente a la puerta del minúsculo baño—. Para hablar, me refiero. —Intentó que sonase menos sugerente de lo que en realidad había sonado.

Nos contemplamos unos segundos y dudando de cómo podría terminar aquello al encontrarnos a solas, por fin me atreví a seguirla adentro. Mentalizándome de que tan solo debíamos a conversar.

—Sí, claro. —Cerré la puerta a mis espaldas—. En realidad será lo mejor, tampoco nos conviene que nadie escuche lo que tengo que decirte.

—Sabes, desde que nos hemos visto no he dejado de preguntar qué estáis haciendo aquí, pero... —Hizo una pausa. Soltó en un lado su mochila y la maleta, esas de las que jamás se desprendía y se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas—. En realidad, no sé si quiero saberlo. Creo que me lo puedo imaginar y no sé si voy a...

—Sssshhhh —Llegué hasta ella y la obligué a dejar de hablar, posé un dedo en sus labios. Fue un acto que me nació sin ser consciente de que en realidad lo necesitaba tanto o más que el aire que respiro: deseaba rozarla aun sabiendo que su boca era terreno peligroso para mí—. Por favor, déjame hablar, tengo algo que pedirte y necesito que escuches con mucha atención. —Nos contemplamos con el dedo todavía sobre ella—. Es muy importante que me escuches, Sasha, ¿me oyes? —Dejé de tocarla y, quedándome de pie, decidí esconder las manos en los bolsillos del tejanos para así evitar que estas

volviesen a acariciarla de nuevo por decisión propia, dificultándome la tarea de ser fiel a mis pensamientos de no acorralar su cuerpo encima del colchón.

—Está bien, detective, le escucho. —Pretendía bromear para que el ambiente se distendiera, porque la tensión que nacía entre nosotros era palpable aunque, en realidad, aquella maldita palabra consiguiese hacer todo lo contrario conmigo.

Negué con la cabeza y sentándome a su lado en la cama le sonreí antes de añadir.

—Lo primero, no vuelvas a pronunciar esa palabra si de verdad quieres que tú y yo hablemos. —Apoyé los codos en las rodillas y entrelacé los dedos—. Creo que eres consciente de lo que provocas con ella y me parece que eso es jugar sucio —la acusé, estudié su preciosa cara, esa que todavía lucía con alguna magulladura y varios golpes.

—¡Oh, sí, perdona! —se mordió el labio al aguantar heroicamente por no reírse—. No pretendía nada raro ni que tú... —carraspeó, sintiéndose intimidada por mi exagerado interés hacia ella—. Vale, me callo, lo siento. Dime...

Aquella frase me sorprendió; estaba claro que era de naturaleza rebelde y que te dejara decidir o que aceptase alguna orden era todo un logro.

—No me pidas perdón por eso —puse recta la espalda y arrugué el ceño, incrédulo, mirándola de soslayo—. ¿Quién eres? ¿Dónde está esa loba cabezona y testaruda que siempre replica ante todo y consigue sacarme de mis casillas? —pregunté, y alcé las manos.

Se removió para cambiar de postura al tiempo que colocaba un mechón de su cabello suelto detrás de la oreja, evitó así mirarme a los ojos y dejó una frase en el aire que caló muy hondo en mí:

—Supongo que escondida... —tragó saliva como si a punto estuviese de confesar el mayor de sus pecados—, intentando no lanzarse a devorar tus labios e ignorando las tremendas ganas que despiertas en esa loba.

Se hizo un largo e intenso silencio en el que hasta el tiempo se detuvo.

«Joder».

«Joder».

«Joder, Byron».

«No».

«No debes, no puedes hacerlo y lo sabes».

«Aguanta, aguanta... aguanta».

«Deja de mirarla, deja de mirarla».

«No, sus labios no, olvídate de ellos. Mira a la pared, mira a la pared. ¡Rápido!».

«No has venido para eso, no es el momento. Lo sabes».

«Aparta la mirada, joder».

«Deja de mirarla. No, no vuelvas a sus labios».

«No, mierda, no, ¡deja de hacerlo!».

Pero era demasiado tarde y como quien enciende una cerilla, nuestra hoguera se prendió por culpa de una inapreciable chispa.

—Me cago en la puta, Sasha, esto no es lo que yo pretendía viniendo aquí.  
—Nos lanzamos al mismo tiempo a por nuestras bocas como si dos salvajes leones cabreados fuéramos.

—Sé lo que pretendes viniendo aquí —reconoció. Abría su boca y acariciaba mi lengua con la suya de una forma demasiado provocadora como para resistirse—. Me lo has hecho saber desde que te sentaste delante en aquella sala de interrogatorios, detective, pero... —Me abrazó, clavó sus turgentes pechos en mi torso por encima de la ropa—. No puedes salvarme. Mi destino está escrito y nadie lo puede cambiar, ni siquiera tú, mi bestia voraz.

Sus palabras me sobrecogieron, pero sus manos no me dejaron seguir pensando. Obligó a deshacernos entre los dos de la sudadera y la camiseta interior que llevaba puesta para que quedase expuesto ante ella y así poder acariciar mi piel con necesidad, arañó mi espalda como si allí quisiera dejar su marca.

—No vuelvas a decir eso, me oyes. —Sostuve su rostro para que me prestase atención por un segundo—. Voy a hacer todo lo posible por ponerte a salvo, lo que haga falta...

—Cállate, cállate y sigue besándome —exigió, demostrando el hambre que tenía y lo poco que le importaba lo que pudiera ocurrirle, como si ya hubiese aceptado su triste final—. Eso es lo único que necesito de ti, así que, ¡hazlo!

Era una amazona que me guiaba por sus tormentosas curvas sabiendo lo que realmente quería, lo visualizaba y, sin previo aviso, se lanzaba a por ello

sin miedo a las represalias ni a las repercusiones. Era directa, firme y segura en sus palabras y con ello solo conseguía volverme más loco todavía. Estaba claro que yo, Byron Moore, el detective más temido de todo Detroit, tan solo era un jodido títere entre sus manos. La intención siempre había sido la de salvarla, sin darme cuenta de que era yo quien necesitaba salvarme de ella. No me daba tregua, no dejaba margen, no era yo cuando sus dedos entraban en contacto con mi piel.

—Joder, ¿qué coño me haces? —me quejé con un incipiente sentimiento de cabreo taladrando en mi subconsciente, pues era imposible encontrar una respuesta a mi jodida actitud. Siempre había mantenido la cabeza fría ante las situaciones de riesgo y aunque esta era una de ellas, no lo estaba consiguiendo—. Tendría que haberte cogido y haber vuelto contigo a Detroit para meterte en un puto programa de protección de testigos, pero aquí me tienes. —Nos deshicimos ahora de su sudadera y arrastramos con ella la camiseta interior, para que quedase expuesta en sujetador, mostrando sus perfectas curvas y sus voluptuosos pechos—. Buscando un puto motel a la desesperada para poder pasar la noche contigo —confesé, cabreado conmigo mismo y a regañadientes.

Dejamos de besarnos y como si nos retáramos con la mirada, nos pusimos una vez más a prueba.

—Está bien, como veo que no piensa callarse, creo que tomaré medidas en el asunto.

Se puso en pie y sin perderme de vista se desabrochó el tejano, se sacó las botas para hacer seguidamente lo mismo con sus pantalones y, quedándose en ropa interior, no se le ocurrió otra cosa que sentarse en el jodido sofá echando el culo hacia abajo, para quedar medio estirada, abriéndose de piernas para comenzar a acariciarse ante mis incrédulos ojos.

«¡Me cago en la puta!».

—¿Piensa dejar de hablar y follarme ahora, detective? —Se relamió los labios mientras sus dedos dibujaban círculos en su entrepierna por debajo de la tela de la braga—. ¿O voy a tener que hacerlo yo? —La frase se evaporó en un jadeo final.

Su mirada, su postura y aquel pequeño tatuaje que me saludaba después de mucho esperar, consiguieron ponerme a mil, pero el escuchar su primer gemido de placer fue lo que consiguió que reaccionara de inmediato y de

forma visceral. Aquella mujer buscaba que la poseyera para que mi mente dejase de pensar en algo que ella misma creía imposible y si así lo deseaba, así lo pensaba cumplir. Poniéndome en pie la traspasé con las pupilas y me deshice del pantalón, quedándome en calzoncillos, para clavar las rodillas en el suelo acto seguido. Acerqué la cara hasta sus muslos y dejé un beso lento sobre su preciosa rosa tatuada, cogí su mano y la acerqué hasta mi boca para relamer todos sus dedos uno por uno, degusté y paladeé su sabor, antes de obligarla a levantarse, rodeando su cintura con un brazo.

—Si tengo que ser sincero no pienso en otra cosa que no sea follarte, Sasha. Cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo desde el instante en que te vi en las jodidas duchas. —Apreté el cuerpo contra el suyo y pegué nuestras frentes antes de añadir—. Así que pienso hacértelo como nunca antes te lo han hecho. Juro que te voy a hacer saber lo mucho que le gusta a mi polla estar dentro de ti. Quiero que te deshagas conmigo en tu interior.

Sellé nuestros labios en un largo beso sin lengua y, sin tiempo que perder para llevar a cabo mi cometido, la acerqué hasta a la cama para colocarla de espaldas. Con una mano la obligué a hincar las rodillas sobre el colchón para que así se agachase y se pusiera a cuatro patas.

—No te muevas... —exigí desde detrás, nublado por el deseo.

—¿Vas a ser duro? —preguntó, ojeándome por encima del hombro mientras torcía una insinuante sonrisa, un gesto de ella que me enloquecía.

—¿Quieres que lo sea? —Para su sorpresa, rasgué brutalmente las bragas con las dos manos como si un verdadero animal descontrolado fuese, para tirarlas después al suelo y la obligué a separar las piernas de dos cachetadas—. ¿Eh, dime? —Escupí en dos de mis dedos y los llevé hasta su clítoris por detrás para empezar a frotar sobre él, robándole varios gemidos—. Dímelo, quiero que me lo digas: ¿quieres que te folle fuerte? —Deposité unos cuantos besos en la parte baja de su espalda al tiempo que colaba los dedos en su interior. Estaba mojada, caliente y tan dilatada que un tercero me entró solo.

—Quiero que me folles, Byron —aseguró de forma entrecortada—. Quiero que lo hagas fuerte y que te hundas hasta el fondo en mí.

—Tus palabras son música para mis oídos, cielo —Acaricié de arriba a abajo su columna vertebral con la mano izquierda y dibujé su prieto trasero con ella.

La tela de los calzoncillos comenzaba a mojarse y a tensarse cada vez más, pues mi polla no podía lucir más dura y exigía que la devorase entera. Su entrepierna se mostraba apretada y brillante, realmente tentadora y, sin poder resistir más el ansia que me corroía, tomé cartas en el asunto: me agaché, poniéndome de cuclillas, quedando a la altura de su hermoso trasero y acompañé mis dedos con la lengua. Necesitaba degustar su sabor y recordar las notas de su adictiva dulzura.

—Dios, sí, así. —Sus labios dejaban escapar suspiros entrecortados mientras sus caderas se balanceaban en un magnífico baile en busca de su propio placer, acercándose a mi rostro.

Succionaba con ansia sus pliegues cerrados y los abría con la punta de la lengua introduciéndola hasta el fondo para volver a salir, con intención de repetir el recorrido. Hundía los dedos con lentitud para atravesarla de nuevo con otra profunda estocada.

—¿Sabes lo que me llega a gustar el sexo contigo? —Volvía a separar sus labios cada vez más hinchados y enrojecidos, los lamía con necesidad y premura—. No, creo que no te haces una idea.

—Por favor, no pares, sigue —Podía sentir su interior caliente y acolchado cuando los dedos se hundían casi hasta el fondo llevándose parte de mis nudillos y, es que, aquel agujero pedía a gritos algo mucho más gordo.

—Creo que empiezas a necesitar más, ¿verdad, Sasha? —Mi voz sonaba ronca, corrompida por el placer de tan solo ver cómo parte de sus fluidos resbalaban por sus muslos—. Sí, creo que ha llegado el momento de que te penetre. —Posé ambas manos en sus caderas y mordí una nalga, dejé mi pequeño sello antes de regalarle el último e intenso lengüetazo en aquel baboso coñito—. ¡Pídemelo!

—¡Hazlo, hazlo ya, por el amor de Dios! —Veía cómo sus brazos temblaban sobre el colchón al perder parte de la fuerza al sentirse exhausta.

—Ahora mismo, cielo, no pretendo hacerte esperar más.

Deslicé hacia abajo mis calzoncillos con una mano sin dejar de tocarla, agarré mi miembro endurecido, el cual se pronunciaba con varias venas dilatadas y, tras pasearlo entre sus resbaladizos labios sintiendo un incipiente gusto y separándolos con la hinchada cabeza, me clavé en ella con decisión, descapullándome en el acto. Estaba claro que el tiempo era oro para nosotros.

—¡Oh, joder! —se quejó en un largo jadeo, echó la cabeza hacia atrás, consiguiendo que su melena rubia cayese en cascada, y acarició con las puntas parte de su precioso y apetitoso culo.

—¡Dios, sí, me encanta! —Mis caderas se acercaban y se alejaban de su cuerpo a un ritmo intenso y acompasado. Nos acoplábamos tan bien que en ocasiones parecíamos una sola pieza—. Qué hermosa imagen. —Verla en aquella postura, tenerla así a mi disposición me hacía el hombre más feliz del mundo. Había pasado de temer por su vida, al desconfiar en si la encontraría o no, a tenerla a cuatro patas frente a mí. ¡Joder, qué puta locura! ¡Ella era una puta locura!

—Byron, Byron —repetía mi nombre mientras sus manos la sostenían a duras penas en el colchón, y las mías la mantenían en el sitio agarrándola por la cintura—. ¡Sí, sí, así!

—Me encanta tu culo, Rosa Negra, no descarto probarlo más tarde. —Mientras la penetraba con ímpetu y su cuerpo se agitaba hacia delante y hacia atrás en un rápido bamboleo, llevé los dedos hasta su clítoris para frotar de nuevo su hinchazón—. Pero ahora quiero tu primer orgasmo, vamos, dámelo ya. Sé que lo tienes preparado para entregármelo. —Aceleré el ritmo, comencé a estar yo también al límite, pero me concentré en subirla al cielo—. Venga, Sasha... —Dejé caer desde arriba un hilo de saliva sobre su entrada trasera y llevé la otra mano hasta allí para acariciar con la yema del pulgar la hendidura, mientras sentía cómo abrazaba mi dureza de forma ardiente en su apretado interior—. Vamos, estoy deseando escucharte, cielo, aúlla, quiero oírte aullar. —Mi pulgar, como si tuviese vida propia y adivinara que eso la haría enloquecer, decidió colarse en su fruncido orificio para trabajarla allí también. La torturaba con la verga además de con las dos manos, sin dejar a la vista ningún rincón de su deliciosa entrepierna. Y es que sentía la necesidad de poseerla en todos los sentidos y formas posibles.

Ladeó la cabeza y, con el rostro desencajado por el inmenso placer y los ojos entrecerrados borracha de delirio, me contempló antes de dejarse ir en un gran alarido como la gran loba que era.

—¡Dios, joder, sí, oh, jodeereerrr! —Escucharla fue como un chute de adrenalina, no recordaba ese magnífico momento en que sus paredes se contraían a mi alrededor haciéndome delirar.

—No sé si voy a poder aguantar, Sasha. Eres demasiado para mí — maldije, cerré los ojos y llevé ahora una mano a la parte baja de su espalda para encontrar el ángulo perfecto y otra a su hombro izquierdo para que absorbiera los rebotes, paladeando el instante, clavándome con ímpetu y fuerza, tensando todos y cada uno de los músculos.

—¡Córrete, vamos, córrete, Byron! —Alargó una mano hacia detrás, para llegar hasta nuestra unión por debajo y, dibujó una V con dos de sus dedos, presionó mi herramienta mientras entraba y salía, pajeándome a la vez—. Córrete, Detective.

Y no hizo falta más que el susurro de esa última palabra escapándose de entre sus labios para derramarme entero y con crueldad.

—A tus órdenes, Rosa Negra —conseguí decir antes de perder el sentido.

El peso de alguien sobre el colchón me sacó a la fuerza de mis sueños más profundos, arrastrándome de vuelta a la conciencia. Todavía era de noche, pero ya se podían apreciar las primeras luces del alba colándose de forma exigua en la habitación y, con mucha dificultad y medio atontado, abrí los ojos para poder verla en la ligera oscuridad que nos envolvía. Seguía tumbada a mi lado después de haber disfrutado de un sexo maravilloso y desenfrenado durante un par de horas y, lo mejor de todo, es que parecía relajada y serena, pero... la tranquilidad, por desgracia, no duró demasiado a nuestro alrededor. Percibí otra presencia cerca de nosotros y, justo en el instante en que fui a correr en busca del arma, pude ver cómo el rostro de Sasha se perdía en el interior de una bolsa de tela negra que rápidamente comenzó a asfixiarla con violencia mientras ella forcejeaba sin éxito por evitarlo. Fui a gritar su nombre alarmado, pero en cuanto mis pulmones se llenaron de aire, mi voz se perdió en el vacío al caer desplomado por un golpe seco en la cabeza. Todo era oscuro a mi alrededor y, lo peor de todo, es que ella ya no estaba.



# CAPÍTULO 19

## BYRON

«Byron, Byron, cariño, despierta, tienes que despertar».

La voz de Cinthya intentaba por todos los medios que mi entumecida mente empezase a reaccionar. La escuchaba cerca, pero sabía que no la tenía, tan solo era mi consciencia aferrándose a lo que un día fue todo para mí.

«Vamos, cielo, tienes que hacerlo. No es tu hora. Debes pelear. Esa chica necesita tu ayuda, sálvala».

—Cinthya, por favor, no te vayas —susurré medio ido—. No me dejes...

«Vamos, ayúdala, te necesita».

—Por favor... —La cabeza comenzaba a darme vueltas. Sentí una enorme sensación de mareo que trajo consigo una arcada en cuanto la alcé con un esfuerzo aterrador—. Cariño... Vuelve...

Pero como si alguien hubiese presionado un interruptor reviví en un violento *flash* todo lo ocurrido antes de caer al vacío: estaba en la cama, en una oscura habitación y, en cuestión de segundos, alguien golpeaba mi nuca con saña.

«¡Oh, no, mierda!».

—¡¡Sasha!! —Fue entonces cuando el recuerdo de una mano tapándole la boca y cubriéndole la cabeza me azotó de forma lacerante.

Grité y aunque abrí los ojos buscándola con desesperación, no pude ver nada. La respiración también se veía afectada al tener un saco cubriéndome el rostro. Mis brazos estaban en alto y, aunque los sacudí, poco pude hacer. Pronto me di cuenta de que tenía las muñecas atadas y que mi cuerpo colgaba de algún lugar, obligando a los dedos de los pies a rozar el frío suelo al ir descalzo. Y por lo visto alguien esperaba el momento exacto porque una mano

me descubrió de repente dejándome ver por fin la luz, la misma que me cegó y me obligó a parpadear varias veces para conseguir focalizar alguna imagen, pero en cuanto lo conseguí, deseé con todas mis fuerzas que aquello tan solo fuese un mal sueño.

«¡NOOOOOO!».

Sasha se encontraba a mi izquierda en la misma postura que yo. Tenían a Dangerouse sentado y maniatado a una silla delante a unos cuantos metros. Un hombre engominado hacia detrás que vestía un carísimo traje se paseaba entre ellos mientras un gorila con una curiosa cicatriz en el rostro aguardaba mi posición.

—¡Sasha! —grité en cuanto nos encontramos.

Sus ojos parecían rojos e indicaban que luchaba con todas sus fuerzas por no romper a llorar. Sabía que era fuerte, pero no sabía hasta qué límites y eso era algo que me aterraba de verdad: el hecho de que necesitase un consuelo y yo no pudiera dárselo. Su boca se mostraba tapada con un trozo de cinta aislante que le prohibía hablar, pero su preciosa mirada azul pedía perdón por algo.

«¡Joder, joder, joder!».

En la cabeza solo podía repetir aquella puñetera palabra, maldecía mis actos, pues si nos hubiésemos vuelto hacia Detroit en cuanto la encontramos ahora mismo seguro que no estaríamos aquí ninguno de los tres. Busqué a mi amigo que permanecía con las manos hacia detrás y me contemplaba en silencio, con esa oscura mirada que lo caracterizaba. Quizá culpándome de algo o, igual, trazando un plan de cómo salir de allí, sin que muriera ninguno en el intento. Él no estaba amordazado, pero en lo que sí reparé es en que, a diferencia mía que tan solo lucía un discreto calzoncillo, él estaba vestido. Me pregunté sobre qué hora nos debieron asaltar y si Dangerouse ya estaba preparado para partir de vuelta cuando lo capturaron. Ojeé a nuestro alrededor y no tenía ni idea de dónde nos encontrábamos, solo que el sitio parecía abandonado y daba la impresión de ser un piso que hubiese sufrido un gran incendio, ya que parte de los techos y los suelos prometían ser de madera y las paredes deslucían negras por el hollín.

—Dangerouse —Tragué saliva—. ¿Cómo estás, tío? ¿Te han hecho daño?

Dudó antes de hablar. Tensó la mandíbula y respondió con voz severa:

—No, estoy bien, tranquilo —aseguró, repasó mi cuerpo de arriba abajo antes de hacer lo mismo con el de la Rosa Negra. Ella lucía las piernas desnudas al ir ataviada tan solo con una braguita, que fue lo único que se colocó para dormir junto a una camiseta de manga corta, la misma que ahora se le subía, mostrando parte de su abdomen, al tener los brazos en alto.

Ladeé el rostro y ojeé al gorila que esperaba de pie al lado, pero una voz grave atrajo mi atención.

—Bueno, parece que por fin nos unimos todos a la fiesta. —El doble de Vito Corleone en versión barata entrelazaba los dedos al frente y torcía una vil sonrisa—. No queríamos empezar sin usted, detective, hubiese sido de mala educación, ¿no cree?

—¡Hijo de puta! —Sacudí las extremidades, consiguiendo que mi cuerpo se balanceara.

—No, no, no. No diga palabrotas delante de una dama. —Abrió un lado de su americana azul y sacó una pitillera dorada para colocarse un cigarrillo entre los labios, acarició el largo de este con dos dedos, llegando hasta el extremo—. Estoy seguro de que a esta preciosidad no le gustan los hombres malhablados, ¿o sí? —Acarició el mentón de Sasha antes de que esta apartase el rostro de una sacudida.

—¡No la toques! —Esa advertencia salió de mi garganta y sonó realmente dura entre los dientes apretados.

—Vaya, ¿no le gusta compartir, detective? —Se dirigió a mí antes de encender el cigarrillo con un Dupont de oro, dejando que el humo se elevase ante sus ojos.

—¿Quién cojones eres? —exigí saber, pues apreciaba un acento ruso, pero aquel tipo hablaba mi idioma a la perfección. Fue entonces cuando recordé la breve conversación con Vladimir—. ¿Tú eres el hijo de puta que le pegó? ¡Eh! ¡Responde!

Dejó escapar una sonora carcajada antes de fulminarme de un vistazo.

—Veo que no te has dado cuenta de que no estás en posición de exigir nada. —Dio varios pasos hasta quedar delante—. Aquí soy yo quien hace las preguntas y, créeme, tengo muchas que hacer. —Anduvo hasta Sasha, señalándola con un dedo—. Esa zorra me debe una respuesta y de hoy no pasa que confiese, te lo aseguro.

Mi mirada voló a la susodicha en cuestión, que intentaba por todos los medios tener contacto con el suelo, pero no lo conseguía. Sus pies también permanecían desnudos y sus dedos acariciaban de forma leve la sucia madera quemada, al igual que yo.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté para atraer su atención y, sobre todo, con idea de apartarlo de ella lo máximo posible—. Si me sueltas puedo hacer un par de llamadas y conseguirte lo que necesites...

—¡Ja! —Dio una intensa calada al cigarro iluminando la punta cubierta de ceniza y haciendo que esta se desprendiese sin más, antes de caminar alrededor de la Rosa Negra—. ¿Tú? —Señalaba con el pitillo entre los dedos—. No, tú no puedes hacer nada, tan solo eres un error en la ecuación, alguien que no debería estar aquí, tan solo eso. Es ella la que me interesa, la que tiene lo mío y si no me lo da, te aseguro que mi navaja volverá a acariciar su piel —De un violento tirón le descubrió la boca arrancándole un quejido—. ¿Eh, te acuerdas de ella? —Alzó la afilada arma ante sus ojos, plantándola a un escaso palmo de su rostro para posarla seguidamente en su mejilla—. ¿Recuerdas lo que le pasó a tu querido padre?

Sasha se removió sacudiendo el cuerpo y escupió a la cara a aquel ruin desgraciado.

«¿Su padre?».

—¡No lo vuelvas a mencionar! —gritó, consiguió que mis oídos se prepararan para lo que pudiesen descubrir—. ¡Te lo prohíbo!

—Veo que sigues igual de revoltosa y que te sigue gustando escupir, eh, ¡guarra! —Le giró la cara de una fuerte bofetada.

—¡Aaaaah!

—¡Hijo de puta! —Apreté los puños e intenté, en un movimiento fallido, desatar mis muñecas, agitándome con fuerza—. ¡Si vuelves a tocarla te mataré!

—¡Cááállate! —El gorila golpeó mis costillas con el puño.

—¡Ah, joder! —Cerré los ojos y enseñé los dientes.

—¡Byron! —La voz de Sasha llegó rota a mis oídos. Intuía que iba a dolerle mucho más lo que pudiesen hacerme a mí que a ella misma. Aquella mujer era una auténtica loba con un enorme instinto de protección, de eso no cabía la menor duda—. Lo siento... —Sabía que poco le faltaba para romper

en llanto.

—Tranquila, estoy bien, tranquila...

Nos contemplamos antes de que el tipo con aspecto de mafioso volviese a la carga.

—Bueno, no estoy dispuesto a perder más tiempo, así que creo que iré por faena —aseguró, tirando al suelo la colilla y pisándola con la punta de sus carísimos zapatos de diseño—. ¿Tienes algo que decirme, pequeña zorra? —Guardó las manos en los bolsillos del pantalón de traje—. ¿O voy a tener que empezar a jugar con tus amigos para que hables?

—¡Ni se te ocurra tocarlos! —advirtió con profundo odio.

—¡Pues habla de una puta vez! —vociferó el otro. En cuestión de segundos una de sus manos rodeaba el cuello de Sasha privándola de respirar, impidiéndomelo a mí también en cierto modo, pues tan solo de ver la escena contraí la respiración—. ¡Todavía me duele la jodida herida de la pierna! ¿Sabes? ¡Me heriste bien, eh! ¡Me rompiste la puta nariz! —Intentaba coger aire, pero veía que no era capaz de conseguirlo.

—¡¡Suéltala ahora mismo, cabrón!! ¡¡Suéltala, te voy a matar, juro que te mataré!! ¡¡Acabaré con toda tu puta familia!! —grité desesperado.

El sonido de la cadena donde permanecía agarrado al techo se escuchó en cuanto agité los brazos con desmedida violencia con el propósito de llegar hasta él para golpearlo con todas mis fuerzas. Verlo cerca de ella haciéndole daño era superior a mí.

—¡Heee diiichoooo que tú callaaaarr! —El puño del gorila volvió a golpearme, pero esta vez lo hacía en la mandíbula, girando mi cabeza a un lado. Escupí un puñado de sangre al suelo en respuesta.

—¡Basta! —Ahora era la voz de Dangerous la que se escuchó a nuestro alrededor—. Ya vale.

Supongo que la escena también resultaba demasiado para él y se le hacía imposible soportarlo, decidiendo intervenir, pero... no de la forma en que yo esperaba.

—Suéltala, Nicolai —exigió con demasiada firmeza.

Todos los ojos volaron hasta él y, como por arte de magia, sus brazos se separaron con idea de enseñarnos las manos que se encontraban liberadas. Mis ojos y los de Sasha se abrieron de par en par sin dar crédito a lo que

veían. Algo no cuadraba en todo aquello, por mucho que quisiese encontrarle una explicación nada tenía sentido en mi cabeza. Y un oscuro y doloroso presentimiento me revolvió el estómago.

—¿Sorprendido? —Clavó los codos en las rodillas y echó el cuerpo hacia delante para torcer una sonrisa—. Sí, sé que lo estás... Y también sé que ahora mismo te estarás preguntando qué pinto yo en todo esto y que en cuanto lo descubras querrás arrancarme la cabeza, pero, lo siento amigo, las circunstancias de la vida me han obligado.

—¿Qué... qué es...? —Intentaba formular la pregunta, pero mi mente parecía haberse quedado colapsada por el *shock*—. ¿Qué significa esto... Dangerous? —Arrugué el ceño sin llegar a entenderlo.

Se puso en pie con una tranquilidad pasmosa y dio varios pasos sin rumbo, ojeó el suelo con indiferencia.

—Bueno, digamos que si tuviese que hacer un breve resumen sería... —fue entonces cuando clavó los ojos en los míos, traspasándome con ellos—: que tu pequeña rubia posee algo que me pertenece y que ya es hora de que me lo devuelva. —Soltó un intenso suspiro cruzándose de brazos—. Llevamos un jodido año detrás de ella y mira tú por donde que ha sido ella solita quien ha llegado hasta nosotros. —Río como si todo aquello lo divirtiera—. Créeme, en cuanto la vi entrando al club pensé que era una puñetera broma.

—No puede ser, ¡¿tú?! —inquirió Sasha con verdadera cara de sorpresa—. Pero si tú fuiste quien...

—¿Quién te enseñó a pelear? —La señaló con una mano antes de ponerse a caminar en su dirección—. ¿Quién te enseñó a golpear para que escaparas de ¿cómo era? —Hizo como si pensase en algo—. ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo: «para escapar de todo aquel cabrón que intente ponerme una mano encima...». ¿Era eso lo que dijiste, verdad?

—¡Serás hijo de puta! ¡Confíe en ti! ¡Me tenías y me dejaste ir! ¡Jugaste conmigo! —Sasha luchaba por acercar su rostro al de él con intención de golpearlo, pero, por descontento que no lo consiguió.

—¡Por supuesto que te tenía! ¡Hasta que este gilipollas te encontró y decidió interponerse en mi camino! —Me acusó con el dedo y con odio en la mirada mientras yo tan solo podía preguntarme qué clase de persona había tenido al lado durante todo este tiempo creyendo que era mi amigo—. Juro que

en cuanto fui a su casa y abriste la jodida puerta, ¡después de que estos dos imbéciles te dejasen escapar! —se dirigió en esa ocasión al gorila y al chulo con traje—. Tuve que contenerme por no agarrarte del cuello y hacer yo mismo el puto trabajo... —Volvió a ella después de regañar a sus dos súbditos con una dura mirada de desaprobación y reproche.

—¿Todo este tiempo has estado...? —La Rosa Negra parecía no creérselo tampoco—. ¿Sabías que...?

—Exacto, sabía que eras tú. —Torció la comisura de los labios, orgulloso de sus palabras—. ¿Recuerdas la última frase que te dije la primera vez que nos vimos? ¿El consejo que te di? —Le dio tiempo para responder, pero por más que lo intentaba, Sasha parecía no recordarla, así que él hizo los honores—. Nos despedimos diciéndote: “Aquí los mentirosos no gustan, no suelen durar mucho». Yo sabía que me mintías y que no te quedaba mucho tiempo. Todos esos días era consciente de que te tenía al alcance, pero no disponía de ninguna dirección donde buscarte y en el club siempre había gente cuando tú venías a entrenar, así que tuve que esperar al momento adecuado... Aunque estaba claro que no podía llegar hasta a ti sin pasar por encima de mi querido amigo, el detective de la policía, pero poco después me entero de que te has vuelto a largar dejándolo triste y desamparado. —Ahora daba pasos lentos hasta mí.

Tragué saliva y mis dientes se apretaron al escuchar su inquietante declaración.

—Eres un cabrón, Dangerouse, eres un puto cabrón que...

—¿Pero qué vuelve a ocurrir? —interrumpió mi amenaza y abrió una vez más los brazos como si fuese a dar una gran noticia—. Que él me lleva de regreso a ti. —Sus ojos se detuvieron en Sasha—. ¿Gracioso, verdad? Él intenta protegerte sin saber que te está acercando a tu asesino porque... —de tres enormes zancadas se paró frente a ella y ahora eran sus dedos los que agarraban con fuerza su delicado rostro— te advierto que yo no soy ninguno de esta panda de imbéciles que te dejaron escapar, no... Hoy me vas a decir dónde está mi puto paquete y después te mataré con mis propias manos, rubia.

—Que te jodan, Dangerouse —De los labios apretados de Sasha salió una frase que no esperaba escuchar—. Vas a tener que matarme porque jamás te lo diré.

—Vaya, no cabe duda de que tiene agallas, ¿eh? —Se giró a ojearme un segundo—. Dime, Byron, ¿folla bien? —Acercó su cara y lamió una de sus mejillas—. Sí, la rubia debe de follar muy bien para haberte vuelto tan gilipollas, amigo.

—¡Suéltame, cerdo! —Sasha cerró los ojos al sentir la babosa lengua pasearse por su rostro—. Te cortaré los huevos si me vuelves a tocar.

—¡¡Apártate de ella, Dangerous!! —exigí con un odio exagerado corriendo por las venas, alimentando poco a poco y cada vez más a la bestia que llevaba dentro deseosa de saltar a matar.

—No me importaría descubrir si eres tan peleona en la cama como pareces. —Llevó una mano hasta su cuerpo y la coló por debajo de la camiseta. Mis ojos veían como sus dedos recorrían la piel de su vientre y algo dentro de mí gritaba en silencio cuando este le agarró un pecho por debajo de la tela—. Mmmm... Sí, buenas tetas...

—¡No me toques, hijo de puta! —Sasha intentaba zafarse de su contacto, pero de poco le servía el esfuerzo hasta que, asombrosamente, poseída por la ira, haciendo fuerza con los bíceps se alzó lo justo para dar un salto y lo alcanzó con una rodilla acertando en sus pelotas.

—¡Oh, joder! —Dangerouse se llevó una mano a la entrepierna y se doblegó del dolor al tiempo que soltaba improperios por la boca, pero al instante reaccionó de la peor de las formas: le golpeó en la cara, y consiguió que la pequeña loba escupiese sangre hacia un lado, para después tirar de su melena hacia detrás obligándola a alzar la cabeza—. ¡Se acabó tu maldito tiempo, zorra! ¡Me tienes harto: habla o muere!

—¡Aaaaah! —De su garganta salió desprendido un quejido que consiguió que mis puños se apretaran dañándome a mí mismo.

—¡¡Voy a matarte, Dangerous, lo juro!! ¡¡Te voy a matar, cabrón!! —grité a pleno pulmón, escupí incluso saliva color escarlata por la boca. La adrenalina comenzaba a acelerar mi pulso y los latidos de mi corazón eran desorbitados. Latían a tal velocidad que los escuchaba retumbar en los oídos.

—¿¿Dónde está mi paquete?! ¿¿Dónde cojones lo tienes escondido, eh?! —ignoró la amenaza, exigía una respuesta—. ¡Vamos, responde!

—¡Te he dicho que jamás lo sabrás! —Sasha cerró los ojos por el dolor que le debía estar provocando el agarre—. ¡Pégame, mátame si quieres, pero



nunca lo tendrás!

El amarre de Dangerous cesó y como si su mente cayese en la cuenta de algo clavó sus ojos en mi torso, vino directamente a por mí. No sin antes arrebatarme de las manos la navaja al tal Nicolai.

—Está bien, ya lo he entendido. Si estás dispuesta a soportar todo el dolor del mundo antes que decirme dónde tienes mis putos diamantes, entonces tendré que buscar otra alternativa. —Colocó el filo de la navaja en mi garganta.

«¿Diamantes?».

—¿Diamantes? —preguntó Sasha como si desconociese aquel dato. Me pregunté si en realidad ella era poseedora de lo que mi amigo exigía con tanta demanda, pero en ningún momento su pregunta fue atendida.

—Dime, rubia, ¿estás dispuesta a perderlo a él también? —Dangerouse apretó el arma contra la piel, dañándome con ella y dejando claro que no jugaba—. ¿Estás dispuesta a perderlo de la misma forma que perdiste al cobarde de tu padre? ¡Eh!

—¡No! —Su cuerpo se agitó en un intento de acercarse al mío. Lo supe: su mirada delataba la necesidad de estar a mi lado—. ¡No, él, no!

—¡Lo sabía! —La sonrisa que dejó salir a relucir el grandullón era de triunfo—. ¡Sabía que estabas enamorada de él!

«¿Cómo?».

«¿Enamorada?».

Mi cabeza se puso en alerta en cuanto aquella declaración llegó hasta mis oídos, porque no podía ser, no podía creerlo. Aquella loba con corazón de piedra no podía sentir nada por mí, lo había dejado claro. Se había marchado de mi lado sin tan siquiera importarle mis súplicas de que no lo hiciese y ahora me enteraba de que ¿estaba enamorada?

—¡Está bien! —Pude ver cómo varias lágrimas recorrían sus suaves mejillas para terminar estrellándose contra el suelo—. Te lo diré, pero, por favor, no le hagas daño, a él no...

—¡Sasha, no, escúchame! —Quise decirle que aquello era una estrategia para que confesara, y que después los dos moriríamos si declaraba, pero el puño de Dangerouse se clavó en mi muslo, traspasándome la carne con el arma blanca—. ¡¡¡Ahhhhhh!!! ¡¡¡Joderrrrr!!!! —El dolor fue insoportable y agudo.

Un fino reguero de sangre comenzó a gotear en el suelo bajo mis pies y pude sentir un ligero hormigueo ascender por la pierna, revolviéndome el estómago por el escozor de la herida.

—¡¡¡Nooooooo!!! —Sasha gritó, volviéndose loca. Su garganta se rompió en cuanto sus ojos vieron como el que había sido mi mejor amigo durante años me atacaba sin compasión.

—Se acabó el tiempo, rubia, estoy esperando. A cada minuto que pase iré agujereando una parte de su cuerpo hasta llegar a su cuello.

—¡Vale, vale, te lo diré! —Sollozaba entre espasmos. Mi preciosa Rosa Negra caía por mí—. Pero necesito que me sueltes...

—¿Es que crees que soy imbécil?

—No te fies de ella, jefe, es una psicópata ahí donde la ves —advirtió el tal Nicolai—. Sé de lo que hablo...

—¡Cállate! —ordenó a su súbdito—. Que esta zorra pudiese contigo no significa que lo vaya a hacer conmigo. Sé lo que tengo que hacer.

—Escúchame bien, gilipollas, si no me sueltas no podré darte las coordenadas del lugar —advirtió Sasha. Parecía mentira que estando en la situación que nos encontrábamos fuese capaz de sacar tantas agallas como para plantar cara al grandullón.

—Y escúchame tú bien: si me la juegas, te despellejaré viva y después haré lo mismo con él, ¿me oyes?

Sasha tragó saliva, supongo que dudó de hasta qué punto aquello era buena idea. Sus ojos volaron a encontrarse con los míos y vi tanto miedo en ellos que parecía el reflejo del que yo sentía por poderla perder. En ese instante supe que no lo soportaría.

—No lo haré —aseguró con voz trémula—. Ahora, suéltame.

Dangerouse la observó durante varios segundos, estudiándola y dudando de su palabra, desconfiaba de esa pequeña loba.

—Sasha, si se lo das será nuestro fin, ¿me oyes? —le avisé—. En cuanto tenga lo que quiere, nos matará para no dejar cabos sueltos.

—Cállate, Byron, sé lo que hago —aseguró—. Llevo un año entero huyendo de estos miserables y estoy cansada de esconderme. Prefiero morir a tener que pisar de nuevo alguno de esos sucios rincones por donde he estado malviviendo durante estos últimos meses, miraba hacia detrás a cada paso,

sospechaba de todo aquel que se cruzaba en mi camino... Desconfiaba de ti, ¡de ti! El único hombre que me ha dado todo en tan poco tiempo que hasta he sentido miedo por lo que mi corazón empieza a intuir... —Sus ojos azules se volvieron vidriosos, consiguieron que mi garganta percibiese un enorme nudo de espinas—. No podía confiar en ti porque podías encerrarme entre rejas si descubrías el motivo de mi huida... Lo siento, Byron, siento haberte mentido y haberte arrastrado con toda mi mierda cuando no debía, no te lo mereces.

—Escúchame, Sasha, tú no tienes la culpa de nada, ¿me oyes? Tú no eres quien...

Un puñetazo impactó en mi estómago y consiguió que me doblé en la medida de lo posible.

—¡¡¡Ohhh!!! —Se me cortó la respiración. Tuve que toser varias veces para recuperarme del golpe que Dangerouse me había asestado.

—Basta ya, por favor —pidió llegando al límite de su paciencia—. Todos sabemos que estáis locos el uno por el otro, así que dejados de mierdas, joder. Vamos por faena.

—Si vuelves a tocarlo juro por Dios que yo misma me ahorcaré con tal de que nunca sepas donde están tus jodidos diamantes, Dangerouse.

Aquellas palabras encogieron mi corazón al pensar en que pudiese llevar a cabo su propia amenaza. No soportaría tener entre mis brazos, una vez más, otro cuerpo sin vida de alguien a quien amo. Y por el contrario, parecía que su advertencia causó efecto en el grandullón que no desconfió en que por lo menos lo fuera a intentar.

—Desátala, Nicolai. —El mafioso con traje caro y pelo engominado lo miró receloso—. ¿Es que no me has oído? He dicho que la desates —ordenó.

El gorila que había a mi lado observaba la escena en silencio como quien disfruta de una película en primera fila.

—Pero recuerda: si intentas joderme terminaré con él antes de que puedas pestañear.

En pocos segundos el cuerpo de la Rosa Negra se descolgaba del techo posando los pies descalzos en el suelo y esta acariciaba sus muñecas coloradas en busca de alivio al sentir las resentidas. Ojeó hacia donde yo estaba, contempló al gorila y, de nuevo, sus pupilas se dirigieron a mi anatomía, antes de reparar en su mayor enemigo.

—Necesito un papel y un bolígrafo.

—¡Joder, rubia! —El grandullón dejó escapar una carcajada de ironía—. Estás saliéndome demasiado cara, empiezas a hincharme las pelotas.

—¡Necesito un puto papel y un bolígrafo! —Sasha tenía el rostro serio y la mandíbula prieta. Me sorprendió ver la entereza que mostraba en ese instante ante aquellas tres hienas que amenazan con abalanzarse sobre ella a la primera de cambio.

Se sostuvieron la mirada y mi amigo cedió una vez más. Como si magia ejerciese sobre los hombres todos nos doblegábamos ante sus peticiones de una forma u otra.

—Dale un papel y un puñetero bolígrafo, Nicolai —exigió, observándola de brazos cruzados.

—No tengo papel —declaró el otro.

—¡Joder! Siempre tengo que hacerlo yo todo. —Parecía estar harto de sus incompetentes matones—. Dale un puto boli por lo menos y que te lo apunte en la mano...

—Jefe, no será mejor que ella diga las coordenadas y yo... —Creo que ese pobre diablo ya sabía hasta dónde era capaz de llegar la pequeña loba cuando no estaba enjaulada.

—¿Y arriesgarme a que las apunte mal? No, ni hablar. Alarga la jodida mano y que lo haga ella, después la vuelves a atar...

—Está bien —asintió, sin estar del todo convencido.

Yo ojeaba a todos mientras en la cabeza formaba un ataque silencioso; buscaba la forma de llegar al gorila que aguardaba despistado al lado para ir eliminando piezas del ajedrez. Estudié lo que había tirado por el suelo y supe que en caso de que mis manos se pudiesen soltar, sería capaz de acabar con alguno de ellos con lo poco que tenía al alcance: varios listones largos de madera medio quemados descansaban olvidados a un lado y parte de ladrillos rotos, de lo que un día fueron las paredes, reposaban esparcidos a alrededor.

—Sin olvidarte ninguna, rubia —advirtió socarrón Dangerouse mientras su atención se centraba en los dedos de Sasha que dibujaban números sobre la piel del otro.

Pero en cuestión de segundos el juego tomó otra dirección: esta lo retó con la mirada y, aguantándosela más de lo necesario, pronunció una frase que

consiguió que reaccionase de inmediato, supe que era la señal y momento de actuar.

—Cuidado conmigo, Dangerouse, llevo un año muerta por dentro... Ya ni siento ni padezco —murmuró antes de atacar sin piedad.

# CAPÍTULO 20

## BYRON

**S**i buscáramos en el diccionario la palabra «salvaje» estoy seguro de que aparecería al lado el nombre de Sasha o, quizá, hasta su pequeño y precioso tatuaje de la rosa negra. Aquella mujer no dudó ni un instante en actuar y en cuestión de segundos, con un rápido y certero movimiento, alzó la mano que sujetaba el bolígrafo y se lo clavó en un lado del cuello a Nicolai, consiguiendo que de este saliese un ligero torrente de sangre de un intenso color rojizo.

—¡Esto por mi padre! —gritó como si se estuviese tomando la justicia por su mano.

—¡No! —Dangerouse parpadeó y vio cómo el cuerpo del otro se desplomaba en el suelo sin nada qué hacer, creando un oscuro charco de sangre a su alrededor.

El que había sido mi amigo reaccionaba al mismo tiempo que su compañero, abalanzándose sobre ella y dispuestos a matarla en venganza, pero sujetándome por la cadena que colgaba del techo, me elevé y antes de que el gorila se alejase rodeé su cuello con las piernas, estrangulándolo con fuerza.

—¡Ven aquí, hijo de puta! —Mis dientes se apretaban casi tanto como lo hacían mis muslos a su alrededor. Forcejeaba conmigo por librarse del agarre, pero por mucho que sus puños golpearan mi cuerpo no era bastante como para detenerme. Pensaba dejarlo *K.O.* me costase lo que me costase, pero con lo que no contaba era con que a Sasha le iba a tocar la peor parte: tendría que pelear con el que creía que era mi fiel y buen amigo desde hacía años.

«Mierda, no».

La salvaje que se escondía en su interior alzó los puños de forma instintiva

plantándole cara a Dangerouse, por lo visto estaba dispuesta a pelear y a dejarse la vida frente a aquel animal que se cernía sediento de ella.

—Parece que solo estamos tú y yo, rubia... —escuché decirle, vi cómo disfrutaba con la situación al ser consciente que poco tenía que hacer contra él, ya que era mucho más fuerte, por no decir que le sacaba dos cabezas y una espalda.

—No me das miedo, miserable, te lo puedo asegurar... —Se posicionó para atacar como su propio enemigo la había enseñado varios días atrás.

Supe que tenía que terminar lo antes posible si quería ayudarla e ir a su rescate, pero en cuanto vislumbré cómo este la alcanzaba, cogiéndola del pelo y tirándola al suelo, tras haber esquivado su rechazazo, percibí que no quedaba mucho tiempo si no quería que mi rosa se marchitase entre sus manos, porque ciego de ira se desahogaba con ella a golpes.

—¡Aaaaarrrrrrggggg! —solté un potente rugido, como si un grito de guerra fuese, mientras buscaba las fuerzas que me faltaban para terminar con aquel descomunal gorila. Las manos se aferraban a la cadena elevándome un poco más, colgándome del techo con todo el peso, cuando escuché un crujido sobre la cabeza. Un ruido que me hizo saber que si ejercía un poco más de palanca cedería, liberándome de lo que me retenía. Y así fue. En cuanto ejecuté un rápido giro con las caderas, apoyando los gemelos sobre sus hombros, noté cómo su cuello se partía al igual que la viga de madera—. ¡Oh, joder! —Caí al suelo con el gorila muerto encima además de astillas y trozos de madera quemada. Lo aparté a un lado de una patada y en ese instante los gritos de Sasha me alertaron.

—¡¡Suéltameeeee!!

Dangerouse la tenía cogida por encima de su cabeza y la lanzaba con ambas manos al suelo como si un triste saco lleno de piedras fuese. Aquella imagen se incrustó en mis retinas, encendiéndome un poco más si podía. Sin pensarlo, fui decidido a arremeter contra él, aun y llevando las manos inmovilizadas.

—¡Hijo de puta! ¡Te mataré! —Lo golpeé por detrás, llevándomelo conmigo al suelo.

Era evidente que no estábamos en igualdad de condiciones puesto que mis muñecas estaban sujetas, quizá tenía un par de costillas fracturadas y una

herida importante en la pierna, que no dejaba de sangrar.

—¡No deberías haberte metido en medio, Byron! ¡Ahora me obligas a matarte! —advirtió convencido.

Su puño volvía a machacar mi cara y golpeaba la mandíbula de forma despiadada, separándonos un par de pasos de distancia. Me abalancé sobre su cuerpo por segunda vez, empotrándolo con fuerza en una pared y conseguí que su cabeza impactase de pleno. Era una lucha en la que tan solo uno de los dos podía sobrevivir y no estaba dispuesto a dejarlo a solas con Sasha para que desahogara con ella toda su maldad. Si tenía que cebarse con alguien que lo hiciese conmigo hasta agotar mi último aliento.

—Dime, Dangerouse —fui a preguntar, tambaleándome de un lado a otro—. ¿Cómo puede pasar un amigo a convertirse en un enemigo en cuestión de segundos?

En realidad era algo que dolía profundamente. Era alguien a quien siempre había podido recurrir en todo momento y que siempre había estado ahí fuera para lo que fuera sin pedir nada a cambio, pero, al parecer, en esa ocasión, sí que habían segundas intenciones cuando se ofreció a ayudarme a encontrar a la Rosa Negra, algo que jamás hubiese imaginado. Recordé el momento en que acudí en busca de su ficha para obtener información sobre su posible paradero, sin ser consciente de que por desgracia la estaba acercando a su captor. Lo cerca que había estado de ella cuando acudió por ignorancia al club para prevenirse de su propio ataque, sin saber que era él mismo quien la acechaba.

—Byron... —La débil voz de Sasha llegó hasta a mis oídos y tan solo fueron un par de segundos los que me giré para descubrirla tirada en el suelo con la frente ensangrentada.

—Sasha, despierta... —pedí, pero en cuanto volví al enemigo la posición de este era distinta. Se había adueñado del arma que debía llevar escondida Nicolai en el interior de la americana, porque ahora apuntaba en mi dirección con un cañón.

—De verdad que yo no quería que esto terminase así, Byron, lo juro —Me amenazó con la pistola a varios metros—. Yo tan solo intentaba recuperar lo mío, lo que un día su padre le robó al desgraciado de Nicolai cuando este comenzó a apostar más de lo que en realidad tenía. Su padre no debió meterse



conmigo ni con la mafia rusa.

—Pero ¿por qué, Jusper? —Se quedó paralizado cuando lo llamé por su verdadero nombre. Lo conocí poco después de que decidiera montar su propio negocio y así fue como se presentó cuando acudí para apuntarme a él, antes de estrechar una relación de algo más que amigos, una relación casi fraternal—. ¿Por qué has tenido que meterte en toda esta mierda? ¿Por qué tienes que traficar con esta gente? ¿Cómo has llegado a esto?

—Tú no lo entenderías... el tema de las peleas, de las apuestas... Siempre quieres más, no sabes parar o cuando pretendes hacerlo ya no puedes. Tienes a alguien detrás que reclama lo que le has prometido, sino pide tu cabeza... Siempre te deben o le debes a algo a alguien y eso, una vez que entras en esta ruleta, no se puede frenar. Eso es lo que le ocurrió a su jodido padre... — Señaló a Sasha que lo observaba desde el suelo con parte del rostro y de la camiseta manchada de sangre, además de desgarrada—. Al parecer todo empieza con una inocente timba de cartas contra alguien con quien no debes y ahí... es donde comienza tu puta desgracia.

Sentí en el pecho una enorme pena por ella y por todo lo que debía haber sufrido por culpa de su padre, de sus apuestas y sus malas decisiones. Me pregunté si en realidad hubo un momento en que todo esto se pudo frenar y nadie lo intentó o nadie quiso. En ese mundo se mueve demasiado dinero y poder, y no te das cuenta de que estás de mierda hasta el cuello hasta que el agujero es demasiado pequeño como para salir de él. Y eso, quizá, es lo que le debió ocurrir a su progenitor y eso es lo que le llevó a robar a quien menos debía: a Dangerouse.

«Dios, por todo lo que debe haber pasado».

También dudaba de si en realidad era poseedora de aquellos diamantes como todos afirmaban, ya que ella parecía desconocer aquel dato cuando antes lo mencionaron. Eso en el mercado negro era algo que se cobraba muchísimas vidas y, por supuesto, es algo que hay que erradicar y que penar duramente. El contrabando de piedras preciosas es uno de los mayores delitos que hay desde que se creó el proceso de Kimberley en el año dos mil. Los diamantes conflictivos o lo que viene a ser como los conocidos «diamantes de sangre» atentan contra los derechos humanos y financian guerras y grupos rebeldes promoviendo atrocidades. Así que todo diamante debe ir acompañado por un

certificado que garantice que cumple con el proceso de Kimberly y que no ha sido importado o exportado de alguno de los países que no participan en este plan. Algo que, por desgracia, en el mercado negro sigue ocurriendo.

—Vamos, dame ese arma. Todavía estás a tiempo de no cagarla más — intenté negociar—. Sabes que si disparas a un agente de la ley...

—¡Cállate! —Negó con la cabeza—. No vengas ahora con tu jodido sermón porque los dos sabemos que ninguno de nosotros es un angelito. No me quieras dar clases de integridad, Byron. Tú eres otro animal carente de piedad.

—Quizá tengas razón, Jusper, pero no te equivoques conmigo: yo no he ordenado matar a nadie ni pretendo terminar con la vida de nadie. —Lo señalé con un dedo—. Porque, dime una cosa, ¿fuiste tú quien ordenó asesinar a Ashley Donaghan? ¿Eh?

—Acaso eso importa ya...

—¡Por supuesto que sí! ¡A mí me importa! —Su falta de compasión me encendió—. Ordenaste matar a esa pobre joven, ¿para qué?

—Era parte del plan. No teníamos nada contra ella, pero alguien tenía que caer en aquella puta hamburguesería para que Sasha ocupase su puesto, necesitábamos tenerla al alcance...

—¡Serás desgraciado! ¡No busques una puta justificación! —Di un paso al frente y apreté los puños—. ¡Estás enfermo! ¡Ya la tenías! ¡Acudió al club ella sola! ¡¿Por qué matar a otra inocente?! ¡¿Eh?!

Me encañonó al sostener el arma con más firmeza, advirtió que no dudaría en apretar el gatillo, avisó de que no diera un paso más. En ese momento, vi por el rabillo del ojo cómo La Rosa Negra se ponía en pie y se llevaba la mano a un lado de la cabeza; quizá la sangre que manchaba parte de su frente llamó su atención. Dangerouse la había lanzado al suelo sin consideración, propinándole un fuerte golpe contra este. Cada vez que yo elevaba la voz, mi costado se resentía y comenzaba a notar la pierna casi adormecida por la profunda cuchillada.

—Digamos que Vladimir se encaprichó de la joven y a mí me venía bien que la hiciese desaparecer, pero hay que reconocer que se le fue de las manos; cuando quiso parar se dio cuenta de que ya no respiraba y la abandonó en un contenedor con idea de que el camión de la basura hiciera el resto, que la

eliminase, pero por lo visto ese imbécil no supo terminar el trabajo

—¡Maldito loco, hijo de puta! —No daba más de mí ante tanta maldad, solo podía preguntarme cómo no me había dado cuenta del semejante monstruo que tenía al lado.

—Pero ahora que me doy cuenta nos hemos desviado un poco del tema, ¿no crees?

Ojeó los dos cuerpos sin vida que yacían en el suelo y sonrió con ironía.

—Dos bocas menos que alimentar.

—¿Crees que te voy a dejar marchar? —pregunté dispuesto a todo porque aquello no ocurriese.

—Por supuesto que me vas a dejar porque ¿sabes qué? —Tensó la mandíbula—. Ya no te queda tiempo, amigo, despídete de tu «puta» porque ella y yo todavía tenemos mucho de qué hablar... Pero, tranquilo, la cuidaré bien e incluso es probable que le dé amor de tu parte. —La repasó de arriba a abajo de forma sugerente—. No me importaría follármela antes de matarla. Es más, creo que lo haré varias veces: tiene que saber deliciosa.

Sus palabras teñidas de odio hicieron que saltara sobre él antes de que un disparo fallido se escuchase a nuestro alrededor, hizo eco en aquel piso vacío. Golpeé sus manos, consiguiendo que el arma saltara por los aires y, seguidamente, mis puños aterrizaron en su cara, impactaron con dureza con la cadena que todavía arrastraba de las muñecas, y pude sentir cómo su mandíbula crujía.

—Estás detenido, Dangerouse. No te vas a escapar, lo juro.

—Ni lo sueñes, amigo. Eres tú el único que va a desaparecer de este mundo.

No me detuve. En ningún momento lo hice, aunque ahora fuese él el que se había colocado encima y el que arremetía sin piedad, pues sus dedos se aferraban a mi cuello e intentaban asfixiarme cuando el sonido de otro disparo lo detuvo en el acto aflojando la opresión.

—Adiós, hijo de puta. Nos veremos en el infierno.

La voz de Sasha llegó desde detrás y me advirtió que había sido ella la ejecutora del disparo, reventándole la cabeza a Dangerouse sin remordimientos. Este cayó desplomado a un lado mientras mis ojos veían cómo el que había sido mi amigo durante años dejaba de existir por culpa de

una bala que le había atravesado de sien a sien.

—Joder... Coño... —Tragué saliva. Llevé el pulgar a mi boca y limpié la sangre que resbalaba del labio justo antes de apartarme del cuerpo de Jusper con nerviosismo—. Joder, mierda, mierda... —Seguía sin despegar las pupilas de él y, antes de ponerme en pie, ladeé el rostro en busca de Sasha, pero en cuanto mis ojos la encontraron sentí un miedo atroz—. ¡Sasha!

Grité levantándome con torpeza, corrí hacia ella y, cómo pude, la sostuve a tiempo de que no golpease contra el suelo, pues se mantenía apoyada en una pared todavía con el arma entre las manos y, con la mirada perdida, se resbalaba hacia abajo al no ser capaz de sostenerse. La camiseta tenía una enorme mancha de sangre en un costado asegurando de que el primer disparo fallido la había alcanzado a ella.

—¡No, no, no! ¡Mírame, mírame! —El pulso comenzó a temblarme y el corazón lo sentía desbocado en el pecho latiendo aterrado—. ¡Sasha, por favor! ¡Abre los ojos!

Ojeé a mi alrededor. Sabía que necesitaba un puñetero teléfono cuanto antes: debía avisar a una ambulancia si no quería perderla allí mismo entre los brazos como había ocurrido ya una vez con mi primer amor. Tenía por seguro que no sería capaz de soportarlo de nuevo.

«No, por favor, no».

—Byron... —susurró e hizo un gran esfuerzo por mirarme.

Su mirada azul se abría y se cerraba sin apenas fuerza.

—No, no hables, cállate. —Alcé su camiseta y descubrí el orificio de entrada de la bala por donde perdía demasiada sangre. Su rostro se ponía pálido por momentos y sus labios, esos con los que tantas veces había soñado despierto, perdían color—. Sasha, por favor, no me dejes. Aguanta, aguanta, cielo, aguanta. —La besé y fui consciente de que de mis ojos empezaban desprenderse multitud de lágrimas, unas grandes, amargas y dolorosas lágrimas que poco ayudaban.

La dejé recostada para acercarme a revisar los tres cuerpos sin vida que yacían en el suelo, debía encontrar un teléfono cuanto antes.

—¡Joder, mierda! —maldije cacheándolos de arriba a abajo hasta que del bolsillo interior de la americana de Nicolai saqué lo que necesitaba—. ¡Sí!

Llamé a Peter con desesperación: un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro

tonos... Hasta que después de una agonizante espera por fin descolgó.

—Robins —respondió.

—¡Peter, escúchame!

—¿Byron?

—¡Escúchame bien, por favor! Necesito que rastrees este teléfono y envíes una ambulancia lo antes posibles: estoy en Atlanta.

—¿Has dicho en Atlanta?

—¡Sí, por favor, hazlo ya! ¡Se muere, Peter, se muere, rápido!

Solté el teléfono sin colgar para que la llamada pudiese ser rastreada y volví al lado de Sasha para presionar su herida, arrancándole una queja de dolor y manchándome las manos de su propia sangre. Permanecía estirada en el suelo y con intención de que estuviese más cómoda puse su cabeza en mi regazo. Le acariciaba el pelo, tiñéndolo de bermellón mientras no podía dejar de contemplarla.

—Lo siento, Sasha, lo siento... Esto no debía terminar así.

Me doblegué sobre ella y cubrí sus labios con los míos; fue lo único que consiguió que sus preciosos lagos azules se abrieran.

—Debes aguantar, Rosa Negra, tienes que hacerlo por mí, ¿me oyes? — Sus ojos pretendían cerrarse, pero no se lo iba a permitir—. No puedo perderte, pequeña loba, ¿sabes por qué?

—¿Por qué? —susurró tan bajo que tuve que acercar el oído para escucharla.

—Porque no lo soportaría.

Hizo el intento de sonreír, pero se quedó a medio camino.

—Me alegra saberlo, detective —susurró.

Un nudo se aferró a mi garganta y tuve que desviar la vista para que no me viese llorar, hasta yo me cabreaba conmigo mismo por hacerlo. Desde que perdí a mi esposa no había vuelto a derramar lágrimas y me odiaba por ello, pues eso significaba que sabía cómo iba a terminar todo.

—Byron... —Su débil voz llamó la atención.

—Sssshhhh —Posé un dedo sobre sus labios para que no malgastara fuerzas.

—Debo decirte algo.

—No, ahora no, ya habrá tiempo para decirnos todo lo que nos ha

quedado pendiente, preciosa...

—Sabes que eso no va a ser así...

Una vez más me obligaba a ver algo que yo me negaba a aceptar. Apreté los puños y los dientes e inspiré hondo antes de encontrarme con sus pupilas que me contemplaban desde abajo, con los ojos anegados en lágrimas.

—Eres un gran hombre. Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias y... —Empezó a toser con fuerza y salpicó multitud de gotas de sangre sobre su camiseta.

—Por favor, Sasha, no puedes seguir hablando. —Sentí verdadero terror en aquel instante.

—Escúchame... —Su voz cada vez se sonaba menos y más lejos.

—No, no pienso escuchar nada más. Escúchame tú a mí: debes guardar fuerzas, tienes que salir de esta, no puedes dejarme, no te lo permito.

—Cementerio....

—¿Qué? —Las últimas palabras se perdieron en sus labios—. No he escuchado lo último que has dicho.

Acerqué la cabeza todo lo que pude para escuchar un nombre y una dirección. Quería preguntarle qué significaban, pero no quería que consumiera más fuerzas de las necesarias.

—Gracias... por... salvarme... —Su respiración se ralentizaba por momentos y su pulso era cada vez más débil—. Te... quiero... Byron... No... lo olvides... Por... favor...

La Rosa Negra se marchitaba entre mis brazos y yo no podía hacer nada para evitarlo. Sus últimas palabras, acompañadas por un débil suspiro, me propinaron un vuelco en el corazón. La observé en silencio durante varios segundos y recé porque fueran imaginaciones mías, pero no, vi que no respiraba, no respondía.

—Sasha... —Temí lo peor—. Sasha, pequeña, abre los ojos —pedí empezando a llorar sin control—. Sasha, por favor, no me hagas esto, ¡respóndeme! —Los apreté y dejé apoyada la cabeza hacia detrás contra la pared. Necesitaba sentir que algo me sostenía porque era consciente de cómo caía al vacío. Golpeé varias veces contra el muro con demasiada fuerza mientras estrechaba su cuerpo inerte entre mis brazos—. ¡No, no, no! ¡Ella no! ¡No te la puedes llevar a ella también! ¡Nooooooooooooo!

Mis manos seguían atadas y yo tan solo pensaba en pegarme un puto tiro para irme con ella cuando las sirenas de varias ambulancias se escucharon acercándose a lo lejos. Tragué saliva y, con la cara empapada y ensangrentada, le di un beso en los labios antes de levantarme cargado con su cuerpo desfallecido para bajar a la calle sin tiempo que perder.

—Mi pequeña loba, me das las gracias por salvarte cuando has sido tú quien me ha salvado.

Pero sus ojos en ningún momento se abrieron, la Rosa Negra ya no escuchaba.

## CAPÍTULO 21

Un mes y medio después.

**N**ecesitaba saber hasta qué punto el cerebro es capaz de soportar el dolor antes de desconectar, en qué momento decide dejar de recordar algo y apartarlo a un lado para que no suponga nuestra muerte en vida. Cómo es que el corazón tiene fuerzas para seguir latiendo cuando hasta tú eres consciente de que estás muerto por dentro. Eso era algo que me preguntaba a cada segundo desde que perdí toda esperanza en aquel pasillo pintado de color azul, tras cuatro exasperantes horas de espera. Después de que hicieran las curas pertinentes, tras tener que prestar declaración al respecto a diversos agentes de policía, me dieron la terrible noticia de que la Rosa Negra no lo había soportado, que se había dejado ir en el quirófano cuando los cirujanos abrieron para extraer la bala, que había perdido demasiada sangre y su cuerpo no lo pudo soportar. Supongo que ya no aguantó otra la lucha más sumada a la que arrastraba desde hacía meses atrás. En cuanto nos encontraron las ambulancias en aquel fatídico lugar, nos llevaron al hospital más cercano y nos separaron para siempre: a ella la introdujeron directamente a la sala de operaciones, estirada en una fría camilla y esa fue la última vez que la vi. Me negaba a soltarla aunque sus dedos no me respondiesen, aunque no me agarrasen ya, pues tuvieron que cogerme entre dos enfermeros porque, de forma inconsciente, no podía apartarme de su lado aun sabiendo que debía y que había llegado la hora, pero es que era consciente de que una parte de mí se iba con ella. Exactamente, la parte que mi esposa Cinthya dejó.

«Mi pequeña loba».

—¿Lo llevas todo? —La voz de Peter consiguió que regresara al sitio.

Mis ojos seguían clavados en la encimera de la cocina donde un día la



tomé con vehemencia antes de que huyera hacia Atlanta, pocas horas antes de que su infierno terminase para dar paso al mío.

—Sí, sí, lo llevo todo —respondí, tragué el nudo de la garganta.

—¿Sabes que te voy a echar de menos, verdad, mamonazo? —Los brazos de Peter se abrían para regalarme un fuerte abrazo acompañado por varias palmadas en la espalda.

—Lo sé, pero también sé que te las apañarás sin mí. —Le devolví agradecido el cálido gesto—. Eres una gran persona y un gran policía, Peter, que nadie de allí dentro te haga creer lo contrario, ¿de acuerdo?

—Gracias, amigo, echaré de menos tus gruñidos.

Los dos sonreímos, nos acercamos a la puerta y, después de echar un último y rápido vistazo al apartamento, di un portazo como quien cierra un capítulo de su vida, aunque para ser más exactos el segundo concretamente, ya que el primero fue cuando mi esposa falleció y aterricé aquí después de vender nuestra casa familiar y, en ese momento, abandonaba este lugar dejando todo atrás para huir de los recuerdos de Sasha. El tiempo con ella había sido breve, qué digo breve, más que breve, pero había resultado demasiado intenso como para que su pérdida no dejase rastro alguno en mi vida. Ya no soportaba andar por aquellas calles sabiendo que ella las había recorrido y que Dangerouse, el que un día creí ser mi amigo, las había corrompido un poco más con sus contrabandos y tráfico ilegales. Me largaba lejos sin mirar atrás a sabiendas de que el último peón del ajedrez, ese desgraciado que respondía al nombre de Vladimir Kozlov, había tenido el triste final que se merecía, ya que tres días después de su ingreso en prisión se lo encontraron muerto en las duchas por un ajuste de cuentas. Abandonaba todo sin importarme nada, incluido el capitán y muchos de mis compañeros, aquellos con los que había compartido largos ratos limpiando aquellas calles de corrupción durante tantos años, pero al que sí que me dolía dejar atrás era al que ahora se asomaba al interior del Dodge para despedirse por última vez de mí.

—Cuídate mucho, tío —Nuestras manos se soltaron con el sonido del motor de fondo.

Apreté el acelerador y por el retrovisor comprobé cómo nos alejábamos al tiempo que se levantaba el cuello del abrigo para cubrirse del gélido frío.

—Empieza una nueva vida, pobre diablo. —Retorcí el volante entre las

manos—. Una vida más vacía y oscura a la que ya estabas acostumbrado.

Subí el volumen al máximo mientras la canción «Horns» de Bryce Fox me expulsaba hacia Idaho, recordándomela una y otra vez porque parecía que esa jodida canción se hubiese escrito por y para ella: aquella mujer que irrumpió en mi vida en el momento menos pensado, consiguiendo que fuese capaz hasta de venderle mi alma al diablo por cualquier precio.

Durante el trayecto me esperaba una parada obligatoria. Estaba dispuesto a cumplir con su última voluntad contra todo pronóstico. Sasha me había facilitado un lugar y un nombre, y pretendía encontrarlo por mucho que me costase hacerlo. No sabía qué podía toparme allí, pero me lo imaginaba. Efectivamente, cuando detuve el coche frente a un discreto y cuidado cementerio en un pequeño pueblo de la costa oeste, recorrí tumba por tumba hasta que di con lo que buscaba. El nombre de su madre aparecía grabado en una lápida de piedra blanca incrustada en el suelo. Sentí un enorme nudo en la garganta y fue entonces cuando me pregunté dónde la habrían enterrado a la Rosa Negra, pues no fui capaz de preguntarlo intuyendo que no iba a soportar el hecho de verla bajo tierra. Las cenizas de mi esposa fueron a parar al mar como siempre había comentado, pero desconocía lo que Sasha hubiese deseado y tampoco era nadie como para elegir su final, porque de haber sido así hubiera descartado su muerte.

«Aguanta, Byron, aguanta por ella».

Ojeé alrededor de la lápida, por todos lados y fui consciente de que si me había enviado allí era por algo, que tenía alguna intención, así que, agachándome, limpié el polvo con una mano para que el grabado reluciese algo más bonito, deseché las flores secas y marchitas, deposité un ramo de rosas frescas, y sentí cómo mis ojos se aguantaban por no dejar escapar varias lágrimas de dolor y pena. Desvié la vista e intenté coger fuerzas y fue entonces cuando lo descubrí: en la base de la losa, en el punto en que se perdía bajo la tierra, había una marca. Parecía que alguien hubiera escarbado y después lo hubieran querido tapar sin mucho éxito. Clavé las rodillas en el suelo sobre la corta hierba verde y busqué algo a alrededor con lo que remover la zona, pero no encontré gran cosa, así que ensuciándome las manos hurgué con mis propios dedos hasta dar con algo.

«¿Qué coño?».

Me quedé paralizado, pues no sabía si realmente quería descubrir lo que allí se hallaba, pero era consciente, una vez más, de que todo se lo debía, pues me había salvado la vida ni más ni menos. Saqué una pequeña bolsa negra y sucia de tierra y la abrí con cierto temor en el cuerpo. Dentro había otro pequeño paquete precintado a la perfección y de escaso peso. Rompí el envoltorio con cuidado y en cuanto creé un diminuto agujero por donde mirar distinguí lo que se escondía en su interior: eran unas pequeñas piedras preciosas que brillaban como nunca había visto nada brillar. Habría unas siete u ocho y relucían deslumbrándome con el tamaño de un guisante.

—Joder... —Tragué saliva, alcé la vista y comprobé que nadie me observaba, pues allí dentro se encontraba lo que le había arrebatado la vida a Sasha. Un tesoro de incalculable valor—. Son unos putos diamantes, joder, unos putos diamantes de verdad... —Jamás había visto uno.

Cerré el envoltorio apretándolos en el puño y me llevé las manos a la cara, manchándome en parte con ellas, con mucho esfuerzo retuve un sollozo de profundo dolor. En ese momento, sentí una rabia enorme al recordar a Dangerous: él había sido el desencadenante de todo esto y lo odié más que nunca y como a nadie. Dejé caer la vista y pensé, pensé y pensé hasta que al final supe lo que debía hacer. Esas piedras preciosas no podían llegar a las manos de ningún contrabandista o traficante, así que hice lo que creí oportuno y confié en que aquello era lo mejor, dudando de que si se las daba a Peter para que las entregase en comisaría alegando algún chivatazo alguien se las fuera a adueñar, ya que, por desgracia, el ser humano es muy débil y no sería el primer caso en que algo es robado por un policía corrupto. Precinté bien el pequeño paquete para que no se escapara ninguno y, tras anudar de nuevo la pequeña bolsa, escarbé un poco más hondo para que muriesen allí mismo, al lado de su pobre madre, donde un día su padre decidió de forma estúpida esconderlos para que nadie se los pudiese arrebatar, ignorando el precio tan alto que se iba a pagar por ellos: el de su preciosa hija.

Los días pasaban y aquel agujero negro del pecho no llegaba a cerrarse nunca. Aunque en el cielo azul de Idaho brillara el sol colándose entre las altas y grandes secuoyas, las mañanas eran igual de oscuras que las noches. En

aquella pequeña cabaña de madera, heredada de mis padres después de morir, tan solo vivíamos dos rodeados de plena naturaleza: un bóxer color canela que encontré vagando por la carretera perdido y hambriento al que bauticé como Jack, y yo, el mismo pobre diablo que despertaba en mitad de la madrugada empapado en sudor por culpa de las irrefrenables pesadillas.

—¡Nooooooo! ¡Nooooooo! —era el grito desgarrado que se escuchaba repetidas veces, rompiendo el desolador silencio de mi alrededor. Antes de que desechara otras tantas la idea de abandonar aquella miserable vida con un fulminante tiro en la cabeza.

El paisaje no podía ser más hermoso y espectacular envuelto por hierba de intensos tonos verdes haciendo honor a aquellas espesas montañas que se elevaban majestuosas, y que creaban una hermosa estampa de fondo. Frente a la casita con chimenea había un lago de agua dulce donde solía pescar la comida alguno de los días y en el que a Jack le encantaba nadar aunque las temperaturas no acompañasen. Estaba claro que era el único que amenizaba mis ratos de soledad cuando no lo hacía una cruel botella de Bourbon, que siempre coincidía con las altas horas, cuando las ventanas y la puerta se cerraban y tan solo quedaban mis recuerdos para atormentarme. La paz que podía encontrar durante el día mientras disfrutaba de largos paseos, cortaba troncos, tallaba madera o pescaba se volvía en mi contra cuando la noche hacía acto de presencia. La cama crecía y se me hacía enorme, y por eso la mayoría de las veces decidía dormir en la butaca de cuero frente a la lumbre acompañado por mi nuevo amigo que descansaba a mis pies a un lado de la alfombra. Como digo, solía tener pesadillas y me costaba conciliar el sueño la mitad de las ocasiones, pues sus azules ojos me atrapaban una y otra vez, torturándome sin piedad, como si después de todo algo quisieran decir, como si no pretendieran dejarme escapar nunca. Recordaba su cuerpo y su boca sin poder evitarlo hasta quedarme dormido, soñaba que la acariciaba con devoción y deleite y que su respuesta era una preciosa sonrisa coronada por aquel atrayente lunar. Hasta en ocasiones esos labios me susurraban algo que no llegaba a comprender, pero de repente, de un día para otro, algo ocurrió, una fría mañana de diciembre.

—¡Jack, vamos! ¡Es hora de comer, amigo! —Se encontraba en la orilla del lago jugando con una pequeña rama que yo mismo le había lanzado un rato

antes. En cuanto escuchó mi voz salió disparado con su improvisado juguete en la boca—. No, no, no puedes entrar con eso en casa. —Ignorándome, pretendía colarla en el interior, pero no lo conseguía al chocar con el marco de la puerta, algo que, por un instante, hasta me hizo reír—. Veo que tú también tienes problemas... —Acaricié su cabeza como sabía que tanto le gustaba.

Los viajes al pueblo más cercano solían ser contados porque no me apetecía hablar con nadie. Los lugareños eran encantadores y amables, pero mi carácter, ese que se había tornado más tosco y áspero todavía, por desgracia, no me permitía relacionarme como a mí me hubiese gustado, como yo solía hacer siempre que venía de vacaciones o a pasar fiestas con mis padres, pero es que en esa ocasión no tenía ningún motivo a mi alrededor por el que vivir en armonía.

—Suelta eso, vamos, tienes aquí tu comida. —Agité su bol repleto de pienso y escupió de *ipso facto* su nuevo juguete para atacar el plato. Me pregunté cuánto tiempo debió estar solo por aquellas carreteras muerto de frío y hambre hasta que el caprichoso destino nos quiso cruzar en el camino, pues debía reconocer que si no fuese por él me hubiese vuelto completamente loco sin nadie al lado con quien hablar o al que proteger.

Encendí la televisión antes de remover el fuego para echar más leña a la lumbre, ya que era con lo único que nos calentábamos cuando las bajas temperaturas de fuera descendían llegada la tarde. Abrí la nevera, de donde saqué un botellín de cerveza con intención de sentarme en la butaca a descansar, en busca de algún canal que me entretuviera lo suficiente como para no caer una vez más en el abismo cuando, de repente, un golpe se escuchó afuera. De un salto me levanté y solté la cerveza sobre la mesa y cogí el arma que escondía debajo de esta para guardarla en el pantalón, justo detrás, en la espalda, ya que no era un lugar que se encontrara por casualidad y quien llegaba hasta allí era realmente porque lo fuese buscando. Jack, en ese momento, se acercó inquieto y ladró frente a la puerta, advertía de que llegaba alguien desconocido, justo antes de que unos nudillos picaran repetidas veces en la madera.

—¿Quién es? —pregunté, llevé la mano hacia detrás para introducir el dedo en el gatillo y alargué el cuello para ojear hacia el exterior por la pequeña ventana de la cocina.

Jack no dejaba de ladrar y lo obligué a quedarse atrás con una orden silenciosa. Parecía mentira que la conexión que había entre el perro y yo fuese de verdad, y que con tan solo una mirada o un gesto fuera suficiente como para entendernos.

—¿He preguntado quién es? —exigí saber con voz severa porque nadie respondía, pero justo cuando abrí la puerta dispuesto a descubrirlo me topé con una persona de espaldas que parecía abducida por la inmensidad del paisaje.

Era la figura de una mujer que, a pesar del frío, lucía un vestido corto por encima de las rodillas acompañando el atuendo con unas botas altas y una cazadora de cuero. Al escuchar el sonido de las bisagras se volteó y pensé que todo aquello era una puta broma macabra. Que otra vez me había pasado con la bebida y que mi mente divagaba entre sueños, encontrándola una y otra vez, ya que no podía ser posible que sus ojos me estuviesen contemplando.

—Hola... —fue un susurro tan débil que tuve que deducirlo al leer sus labios, unos labios que amenazaban con matarme ahí mismo.

Arrugué el ceño, la observé, parpadeé un par de veces antes de frotarme los ojos, los cerré con fuerza, me dije que no, que no era real... y justo cuando los volví a abrir, sacudí la cabeza, y me atreví a preguntar:

—¿Qué... qué... qué es esto? ¿Qué está ocurriendo aquí? —Tragué saliva y tuve que apoyar un brazo en el quicio de la puerta por miedo a desplomarme de un momento a otro. Mi pulso sugería que me sentara si no quería caer desplomado al suelo frente aquella preciosa mujer de corta melena oscura—. No, no puede ser... —Negaba con la cabeza frente a aquella perturbadora idea mientras sus ojos, maquillados de forma sutil, observaban con inquietud e indecisión. Eran los mismos que vi por última vez en aquel piso abrasado por las llamas antes de que se cerrasen para siempre. ¡Pero era imposible! ¡¿Quizá era su hermana?! ¡Nunca la mencionó si es que la tenía!

—¿Byron? —Su voz, era su jodida voz, pero no podía ser ¡estaba muerta!  
—. ¿Te encuentras bien?

La miraba, pero no la veía o la veía pero no la miraba, todavía no lo tengo claro porque ¿quién es capaz de contemplar a los ojos a una persona que lleva casi un mes y medio muerta?

—No... no me encuentro bien. —Dejé caer la vista al suelo y me pregunté:

«¿Ya me he vuelto loco del todo? ¿Ya es oficial que he perdido la puta cabeza?»—. Tú... Tú no... Tú no puedes... estar aquí. ¿Quién eres? No eres real, no puede ser, esto es... es una puta pesadilla...

Entonces, sus manos se alargaron y acariciaron mi rostro con verdadero amor, dejándome paralizado por culpa del miedo: todo mi cuerpo se contrajo y mis músculos se tensaron.

—Byron... soy real. No estás loco. —Me obligó a alzar la cabeza para encontrarnos—. Lo siento, siento por todo lo que has tenido que pasar...

Movía la cabeza de lado a lado, negaba con ella una y otra vez sin atreverme a pensar por un segundo que aquello pudiese ser cierto.

—No, no puede ser. No.

—Sí, sí lo es. —Asentía reforzando sus palabras.

—No, tú no eres... ella, es mi mente la que...

—Sí, Byron, sí...

—¿De verdad... de verdad eres tú? —Repasé sus facciones con la mirada, alargué una mano y me atreví a tocarla con mucho temor, consiguiendo que el corazón me diese un vuelco en cuanto los dedos tuvieron contacto con su suave piel. Su cabello estaba distinto y sus labios se resaltaban maquillados en un color fresa que atraía mi atención.

«Ese lunar».

—Soy yo —aseguró en un susurro. Buscó mis labios, los dibujó por encima con los dedos y por fin se decidió a hacer lo que todos estos días y estas noches tantas veces había soñado.

Sujetó mi nuca y, tras acercar su cuerpo lentamente al mío, depositó un tierno beso en mi mejilla. Sé que se separó y me contempló en silencio, pero no la vi; en cuanto reconocí su olor, cerré los ojos y me dejé arrastrar por él a ciegas.

—Vuelve a hacerlo, por favor —pedí, sintiéndome incapaz de abrirlos por miedo a despertar y a que su visión tan clara se esfumase.

Sus brazos rodearon ahora mi cuello, aferrándose a él y, pegó su pecho al mío, nuestras bocas entraron en pleno contacto. Esta vez el beso cobró vida y en cuanto nos rozamos, sin darnos cuenta, de inmediato acariciamos nuestras lenguas queriéndonos reconocer. Se volvió más y más intenso a cada lengüetazo y a cada respiración. Por fin fui consciente de que en realidad no

soñaba, que la tenía ahí, entre mis brazos, que sus labios eran los que besaba y sus pestañas las que acariciaban mis pómulos. ¡Era ella!. La abracé con todas mis fuerzas y, aunque quería frenar para hacerle una y mil preguntas, no conseguía retener las ganas ni mi deseo por sentirla de nuevo: Sasha, la Rosa Negra, mi pequeña loba, mi corazón de piedra, mi diamante.

—Dios, no me lo puedo creer. No puede ser cierto, yo vi cómo... Me dijeron que tú...

—Lo sé, sé lo que te dijeron. Tenemos mucho de lo que hablar, pero ya está, estoy aquí, he venido a buscarte y... no me pienso marchar, a no ser que tú...

—¡Jamás! —La alcé por la cintura, elevándola en el aire y consiguiendo que Jack ladrara ansioso a nuestro alrededor por la emoción que debía presentir; su rabo se movía como si él también fuese consciente de los acontecimientos que estábamos viviendo: Sasha y yo nos volvíamos a encontrar cuando la daba por muerta, cuando me habían asegurado que así era.

—Dime, ¿cómo has venido? ¿Cómo... cómo me has encontrado? —quise saber, dejándola en el suelo, cogí su mano y tiré de ella hacia el interior. Estaba helada, así que la acerqué al fuego para que entrase en calor.

—He venido en coche. Está fuera, aparcado al lado de tu camioneta. —Sonrió antes de preguntar—: Por cierto, ¿dónde está tú Dodge?

—Bueno, con mucho dolor de corazón lo tuve que cambiar por lo que hay afuera aparcado. Esa camioneta me hace más servicio por aquí que lo que haría mi Challenger, por desgracia... Pero dime, respóndeme: ¿cómo has sabido dónde...?

—Peter —interrumpió la pregunta. Negué con la cabeza y torcí una sonrisa al acordarme de él—. Lo llamé a la comisaría. Bueno, en realidad, llamé y pregunté por ti pero... —se mordió el labio, algo que despertó muchos recuerdos en mi cabeza— me dijo que lo habías dejado todo y te habías marchado sin más... —añadió—. Imagínate cuando le dije quién era. En realidad, no puedo hacerlo, pero me vi obligada si quería saber tu paradero y como te imaginarás, estaba dispuesta a correr ese riesgo con tal de encontrarte... —Alargó una mano y la posó en mi mejilla con ternura—. Estoy en un programa de protección de testigos. Cuando salí de la larga y delicada operación, en la cual perdí muchísima sangre y desperté de la anestesia, unos



agentes hablaron conmigo durante horas. Aseguraron que me ayudarían, pero había que fingir mi muerte si quería desaparecer del mapa y no correr el riesgo de que nadie me volviese a encontrar. El asesinato de mi padre y los informes médicos del primer ataque sumados a todo lo ocurrido en esa ocasión fueron cruciales y motivos suficientes como para que tomaran aquella decisión. —Puso un mechón de su melena corta detrás de la oreja—. Ya no existe la antigua Sasha, Byron. Ella murió aquel día en aquel edificio a causa de aquel disparo. —Pude apreciar cómo tragaba saliva y su gesto se tornaba serio al recordar el instante—. Ahora tengo otra identidad, otro nombre y también...

No la dejé terminar de hablar: me abalancé sobre sus labios sin poder resistirme a ellos, los lamí y los mordí en un intento imposible de saciar mis ganas de ella. Cuando la conocí, me pareció una hermosa mujer de aspecto angelical pero de arrolladora personalidad, que no llevaba maquillaje ni perfume alguno y ahora ahí la tenía delante: engalanada con un insinuante vestido ceñido que definía a la perfección todas sus curvas, amenazándome con ellas en silencio.

—Me da igual cómo te llames o quién seas ahora, para mí siempre serás la misma —aseguré al tiempo que rodeaba su cintura—. Joder, no sabes la de noches que te he soñado. No tienes ni idea de los días que te he recordado... —pegué mi frente a la suya, cerré los ojos y tensé la mandíbula en una confesión que aceleraba mi pulso y elevaba mi pecho bajo el jersey.

—Me lo puedo imaginar, Byron. Eso es, precisamente, lo que a mí me ha estado ocurriendo durante todo este tiempo: pensaba en ti y no veía el momento de volver a encontrarte. —Rodeó mi cuello, pegándose más si podía—. Aunque hay algo que debo confesar: cuando presté declaración no llegué a mencionar lo del tema del paquete ni el lugar donde debían estar esos supuestos diamantes, alegué que era un ajuste de cuentas y, tras comprobar varios datos, corroboraron mi historia respecto a los rusos y Dangerous... —Parecía arrepentida por lo sucedido, pero yo solo podía admirar a la persona que aún y teniendo en su poder un tesoro tanpreciado como aquel no lo había disfrutado de forma egoísta, no lo había utilizado para desaparecer de verdad al disponer de una enorme cantidad de dinero—. Quiero que sepas que yo jamás los llegué a ver ¡ni tan siquiera sabía que había dentro de ese jodido

paquete, Byron! ¡No sabía con certeza si realmente existían! —se justificaba ante mí y eso era algo que ya ni me importaba—. Yo tan solo recibí un día una nota de mi pobre padre con unas coordenadas escritas. Cuando la leí, caí en la cuenta de que era el lugar donde mi madre descansaba enterrada y en ella, además, me advertía que debía de huir lo antes posible. No tuve más explicaciones, nadie más me dijo nada. Confiaba en él, ¡siempre lo había hecho!, y el verlo tan perdido sus últimos meses de vida me hicieron creer que algo turbio había en todo aquello, pero... No tenía ni idea, lo ignoraba. Nunca supe nada de sus apuestas ni de la gente con la que se codeaba; solo percibía que lo perdía y yo no lo podía evitar. Intuía que desde la muerte de mi madre no era el mismo, que bebía y que jugaba, pero poco más. No imaginé que... — Sus ojos se pusieron vidriosos y la voz se le rompía a cada palabra que pronunciaba—. Nunca creí que todo esto fuera a...

—Oye, ya está, cielo, ya está. —La estreché con todas mis fuerzas, haciéndole saber que estaba ahí, que jamás la iba a dejar sola.

—Dime una cosa, Byron. —Se separó lo justo para preguntar—. ¿Fuiste donde te dije, pasaste a comprobar lo que...?

—Sí, lo hice. —Ahora era yo quien tragaba saliva, dudé qué decirle por miedo a que se pudiese sentir peor y más culpable todavía—. Estuve en la tumba de tu madre.

—¿Y?

La contemplé a los ojos y pensando en que sería lo mejor con tal de dejar todo aquello atrás de una vez por todas y con la intención de que diera por concluido el tema, un tema que casi le cuesta la vida por no decir que en realidad le costó, porque hacía mucho tiempo que había dejado de vivirla, decidí mentirle. Tan solo yo llevaría el peso de aquella farsa sobre mis espaldas.

—No había nada, Sasha, no había ningún paquete. No existen esos diamantes.

—¿Cómo? —Frunció el ceño, incrédula—. ¿He estado a punto de morir por nada? ¿Mi padre... murió por nada?

Apreté los dientes por lo mal que me sentí al no confesarle la verdad; quería evitar el hecho de que se sintiese una infractora por no contarle a la policía la existencia de aquel tesoro. Ya no tenía sentido darle más vueltas si

nadie los iba a encontrar y, lo que es mejor, nadie iba a traficar con ellos. Nadie se beneficiaría de la sangre y el sufrimiento de otras personas.

—Lo siento, lo siento mucho. Siento muchísimo todo por lo que has tenido que pasar, pero ya está: estás a salvo. Puedes empezar una vida nueva y... —dudé muchísimo en decir lo siguiente, pero era consciente de que en realidad lo deseaba, y lo solté desconociendo su reacción—. Si quieres, puedes pasar esa nueva vida aquí, a mi lado.

Estaba claro que el último comentario causó cierto efecto en ella porque sus ojos se abrieron y las comisuras de los labios se curvaron con sutileza aunque su mirada siguiese vidriosa. Posó la mano en mi pecho por encima del jersey trenzado negro y, subiéndola con lentitud hasta llegar a la nuca, acercó sus labios al oído para susurrar:

—No hay cosa que más desee, Byron. Estaré encantada de pasar lo que me queda de vida a tu lado, pero... antes... —Mordió el lóbulo, consiguió que un escalofrío naciese en mi interior y que me agitase de pies a cabeza—. Dígame, ¿dónde está su dormitorio, detective? —fue más que sugerente—. Me encantaría que me lo enseñase.

Su dulce aliento acarició la piel de mi cuello y aquella dichosa palabra despertó a la bestia adormecida que llevaba dentro. Dejé escapar una ronca carcajada y, cogiéndola en brazos, la obligué a rodear mi cintura, conseguí que el vestido se arremangara en sus caderas, y me dirigí a la habitación sosteniéndola por el culo:

—Oh, señorita, Bowen, tenga por seguro que le voy a enseñar algo más que mi dormitorio... —Busqué su garganta y dejé un pequeño bocado en un lado, logré que un leve jadeo se escapase prisionero de ella—. Estoy loco por quitarte este vestido y besar el interior de tus muslos, cielo.

—¿La rosa? —preguntó, enterró sus dedos en mi cabello y me miró con pasión.

—Exacto. —La dejé a los pies de la alta cama de madera, repasé sus hermosos rasgos, recreándome en su corta melena negra que combinaban de forma peligrosamente atrayente con el azul de sus ojos para aterrizar en picado en su hipnotizador lunar —. ¿Y sabes por qué?

Me deshice del grueso jersey sacándomelo por la cabeza y quedé ante sus ojos tan solo vistiendo unos tejanos desgastados y mis botas de rudo leñador, y

esa perilla que tanto le gustaba.

—¿Por qué, detective? —Estaba claro que conocía la respuesta, pero al parecer le encantaba escucharla.

Contemplé sus tiernos labios antes de confesar en un débil y provocativo susurro:

—Porque siempre serás Sasha, mi Rosa Negra. — Y me lancé al abismo hambriento de ella.

FIN

# AGRADECIMIENTOS

Cuando me preguntan qué es lo que más me cuesta de escribir en una novela, siempre afirmo que los agradecimientos porque me parece imposible transmitir y devolver tanto afecto y gratitud a través de unas simples líneas.

Necesitaría una vida entera y parte de otra para poder corresponder todo ese cariño con el que me animáis a seguir en esta loca aventura de la escritura, así que tan solo puedo decir: GRACIAS DE CORAZÓN a todas esas personas que me dan una oportunidad; a todas las que me hacen llegar sus mensajes u opiniones a través de cualquier canal y que consiguen emocionarme con sus palabras; a esas lectoras cero que me enamoran con su sinceridad: Jessica, Noelia, Marisa, mi buhito y, cómo no, Jose Antonio, mi crítico literario personal. A esas compañeras con las que te cruzas en el camino y que sin darte cuenta se convierten en una necesidad de tu día a día: Tessa, Davinia, Eli, Tamara y mi cacahuete favorito, Judith. En definitiva: Las autoras «LOKAS». A todas mis chicas de «Mucho más que libros», que me arrancan una sonrisa diaria, empezando por Luna y Susy, quienes un día me propusieron unirme a esta fantástica familia de la que ya no me puedo despegar: os quiero mis amores. Y llegando a la recta final, dar las gracias por absolutamente TODO a mi familia, esa que cae a mi lado y se levanta conmigo siendo todavía más fuertes. Os lo debo todo, especialmente a ti, mi amor, Miguel.